

JEAN SHINODA BOLEN

LOS
DIOSES
DE CADA
HOMBRE



UNA NUEVA PSICOLOGÍA MASCULINA



Este alentador y provocativo libro es el compañero del best-seller *Las diosas de cada mujer*. En ambos libros, basándose en las teorías de Jung, la doctora Shinoda Bolen explora los poderosos arquetipos que conforman la personalidad de los hombres y las mujeres, tomando como referentes a los dioses y las diosas de la mitología griega. En *Los dioses de cada hombre* la doctora Shinoda Bolen presenta a través de ocho dioses o tipos de personalidad una psicología masculina compasiva y lúcida que ayudará a todos los hombres a entenderse mejor y a las mujeres a mejorar sus relaciones con sus padres, hijos, hermanos y amantes. Sabiendo hacia qué dioses se sienten atraídas y cuáles son incompatibles con sus expectativas.



Jean Shinoda Bolen

Los dioses de cada hombre

Una nueva psicología masculina

ePub r1.0

Titivillus 19.11.17

Título original: *Gods in Everyman*

Jean Shinoda Bolen, 1989

Traducción: Alicia Sánchez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRÓLOGO

Como autora de *Las diosas de cada mujer* muchas veces me han preguntado acerca de los dioses en cada hombre. Los hombres que han asistido a mis conferencias sobre las diosas me han preguntado repetidas veces «¿Y nosotros qué?». *Los dioses de cada hombre* es, pues, una secuela lógica de mi libro anterior, pero, por mi profesión, el tiempo histórico y (paradójicamente) el hecho de ser una mujer también me han incitado a escribir este libro sobre los arquetipos masculinos.

Al escribir este libro, soy una mujer que hace lo que tradicionalmente han hecho las mujeres por los hombres. Las mujeres han servido de intérpretes de las vidas interiores de los hombres porque éstos a menudo comparten con ellas lo que no suelen compartir entre ellos. Muchos hombres, por ejemplo, eligen mujeres psiquiatras porque se sienten más seguros y les resulta más fácil hablar con una mujer. Algunos hombres dicen que quieren evitar los sentimientos competitivos y las consecuencias que temen que podrían surgir en ellos mismos o en un terapeuta de su mismo sexo.

A veces una mujer importante puede desempeñar un papel significativo como “portadora de un sueño” en la vida de un hombre de éxito, como el psicólogo Daniel Levinson observó en su libro *The Seasons of a Man's Life*. Este es también un papel que una analista junguiana a veces ha de representar. En el psicoanálisis los hombres comparten su vida interior y descubren sus puntos débiles y sus puntos fuertes. A medida que van adquiriendo conocimiento acerca de ellos mismos, me van enseñando. Veo quién es el hombre que hay bajo la superficie y llego a conocer sus arquetipos y las dificultades que puede tener en ser él mismo y sentirse auténtico. Levinson escribió:

La mujer especial es como el verdadero mentor: su cualidad especial reside en su conexión con el Sueño de un hombre joven. Ayuda a dar vida a esa parte del sí-mismo que contiene el Sueño. Facilita su entrada en el mundo adulto y su búsqueda del Sueño. Lo hace mediante su propio esfuerzo como maestra, guía, anfitriona, crítica y benefactora. En el plano psicológico más profundo le permite proyectar en ella su propia figura femenina interna —el “anima”, tal como lo ha descrito Jung— que genera y apoya sus heroicos esfuerzos^[1].

Por muchas razones, hay muchos hombres que se suelen sentir mejor comprendidos por las mujeres que por otros hombres, y muestran más de ellos mismos a las mujeres que entre ellos. Tal como atestigua el *McGill Report on Male Intimacy*:

Uno de cada diez hombres tiene un amigo de su mismo sexo con quien habla de trabajo, de dinero, de matrimonio; sólo uno entre veinte cuenta con una amistad en la que puede expresar sus sentimientos acerca de sí mismo o de su sexualidad [...]. El patrón más habitual de amistad es que un hombre tenga muchos “amigos”, de los cuales cada uno de ellos sabe algo del sí-mismo público de su amigo, pero poco sobre cómo es en realidad, y ninguno de ellos conoce algo más que una pequeña fracción de la totalidad^[2].

McGill descubrió que si un hombre se muestra tal como es, lo más probable es que lo haga con una mujer, a veces con su esposa o bien con otra mujer. Tal como sospechan las mujeres, es mucho más fácil que un hombre comparta sus sentimientos, pensamientos y sueños con ellas que con otros hombres.

También, según Jean Baker Miller señaló en *Toward a New Psychology of Women*, siempre que haya un grupo superior e inferior (hombre, mujer; blanco, negro; empresarios ricos, sirvientes pobres), el grupo con menos poder estudia al otro por necesidad y conoce más respecto al mismo que a la inversa.

Debido a esto, así como a la naturaleza de entregarse a los demás de la mayoría de mujeres, éstas siempre han sido atentas observadoras de los hombres^[3].

Los dioses de cada hombre es pues una psicología de los hombres tal como los ve una mujer que está haciendo lo que las mujeres han hecho por los hombres durante siglos, preocuparse por ellos: reflexiona sobre lo que ha visto, es consciente de su necesidad de sensibilidad cuando describe las debilidades y problemas masculinos y de la importancia de apreciar sus cualidades positivas. Este libro tiene la perspectiva del observador compasivo, adquirida a través de la experiencia profesional y personal.

Soy psiquiatra, analista junguiana y profesora de psiquiatría clínica de la universidad de California, San Francisco. Tengo hombres y mujeres entre los pacientes de mi consulta privada y soy una mujer en una profesión de hombres con mentores, amigos y colegas hombres. A mi vez, he sido tutora y he enseñado tanto a hombres como mujeres.

Además, fui una “hija de papá”, la “niña preferida de papá”, cuyo padre se enorgullecía de los logros de su hija. A raíz de ello me resultó más fácil que a muchas mujeres hallar aprobación en esta cultura patriarcal. También fui esposa durante diecinueve años, en un matrimonio que tenía raíces tradicionales e igualitarias a un mismo tiempo, separada durante tres años y luego divorciada. Soy madre de un niño y una niña, nacidos ambos a principios de los setenta, la década del movimiento de las mujeres, cuando los temas de los estereotipos —la crianza se anteponía a la naturaleza— se dejaban oír con más fuerza.

La visión binocular de la psicología

Los dioses de cada hombre ofrece una “visión binocular” de la psicología, una perspectiva profunda que tiene en cuenta tanto los poderosos arquetipos internos como los estereotipos de la conformidad-exigencia, en un intento de comprender dónde residen nuestros conflictos y de qué modo podemos alcanzar mejor la plenitud.

Esta perspectiva ha surgido de mi formación profesional y mi experiencia personal. Mi práctica ha desarrollado mi conciencia de lo que sucede en el interior de los corazones y las cabezas de los hombres y de las mujeres, de la dicha que nos proporciona la sensación de plenitud e integración que se produce cuando obramos como pensamos. Por el contrario, nuestros cuerpos, sueños y síntomas expresan conflicto y dolor cuando lo que es arquetípicamente cierto es negado y reprimido de forma consciente. Conocer qué son estos arquetipos y el modo como se expresan en las vidas de los individuos sólo se esclarece tras años de trabajo de psicología profunda.

También es esencial el entendimiento de lo que el movimiento de las mujeres denominó “despertar de la conciencia”. En las dos últimas décadas hemos aprendido cómo los estereotipos pueden distorsionar y limitar el potencial humano, sobre todo el de las mujeres. En este período muchas mujeres se han vuelto conscientes de cómo les afecta personalmente vivir en una cultura patriarcal. Los valores y creencias de las personas están modelados por la cultura, que se refleja en nuestras leyes y costumbres, lo cual afecta a la distribución del poder y a cómo se determinan la valía y la posición social. En una sociedad patriarcal las mujeres no están muy favorecidas. Pero

los estereotipos masculinos también tienen poder sobre los propios hombres, puesto que limitan su forma de ser natural, recompensando algunas cualidades y rechazando otras.

Los dioses y las diosas en cada persona

Cuando hablo de los dioses en cada hombre me doy cuenta de que las mujeres a menudo descubren que en ellas también reside un *dios* en particular, al igual que, cuando hablo de diosas, los hombres también pueden identificar una parte de ellos mismos con una *diosa* específica. Los dioses y las diosas representan diferentes cualidades de la psique humana. El panteón de las deidades griegas, masculinas y femeninas, existe íntegramente en nuestro interior en forma de arquetipos, aunque en general los dioses sean los determinantes más fuertes y con más influencia en la personalidad del hombre, como las diosas lo son en la de la mujer.

Todo arquetipo se asocia a un don “otorgado por un dios o diosa” y a conflictos potenciales. Al darnos cuenta de esto la arrogancia y el sentimiento de culpabilidad son menos probables. Y debido a que todo lo que hacemos que surge de nuestras profundidades arquetípicas tiene sentido para nosotros, un hombre que sepa “qué dios” o “dioses” actúan en él puede ser capaz de conocer qué opciones o caminos es probable que le resulten más satisfactorios.

Leer sobre los dioses a veces resulta un medio de “recordar” nuestras partes amputadas (desmembradas). Este proceso también puede recibir la ayuda de los sueños, los recuerdos y los mitos que nos conectan con nuestro inconsciente.

Conocer los diferentes dioses en cada hombre también es importante para las mujeres, muchas de las cuales ponen mucho esfuerzo en intentar comprender a los hombres (en general, un sólo hombre cada vez). Las mujeres

con mentalidad psicológica a veces se dan cuenta de que suelen mantener relaciones con el mismo tipo de hombre y sienten que realmente necesitan saber “quién” las atrae. *Los dioses de cada hombre* puede decirles que han sido atraídas por un dios o arquetipo en una serie de hombres; y este “dios” no es compatible con lo que ellas esperan, lo cual explica por qué sus relaciones siempre acaban mal.

Conocer a los “dioses” ofrece a los padres o madres de hijos varones (especialmente madres solteras) un medio para ver y apreciar “quiénes” son sus hijos. El resultado neto es que un padre o una madre se sienten más competentes cuando entienden cómo puede que sea su hijo, cómo es probable que el mundo le trate, cuáles serán sus puntos fuertes y cuáles los débiles y dónde puede encontrar ayuda.

Es necesario que tanto hombres como mujeres vean a sus progenitores con claridad, con frecuencia para poder perdonarlos y comprenderles. Entender a los dioses y sus mitos puede proporcionar una imagen objetiva del padre.

Puesto que en las mujeres también hay “dioses”, ellas pueden adquirir conocimiento de sí mismas a través de éstos. El “¡ajá!” de reconocimiento puede ser especialmente apreciado por una mujer que ya esté familiarizada con las “diosas” y que ahora descubre que hay un dios en concreto que explica parte de su conducta. Puede captar la satisfacción que todos sentimos cuando encaja la pieza que faltaba en el rompecabezas, especialmente cuando es la que faltaba para completar el cuadro y dar sentido a la vida.

Hay dioses y diosas en todas las personas. A través de ellos podemos descifrar ese momento de inspiración cuando algo que sabemos intuitivamente respecto a nosotros mismos produce una imagen clara y se manifiesta en palabras. Del mismo modo que cuando nos miramos en un espejo y vemos nuestros rasgos por primera vez, la impresión que recibimos puede revelarnos eso a lo que los demás reaccionan cuando nos ven y mostrarnos a nosotros mismos con mayor claridad.

Escribí este libro para toda persona que quiera comprender a los niños y a los hombres, conocer sobre los arquetipos masculinos en hombres y mujeres o descubrir algo sobre ella misma y sus relaciones. Lo he escrito especialmente para los hombres que deseen descubrir a los dioses que hay en su interior, para aquellos hombres que me han preguntado: “¿Qué pasa con los dioses de

cada hombre? ¿Qué pasa con nosotros?”.

AGRADECIMIENTOS

Cada capítulo de este libro tiene muchos contribuidores anónimos —pacientes, amigos, colegas, parientes, todos los niños u hombres importantes de mi vida—, que han ejemplificado aspectos de un dios arquetipo o me han ayudado a comprender lo que es ser hombre o niño en esta cultura patriarcal. Con los años, las mujeres me han hablado de los hombres próximos a ellas, a veces dando muestras de conocerlos —especialmente a los hombres irreflexivos— mejor que ellos mismos. Las mayores contribuciones han sido las de los hombres que han indagado a fondo conmigo en el análisis junguiano para descubrir sentimientos, historias y partes de ellos mismos que ni siquiera conocían al principio y a las que habían tenido relegadas.

La mayoría de las descripciones son, pues, compuestas de muchos hombres, a quienes conocí bajo un montón de diversas circunstancias: principalmente durante mis veinticinco años de práctica psiquiátrica. He realizado mi trabajo en un *temenos* (santuario en griego) de confianza, seguridad y confidencialidad. En él, lo que era inconsciente o estaba olvidado se fue revelando con el tiempo. Todos los hombres que me han confiado su psique me han enseñado más sobre psicología que ningún otro hombre o mujer, incluyéndome a mí misma. Gracias.

En este libro he utilizado figuras históricas, celebridades y personajes ficticios para describir una faceta en particular de un dios. Me he basado en la imagen pública de la persona y en cómo se la ha citado, en lugar de hacerlo en mi conocimiento personal o profesional. Las imágenes póstumas de las personas reales por lo general resultan ser exageradas o se quedan cortas.

Tanto este libro como *Las diosas de cada mujer* han surgido de los descubrimientos y de las teorías de C. G. Jung. Su trabajo sobre los arquetipos

del inconsciente colectivo y de los tipos psicológicos han sido la base de mi trabajo. La descripción de Freud del complejo de Edipo indica el vínculo entre los mitos griegos y la psique, que los escritores junguianos han desarrollado mucho más. Gran parte de lo que se ha escrito sobre la psicología arquetípica de Jung lo ha publicado Spring Publications y la mayoría ha estado bajo la supervisión de James Hillman. Muchas de estas publicaciones están citadas en las notas y en la bibliografía; el trabajo de Murray Stein ha sido especialmente significativo para mí.

La creciente conciencia que existe de la cultura patriarcal en la que vivimos —y de cómo está ha dado forma a nuestros valores, percepciones y, en último término, a cada uno de nosotros— es el tema principal de este libro, por el que he de dar las gracias a toda una generación de activistas, escritores y eruditos, en su mayoría mujeres. En lo que a mi formación personal respecta, estoy especialmente agradecida a Gloria Steinem y a la junta directiva y al personal de la Ms. Foundation for Women; a Jean Baker Miller, licenciada en medicina, a Alexandra Symonds, licenciada en medicina y a las mujeres que pertenecieron a la Task Force y a los Committees on Women of the American Psychiatric Association. Anthea Francine, con la cual he dirigido numerosos talleres, ha aguzado mi sensibilidad sobre el efecto que la familia y la cultura tienen en el niño, especialmente respecto a aquellos arquetipos que no son valorados. Los escritos de Alice Miller me aportaron una nueva perspectiva en el pensamiento psicoanalítico, que me confirmó lo que ya sabía respecto a los niños y al efecto de ser herido por padres heridos.

La confección de este libro ha resultado una tarea fácil, puesto que se le ha permitido aparecer en su momento, teniendo en cuenta las etapas de mi vida en lugar de la fecha de contrato inicial. Doy las gracias a mi editor y al redactor jefe de Harper & Row, Clayton Carlson, por los regalos de comprensión y tiempo y por asignarme a Tom Grady para que me ayudara. La sensibilidad y destreza editorial de Tom han sido perfectas. John Brockman y Katinka Matson, mis agentes literarios, al cuidar tanto lo que hacen tan bien, me han ayudado a ser escritora.

Mi padre, Joseph Shinoda, me ha dado su apoyo para hacer cosas en este mundo. He heredado su intensidad, partidismo, su tendencia literaria e histórica y su habilidad para escribir y hablar. Murió durante mi primer año

como médica psiquiátrica residente y, por lo tanto, no conoció a mis hijos ni mis libros. Le echo de menos y sé que, aunque nuestro tiempo juntos fuera más breve de lo que me hubiera gustado, he sido afortunada por ser hija de mi padre. Este libro es cordial y perspicaz, en parte debido a que tuve un buen padre Zeus, a quien podía oponerme y contra quien podía luchar cuando lo que me importaba a mí y lo que él quería de mí no coincidían.

Mill Valley, California
Noviembre, 1988

PARTE I
LOS DIOSES DE CADA HOMBRE

1. HAY DIOSES EN TODOS LOS HOMBRES

Este libro trata de los dioses de cada hombre, de los patrones innatos —o arquetipos— que se encuentran en lo más profundo de la psique, formando al hombre desde dentro. Estos dioses son poderosas predisposiciones invisibles que afectan en la personalidad, en el trabajo y en las relaciones. Los dioses tienen relación con la intensidad o la distancia emocional, preferencias por la agudeza mental, el esfuerzo físico o la sensibilidad estética, el anhelo de una unión en éxtasis, una comprensión panorámica, la noción del tiempo y mucho más. Los distintos arquetipos son responsables de la diversidad entre los hombres y su complejidad interior, y tienen mucho que ver con qué facilidad o dificultad los hombres (y los muchachos) pueden cumplir sus esperanzas y cuál es el precio que han de pagar por ello sus valores más profundos y auténticos.

Sentirse auténtico significa ser libre para desarrollar rasgos y potenciales que son predisposiciones innatas. Cuando somos aceptados y se nos permite ser auténticos, es posible tener autoestima y autenticidad a un mismo tiempo. Esto sólo se llega a desarrollar si las reacciones de las personas que nos importan nos animan en vez de descorazonarnos, cuando somos espontáneos y sinceros, o cuando estamos absortos en aquello que nos produce felicidad. Desde la infancia, en primer lugar nuestra familia y luego nuestra cultura, son los espejos en donde vemos si somos aceptables o no. Cuando hemos de adaptarnos para ser aceptables, puede que acabemos llevando una máscara y representando un papel vacío si el que somos interiormente y lo que se espera que seamos están muy distanciados.

La conformidad del lecho de Procusto

La conformidad que se exige a los hombres en nuestra cultura patriarcal es como la del lecho de Procusto de la mitología griega. Los viajeros que se dirigían a Atenas eran colocados en esta cama. Si eran demasiado bajos, se les estiraba hasta que daban la medida, como en el potro de tortura medieval; si eran demasiado altos, se les cortaban los pies hasta que encajaban.

Algunos hombres encajan perfectamente en el lecho de Procusto, al igual que hay hombres cuyo estereotipo (o las expectativas externas) y arquetipo (o los patrones internos) se adapta correctamente. El éxito les gusta y se sienten cómodos con él. Sin embargo, la conformidad con el estereotipo suele ser un proceso agonizante para un hombre cuyos patrones arquetípicos difieren de lo “que debería ser”. Puede parecer que encaja, pero lo cierto es que le ha costado un alto precio representar ese papel, para lo que ha tenido que renunciar a aspectos importantes de sí mismo. Puede que también haya estirado una faceta de su personalidad para estar a la altura de las circunstancias, pero le falta profundidad y complejidad, lo cual hace que su éxito exterior, interiormente no signifique nada para él.

Los viajeros que pasaban por la prueba de Procusto para llegar a Atenas, puede que se preguntaran si había valido la pena, como les sucede a menudo a los hombres de hoy en día cuando “llegan”. William Broyles, Jr., cuando escribió para *Esquire*, describió con hastío lo vacío que puede ser el éxito^[4]:

Cada mañana me embutía en mi traje, cogía mi maletín, me dirigía

a mi espectacular trabajo y moría un poco. Era el redactor jefe de la revista *Newsweek*, un puesto que a los ojos de los demás lo tenía todo, salvo que nada tenía que ver conmigo. No me proporcionaba demasiado placer dirigir una gran institución. Yo quería realización personal, no poder. Para mí, el éxito era más peligroso que el fracaso; el fracaso me habría obligado a decidir lo que realmente quería.

La única forma era dejarlo, pero no había dejado nada desde que había abandonado el equipo de atletismo en el instituto. También había sido infante de marina en Vietnam y los *marines* están entrenados a llegar hasta la cima de la colina, pase lo que pase. Pero yo ya había llegado; sencillamente odiaba estar allí. Había escalado la montaña equivocada y lo único que podía hacer era bajar y subir otra. No fue fácil: mi trabajo iba más despacio de lo que yo esperaba y mi matrimonio se disolvió.

Necesitaba algo, pero no estaba seguro de qué se trataba. Sabía que quería que me probaran mental y físicamente. Quería triunfar, pero con reglas claras y concretas, que no dependieran de la opinión de los demás. Quería la intensidad y la camaradería de una empresa arriesgada. En otros tiempos, puede que hubiera ido hacia el oeste o al mar, pero tenía dos hijos y una maraña de responsabilidades.

Este hombre tenía poder y prestigio, metas que para alcanzarlas se cobran la mejor parte de la vida de un hombre y que relativamente pocos consiguen. Pero padecía una de las enfermedades más importantes que observo en muchos hombres de mediana edad: depresión leve generalizada. Cuando se nos separa de nuestras fuentes de vitalidad y dicha, la vida resulta insulsa y sin sentido.

En esta cultura, los hombres llevan ventaja y parecen tener los mejores papeles. No cabe duda de que ostentan los de más poder o mejor remunerados. Sin embargo, muchos hombres padecen depresión que enmascaran con el alcohol, el trabajo excesivo, demasiadas horas delante del televisor, todo ello para conseguir insensibilizarse. Y hay otros muchos que están enojados y resentidos, su hostilidad y rabia se desencadena por cualquier cosa, desde la forma en que conduce alguien hasta la irritante conducta de un niño. Su esperanza de vida tampoco es muy larga. El movimiento feminista expresaba

claramente los problemas que tienen éstas al vivir en un patriarcado, pero, a juzgar por la cantidad de hombres infelices que hay, parece que vivir en este tipo de sociedad tampoco es bueno para ellos.

El mundo interior de los arquetipos

Cuando la vida carece de sentido y ya nada nos parece nuevo, o cuando nos parece que hay algo que no funciona en nuestra forma de vida y en lo que estamos haciendo, podemos ayudarnos siendo conscientes de las discrepancias entre los arquetipos que hay en nuestro interior y nuestros roles externos. Los hombres se suelen ver atrapados entre el mundo interior de los arquetipos y los estereotipos externos. Los arquetipos son poderosas predisposiciones; investidas con la imagen y la mitología de los dioses griegos, tal como los he descrito en este libro, cada uno tiene impulsos, emociones y necesidades características que dan forma a la personalidad. Cuando representas un papel que está conectado con un arquetipo activo dentro de ti, la profundidad y el sentido que ese papel tiene para ti generan energía.

Si, por ejemplo, eres como Hefesto, el artesano y el inventor, el dios de la forja, que hacía hermosas armaduras y joyería, podrás pasar muchas horas en solitario en tu taller, estudio o laboratorio totalmente absorto en lo que estás haciendo, y con ello alcanzarás los niveles más altos. Pero si eres como Hermes, el mensajero, por naturaleza serás un hombre que estará siempre en movimiento. Ya seas un viajante o un negociador internacional, te gustará lo que haces, y tu trabajo requerirá una mente flexible, especialmente cuando te encuentres, como te suele suceder, en terrenos éticos poco definidos. Si eres como uno de estos dioses y te toca realizar el trabajo contrario, tu tarea dejará de ser un placer absorbente. El trabajo es sólo una fuente de satisfacción cuando coincide con tu naturaleza y talentos arquetípicos.

Las diferencias en la vida personal también son creadas por los

arquetipos. Un hombre que se parezca a Dionisos, el dios extático, puede quedar totalmente absorto en la sensualidad del momento, donde nada es más importante que ser el amante espontáneo. Contrasta con el hombre que, al igual que Apolo, el dios del sol, trabaja para dominar sus habilidades y convertirse en un experto en técnicas de todo tipo, entre las cuales se puede incluir hacer el amor.

Los “dioses” como arquetipos existen en forma de patrones, reconocidos o no, que rigen las emociones y la conducta; son poderosas fuerzas que exigen su recompensa. Conscientemente reconocidos (aunque no necesariamente nombrados) y honrados por el hombre (o mujer) en el que moran, estos dioses ayudan al hombre a ser él mismo, motivándole a hacer que su vida tenga más sentido porque lo que hace está en conexión con la capa arquetípica de su psique. Los dioses rechazados y negados también tienen influencia, que suele ser perjudicial, puesto que ejercen una presión reivindicadora sobre el hombre. La identificación distorsionada también puede dañar, por ejemplo en un hombre que esté identificado con un dios hasta tal extremo que pierda su propia individualidad y se vuelva un “poseído”.

¿Qué es un arquetipo?

C. G. Jung introdujo el concepto de arquetipo en la psicología. Los arquetipos son patrones de existencia y de conducta, de percibir y de responder determinados internamente, preexistentes o latentes. Estos patrones se hallan en un inconsciente colectivo —esa parte del inconsciente que no es individual, sino universal y compartido—. Estos patrones se pueden describir de manera personalizada, como dioses y diosas: sus mitos son historias arquetípicas. Evocan sentimientos e imágenes y tocan temas universales y que forman parte de la herencia humana. Nos suenan a cierto en nuestra compartida experiencia humana, de modo que cuando oímos hablar de ellos por primera vez nos resultan vagamente familiares. Cuando interpretamos un mito respecto a un dios o captamos su significado, intelectual o intuitivamente, como algo que influye en nuestra propia vida, puede tener el mismo impacto de un sueño que nos aclara una situación, nuestro propio carácter o el de alguien a quien conocemos.

Los dioses como figuras arquetípicas son como cualquier cosa genérica: describen la estructura básica de esta parte de un hombre (o de una mujer, pues los dioses arquetípicos con frecuencia también están activos en las psiques de las mujeres). Esta estructura básica está “revestida”, “encarnada” o “pormenorizada” por el hombre individual, cuya exclusividad está formada por la familia, la clase, la nacionalidad, la religión, las experiencias de la vida y el tiempo en que vive, su aspecto físico y su inteligencia. Sin embargo, todavía podemos observar que sigue cierto patrón arquetípico, al recordar a un dios en particular.

Puesto que las imágenes arquetípicas forman parte de nuestra herencia colectiva humana, nos resultan “familiares”. Los mitos griegos que se remontan a 3.000 años de antigüedad siguen vivos, se explican una y otra vez, porque los dioses y las diosas nos hablan de las verdades de la naturaleza humana. Conocer a estos dioses griegos puede ayudar a los hombres a entender mejor quién o qué está actuando en lo profundo de sus psiques. A su vez, las mujeres pueden aprender a conocer mejor a los hombres al conocer qué dioses están actuando en los hombres importantes de sus vidas, al tiempo que pueden descubrir que un “dios” en particular actúa en su propia psique. Los mitos pueden proporcionarnos la posibilidad de ese “¡ajá!” intuitivo: algo suena a cierto e intuitivamente captamos la naturaleza de una situación humana con mayor profundidad.

El parecido a Zeus, por ejemplo, es sorprendentemente obvio en los hombres que pueden ser despiadados, asumen riesgos a fin de conseguir más poder y riqueza, y que quieren estar muy visibles cuando hayan alcanzado la posición social deseada. Las historias sobre Zeus suelen encajar con los hombres que se identifican con él. Por ejemplo, sus vidas conyugales y sexuales pueden asemejarse a los galanteos de Zeus. El águila, que se asocia con Zeus, simboliza las características del arquetipo: desde su elevada posición goza de una perspectiva general, puede ver el detalle y tiene la capacidad de actuar rápidamente para atrapar lo que quiere con sus garras.

Hermes, el dios mensajero, era el comunicador, el embaucador, el guía de los espíritus del mundo subterráneo, y el dios de las carreteras y fronteras. Al hombre que encarne este arquetipo le costará asentarse en un lugar, porque responderá a la atracción de la vía abierta y de la siguiente oportunidad. Al igual que el azogue o el mercurio (su nombre romano es Mercurio), este hombre se resbala de entre los dedos de las personas que quieren atraparlo o retenerlo.

Zeus y Hermes son patrones muy distintos y los hombres que se asemejan a cada uno de estos dioses difieren entre ellos. Pero dado que todos los arquetipos están potencialmente presentes en todos los hombres, tanto Zeus como Hermes también pueden estar activos en el mismo hombre. Con ambos actuando en su interior y de una forma equilibrada puede que sea capaz de establecerse, lo cual es la prioridad de Zeus, con la ayuda de las habilidades

de comunicación y las ideas innovadoras de Hermes. O bien se puede encontrar con conflictos psicológicos, oscilando entre el Zeus que busca poder, que requiere tiempo y compromiso, y el Hermes que necesita libertad. Éstos son sólo dos de los arquetipos de los dioses que se valoran positivamente en nuestra cultura patriarcal.

Los dioses que estaban denigrados —los rechazados, cuyos atributos no se valoraban entonces, ni tampoco ahora— también siguen vivos en las psiques de los hombres, como lo estaban en la mitología griega. Había prejuicios respecto a los mismos como dioses; la cultura occidental tiene una tendencia similar contra su papel como arquetipos en la mente humana —la sensualidad y la pasión de Dionisos, el frenesí de Ares en el campo de batalla que bajo otras circunstancias fácilmente se hubiera puesto a bailar, la emotividad de Poseidón, la intensa creatividad introvertida de Hefesto, la introspectiva atención de Hades. Estas tendencias continuadas afectan a la psicología de los hombres, que puede que repriman estos aspectos en ellos mismos en un intento de adaptarse a los valores culturales que recompensan la distancia emocional, la frialdad y la adquisición de poder.

Ya sea trabajando, yendo a la guerra o haciendo el amor, cuando actúas como se espera que lo hagas, sin la inspiración de una fuerza arquetípica, malgastarás demasiada energía y esfuerzo. Puede que tus esfuerzos tengan sus recompensas, pero no se satisfarán por completo. Por el contrario, hacer lo que te gusta te afirma interiormente y te proporciona placer; guarda coherencia con lo que eres. En realidad eres afortunado si ves recompensado y reconocido lo que haces en el mundo exterior.

Activar los dioses

Todos los dioses son patrones potenciales en las psiques de todos los hombres; sin embargo, en cada individuo algunos de estos patrones están activados (energizados o desarrollados) y otros no. Jung utilizó la formación de cristales como analogía para explicar la diferencia entre los *patrones arquetípicos* (que son universales) y los *arquetipos activados* (que están funcionando en nosotros). Un arquetipo es como el patrón invisible que determina qué forma y estructura adoptará un cristal en su formación. Una vez se forma el cristal, el patrón reconocible es análogo a un arquetipo activado.

Los arquetipos también se pueden comparar a los “mapas” que hay en las semillas. El crecimiento de las semillas depende de la tierra y de las condiciones climáticas, de la presencia o ausencia de ciertos nutrientes, de los cuidados y cariño de los jardineros, del tamaño y de la profundidad de la maceta y de la propia resistencia de la especie. La semilla puede que no llegue a crecer o que no sobreviva tras haber echado los primeros brotes. Si llega a desarrollarse, puede crecer exuberantemente o quedar interrumpido su crecimiento porque las condiciones disten mucho de ser óptimas. Las circunstancias afectarán al aspecto concreto de lo que está creciendo de la semilla, pero la forma básica o identidad de la planta —al igual que un arquetipo— seguirá siendo reconocible.

Los arquetipos son patrones humanos básicos, algunos de los cuales son innatamente más fuertes en unas personas que en otras, al igual que lo son las cualidades humanas como el talento musical, un sentido innato del tiempo, la habilidad psíquica, la coordinación física o la inteligencia. Como seres

humanos todos poseemos cierto talento musical, pero algunas personas (como Mozart) son niños prodigio y otras (como yo) tenemos problemas para reproducir una simple melodía. Lo mismo sucede con los patrones arquetípicos. Algunos hombres parecen encarnar un arquetipo en particular desde el primer día y seguir esa trayectoria durante toda su vida; o puede que en la mitad de su vida aparezca otro hombre, por ejemplo, si de pronto se enamora y conoce a Dionisos.

Predisposición inherente y esperanzas familiares

Los bebés nacen con ciertos rasgos de la personalidad —son enérgicos, voluntariosos, plácidos, curiosos, capaces de estar solos o bien necesitan de la compañía de los demás—. La actividad física, la energía y la actitud difieren de un niño a otro: un recién nacido cuyo llanto ansioso posea un inconfundible poder para exigir lo que quiere en ese momento y que a los dos años se embarque en todas las actividades es muy distinto del niño risueño y agradable que parece personificar el espíritu de la racionalidad a su corta edad. Son tan distintos como intensos, el Ares instintivamente físico y el ecuánime y amistoso Hermes.

Como niño, muchacho y por último hombre, sus acciones y actitudes que comienzan como predisposiciones inherentes o patrones arquetípicos son juzgadas y correspondidas por los demás mediante la aprobación, la ansiedad, el orgullo y la vergüenza. Las esperanzas de la familia de un niño apoyan ciertos arquetipos y rechazan otros, y por ende, las cualidades de sus hijos o la naturaleza propia de uno en concreto. La ambiciosa pareja de profesionales con carrera que aspira a ascender en la escala social y que desde la amniocentesis saben que “es un chico”, pueden esperar el nacimiento de un futuro estudiante de Harvard. Esperan un hijo agradable que pueda dirigir sus esfuerzos intelectuales a una meta muy distante. Un hijo que fuera arquetípicamente como Apolo o Zeus satisfaría a la perfección todos los requisitos, agradar a sus padres y prosperar en el mundo. Pero si el niño que nace resulta coincidir con otro arquetipo, la desilusión y la ira al ver frustradas sus esperanzas serán las reacciones más probables. Un emotivo Poseidón o un Dionisos con su noción del tiempo de estar aquí y ahora,

tendrían problemas para satisfacer el programa que sus padres tienen para él. Esta incapacidad para adaptarse afectaría negativamente a su autoestima.

Con frecuencia, en las familias hay hijos que no “encajan” en sus esperanzas o estilos. Un niño que valore la soledad, como Hades, o el distanciamiento emocional, como Apolo, no sólo es molestado continuamente, sino que también puede ser considerado extraño por su extravertida^[5] y expresiva familia. El muchacho Ares o Poseidón, que se encontraría bien en este tipo de familia, es una excepción en una familia fría y racional que no demuestra físicamente sus emociones, sus necesidades de contacto se desaprobarán y quedarán insatisfechas.

En unas familias, se espera que el niño sea como su padre y siga sus pasos. En otras, en las que el padre es la decepción, cualquier rasgo que el hijo comparta con el mismo atraerá la cólera y la negatividad que los demás sienten hacia el progenitor. Luego también están las esperanzas de que el hijo dé vida a los sueños fracasados del padre. Sean cuales fueren las esperanzas para él, éstas interactuarán con lo que está presente arquetípicamente y con lo que se puede modelar.

Si un muchacho o un hombre intenta cumplir lo que se espera de él a costa de sacrificar su conexión con su verdadera naturaleza, puede que tenga éxito en el mundo y que lo encuentre sin sentido para él, o bien fracasar en la vida tras haber fracasado también en seguir fiel a sus principios. Por el contrario, si es aceptado por lo que es, y sin embargo es consciente de que es importante desarrollar las habilidades sociales o competitivas que va a necesitar, entonces su adaptación al mundo no será a costa de su autenticidad y autoestima, sino que éstas le ayudarán a completarla.

Las personas y los acontecimientos activan a los dioses

Una persona o acontecimiento puede activar —o, en términos junguianos, *constelar*— una reacción arquetípica o “típica” de un dios en particular. Por ejemplo, un hijo que llega a casa con un ojo morado, puede, sin decir palabra, provocar rencor en un padre, el vengador Poseidón que siente la necesidad inmediata de saldar cuentas con quienquiera que le haya hecho eso a *su* hijo. Pero el mismo ojo morado puede evocar desprecio hacia su hijo por haberse

metido en una pelea con los puños, si su padre reacciona como Zeus hizo con su hijo Ares. Cuando Ares fue herido, Zeus no sólo no fue compasivo sino crítico; reprendió a su hijo por ser un quejica y aprovechó la ocasión para echarle en cara lo detestable y pendenciero que era.

Así mismo la infidelidad provoca una serie de reacciones. ¿Qué sucede cuando un hombre descubre que su esposa le es infiel o que la mujer que él considera “suya”, tiene otro amante (aunque él esté casado y lo suyo con ella no sea más que un devaneo)? ¿Se vuelve como Zeus e intenta destruir al otro hombre o quiere destruir a la mujer, como hizo Apolo? ¿Quiere conocer los detalles, como hizo Hermes, o idea ingeniosas maneras de atrapar a la pareja *in fraganti* para exponerla al escarnio público, como Hefesto?

Las innumerables circunstancias históricas pueden proporcionar la situación que active a un dios en una generación de hombres. Por ejemplo, los jóvenes con la tendencia dionisiaca a buscar la experiencia extática a través de las drogas psicodélicas de los años sesenta. Muchos se convirtieron en pacientes psiquiátricos; muchos otros se iluminaron espiritualmente. Hombres que no habían sentido a Dionisos, entonces lo sintieron, y a raíz de ello son ahora sensuales y estéticamente conscientes, lo que de otro modo no hubiera sido posible.

Los hombres que estuvieron en el ejército en la guerra del Vietnam puede que se alistaran como voluntarios porque se identificaban con Ares, el dios de la guerra. O puede que fueran reclutas desgraciados. En cualquiera de los casos, la situación podía activar aspectos de Ares. Algunos hombres experimentaron una vinculación emocional positiva, una lealtad y una profunda compenetración con los compañeros que en otras circunstancias jamás hubieran sentido. Otros hombres se volvieron “poseídos” por la ciega furia de un Ares enajenado, quizás tras ver como un amigo caía en una emboscada, o fueron arrastrados por una psicología de grupo propia de Ares; a raíz de ello, hombres que en circunstancias normales ni siquiera habrían participado en una pelea de bar, pudieron cometer atrocidades y matar a civiles.

“Hacer” activa a los dioses: no “hacer” los inhibe

Proponerse objetivos y la claridad de pensamiento son cualidades que se

recompensan culturalmente y que se manifiestan de forma natural en hombres como Apolo, el arquero, cuyas flechas doradas pueden alcanzar un blanco muy distante. Todos los demás han de estudiar para adquirir estas habilidades, sobre todo cuando se hace hincapié en la necesidad de sacar buenas notas para conseguir labrarse un porvenir.

En cambio, el muchacho dionisiaco menosprecia los dones naturales: puede quedarse fácilmente absorto en el mundo sensorial y quedar totalmente atrapado en el presente inmediato. De joven, cuando se deleitaba con el tacto del terciopelo y la seda, o se entregaba en cuerpo y alma a la música por medio del baile, estaba conectando con la sensualidad innata que probablemente no le ayudaban a fomentar, aspecto que debería ser de obligado aprendizaje para todos los chicos.

Hay un dicho que reza “hacer es llegar a ser”, y eso expresa claramente cómo se pueden evocar o desarrollar los dioses mediante una acción determinada. El asunto suele ser: “¿te tomarás ese tiempo?”. Por ejemplo, un ejecutivo puede ser consciente de cuánto le gusta trabajar con sus manos, puede pasarse horas en su taller del sótano. Pero, si ha de tener tiempo para Hefesto, no se puede llevar trabajo extra de la oficina a casa. Del mismo modo, el hombre que una vez entró con gusto en las competitivas refriegas de los campos de deportes escolares, perderá el contacto con el competitivo Ares en sí mismo, a menos que encuentre el tiempo y los compañeros para jugar al voleibol, al fútbol o se meta en un equipo del barrio.

Los dioses y las etapas de la vida

Un hombre atraviesa por muchas etapas en la vida. Cada etapa tiene su propio dios o dioses de mayor influencia. Por ejemplo, hasta sus treinta años puede ser una combinación de Hermes, el dios ocupado con zapatos alados y un Dionisos buscador del éxtasis. En ese punto llega a una gran encrucijada: la mujer de su vida le dice que o se compromete con ella o la pierde. Su decisión de aceptar ese compromiso y ser fiel al mismo —que (aunque resulte sorprendente) es otro aspecto de Dionisos— le conduce a sellar las alas de Hermes e invocar a su propio Apolo para salirse adelante en el mundo laboral. En las tres décadas siguientes puede que otros arquetipos ocupen su lugar. La paternidad y el éxito pueden constelar a Zeus en él; la muerte de su esposa o descubrir que ha estado expuesto al sida, pueden desarrollar su Hades.

A veces, los hombres que se identifican mucho con cierto arquetipo pueden atravesar etapas, todas ellas correspondientes a aspectos de ese mismo dios. En los capítulos sobre cada dios, describiré estos patrones del desarrollo.

Favoritismo patriarcal

El patriarcado —ese sistema invisible y jerárquico que nos sirve de lecho de Procusto, cuando refuerza los valores y concede poder— tiene favoritos. Siempre existen ganadores y perdedores, arquetipos a favor y en contra. A su vez, los hombres que encarnan a “dioses” concretos son alabados o rechazados.

Los valores patriarcales que enfatizan la adquisición del poder, del pensamiento racional y de tener el control son consciente o inconscientemente reforzados por las madres, los padres, los compañeros, las escuelas y otras instituciones que recompensan o castigan a los muchachos y a los hombres por su conducta. A consecuencia de ello, los hombres aprenden a conformarse y a sofocar su individualidad junto con sus emociones. Aprenden a colocar a la persona correcta (o la actitud y manera aceptable que es la imagen que muestran al mundo) junto con el “uniforme” que se espera de su clase social.

Cualquier cosa que resulte “inaceptable” para los demás o para las reglas de conducta puede convertirse en una fuente de culpabilidad o de vergüenza para el hombre, de modo que puede que se encuentre en el lecho de Procusto psicológico. A continuación viene el “desmembramiento” psicológico, cuando hombres (y mujeres) se separan o reprimen estos arquetipos o partes de sí mismos que les hacen sentir inadecuados o avergonzados. En un sentido metafórico, la admonición bíblica que comienza diciendo «si tu mano derecha te ofende, córtala...», es una llamada a la automutilación psicológica.

Lo que los hombres suelen cortar son sus aspectos emocionales, vulnerables, sensuales o instintivos. Sin embargo, en la psique todo aquello

que es sesgado o enterrado sigue vivo. Puede pasar a un plano “subterráneo” y estar alejado del estado consciente durante un tiempo, pero puede volver a emerger o ser “recordado” cuando (por primera vez en la vida o por primera vez desde la infancia) este arquetipo halla aceptación en una relación o situación. Los hombres que tienen vidas secretas, sentimientos y acciones inaceptables pueden que retengan su existencia en la sombra y las experimenten subrepticamente sin que los demás se den cuenta hasta que se hacen evidentes y se produce el escándalo, como ha sucedido con destacados evangelistas que predicaban en la televisión, que denostaban contra los pecados de la carne y que fueron desacreditados cuando se manifestó en ellos el deshonroso Dionisos.

Conocer a los dioses: darnos poder a nosotros mismos

Conocer a los dioses es una fuente de poder personal. En este libro podremos ver a cada uno de los dioses a medida que pasamos de la imagen y la mitología al arquetipo. Veremos cómo influye cada uno en la personalidad y las prioridades, y comprenderemos de qué modo se relacionan entre sí su significado y las dificultades psicológicas específicas.

Comprender a los dioses ha de ir a la par con el conocimiento sobre el patriarcado. Ambas son fuerzas poderosas e invisibles que interactúan afectando a cada hombre individualmente. El patriarcado amplía la influencia de algunos arquetipos y reduce la de otros.

El conocimiento sobre los dioses puede aumentar el conocimiento y la aceptación de sí mismo, abrir el camino para que los hombres se comuniquen entre sí y dar poder a los hombres y a muchas mujeres para tomar decisiones que puedan conducir a la autorrealización y la dicha. En *Courage to Create*, el psicólogo Rollo May definió la dicha como «la emoción que acompaña a la conciencia exaltada, el estado de ánimo que va a la par con la experiencia de realizar los propios potenciales^[6]». Los arquetipos son potenciales. Dentro de nosotros —y dentro de nuestra cultura patriarcal— hay dioses que hemos de liberar y otros que se han de reprimir.

La nueva teoría y perspectiva psicológica

Este libro presenta a los hombres y a la psicología masculina bajo una visión diferente. Al beber de las fuentes de la mitología y de la teología he descubierto que la actitud patriarcal de hostilidad hacia los hijos es muy evidente. Esta misma actitud está también presente en la teoría psicoanalítica.

Describo el efecto del antagonismo y rechazo paternal de la psicología masculina en el capítulo dos. “Padres e hijos: los mitos nos hablan del patriarcado”. Este capítulo incorpora las visiones de la psicoanalista Alice Miller, que señala que el mito de Edipo comienza con el intento del padre de asesinar a su hijo. En cualquier familia o cultura en la que los hijos sean vistos como amenazas para el padre y sean tratados como tales, la psique de un hijo y el clima cultural se verán negativamente afectados. Estoy presentando una nueva perspectiva psicológica.

Además, *Los dioses de cada hombre* es una psicología de los hombres que considera importante el impacto de la cultura en el desarrollo de los arquetipos. Éste es un nuevo énfasis en la psicología junguiana.

En el capítulo doce, “El dios ausente”, especulo sobre la aparición de un nuevo arquetipo masculino, una posibilidad explicada por la teoría de los campos morfogenéticos de Rupert Sheldrake^[7].

Al final este libro proporciona una forma sistemática y coherente de comprender la psicología de los hombres a través de los arquetipos masculinos personificados en los dioses griegos (que también están presentes en las mujeres). Mi anterior libro, *Las diosas de cada mujer*, describía las

diosas griegas y los arquetipos femeninos (que también están presentes en los hombres) como base de una psicología arquetípica femenina. En conjunto, los dos libros presentan una nueva psicología sistemática para hombres y mujeres que explica la diversidad que hay entre nosotros y nuestra complejidad interior. Esta psicología basada en el panteón de las deidades griegas refleja la riqueza de nuestra naturaleza humana y nos indica la divinidad que experimentamos cuando lo que hacemos surge de lo más profundo que hay en nosotros y sentimos la dimensión sagrada en nuestras vidas.

2. PADRES E HIJOS: LOS MITOS NOS HABLAN DEL PATRIARCADO

La historia de la familia olímpica

Los mitos sobre Zeus y los dioses del Olimpo son “historias familiares” que esclarecen nuestra genealogía patriarcal y su enorme influencia sobre nuestras vidas personales. Son historias sobre actitudes y valores que hemos heredado de los griegos, descendientes de los indoeuropeos con sus dioses guerreros, que llegaron en oleadas de invasiones para conquistar los primeros cultos a diosas de los habitantes de la vieja Europa y la península griega. Nos hablan de nuestros padres fundadores y arrasan el reino matriarcal que les precedía o sólo ofrecen pequeños indicios del mismo.

Como suele suceder en las familias, cuando los años de esfuerzo por establecerse han tocado a su fin, la gente siente la necesidad de registrar lo que sucedió y construir un árbol genealógico. Nosotros estamos en deuda con Homero (*circa* -750) y Hesíodo (*circa* -700). Homero, en su *Ilíada* y su *Odisea*, conservó los temas mitológicos en las épicas que tenían algún fundamento histórico, mientras que Hesíodo anteriormente había organizado numerosas tradiciones mitológicas en la *Teogonía*, que es un relato sobre el origen y el linaje de los dioses.

Al principio, según Hesíodo, había el vacío. De ese vacío, se materializó Gea (Tierra). Ésta dio a luz a las montañas, al mar y a Urano (Cielo), que se convirtió en su esposo. Gea y Urano se unieron y se convirtieron en los padres de los doce Titanes —antiguos, poderes primordiales de la naturaleza adorados en la Grecia histórica—. En la genealogía de los dioses de Hesíodo, los Titanes eran una dinastía reinante temprana, los padres y abuelos de los dioses del Olimpo.

Urano, el primer patriarca o figura paterna en la mitología griega, se enfadó por la capacidad generativa de Gea, ya que engendrar hijos no era de su agrado. Cuando nacieron los últimos niños, él los escondió en el gran cuerpo de Gea, la Tierra, y no les dejaba ver la luz del día. Gea padecía grandes dolores y tristeza por esta violencia contra sus recién nacidos.

De modo que recurrió a sus propios hijos, los titanes, para que la ayudaran. Tal como narra Hesíodo, la movía la angustia, por lo que les dijo claramente: «Hijos míos, tenéis un padre salvaje; si me escucháis podremos vengarnos de su malvado ultraje: fue él quien empezó a usar la violencia^[8]».

Por lo tanto, la *Teogonía* de Hesíodo hace de la violencia de Urano contra sus propios hijos el mal inicial, que engendró la violencia subsiguiente. Fue el pecado original del dios padre celestial, que se repetiría en las siguientes generaciones.

Los titanes quedaron todos “presos del miedo” a su padre, salvo el más joven, Cronos (denominado Saturno por los romanos). Sólo Cronos respondió al grito de auxilio de Gea con estas palabras: «Madre, estoy dispuesto a llevar a cabo tu plan hasta el final. No respeto a nuestro infame padre, puesto que fue él quien empezó a utilizar la violencia^[9]».

Armado con una hoz que le dio su madre y siguiendo el plan que ella había urdido, se acostó a esperar a su padre. Cuando Urano acudió para copular con Gea y se echó sobre ella, Cronos tomó la hoz, le cortó los genitales a su padre y los tiró al mar. Tras haber castrado a su padre, Cronos era entonces el dios más poderoso, que junto a sus hermanos, los titanes, gobernó el universo y creó nuevas deidades.

Cronos se casó con su hermana Rea, que, como su madre Gea, era una diosa terrestre. De su unión surgió la primera generación olímpica: Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón y Zeus.

Sin embargo, una vez más el progenitor patriarca —esta vez Cronos— intentó eliminar a sus hijos. Avisado de que estaba destinado a ser derrocado por su propio hijo y decidido a que eso no sucediera, se tragaba inmediatamente a cada uno de sus vástagos al nacer, sin tan siquiera comprobar si el recién nacido era varón o hembra. En total, se tragó tres hijas y dos hijos.

Rea, abatida por la pérdida de su descendencia y embarazada de nuevo,

recurrió a Gea y a Urano para que la ayudaran a salvar al que todavía había de nacer. Sus padres le dijeron que fuera a Creta cuando llegara el momento de dar a luz y que engañara a Cronos envolviendo una piedra con pañales. Cronos, en su apresuramiento, se tragó la piedra, pensando que era su hijo.

Este último hijo, al que no pudo tragar, era Zeus, que efectivamente derrocó a su padre y se convirtió en el dios supremo. Educado en secreto hasta que fue adulto, Zeus recibió ayuda de Metis, una diosa preolímpica de la sabiduría y su primera consorte, para conseguir que Cronos vomitara a sus hermanos olímpicos. Con ellos como aliados derrotó a Cronos y a los titanes. La violencia había engendrado violencia durante tres generaciones.

Tras su victoria, los tres dioses hermanos, Zeus, Poseidón y Hades, se repartieron el universo entre ellos. A Zeus le tocó el cielo, a Poseidón el mar y a Hades el mundo subterráneo. Aunque se suponía que la tierra y el monte Olimpo eran un territorio compartido, Zeus extendió su poder sobre este territorio. (Las tres hermanas no tenían derechos de propiedad, lo cual es propio de la cultura patriarcal griega).

A través de sus uniones sexuales, Zeus engendró la siguiente generación de deidades, así como a los semidioses, que fueron los héroes por antonomasia de la mitología. Mientras engendraba hijos activamente, él también, al igual que su padre había hecho, se sintió amenazado por la posibilidad de que uno de sus hijos le arrebatara el poder. Se había profetizado que Metis, la primera de sus siete consortes, daría a luz a dos hijos, uno de los cuales sería un niño que llegaría gobernar sobre dioses y hombres. Así que cuando se quedó embarazada, temiendo que se tratara de este hijo, la engañó para que se volviera muy pequeña y se la tragó para impedir que diera a luz. Al final, el niño resultó ser una niña, Atenea, que acabó naciendo de la cabeza de Zeus.

Los dioses celestiales como padres

Los dioses padre de la mitología griega poseen características similares a las de las deidades de todas las culturas patriarcales. Como imágenes o ideales, los dioses padre son poderosas divinidades masculinas que gobiernan sobre los demás. Son versiones eternas de los hombres de poder dentro de la cultura. Como tales, son figuras arquetípicas, cuya mitología, cuando se contempla metafóricamente, nos habla mucho de la psicología masculina.

Los dioses patriarcales son hombres autoritarios que viven en los cielos, en las cimas de las montañas o en el espacio: por ende, gobiernan desde arriba y a distancia. Esperan ser obedecidos y tener el derecho a hacer lo que les plazca mientras sean los dioses principales. Como dioses guerreros, su supremacía la consiguieron a través de derrotar a sus rivales y generalmente tienen celos de sus prerrogativas y exigen obediencia. Con todo su poder, temen que su destino sea ser derrotados por uno de sus hijos. Como padres, suelen ser antipaternales y expresan hostilidad hacia su descendencia.

En su esfuerzo por “enterrar” a sus hijos, Urano intentó reprimir su potencial impidiendo su crecimiento y que desarrollaran aquello para lo que habían sido creados. Cronos, al “tragarse” o “consumir” a sus hijos, intentó incorporárselos a sí mismo. Metafóricamente, así es como un padre evita que sus hijos crezcan para ser superiores a él o que puedan desafiar su posición o perder su fe en ellos. Los mantiene a la sombra, reticente a exponerlos a la influencia de la gente, de la educación o de los valores que ampliarían sus experiencias. Insiste en que no difieran de él ni se desvíen de los planes que él tiene para ellos. Si un hijo o una hija no puede actuar o pensar

independientemente, no supondrá una amenaza. Un padre que consume la autonomía de sus hijos y su crecimiento padece lo que yo denomino el “complejo de Cronos”.

Zeus, por su parte, engañó a su esposa embarazada para que redujera su tamaño y así poder tragársela. Ella quedó reducida, perdió su poder y sus atributos fueron engullidos, al igual que el matriarcado fue engullido por el patriarcado, y los atributos, una vez asociados a la diosa, pasaron a identificarse con el dios. Esta reducción se parece al modo en que algunas mujeres cambian cuando se casan y se quedan embarazadas. Pierden su libertad de pensamiento y la autoridad que ejercían, a medida que se someten a maridos que con frecuencia encajan en el autoritario molde de Zeus.

Edipo: no era culpable

Tras saltarnos muchas generaciones, llegamos a la figura mitológica griega de Edipo, quien inconsciente de lo que estaba haciendo mató a su padre y se casó con su madre. Freud fundó el psicoanálisis basándose en su análisis de lo que denominó el complejo de Edipo, afirmando que este asesinato y matrimonio era el deseo inconsciente de todo hijo. Freud también reaccionó contra los hombres a quienes había hecho de mentor (como Jung y Adler, que desarrollaron ideas diferentes a las suyas y cuya posición podía algún día rivalizar contra la suya) como hijos edípicos de los que había que deshacerse. Cuando Jung le explicó un sueño que cataloga como el que le condujo a sus teorías de lo inconsciente colectivo, Freud estaba convencido de que representaba un deseo de muerte hacia él^[10].

Freud vio a Layo, el padre de Edipo, como una víctima inocente en su mito. Pero esta versión distaba mucho de ser cierta, como observa la psicoanalista Alice Miller^[11].

Layo era el rey de Tebas. Cuando acudió al oráculo de Delfos a preguntar por qué su esposa no le había dado hijos, el oráculo le respondió: «Layo, deseas un hijo. Tendrás un hijo. Pero el Destino ha decretado que perderás tu vida en sus manos... debido a la maldición de Pélope, a quien una vez le robaste a su hijo». Layo había cometido esta equivocación cuando era joven, cuando fue obligado a huir de su país y tuvo que pedir refugio al rey Pélope,

que le acogió. Layo le pagó su amabilidad seduciendo a Crisipo, su hermoso y joven hijo, que después se suicidaría.

Layo primero intentó evitar ese destino viviendo separado de su esposa. Pero con el tiempo, a pesar de la advertencia, tuvieron relaciones sexuales y Yocasta dio a luz a un hijo. Por temor a la profecía, Layo decidió matar a su hijo recién nacido abandonándolo en las montañas; perforó sus tobillos y se los ató con una correa. Pero el pastor que había elegido para que le asesinara, se compadeció del inocente bebé, se lo entregó a otro pastor y regresó ante Layo fingiendo haber cumplido su cometido. Layo ya se podía sentir seguro; seguro de que su hijo había muerto de sed y de hambre o que habría sido despedazado por las bestias salvajes. El pastor dio al niño, a quien puso el nombre de Edipo (“pies hinchados”, debido a las heridas en sus tobillos) a una pareja. Estos padres adoptivos le educaron y le dejaron creer que era su verdadero hijo.

Ya de adulto, Edipo viajaba por la carretera que se dirigía a Beocia cuando llegó a una encrucijada. Allí había un carruaje con un anciano que esgrimía una aguijada hacia él y con la que le golpeó en la cabeza. Edipo, enfurecido por esta agresión infundada, devolvió el ataque con su cayado, derribando a su asaltante y matándolo. Tras este incidente continuó su viaje, sin imaginar siquiera que había hecho algo más que vengarse de algún plebeyo que había intentado herirle. Nada en la vestimenta o el aspecto del anciano delataba su noble ascendencia. Sin embargo, en realidad, era Layo, el rey de Tebas, su padre.

Alice Miller señala la injusticia de culpar a Edipo:

En la tragedia de Sófocles, Edipo se castiga a sí mismo arrancándose los ojos. Aunque no había tenido forma de reconocer a su padre en Layo; incluso aunque éste último había intentado matar a su hijo recién nacido y era responsable de esa falta de reconocimiento; aunque Layo fuera quien provocó la ira de Edipo cuando se cruzaron sus caminos; aunque Edipo no deseaba a Yocasta se convirtió en su esposo gracias a su inteligencia para resolver el acertijo de la esfinge, rescatando a Tebas de ese modo, e incluso aunque Yocasta, su madre, podía haber reconocido a su hijo por sus pies hinchados, hasta la fecha

nadie parece haber objetado el hecho de que a Edipo se le cargara con toda la culpa^[12].

Miller sigue observando que «siempre se ha dado por hecho que los hijos son responsables de lo que se les hace y se ha considerado esencial que, cuando los niños crecen, no sean conscientes de la verdadera naturaleza de su pasado^[13]».

El fracasado intento de Layo de matar a su hijo Edipo evoca los mitos griegos de los dioses padre del cielo que intentaron acabar con sus hijos. En cada caso, al igual que en la teoría psicoanalítica sobre el complejo de Edipo, el padre cree que el ser que acaba de concebir o el recién nacido quiere deshacerse de él, y por eso trata al bebé como si fuera su rival. Cronos y Zeus temían tener hijos que les hicieran lo que ellos habían hecho a sus padres; Layo temía que su hijo fuera un agente de castigo. En la mitología, la racionalización de los padres que intentan matar a sus hijos siempre es “debido a la profecía”. La versión psiquiátrica contemporánea sería “debido a una idea paranoica”. En la psicología junguiana se formularía como “debido a la proyección de la sombra” (que sucede cuando las personas atribuyen a los demás sus propias emociones, motivaciones o acciones reprimidas o rechazadas).

Las proyecciones y las acciones que se originan de las proyecciones dan forma a las personas sobre las que van a recaer. Un niño que sea tratado como si fuera malo y que es rechazado, abandonado y maltratado, responde sintiéndose culpable. Piensa: «debo merecer este trato» (sufriendo así doblemente, primero por el maltrato y luego por asumir la culpa).

Zeus y los reyes mortales como Layo eran gobernantes territoriales sobre los demás. Cada uno había consolidado su poder sobre una zona y sus habitantes y gobernado con realeza. Esta forma de gobierno y de valores implícitos son patriarcales; es una jerarquía de hombres, de los cuales cada uno existe en un orden establecido, con Zeus o dios en la cima, deidades inferiores debajo, luego los reyes mortales, que remontan sus orígenes a algún dios, y después los leales vasallos y súbditos. Las grandes corporaciones, con el presidente de la compañía y la junta directiva en la cima, son los equivalentes contemporáneos de Zeus y los dioses del Olimpo.

Las fuerzas armadas formalizan todavía más la jerarquía, como lo hace la iglesia católica romana y la mayoría de la fraternidades.

Madres sin poder en las familias patriarcales

Todos los dioses del Olimpo, incluido Zeus, tenían madres que carecían de poder y que estaban subordinadas a un padre poderoso y a menudo agresivo, y la mayoría tuvieron esposas a las que dominaron. Las mujeres —tanto diosas como mortales, salvo raras excepciones— temían atrocemente sus relaciones con los dioses. Y si las mujeres y las madres están desvalorizadas, carecen de poder y son incapaces de proteger a sus hijos (e hijas), sus hijos se sienten traicionados por ellas. Puesto que la madre que les da a luz es la proveedora, la nodriza, ella supone la primera experiencia del mundo para un recién nacido y en un principio eso supone poder. El hecho de que ella después no pueda protegerle, le abandone o le anteponga a otra persona, supone una traición y un rechazo para el bebé, que éste dirigirá en su contra o contra cualquier mujer de la que alguna vez pueda depender emocionalmente. Como hombre adulto, puede descargar contra otras mujeres la ira impotente que sintió de pequeño hacia su propia madre. Esta cadena de acontecimientos ayuda a explicar uno de los orígenes de la hostilidad hacia las mujeres en las culturas patriarcales, donde éstas gozan de relativamente poco poder.

Para complicar aún más las cosas, cuando las mujeres son oprimidas por hombres poderosos, por sus padres, esposos o hermanos, o bien por una cultura que las limita sólo por el hecho de ser mujeres, algunas de ellas proyectarán su resentimiento (a menudo inconscientemente) sobre los hombres que no tienen poder —sus hijos pequeños— especialmente cuando el niño empieza a emular a su padre o a expresar su propia capacidad innata de decisión y su espíritu alborotador. Esto puede manifestarse como un maltrato o

rechazo directo, o bien a través del sarcasmo y la humillación. Las hermanas que sienten el peso de un trato injusto también pueden castigar a sus hermanos de un modo similar, mientras éstos sean pequeños o lo bastante jóvenes. Esta reacción en cadena es otra fuente de hostilidad hacia las mujeres que albergan muchos hombres, originada en la infancia y que descargan sobre las mujeres cuando son grandes y poderosos.

El hogar como el castillo de un hombre

En la cultura patriarcal, cada hombre manda sobre su familia, con la autoridad de un rey dentro de su propio hogar. La derecha conservadora y las sectas cristianas fundamentalistas expresan su hostilidad contra la legislación o los servicios sociales que según ellos “ponen en peligro los valores familiares tradicionales”, que hacen que esta posición del hombre como amo y señor dentro de su propio hogar, es decir, el modelo patriarcal, se tambalee. El patriarcado es el responsable de la oposición “tradicional” a que la mujer tenga potestad sobre su propio cuerpo, propiedades o capacidad reproductiva, así como de la oposición a los hogares para mujeres maltratadas, que ofrecen un refugio o un medio para escapar de los hombres agresivos.

Un padre celestial que es el creador de una dinastía se encarga de planificar la carrera de sus hijos, de prepararlos para que asuman el lugar en el mundo que él les ha asignado. Cuando un hijo encarna las ambiciones de su padre, en vez de descubrir lo que él realmente quiere hacer, puede que éste “consume” su vida. La sensación de ser consumido es especialmente intensa cuando las tendencias del hijo difieren del puesto que su padre espera que desempeñe.

Un ejemplo de padre celestial que supera la realidad lo encontramos en la política de los Estados Unidos. Fue el caso de Joseph P. Kennedy, cuya ambición para sí mismo se podría decir que consumió a sus hijos. Como hijo de inmigrantes, Kennedy sintió la llamada de la presunción social. Su ambición era subir hasta la cima, si no por sí mismo, a través de sus hijos. La consolidación de la riqueza y el poder de Kennedy, su búsqueda de

reconocimiento y sus aventuras amorosas hicieron de él una versión moderna de Zeus. En primer lugar se esperaba que Joe Kennedy Jr., para quien el papel de político extravertido podía resultar natural, se presentara para candidato a la presidencia de los Estados Unidos. Cuando su avión fue derribado y él murió, el siguiente hijo, John F. Kennedy, tuvo que cumplir esta función, sin tener en cuenta sus tendencias personales y dificultades físicas. Tras el asesinato de J.F.K., el tercer hijo, Robert F. Kennedy, puso su vida en juego.

Los padres celestiales y su descendencia: alejamiento y competitividad

El hecho de que los padres no reaccionen como padres con sus hijos y los vean como rivales no sólo se produce en la mitología griega. Al escuchar a muchos hombres en mi práctica de psiquiatría, he podido observar lo huérfanos que se sentían, por lo emocionalmente distantes, críticos, lo que les rechazaban, lo cerrados o incluso agresivos que eran sus padres. También he visto cuánta tristeza, dolor e ira creó esto en sus hijos (y familias) y cómo este patrón se ha transmitido a través de sucesivas generaciones. También he oído hablar de las intenciones de los padres de estar más abiertos y ayudar, y de los momentos en que, a pesar de eso, desatan una carga de agresividad contra un hijo y luego se sienten culpables y perplejos al comprobar cuánta ira ha despertado él en ellos.

El distanciamiento entre padre e hijo empieza con el resentimiento paterno o con la percepción de ver a su hijo como rival, que puede surgir incluso antes de que su hijo nazca. El embarazo de la esposa puede activar sentimientos de su propia infancia. Puede incluso tener un breve idilio como medio para ahuyentar la depresión o los sentimientos de impotencia. Su percepción de su esposa encinta puede recrear recuerdos de su madre embarazada y del dolor que el embarazo y la llegada de un nuevo hermano supusieron para él.

Ahora, como esposo (antes, como hijo), pasa a ser menos importante para la vida de la mujer nutridora y maternal. Con el embarazo hay menos disponibilidad: ella mira hacia dentro o está cansada, o no puede hacer las

cosas que solía hacer con él. Está más absorta en sí misma y menos pendiente de él, puede perder interés en el sexo, que para él suponía su principal afirmación y el medio más importante de proximidad.

La rabia, la hostilidad y la rivalidad que sentía cuando era niño por la llegada del nuevo bebé, que tuvo que reprimir, ahora se reaviva en el embarazo de su esposa. Y como nuevo futuro padre, estos mismos sentimientos son aún más inaceptables y por lo tanto se han de ocultar como antes. Al igual que los dioses padres griegos, teme ser suplantado por su rival.

La llegada de un hijo, sobre todo la del primero, inicia a un hombre en la siguiente etapa de su vida. A muchos hombres les asusta la posibilidad de responsabilizarse de una familia, se hacen preguntas respecto a su capacidad como proveedor si su estabilidad laboral o un posible ascenso son dudosos. Los sentimientos de no sentirse adecuado para superar la siguiente prueba de su masculinidad pueden contribuir a los miedos irracionales de que ese bebé no sea suyo.

Además, puede tener miedo a quedarse atrapado. Antes se consideraba que el matrimonio era como llevar grilletes, pero ahora la vida conyugal y los hijos son decisiones separadas y etapas de la vida. Tener un hijo, más que el matrimonio en sí, es lo que los hombres más temen que les pueda atrapar. La paternidad a menudo conlleva pedir un préstamo, contratar un seguro de vida, ser el único proveedor durante un tiempo o a partir de entonces, tener que conservar un trabajo que no le satisface o hacer pluriempleo para pagar las facturas. De modo que mientras otros dan la enhorabuena a la pareja y hacen alboroto en torno a la mujer embarazada, el esposo puede sentir miedo y resentimiento en lugar de felicidad por la llegada del bebé.

Entonces el recién nacido se convierte en el centro de atención, una vez más puede que reproduciendo experiencias dolorosas de la infancia en muchos hombres. Su esposa es ahora más la madre de su bebé que su mujer. Tal como temía, el bebé le ha sustituido, al menos temporalmente. Descubrir los sentimientos que tienen los hombres (a través de su análisis) revela que puede que tengan envidia de la capacidad de su esposa de tener hijos y concederse un tiempo de descanso, o que envidian la atención y proximidad al cuerpo de la madre del que goza el bebé, especialmente si la pareja no tiene relaciones sexuales. Los senos que él amaba, ahora “pertenecen” a su hijo. Y la llegada

del recién nacido ha puesto fin a su vida exclusiva como pareja.

En una cultura patriarcal, los bebés y los padres no tienen muchas oportunidades de vincularse. “Nunca he tenido que cambiar un pañal”, solía ser un comentario que, en general, enorgullecía a los hombres. Los hijos —los niños en particular—, eran la demostración de la masculinidad de su padre y un medio para extender su poder o hacer realidad sus ambiciones; no disfrutaban de mucha satisfacción personal por parte de su padre. Desvinculado como estaba el padre celestial de los cuidados de su hijo, de la capacidad de cuidar, de preocuparse por él, puede que nunca se llegara a producir una conexión emocional entre ambos.

A raíz de haber hablado con una generación de hombres que estuvieron presentes y participaron en las horas del parto y del nacimiento, tengo la impresión de que en ese momento comienza un profundo y amoroso vínculo con sus hijos. Sin embargo, si ese lazo no se crea y el nuevo padre no siente ternura ni instinto de protección hacia su hijo y su esposa, es probable que esté furioso y resentido debido a que experimenta el embarazo de su esposa y el nacimiento de su hijo como una serie de privaciones. La rabia hacia el “entrometido”, especialmente si se trata de un niño, y la ira contra su esposa, que le ha “abandonado” por un bebé, son sentimientos que quizás ni tan siquiera lleguen a alcanzar el plano consciente. Cuando en la terapia se desvelan estos sentimientos de cólera, por lo general suelen encubrir miedos aún más profundos al abandono y a sentirse insignificante.

Puede entonces que un padre inflija castigo corporal, verbal o ridiculice a sus hijos varones, en nombre de la disciplina o de “ayudar a que los niños se hagan hombres”. Puede que busque la lucha en todos los juegos para pegar a su hijo. Esos juegos que empiezan con risas y acaban siempre con un niño llorando, que además es humillado por llorar. El niño de cuatro a seis años que dice: «no quiero que papá vuelva a casa», puede tener verdadero miedo a la competitividad y la ira de su padre, y no estar sólo verificando la teoría de Edipo.

El hijo que puede llegar a sustituir a su padre en el afecto de su madre y cosechar el fruto de los celos paternos, llegará a tener poder como adulto a medida que el poder de su padre se vaya reduciendo. Al igual que la mitología de los dioses padre celestiales griegos, a menos que su hijo sea anulado de

alguna manera, algún día éste se encontrará en una posición que pueda desafiar el poder de su padre y derrotar su autoridad.

Las doctrinas del pecado original y la insistencia del psicoanálisis en que todos los hijos quieren matar a sus padres y casarse con sus madres, son teorías que justifican la hostilidad que los padres celestiales resentidos demuestran con sus hijos. La “necesidad de” disciplina se ve apoyada por refranes como “quien bien te quiera te hará llorar”.

Los hijos se vuelven primero desconfiados, luego temerosos, después hostiles hacia los padres que los ven como malos o malcriados desde que son unos bebés y les tratan como tales. Sin embargo, esto no sucede así cuando el padre da de comer a su hijo, juega con él, le hace de mentor y supone un modelo positivo para él. Entonces el hijo puede incluso sentirse más próximo a su padre que a su madre, o unas veces preferir estar con la madre y otras con el padre.

En muchas ocasiones un niño tiene un padre celestial distante no agresivo, sino que tan sólo está ausente sentimental y físicamente. Esta experiencia paterna es bastante común entre mis pacientes masculinos, que me hablan de infancias en las que el hijo anhelaba la atención y aprobación de su distante padre (más que ser hostil como implica la teoría de Edipo). En sus infancias, estos hijos no tuvieron a sus padres que tanto habían idealizado.

Mientras un hijo espere que su padre le preste atención y lo reivindique como suyo, los sentimientos predominantes serán el anhelo y la tristeza. La ira hacia el padre llega después, cuando el hijo abandona sus esperanzas y expectativas de ser acogido por su padre; cuando abandona el deseo de que su padre le ame. El enojo también puede surgir de la desilusión, si el padre distante resulta no estar a la altura de su idealización.

La relación entre los padres celestiales emocionalmente distantes de sus hijos adolescentes y adultos, suele adoptar una cualidad de rutina o incluso ritualista. Cuando padre e hijo están juntos, tienen una conversación predecible, una serie de preguntas y respuestas en las que ninguna de ellas delata algo verdaderamente personal, quizás empezando por un “¿cómo te va?”. Vista psicológicamente, semejante relación entre un padre celestial y su hijo adopta la forma de un distanciamiento aparentemente confortable. Sin embargo, la decepción puede hallarse justo debajo de la superficie.

También puede surgir la hostilidad directa cuando el hijo siente que lo único que significa para su padre es una extensión de su orgullo. Cuando el hijo percibe que su padre no se preocupa de él como persona y, sin embargo, alardea de sus logros, el distanciamiento aumenta. Los hijos atléticos son especialmente susceptibles de sentirse utilizados de este modo.

Bruce Ogilvie, psicólogo y autor de *Problem Athletes*, que fue el primer experto en el campo de la psicología de los deportes, describe a un joven que fue a verle, que había sido un excelente *catcher* y un número uno en potencia que probó suerte en las ligas profesionales, y cuya actuación se vio frustrada cuando fue examinado por los principales entrenadores de la liga.

Había salido a recoger, para mostrar sus habilidades a los entrenadores, cuando de pronto dejó escapar diez pelotas seguidas o más. Yo dije: «Un momento, quiero que revivas toda la experiencia conmigo...», así que prosiguió, describiendo cada pelota que paraba con éxito, hasta que me dijo: «¡Jesús, si es ese hijo de perra! ¡Ahí está mi padre, figando en las gradas de la derecha!». Su padre nunca se había relacionado con él salvo en lo que respectaba a su rendimiento en el deporte. Cuando hubimos terminado de revivir la situación pudo ver que si alcanzaba sus ambiciones también habría satisfecho las necesidades de su padre, y eso él no podía soportarlo. Podría explicar miles de historias similares. Tengo una historia de padre para cada una de las ciudades americanas^[14].

A este atleta en particular le importaba que su actuación fuera lo único que le interesaba de él a su padre y no podía soportar la idea de satisfacer las ambiciones o la necesidad de gloria reflejada de su padre. Éste es el papel que los hijos, especialmente los primeros, han de desempeñar y la razón por la que son tan valiosos cuando nacen (más que las hijas). El orgulloso padre, repartiendo puros, anuncia que ahora tiene un “hijo y un heredero”, que se espera que lleve su nombre (y sus ambiciones) y que, por el mero hecho de haber nacido varón, pruebe la masculinidad de su padre. El mero nacimiento de un varón en un patriarcado satisface la necesidad del padre de tener un hijo. Luego viene la necesidad de que ese hijo cumpla con lo que su padre espera

de él, en lugar de que éste venga al mundo con sus dones y talentos particulares, con sus necesidades emocionales, con sus defectos y rasgos de la personalidad, y posiblemente incluso con un propósito personal que cumplir.

El sacrificio de los hijos

Además de la mitología griega, que con pequeños cambios se transformó en mitología romana, el Antiguo y el Nuevo Testamento son las principales fuentes de la historia familiar en la civilización occidental. Existen muchos paralelismos entre ambos. Los indoeuropeos que invadieron la península griega y los israelitas, que procedían de Egipto en dirección hacia su tierra prometida, llegaron ambos como invasores e inmigrantes a una zona que ya estaba poblada y en donde lo normal era la adoración a la diosa. Ambos pueblos invasores tenían dioses padre celestiales, con cualidades guerreras, que gobernaban desde arriba y se comunicaban desde las montañas. Y en ambos hay una evolución en la figura del dios celestial, un cambio desde ser menos hostil con sus hijos a ser más paternal. En la mitología griega el cambio tuvo lugar a través de una serie de dioses padre celestiales, con Zeus como figura central. Aunque el dios de la Biblia es considerado como una sola entidad, recibe varios nombres: Yahveh y Elohim en el lenguaje original del Antiguo Testamento. Con el paso del tiempo, el dios celestial bíblico cambió y se volvió menos punitivo y más colaborador con sus “hijos” humanos.

Contempladas como historias familiares y vistas desde una perspectiva psicológica, los paralelismos continúan. Los temas griegos del padre celestial que se siente amenazado por el nacimiento o el crecimiento de sus hijos, su intento de engullirlos o de mantenerlos controlados dentro de sus límites y la hostilidad hacia ellos también están presentes en la Biblia, aunque disfrazados bajo aspectos de obediencia y sacrificio.

Para cumplir la voluntad del dios celestial se ha de sacrificar a los hijos. Así Yahveh probó a Abraham ordenándole que ofreciera a su único hijo Isaac, a quien tanto amaba, para que lo ofreciera en holocausto sobre una montaña. El hecho de que estuviera dispuesto a matar a su hijo significaba que había pasado la prueba. (Así mismo, Agamenón, cuando dirigió a los guerreros griegos contra Troya, descubrió que sus barcos estaban inmóviles en un mar de

calma chicha en Áulide. Para conseguir Buenos vientos tenía que sacrificar a su hija Ifigenia, a lo cual tuvo que acceder).

Aunque los niños contemporáneos no se sacrifican literalmente en el altar, para que sus padres puedan pasar sus pruebas y tener éxito, los hijos son metafóricamente ofrecidos como sacrificios. Esto se confirma en diferentes planos psicológicos: los hombres que tienen éxito suelen ser padres ausentes de las vidas de sus hijos, emocional y con frecuencia también físicamente. Sacrifican la posibilidad de estar cerca de sus hijos, de sus trabajos, de sus funciones. Y también sacrifican a su propio “niño interior”, esa parte juguetona, espontánea, confiada y emotiva de ellos mismos.

La cultura patriarcal es hostil con la inocencia, menosprecia las cualidades infantiles y recompensa a los hombres por su habilidad de ser como Abraham, Agamenón y Darth Vader, que anteponen la obediencia a una autoridad superior y la ambición (o la obediencia a un dios exigente) por encima del amor y la preocupación por un hijo.

Isaac: el sacrificio del hijo

Al patriarca del Antiguo Testamento, Abraham, se le mandó que fuera a la tierra de Moriá y allí, en un monte, debía sacrificar a su hijo Isaac en una hoguera para ofrecérselo a Dios. Pienso en el joven Isaac e imagino que estaría encantado de acompañar a su padre en ese viaje, ignorando su propósito. A los tres días llegaron a su destino. Allí Isaac recogió leña gustoso y ayudaba a Abraham a preparar el altar cuando, perplejo, le preguntó: «Mira, ya está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?». A lo cual su padre respondió: «Dios proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío^[15]».

Imagino que Isaac aceptó esta respuesta y se preguntaba cómo y cuándo se materializaría el cordero. ¿Cuándo, me preguntó yo, se daría cuenta el muchacho de que su padre iba a sacrificarle a él? ¿Fue cuando Abraham le ató? ¿Fue cuando postró a Isaac sobre el altar, sobre la leña? ¿O fue sólo cuando Abraham tomó el cuchillo para degollarle? Puedo imaginar que cuando intuyó que era él quien iba a ser sacrificado, no se lo podía creer, tuvo miedo y se sintió traicionado. Quizás Abraham le explicó que estaba obedeciendo a

un dios que exigía la muerte de su único hijo; eso habría ayudado a Abraham a justificar lo que estaba a punto de hacer, pero dudo que eso hubiera reconfortado a Isaac. Lo único que sabía era que con su padre no estaba seguro; éste estaba a punto de matarle.

Entonces el Señor llamó a Abraham y le dijo: «¡Abraham, Abraham! No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; pues ya veo que temes a Dios, pues no me rehusaste tu hijo, tu único hijo^[16]». Y entonces Abraham miró hacia el cielo y vio un carnero, trabado en una mata por sus cuernos y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo.

Abraham fue entonces bendecido por Dios, porque estaba dispuesto a matar a su hijo: «Por cuanto has hecho esto y no me has rehusado a tu hijo, tu único hijo; te llenaré de bendiciones, y multiplicaré abundantamente tu descendencia como las estrellas del cielo y la arena que hay en la orilla del mar^[17]».

Ifigenia: el sacrificio de la hija

Otra historia de éxito que depende de la voluntad del padre de sacrificar a sus vástagos es la que se narra en la *Iliada*. Esta vez el padre era el rey Agamenón, comandante en jefe de los ejércitos griegos en la guerra de Troya. Agrupó un ejército, se preparó para zarpar con una inmensa flota hacia Troya. Pero no había buenos vientos y, con los barcos parados, los hombres se iban poniendo nerviosos. La gloria, el botín y el poder que serían suyos si sus tropas conquistaban Troya, se perderían a menos que hubiera vientos.

Agamenón consultó a un vidente, que le dijo que si sacrificaba a su hermosa e inocente hija Ifigenia, los vientos soplarían de nuevo y su flota podría partir hacia Troya.

Agamenón, entonces, mandó un mensaje a su esposa diciéndole que le mandara a Ifigenia, para casarla con Aquiles, hijo del rey Peleo y de la diosa del mar Tetis, y el más venerado de todos los héroes griegos. Pueden imaginarse el entusiasmo al oír las noticias de esta unión y cómo se desplazó la joven virgen hasta el campamento de su padre, con su equipaje cargado de hermosos vestidos y objetos, con su mente llena de pensamientos acerca de su supuesto prometido, mientras imaginaba el día de su boda.

¿En qué momento se dio cuenta Ifigenia de que algo no iba bien? ¿Cuánto tiempo le hizo creer su padre que iba a casarse? ¿Cuándo se enteró de que la había hecho venir para sacrificarla? ¿Llevaba ya puesto su traje de novia? ¿Se dirigió hacia el lugar donde iba a ser sacrificada creyendo que era el lugar donde se iba a realizar la ceremonia nupcial? En algún momento debió darse cuenta de que su padre la había engañado y de que la muerte la estaba esperando. Cuando se enteró de lo que le iba a pasar, se debió haber sentido traicionada, abandonada y atemorizada.

Agamenón la ofreció en sacrificio y los vientos regresaron, su flota zarpó hacia Troya para librar una lucha que duraría diez años. En otra versión de la historia, Ifigenia fue salvada por la diosa Artemisa, que en el último momento la substituyó por una cierva.

Agamenón fue, pues, otro padre recompensado por su voluntad de sacrificar a su hija. Si lo observamos bajo el prisma psicológico, el padre que viola la confianza de una hija y acaba con su inocencia, destruye esa misma parte dentro de sí mismo. Simbólicamente, la hija puede representar el ánima de su padre (término descriptivo de Jung para el aspecto femenino de un hombre); al igual que puede hacerlo su esposa, que representa su otra mitad (a la que coloquialmente se hace referencia como su “mejor mitad”), a la que en estas historias no se consulta o es engañada y carece de poder para defender a su hijo o hija.

Dudo que Abraham le dijera a Sara que se despidiera para siempre de su hijo Isaac, cuando partían hacia Moriá. Dudo que Abraham le dijera que pensaba obedecer a Dios y sacrificar a Isaac en un holocausto. De haber sabido su madre lo que iba a pasar, suponemos que habría intentado detenerle. Si ella hubiera tenido el poder de evitarlo, Isaac se habría quedado en casa. Lo mismo habría sucedido con Ifigenia si su madre hubiera sabido lo que pretendía Agamenón cuando mandó llamar a su hija a Áulide bajo falsas excusas.

Para ser un soldado o un comandante en jefe despiadado o incluso un ejecutivo moderno o un empresario, un hombre (o una mujer, que ahora también puede desempeñar ese papel) generalmente ha de estar dispuesto a matar o a reprimir sus sentimientos más tiernos, a anteponer su búsqueda de aprobación o de éxito en el mundo a sus vínculos familiares. En el

campamento militar o en el equivalente contemporáneo del mundo comercial no hay lugar para la vulnerabilidad, la ternura y la inocencia. Tampoco hay lugar para la empatía ni la compasión por los enemigos, en un entorno de “mata o te matarán” o para competidores y rivales en los que uno gana y el otro pierde. Estos atributos son vistos como debilidades que se han de sacrificar.

Los mitos que narran las historias de los hombres que estuvieron dispuestos a acabar con sus hijos y cómo fueron recompensados, son comentarios muy significativos. Nos hablan de lo que se valora en una cultura patriarcal: has de obedecer a la autoridad y has de hacer lo que necesitas para conservar la autoridad que ya tienes.

Este sistema de valores tiene consecuencias negativas directas en la relación entre padres e hijos. Los padres autoritarios reaccionan con ira ante lo que perciben como insubordinación y desobediencia, castigando a sus hijos (e hijas) por no hacer, por la causa que sea, lo que ellos les han dicho o lo que ellos esperaban.

La necesidad de mantener una postura de autoridad contribuye en el “peor de los casos” a situaciones de padres agresivos. Un hombre puede entonces enfurecerse con un bebé que no deja de llorar o con un niño de dos años que aún se encuentra en una etapa de desarrollo muy incipiente, y percibirlo como un insubordinado o que se está riendo de su autoridad (y no es por casualidad que este hecho también le haga sentir su propia impotencia para controlar lo que sucede). Esta reacción se considera paranoica. El padre no ve a su propio hijo como un niño que está manifestándose tal como es, que está haciendo lo que hacen los bebés y los niños de esa edad, sino que reacciona a lo que está percibiendo y abusa del niño.

Lo más frecuente es que el niño incite la cólera de un padre autoritario cuando se hace mayor. Puede que no haga lo que se le ha dicho, cuestionarse las cosas, no estar de acuerdo con su padre, rebelarse contra su autoridad. Desafiar la autoridad es una parte normal del proceso de aprendizaje y de descubrir las cosas por uno mismo.

La identificación con el agresor

Desde una perspectiva psicológica, el problema no es que el padre tenga autoridad y la ejercite. Los niños adquieren confianza y seguridad cuando hay una autoridad que establece límites apropiados y firmes. Pero las necesidades de firmeza del niño no se ven satisfechas si, bajo el disfraz de la autoridad paternal, el padre está expresando sus celos de ser sustituido emocionalmente o está reaccionando a su necesidad de demostrarle a su hijo quién es el que manda.

El padre está representando, pues, el papel de un enfurecido y distante padre celestial, que ve a su hijo como una amenaza para su posición. Dado que su rabia es irracional, el hijo inicialmente se siente confundido y herido. Esta situación se transforma en un resentimiento mutuo y un distanciamiento; paradójicamente también ayuda a que el hijo se comporte como el padre cuando sea mayor.

En el plano fisiológico, esta paradoja surge porque el hijo se “identifica con el agresor” en lugar de hacerlo con la víctima que en realidad es. Llega a rechazar las cualidades que él posee, que son las que provocaron la ira de su padre, aunque éstas no fueran malas.

Aunque a un hijo pueda desagradarle su padre que le critica, le amedrenta y descarga su ira sobre él, lo que sucede es que acaba odiando todavía más ese sentimiento de debilidad, incompetencia, temor, impotencia y humillación. Llega a odiar su propia vulnerabilidad por ser el blanco de la crítica punitiva y de la ira de su padre. Lo mal que se ha sentido y la idea de “maldad” se mezclan, confusión que la cultura patriarcal refuerza equiparando la

conciencia de la vulnerabilidad a la debilidad, la cobardía y el no “tener agallas”. El amor hacia las cosas bellas, la sensualidad y la espontaneidad emocional son igualmente rasgos no masculinos que se han de ocultar o enterrar tan profundamente que nadie pueda percibirlos.

Los muchachos y los hombres han aprendido que demostrar compasión hacia una víctima puede ser peligroso en un patriarcado, que se arriesgan a la pérdida de su propia posición ventajosa. El riesgo es especialmente elevado cuando un grupo de hombres ejerce poder sobre otros y atormentan, golpean o incluso violan a una persona más débil o hacen daño a un animal. En mi práctica como terapeuta un hombre recordó las burlas y el ridículo al que tuvo que hacer frente cuando era pequeño al objetar y detener la tortura a la que un grupo de niños estaba sometiendo a un gatito. El precio que tuvo que pagar por su acción fue que siempre se metieran con él.

Otros me han hablado de su sentido de culpa y vergüenza por faltarles el valor para hablar e intervenir. Dicen: «no moví un dedo», y de ese modo dieron su consentimiento tácito a lo que un grupo de hombres del que ellos formaban parte hicieron a una mujer, a un homosexual, a un judío, a un asiático, mejicano o negro. Estos hombres procedían de familias en las que no habían sido victimizados y por lo tanto no se identificaban con el agresor de la misma manera que un muchacho que ha recibido malos tratos podría hacerlo más tarde. Sin embargo participaron en lo que estaba sucediendo, que es lo que según parece suelen hacer los hombres cuando están en grupo.

Cuando un muchacho que ha sufrido intimidaciones se hace mayor y adquiere poder, y se encuentra en la posición de ser capaz de hacerle lo mismo a alguien que sea más pequeño y menos fuerte, por lo general lo hace (por suerte hay excepciones). Las pruebas iniciáticas para entrar en una fraternidad de estudiantes, con sus azotes y otras cosas peores, y el agotador ritmo al que están sometidos los médicos residentes^[18] en los Estados Unidos, dura prueba a la que han de sobrevivir, y el modo como son tratados los “plebeyos^[19]” en la academia militar de West Point son iniciaciones hostiles perpetradas a la nueva generación por parte de la anterior que ya ha sufrido los mismos abusos.

El lema para justificar estos ritos de iniciación suele ser: «lo que me han hecho a mí, ahora yo te lo hago a ti», lo cual indica una clara identificación con el agresor. Las pruebas iniciáticas de fraternidad repiten la experiencia

que muchos hombres tuvieron como hermanos pequeños en manos de sus furiosos hermanos mayores. El hermano pequeño es el receptor de la hostilidad y se encuentra en la misma relación de víctima predilecta de su hermano mayor, como éste lo fue para su padre. Esta repetición subyacente del patrón «lo que me han hecho a mí, ahora yo te lo hago a ti» no suele ser consciente, sino que actúa de forma automática.

La identificación con otros hombres

Es notable el hecho de que haya algún hombre que llegue a amar y a confiar en otro, en una cultura que propicia el distanciamiento y la competitividad entre los hombres. Tal como indican los informes sobre el estado psicológico de los hombres, la mayoría no se encuentra en ese caso.

Hay excepciones, momentos en que los hombres están verdaderamente unidos, generalmente cuando “están en el mismo barco” y la subcultura privada en la que viven temporalmente es igualitaria en lugar de ser patriarcal y compuesta sólo de hombres. Por algunos hombres, que ahora son profesionales con carrera, oigo hablar de una era dorada de compañeros de la infancia vinculada a haberse educado en barrios de clase trabajadora, a haber pasado veranos en los que nadie se marchaba de vacaciones y el grupo de amigos podía estar junto prácticamente en cualquier momento de vigilia. Eso era antes de que las chicas fueran importantes para ellos y antes de que fueran divididos en ganadores y perdedores. Más tarde, tuvieron que seguir caminos distintos, pero esta experiencia sentó la base para buscar la amistad con otros hombres. De igual modo, los hombres de clase alta que en la adolescencia partieron de sus hogares para estudiar en escuelas privadas, a veces hablan de haber formado parte de un grupo de amigos muy unido, a través del cual desarrollaron la capacidad de la amistad que se ha mantenido durante el resto de sus vidas. Los hombres que se alistaron en el ejército y que llegan a depender el uno del otro en el campo de batalla también hablan de haber forjado estrechos vínculos con sus compañeros.

Aunque todas estas situaciones difieran, los muchachos o los hombres

sentían que “estamos juntos en esto”. Compartieron situaciones y sus semejanzas les ayudaron a identificarse los unos con los otros. Se encontraban en una situación de “hermano igual” que por el momento disolvía la invisible, divisiva y jerárquica influencia del patriarcado, que suele separar y aislar a los hombres.

Luke Skywalker y “su destino”

Justo antes del momento álgido de *El retorno del Jedi*, la tercera entrega de *La guerra de las galaxias*, Darth Vader mantiene una significativa conversación con su amo, el emperador, que le dice: «el joven Skywalker será uno de los nuestros». Y en la lucha a vida o muerte entre Luke Skywalker y Darth Vader, Luke está tentado a responder con miedo y odio, y caer en rendirse a la mortífera ira —y, con ello, identificarse con el agresor—, lo cual, tal como le dice el emperador, es “inevitablemente tu destino^[20]”.

Luke Skywalker no se hace ilusiones respecto al emperador ni a la Estrella de la Muerte. No quiere formar parte de un imperio que busca conseguir el poder sobre todos los demás, reprimir la libertad y exigir una obediencia ciega —que son valores exagerados del patriarcado— aun cuando se le ha prometido un puesto de mando.

Puesto que no le seduce la promesa de poder, ni le vence el temor de ser un estúpido y de que se encuentra en una situación sin salida, Luke puede resistirse a su “inevitable destino”. Por consiguiente, no cede ni se convierte en un hombre sin sentimientos que da y recibe órdenes, como su padre. No canjea el amor por el poder, ni la lealtad a los demás por una posición segura, ni renuncia a su propia creencia en un tipo de sistema diferente ante la aparente inmunidad del estado de las cosas. Gracias a su compromiso con sus creencias y a su valor, puede resistir convertirse en otro Darth Vader y gana.

Todos los hombres y muchas mujeres en las culturas patriarcales se enfrentan a la misma tentación: ¿se identificarán con los agresores y se unirán

a ellos? Los momentos de la verdad y de tomar decisiones surgen continuamente, cuando la supervivencia de un Luke Skywalker —o su homóloga femenina, la princesa Leia—, están en juego dentro de nosotros. Mientras vivimos, la vida es una historia interminable que nos pone ante estas situaciones de tener que tomar decisiones. Podemos decidir no resignarnos ni rendirnos, permanecer fieles a aquello que nos importa, aun cuando tengamos razones para tener miedo. Para ser fieles a nuestros principios hemos de saber quiénes somos. Desde una visión psicológica, nuestros arquetipos activos nos conectan con lo que es más significativo para nosotros, de modo que saber qué arquetipos son los importantes nos revela algo importante respecto a nuestra naturaleza más profunda y nos ayuda a mantenernos firmes. Este conocimiento nos da poder.

En los capítulos siguientes conoceremos los dioses cuyos arquetipos viven en cada hombre y que también son familiares para toda mujer. Primero conoceremos a Zeus, Poseidón y Hades, los arquetipos paternos, cuyos capítulos separados comprenden la primera sección. Luego pasaremos a explorar la siguiente generación de los hijos —Apolo, Hermes, Hefesto, Ares y Dionisos—, cada uno de los cuales representa un patrón distinto de personalidad que a su vez es amparado o rechazado por el patriarcado y por sus padres personales.

PARTE II
EL ARQUETIPO DEL PADRE: ZEUS,
POSEIDÓN Y HADES

Zeus, Poseidón y Hades fueron la primera generación de dioses masculinos del Olimpo y representan tres aspectos del arquetipo de padre. Se dividieron el mundo entre ellos y cada uno gobernaba sobre su reino particular. Como arquetipos y metáforas, el dios y su reino se han de considerar en conjunto: Zeus y el cielo, Poseidón y el mar, Hades y el mundo subterráneo. La Tierra estaba dominada por Zeus, pero no la reivindicaba como suya.

Zeus gobernada sobre todos. Era el dios jefe y sus atributos personales son los mismos que los de los poderosos padres, reyes, presidentes corporativos o jefes del ejército, los varones que van en cabeza, las figuras del jefe. Poseidón y Hades son aspectos de la sombra de Zeus, esas partes del arquetipo del padre que los hombres de poder reprimen o descuidan, a la vez que son dos patrones separados.

La paternidad biológica y los arquetipos paternos no están relacionados. Por ejemplo, podemos leer sobre los tres dioses padre y no reconocer a nuestro propio padre en ninguno de ellos, porque no está allí; sin embargo puede seguir el patrón de uno de los hijos del Olimpo, cada uno de los cuales posee su forma característica de ser padre. Zeus no gobierna sobre todas las familias humanas, pero su influencia está muy presente en toda sociedad patriarcal.

En los patriarcados, Zeus es el arquetipo que predomina en la cultura (también es muy significativo para la psicología, en las psiques de los hombres). Al igual que el mundo de la mitología, las psiques de los hombres se dividieron en el reino mental consciente del poder, de la voluntad y del pensamiento (Zeus), el reino de la emoción y del instinto (Poseidón), que con frecuencia es reprimido, despreciado y a veces separado del estado

consciente; y el oscuro y temido mundo de los patrones invisibles y arquetipos impersonales (Hades), que a menudo sólo se percibe en sueños.

A diferencia de los tres dioses, que representan patrones arquetípicos fijos, cada uno definido por su reino, un ser humano tiene el potencial de acceder a todos estos reinos y puede moverse conscientemente a través de ellos e integrar sus aspectos en su personalidad consciente.

Las condiciones bajo las cuales nacieron estos dioses varones gobernantes todavía existen como patrones en la vida de muchos hombres. Zeus, Poseidón y Hades tuvieron un padre distante cuya aversión hacia ellos se basaba en el miedo de que su hijo acabara ocupando su lugar, y una madre sin poder alguno, desconsolada por no poder proteger o cuidar a su hijo. Muchos de nosotros hemos tenido familias semejantes. Sin embargo, sea cual fuere la familia de la que procedamos, todos vivimos en un patriarcado que lo que más valora es la adquisición de poder y favorece a los hombres que tienen éxito en alcanzar esta meta. Este patrón, como todos podemos ver, desempeña un significativo papel en la formación de la psicología masculina.

Conocimiento en espiral

Los capítulos sobre Zeus, Poseidón y Hades siguen un patrón espiral: la primera curva de la espiral es conocer al dios y su mitología; la siguiente es el patrón arquetípico, la tercera es ver cómo el dios o el arquetipo influye en la vida de un hombre; los conflictos psicológicos característicos forman la siguiente, y la última es la que hace referencia a la forma como puede que crezca un hombre que viva conforme al patrón de un dios en particular.

Al igual que una composición musical o un poema, la forma espiral es un acorde temático o tema que está presente en cada uno de los movimientos, cada curva se expande y a la vez profundiza en el significado del dios-arquetipo para el lector. En cada giro se vuelve a presentar al mismo dios y en cada repetición su imagen se vuelve a encarnar y se ve en más dimensiones.

La forma espiral invita a trabajar a los dos hemisferios de nuestro cerebro: la comprensión que llega a través del izquierdo procede de nuestra mente lineal, que absorbe información a través de la lógica y de las palabras; el hemisferio derecho está en contacto con las imágenes, las sensaciones, los recuerdos y los sentimientos personales y colectivos, en el tiempo y en la eternidad, a los cuales no les impone ni orden ni lógica. El “¡ajá!” llega cuando se produce una conexión desde el derecho al izquierdo o a la inversa, y de pronto se nos aclara una información; entonces conocemos algo en muchos planos y nos conmueve o afecta eso que ya conocemos.

3. ZEUS, DIOS DEL CIELO: EL REINO DE LA VOLUNTAD Y DEL PODER

Era el Señor del Cielo, el dios de la lluvia y congregador de las nubes, quien blandió el rayo. Su poder era mayor que el de todas las otras divinidades juntas.

Sin embargo no era omnipotente ni tampoco omnisciente.

EDITH HAMILTON, *Mithology*

El divino Zeus, que en su gloria es el dios que se presenta como luz y aporta luz y conciencia a los humanos, en su oscuridad se transforma en un enemigo de la fuerza vital, encerrado en sus estructuras y leyes, con temores y contrario al cambio y a cualquier amenaza a su *statu quo*.

ARIANNA STASSINOPOULOS, *The Gods of Greece*

Zeus era el más grande y poderoso de todos los dioses del Olimpo. Como dios olímpico del cielo gobernaba desde el monte Olimpo, una montaña alta y distante cuyas escarpadas alturas a menudo se encuentran tapadas por las nubes que se reúnen allí. Cuando él y sus hermanos Poseidón y Hades se repartieron el mundo, Zeus recibió el cielo, Poseidón obtuvo el mar y Hades el mundo subterráneo. La Tierra y el monte Olimpo tenían que ser propiedad común, pero Zeus desde el cielo dominaba el paisaje terrestre y gobernó sobre él.

El cielo es muy diferente del mar o del mundo subterráneo, como distintas son las personalidades de los dioses que regentan cada dominio. Para aventurarse en el reino del cielo se ha de dejar la tierra, perder el contacto con el mundo tangible para ganar una visión más amplia del territorio. Desde ese ventajoso punto de mira vemos el bosque, no los árboles individuales.

Zeus era el dios del relámpago, y su símbolo el rayo. Hasta la fecha, cuando osamos desobedecer una prohibición paterna, “esperamos que el rayo caiga sobre nosotros y acabe con nuestra existencia” y respiramos aliviados cuando no es así. Zeus, como portador de la lluvia, también proporcionaba lo que necesitan las cosas que crecen. Tanto si era punitivo como generativo, el poder de Zeus solía manifestarse desde arriba y a distancia.

Al igual que todos los gobernantes con éxito, practicaba la estrategia y formaba alianzas con las cuales derrotaba a los titanes. Estableció y consolidó su poder, pero lo más importante —típico de Zeus— es que logró imponer su voluntad a los demás.

Cuando nos volvemos como Zeus aspiramos a una posición alta y al poder, ya sea para estar por encima de los demás o para conseguir lo que queremos en la vida. Es el terreno de los hombres poderosos con poder político y económico, desde el legendario rey Arturo y el histórico emperador César Augusto hasta los líderes políticos actuales, incluyendo a la primera ministra Margaret Thatcher de Inglaterra, que con su ejemplo demuestra que el reino celeste no es exclusivamente dominio de los hombres, sino una orientación hacia el poder y una capacidad para llevar a cabo acciones decisivas.

Lo más significativo en el ámbito psicológico —especialmente, al contrario que en los reinos de Poseidón y de Hades— es que el cielo representa una actitud consciente, una perspectiva que exalta el control, la razón y la voluntad por encima de todas las demás cualidades.

Zeus, el dios

Zeus (Júpiter o Jove, como lo denominaron los romanos) era el dios supremo entre los dioses olímpicos griegos. Era el dios del cielo que dirigía el Olimpo y lanzaba rayos. Su animal simbólico era el águila. A Zeus se le llamaba congregador de las nubes y portador de buenos vientos, así como padre de los dioses y de los hombres (aunque en la mitología griega no era su padre: varios dioses y diosas eran sus hermanos y hermanas y no creó ni engendró a la humanidad). Dio a los reyes su autoridad y protegió sus derechos y su poder, mantuvo las leyes y castigó a sus transgresores.

Zeus fue representado como un hombre poderoso con barba, a menudo sentado en su trono con un cetro o rayo. La estatua más famosa de este dios era una de las siete maravillas del mundo antiguo, hecha por Fidias con oro y marfil, y que fue colocada en el templo de Zeus en Olimpia. Su majestuoso rostro era uno de sus aspectos; el otro era el de conquistador, cuyas múltiples amantes eran los temas de inspiración de muchos artistas.

Su nombre procede de la palabra indoeuropea *dyu* que significa “brillar”. La luz y el poder eran sus principales atributos abstractos.

Genealogía y mitología

La historia del nacimiento de Zeus ya se ha narrado en el capítulo dos de este libro, en el apartado sobre padres e hijos. Era el más joven y el último de los hijos de Cronos y Rea. Le precedían tres hermanas y dos hermanos, todos ellos engullidos por Cronos.

Rea salvó a Zeus engañando a Cronos, al camuflar una piedra envolviéndola en pañales y hacerla pasar por su hijo, lo cual evitó que fuera devorado. Zeus fue escondido en una cueva cretense y educado por una ninfa o una cabra (según la versión).

Cuando se hizo adulto, persuadió a la sabia Metis para que le diera a Cronos un emético, consiguiendo de ese modo que vomitara a sus hermanos y la piedra. Entonces, con sus hermanos Poseidón y Hades, y otros aliados, Zeus luchó para vencer a Cronos y a los titanes que gobernaban desde el Olimpo. Venció tras diez años de guerra por la supremacía. Aquí Zeus era un estratega y un creador de alianzas, que al final triunfó porque contaba con los cíclopes y con los gigantes de cien brazos que le ofrecieron un extraordinario poder bélico al contar con cien brazos para luchar.

Zeus y sus consortes

Tras derrotar a su padre Cronos y a los titanes, Zeus inició una serie de uniones con deidades femeninas, ninfas y mujeres mortales a través de las cuales engendró la aristocracia divina, la mayoría de la segunda generación de los olímpicos y semidioses. Hesíodo enumera siete consortes oficiales, matrimonios en serie que concluyeron con Hera. Fueron Metis, Temis, Eurínome, Deméter, Mnemósine, Leto y Hera. La mayoría de sus consortes eran diosas “más mayores”, es decir, adoradas antes que él y cuyas divinidades quedaron subordinadas a dicho dios.

La primera era Metis, diosa conocida por su sabiduría y madre de Atenea. La titánide Temis, diosa de la justicia y el orden, fue su segunda esposa; su descendencia fueron las parcas y las horas o estaciones. Eurínome, su tercera consorte, dio a luz a las cárites o gracias. Con su hermana olímpica Deméter engendró a Perséfone; con Mnemósine (Memoria), a las nueve musas. Su sexta consorte fue Leto, otra titánide, que parió a sus hijos gemelos Apolo y Artemisa.

Zeus y Hera

Como hija olímpica de Rea y Cronos, por rango de nacimiento Hera era

igual a Zeus. Ella atrajo su mirada errante y éste se propuso seducirla. Para ello se transformó en un tembloroso cuclillo. Al ver aquella patética criaturita, Hera se apiadó de ella y la estrechó contra su pecho para darle calor, y entonces Zeus se despojó de su disfraz e intentó seducirla. Pero ella le rechazó hasta que él le prometió que se casarían. Tras la ceremonia vino una luna de miel que duró trescientos años. Después Zeus empezó a ser promiscuo. La mitología griega está llena de leyendas sobre sus amoríos y de la humillación y la ira de Hera por sus celos.

Aunque la versión del “final de la luna de miel” del matrimonio de Zeus y Hera sea la más conocida (gracias a Homero), Hera había sido una diosa muy venerada como diosa del matrimonio. En sus rituales era adorada en la primavera como Hera, la doncella. En verano o en otoño se la adoraba —en un sagrado matrimonio con Zeus como el portador de la plenitud o de la perfección— como Hera, la realizada o la perfecta. En invierno se convertía en la afligida Hera, la viuda (aunque el inmortal Zeus nunca murió), por la habitual ocultación de su esposo. En primavera se sumergía una imagen de Hera y volvía a ser la diosa virginal Hera, la doncella.

Zeus, el conquistador

Zeus tuvo al menos veintitrés devaneos amorosos que dieron como fruto una numerosa y notable progenie, entre los que se incluyen dos olímpicos; Hermes, el dios mensajero, cuya madre fue Maya, y Dionisos, el dios del éxtasis y del vino, cuya madre, Sémele, era una mortal. Según Homero, Zeus también era el padre de Afrodita, cuya madre era la ninfa marina Dione.

Los amoríos de Zeus con las mujeres mortales eran seducciones en las que a menudo adoptaba una forma no humana. Se convirtió en una lluvia de oro para fecundar a Dánae, cuyo hijo fue el héroe Perseo, con Antíope fue un sátiro, sedujo a Leda bajo la forma de un cisne y fue el toro blanco que llevó a Europa en sus lomos.

Las otras mujeres y sus vástagos siempre atraían la furia de Hera. Zeus no era muy bueno en ocultar sus aventuras, incluso cuando convirtió a Ío en una vaca y a Calisto en un oso. En todos los casos salvó a los hijos de sus amantes, pero a veces no pudo salvar a la mujer, que cargó con el peso de la

furia de Hera.

Zeus y Ganimedes

Zeus —al igual que la cultura griega a la que representaba— no confinó su sensualidad sólo a las mujeres. Ganimedes era un hermoso troyano que fue conducido al Olimpo para ser el copero de Zeus y, según la mayor parte de los relatos, también su amante. Fue raptado por un torbellino o por el águila de Zeus. Entonces Zeus mandó a Hermes a consolar al padre del muchacho por las tristes noticias y le alivió su pérdida con un par de espléndidos caballos (o una cepa de oro, según la versión). En Roma, a Ganimedes se le solía llamar Catamita, que es de donde procede la palabra *catamito*^[22]. Fue immortalizado en la constelación de Acuario como el aguador.

Zeus y sus hijos

Zeus engendró muchos hijos. Su descendencia fueron dioses y diosas o semidioses, fruto de numerosas uniones con mujeres, tanto mortales como divinas.

Fue el primero de los dioses celestiales griegos en ser protector, generoso y de confianza para muchos de sus hijos e hijas. Cuando murió la madre de Dionisos mientras estaba embarazada, Zeus cosió el feto a su propio muslo y lo llevó allí hasta que fue su momento de nacer. Concedió a su pequeña Artemisa todo lo que ésta le pidió para ser la diosa de la caza: su arco, sus flechas, sus perros y las compañeras que ella eligió. Confirió a su otra hija Atenea sus propios símbolos de poder. Arregló una disputa entre Apolo y Hermes, insistiendo con firmeza en que éste último devolviera las vacas que le había robado a su medio hermano mayor, con lo cual consiguió que se hicieran amigos.

El aspecto oscuro del padre destructivo también formaba parte de su naturaleza. Fue tanto un padre incestuoso, que sedujo a su hija Perséfone, como el padre que dio permiso para que Hades la secuestrara y la violara y que no respondió a sus gritos de ayuda cuando Hades la estaba raptando. Un mito atribuye a Zeus la cojera de Hefesto, al que arrojó desde el Olimpo cuando éste intentaba defender a su madre, un caso de malos tratos a un menor.

Otro hijo, Ares, fue psicológicamente rechazado, fue objeto del odio de su padre. Y (tal como hemos citado anteriormente), temeroso de que Metis estuviera embarazada de un hijo que llegara a ocupar su lugar, se la tragó para evitar dicha posibilidad.

Sin embargo, a pesar de cómo tratara a sus hijos, la capacidad reproductora de Zeus como padre de muchos formaba una parte esencial de su naturaleza.

Zeus, el arquetipo

Sentarse en la cumbre, con el poder, la autoridad y el dominio sobre un reino elegido, es la postura de Zeus. Los hombres que juegan a ser “el rey de la montaña” en la vida real y lo consiguen, son como Zeus. Comparten rasgos de su personalidad y sus susceptibilidades; el patrón subyacente es el arquetipo de Zeus.

Zeus como el arquetipo del rey

Zeus tuvo la ambición y la capacidad de establecer un reino sobre el que fue el dios jefe, y el impulso de presidir sobre el propio territorio es un instinto primordial de este arquetipo, que modela a hombres (y mujeres) para ser y comportarse como Zeus.

Cuando el arquetipo predominante es Zeus, la necesidad de “establecer un reino” es una fuerza motriz. Como mínimo, se suscribe al dicho de “el hogar de un hombre es su castillo” y con ese fin busca una casa y una familia. Por lo tanto, este arquetipo predispone al hombre a querer casarse y tener hijos para que sean extensiones de sí mismo. Espera que su esposa administre bien el hogar y que se ocupe de la educación diaria de los hijos, mientras él se involucra lo menos que puede.

Una familia sólo es una parte de su motivadora visión más amplia de establecer su propio reino. Un Zeus quiere autoridad y poder, y no le importa aceptar riesgos para conseguir sus metas. Prefiere ser su propio jefe que trabajar para otro. Y si es un Zeus con visión de futuro, cuando comience su

primer negocio lo verá tan sólo como el principio.

El rey Arturo es una versión legendaria de este arquetipo. Comenzó como un don nadie no reconocido, cuyo destino sería el de unificar bajo su estandarte una tierra feudal en guerra. En la actualidad las batallas que se han de ganar suelen ser en el ámbito económico, y un emprendedor joven ambicioso que se convierte en un barón de los negocios —como Ross Perot, cuya operación de Tejas se convirtió en la multinacional Electronic Data Systems—, personifica el arquetipo del rey.

Este arquetipo también se manifiesta a través de los “reinos hereditarios”: en los hombres nacidos en familias de clase alta y ricas, que han heredado una posición de poder, la fuerza motriz es su necesidad de ampliar las fronteras de su reino para adquirir cada vez más poder económico y prestigio.

La gran casa y el gran edificio comercial son manifestaciones del mismo arquetipo. Una vez consolidado el poder se ha de construir Camelot.

Zeus como arquetipo de la acción decisiva

El rayo y el águila son los principales símbolos de Zeus. Son expresiones especialmente apropiadas de la capacidad de decisión para actuar rápidamente y “desde lejos” que caracteriza al arquetipo de Zeus.

El águila otea desde lo alto la tierra, ve de horizonte a horizonte. Sin embargo, también puede detectar desde muy lejos los movimientos de la pequeña presa y puede descender rápidamente para atrapar a la perdiz o al conejo entre sus garras. Igualmente, Zeus se encuentra en la atalaya de vigía para buscar lo que quiere o necesita. Puede tratarse de un producto en particular, de un posible futuro empleado o de una compañía, y, cuando localiza lo que quiere, va tras ello con todas sus fuerzas. Posee ambas cosas: una perspectiva general la gran visión, y la conciencia del detalle importante. Cuando se enfoca en el detalle le concede toda su atención: no tiene intención de que se le pierda de vista o se le escape de las manos. Sin embargo, al igual que el águila cuya presa de pronto desaparece de su vista o es atrapada por otro depredador, a pesar de toda la energía y el esfuerzo que ha puesto en esa meta en concreto, puede cambiar fácilmente de dirección, olvidarse de sus pérdidas y seguir adelante.

El rayo de Zeus era un símbolo de su poder punitivo. Éste también procede de lejos para golpear sin miramientos, pero sólo cuando se han agrupado las oscuras nubes de tormenta y el trueno ha rugido, insinuando una concentración de la emoción, una acumulación de ira. El celoso Zeus mató a Jasión con un rayo cuando se acostó con la diosa Deméter en el campo tres veces arado. Otro de sus rayos alcanzó a Faetón cuando el joven perdió el control de los caballos que conducían su carro del Sol.

El rayo puede ser un símbolo del “poder de despedir”, al igual que el águila puede representar la capacidad de adquirir o contratar con decisión. Para un presidente de una compañía como Lee Iacocca, que compró la Chrysler Corporation tras haber pagado sus deudas y sacarla de la bancarrota, la capacidad de despedir (y contratar) es esencial para el éxito. Es cierto que un despido puede acabar con una carrera, terminar con la vida laboral de un empleado leal y evidentemente tiene un efecto sobre su familia. Para un padrino de la mafia “deshacerse de alguien” puede significar una muerte física. Pero estas consideraciones no son propias de Zeus, y los hombres que personifican este arquetipo no pierden el sueño por estos asuntos.

En cambio, parece ser que el ex presidente Ronald Reagan no despidió directamente a nadie. Aunque se sentó en una posición de Zeus, no destacó por actuar con decisión, que es un distintivo de este arquetipo.

Zeus como creador de alianzas: a través de las conexiones empresariales

Una figura de Zeus con éxito puede trabajar en cooperación con otros hombres poderosos. Destaca en las “reuniones en la cumbre” por su capacidad de crear alianzas y determinar las fronteras, en arreglar acuerdos *quid pro quo*. Su palabra basta. Quiere tratar con los otros que también están a su altura y tienen decisión. Espera que los demás cuiden de sus propios intereses, al igual que él lo hace con los suyos. Para consolidar su base de poder y expandirse a partir de la misma, que son metas naturales para el arquetipo Zeus, las alianzas son esenciales.

En la actualidad, las alianzas del hombre Zeus se realizan con los banqueros y proveedores, distribuidores e incluso la competencia o con fuentes de referencia, burócratas, mecenas, en lugar de hacerlo con los señores

feudales o soberanos. Los títulos y reinos son diferentes, pero la forma es la misma.

Zeus, el dios, estableció en el poder a los olímpicos con la ayuda de los gigantes de cien brazos y los cíclopes, sin los cuales no habría derrotado a los titanes. Le ayudaron porque les había liberado. En el mundo de los negocios, un Zeus considera cuándo ha de “utilizar sus bazas”: ¿es este el momento de solicitar el pago de los favores que he concedido? Si es así, un Zeus con éxito lo hará con sutileza y sensibilidad. Con cada una de estas transacciones, Zeus forja alianzas y consolida su posición, como tan bien demostró *El padrino* de Mario Puzo, que fue interpretado en la pantalla por Marlon Brando. Ése era el arquetipo de Zeus vestido de padrino de la mafia.

Zeus como creador de alianzas: a través de los matrimonios

Para el arquetipo Zeus, cuya meta primordial es la de establecer un reino, el matrimonio también es un medio a través del cual se crean alianzas y se consolida el poder. Los matrimonios reales eran acordados por los primeros ministros. Los matrimonios patriarcales en todas las culturas son alianzas entre familias, en las que la propiedad y la descendencia son la principal preocupación. Los siete matrimonios oficiales de Zeus reflejan este mismo patrón.

Para Zeus, hallar una esposa apropiada no es una cuestión de sentimientos o de relación espiritual, sino una cuestión de estado, una alianza que sirva a la meta de establecer o consolidar su reino. Otros arquetipos también han de estar presentes si la relación ha de incluir la pasión, la amistad u otros aspectos que satisfagan las necesidades personales.

No cabe duda de que el matrimonio de Zeus y Hera se convierte en un modelo de conflicto. Cuando son estos dos poderosos arquetipos los que subyacen en dicha unión, cada uno de ellos está motivado por intenciones totalmente distintas. Para Hera el matrimonio es un compromiso sagrado y es la prioridad más importante; la monogamia y la fidelidad son esenciales para su bienestar. Cuando Hera es el arquetipo predominante en una mujer, ésta busca el matrimonio como medio para su realización personal, para su perfección y para sentirse completa.

Zeus, el conquistador

Tal como he mencionado anteriormente, Zeus era el arquetipo del conquistador; sedujo a ninfas, mortales y diosas, y engendró numerosos hijos e hijas. A menudo adoptaba muchas formas para seducir y fecundar a quienquiera que él deseara. Para Leda se convirtió en un cisne, para Dánae fue una lluvia de oro; para Europa se transformó en un toro; para Ío en una nube.

Persiguió a las mujeres con una perseverancia única, característica de su naturaleza de “águila”. Al ver a quien le interesa hace todo lo necesario para acercarse a ella: cambia su forma, muestra su parte más vulnerable o se convierte en un apasionado amante. Una vez ha logrado su propósito, lo más probable es que su atención se vuelva a enfocar en su trabajo. Puede que inconscientemente no se proteja para evitar el embarazo porque tiene un fuerte instinto de ser progenitor. Y lo más normal es que “cuide de sí mismo”, responsabilizándose económicamente de sus hijos y reconozca su paternidad.

Zeus, el padre celestial

El instinto de tener hijos forma parte del arquetipo de Zeus. Lo que espera de ellos es similar a lo que espera de sus subordinados: que sean obedientes y cumplan su voluntad. Sus hijos favoritos son una réplica de su ideal de sí mismo como persona imparcial y superior, que no permite que se “descontrolen” sus emociones. Estas cualidades las comparten sus hijos Apolo y Atenea, y están encarnadas en el hijo racional que busca el éxito, que es brillante en los estudios y en el deporte, y en la hija cuya mente funciona de modo similar a la suya, en la “niña de papá”; la admiración mutua es la que les une. Es un padre mentor, que guía la educación y la carrera de sus hijos, al igual que suele hacerlo con otros jóvenes con los que también actúa como mentor en sus negocios o mundo profesional. A cambio espera lealtad y se siente engañado cuando un subordinado o un hijo “crece” y luego piensa de modo distinto a él.

Zeus es el arquetipo de un padre dinástico, que funda una familia. Quiere tener muchos hijos y nietos para que siga su linaje y para conseguir este fin intenta imponer su voluntad sobre lo que sus hijos han de hacer en el mundo, no sólo mientras él viva sino también cuando ya haya desaparecido. Motivado

por su necesidad dinástica, así como por su naturaleza de padre proveedor, un Zeus multimillonario estructurará su negocio y establecerá consorcios para que se cumpla su voluntad en las sucesivas generaciones. Un Zeus con menos poder, con un reino más pequeño, hace lo mismo a menor escala.

Un hombre que se esfuerce en ser un padre que puede mantener bien a sus hijos y que se enorgullece de cómo lo hace, supone una característica típica de Zeus. El tamaño de su casa refleja este rasgo, a la vez que expresa su necesidad de poseer un territorio. El padre proveedor suele ser generoso, pero su generosidad está motivada por su deseo de controlar a sus hijos y está vinculada con las esperanzas que ha puesto en ellos.

Quién obtiene qué en los presupuestos de las familias Zeus, como en los presupuestos presidenciales, refleja las metas de un hombre que está en la cima.

Zeus, arquetípicamente es un padre autoritario que tiene la última palabra. Puede que exista una vía de comunicación abierta con sus hijos, pero las decisiones familiares y de los negocios se toman como describe Lee Iacocca: «Mi política siempre ha sido ser democrático en todo momento hasta que se han de tomar decisiones. Entonces me convierto en el comandante más detestable “Muy bien ya os he escuchado a todos —les digo—. Esto es lo que vamos a hacer^[23]”».

Zeus, el hombre

La vida de Zeus como hombre muestra cómo es el patrón arquetípico de Zeus cuando se vive conforme al mismo. Es un cuadro compuesto, dibujado intuitivamente a partir de múltiples ejemplos, que puede servir de espejo para que el hombre Zeus se vea reflejado en él. Cuando vemos cómo se encarna este patrón desde la infancia hasta la vejez, también podemos aprender a reconocer a Zeus.

La mayoría de los hombres que son como Zeus también tienen otros aspectos: en general hay más de un dios en todo hombre, lo que significa que una gran parte de lo que viene a continuación encajará con el hombre Zeus, pero no necesariamente todo. Además, el patrón de Zeus (al igual que sucede con los demás) puede dominar durante cierta fase de la vida de un hombre, en lugar de ser la principal influencia interna durante toda su vida. Zeus está claramente presente en esa época, pero en otros momentos ocupa un segundo plano. La paternidad, por ejemplo, puede propiciar una fase Zeus en un hombre si decide cambiar su trayectoria para establecerse en el mundo y ser el cabeza de familia, siempre que no hubiera manifestado estas ambiciones hasta entonces. O un hombre (o mujer) pueden parecerse a Zeus en sólo un aspecto de su vida, por ejemplo en los negocios o en el ámbito de las relaciones profesionales.

Los primeros años

El bebé Zeus se da a conocer muy pronto, dando muestras de un fuerte

poder de voluntad. Distrarlo de sus intereses no es fácil cuando su mente está enfocada en una cosa; cuando quiere coger algo o cuando ya lo tiene, no lo soltará. Éste es el niño de dos años que tanto ha contribuido al estereotipo de “los terribles dos años”, puesto que puede decir “¡no!” con mucha autoridad.

Para atemperar esta naturaleza autocrática y desarrollar sus dones internos, al niño Zeus le resultará muy beneficioso aprender sobre la ecuanimidad y la justicia tanto en su hogar como en la escuela, que le den cosas prácticas en las que pensar y tener juguetes u objetos que pueda manipular y desmontar. En general, si está solo creará un mundo en miniatura en el que hará que sucedan cosas. Construirá carreteras para su flota de coches, desplegará sus regimientos de soldados de juguete en el campo de batalla, o construirá una ciudad, antes que leer un libro o soñar despierto. Tampoco le gusta jugar en solitario si puede evitarlo. Es el niño que siempre es el capitán de sus tropas en el lugar de juego o el niño que quiere destacar y, cuando no lo consigue, se siente terriblemente frustrado.

Sus padres

Como niño, el Zeus de unos dos o tres años, por la fuerza de su voluntad, intimida a algunas madres que han sido dominadas por hombres autoritarios. Es jefe por naturaleza, cualidad que provoca a algunos padres, sobre todo a los autoritarios, que pueden pretender enseñarle quién es el jefe de una forma agresiva. Los padres pueden “darse cabezazos” con su hijo, se encuentran con el desafío de no ceder ante él, ni permitir que a los dos o tres años se convierta en un mezquino tirano, o de evitar meterse de lleno en luchas de poder en las que aprenda que el poder hace el derecho.

Con este tipo de niños, más que con ningún otro, los padres han de recordar que es sólo un bebé o un niño pequeño, aunque actúe como si fuera Luis XIV o Enrique VIII. Los padres que le ofrecen opciones apropiadas, en lugar de enzarzarse con él en luchas de poder, le animan a que piense y actúe, lo cual son habilidades positivas innatas de Zeus. Preguntarle: “¿Te gustaría tener esto o aquello? ¿Hacer esto o aquello? ¿Ir aquí o allí?”, es mejor que entrar en una competición de voluntad contra alguien que puede decir “no” y ser su última palabra. También es mejor que dejar que tome la decisión el que

es físicamente más fuerte; la regla de que la fuerza manda sobre la razón es fácilmente aceptable para un joven Zeus. Hay que establecer límites estrictos y esperar que los ponga a prueba. Sin duda sentirá la necesidad de experimentar una juiciosa cantidad de poder por parte de los padres para reconocer que éstos, sin duda, tienen autoridad y pueden ejercerla.

Una vez los asuntos se han resuelto satisfactoriamente para él, este niño puede quedarse muy absorto en cualquier cosa que esté haciendo. En general da muestras de una disposición positiva y extravertida. Cuando ya se ha arreglado un asunto, ya puede volver a reinar la paz.

La peor combinación para su desarrollo es tener una madre débil y pasiva y un padre dominante y agresivo. Este niño se identificará con el agresor en cuanto pueda hacerlo, y tiene capacidad para esperar a que llegue el momento oportuno. Según lo mal que le haya tratado su padre que le demuestra “quién es el jefe”, y si su madre no puede protegerle, puede llegar a ser sumiso ante los que tienen más autoridad. Cuando sucede esto, también es probable que intente dirigir a quienes tiene por debajo a la mínima oportunidad. (Recordemos que la madre también puede ser la agresora).

Un hijo Zeus de un padre con éxito y emocionalmente distante tiene un modelo de rol que él admira y que también le ayudará a destacar en el mundo. Si también cuenta con una madre nodriza que le ama, crecerá con el sentido de tener derecho a poseer lo que quiere, con confianza en sí mismo y del lugar que ocupa en el mundo. La naturaleza y la crianza refuerzan su sentido de “ser alguien”.

La adolescencia y los primeros años como adulto

En la adolescencia, su relación con las figuras de autoridad suele ser el principal problema. Cuando es un hombre joven, tiene confianza en sí mismo y puede provocar que los hombres autoritarios le demuestren “quién es el jefe aquí”. Y aunque puede que tenga que aguantarse y cooperar, esperará a que le llegue su turno para salirse con la suya. Como estrategia sabe que no tiene sentido enfrascarse en luchas de poder que no puede ganar.

Normalmente, sus compañeros varones en el instituto, en la universidad o en cualquier otro lugar ven en él a un líder por naturaleza, y suele salir con

chicas populares y activas sexualmente. Es un pragmático, no un idealista; acepta el mundo tal cual es y quiere su ración del pastel. Por brillante que sea, no es un intelectual. No es especialmente introspectivo, ni malgasta su tiempo viviendo en el pasado, en sus propios sentimientos o en los de otra persona. En lo que a él respecta, está satisfecho consigo mismo y la vida es algo con lo que te has de apañar.

El trabajo

Desde el día que recibe su primer salario mínimo, en su trabajo fuera de horas escolares, observa y piensa en cómo haría las cosas si fuera el encargado. Muchos otros jóvenes de su edad ven ese trabajo como una fuente de ingresos para poder gastar, hacer lo que se espera que hagan y poco más, pero el muchacho Zeus tiene una extraordinaria curiosidad por el negocio como tal, evalúa a las personas para las que trabaja y, generalmente por sí solo, se da cuenta de lo que funciona y por qué. Tanto si se educa en una granja como en un gueto, su atención se centrará en aquel “negocio” que esté a su alcance, desde el cultivo industrial hasta el tráfico de drogas u otros negocios sucios. Suele ver la panorámica más amplia y no deja de adaptar sus pensamientos a lo que está a su alcance. Se pregunta cómo es que los hombres mayores que están al frente no se dan cuenta de lo que para él es obvio y necesario o no aprovechan oportunidades que él no dejaría escapar si estuviera en su lugar. Nadie puede enseñarle lo que es la iniciativa y trabajar duro, ni decirle que esté al tanto de las oportunidades; en él es algo natural.

A veces tiene un interés específico en algo; sea lo que sea, la perspectiva Zeus le ayuda a triunfar en cualquier cosa que haya elegido. Por ejemplo, tiene el don de comprender y utilizar el amiguismo con sus viejas amistades del colegio, y le encanta el capitalismo por la oportunidad que le ofrece de triunfar. Además posee varias dotes psicológicas innatas que le dan ventaja. La adquisición de poder, dinero o propiedades es un juego que juega naturalmente bien, porque es realista, está seguro de sí mismo y no se toma lo que hacen los demás de un modo personal. Si ha de resolver un gran conflicto en su negocio que arruine a otros, tiene que despedir a gente que ha trabajado para él o dar un castigo ejemplar, puede dar órdenes que equivalgan a lanzar

rayos. Del mismo modo, un Zeus en el Pentágono o al mando de una banda criminal puede dar órdenes fríamente que se transformarán en muertes. La distancia emocional evita que tales acciones le quiten el sueño.

Las relaciones con las mujeres

Tal como dijo el ex secretario de estado Henry Kissinger: «el poder es un afrodisíaco». El aura de “hombre importante” de un Zeus, efectivamente atrae a algunas mujeres, lo cual forma parte de su éxito. Por otra parte, tampoco va detrás de una mujer con el corazón en la mano; con las mujeres, al igual que en el trabajo, es un estratega. Si quiere a una mujer para salir con ella, para que trabaje para él o como esposa, se presentará en la forma que crea más conveniente para seducirla o conseguirla.

Considera que su dinero y su poder son una parte esencial de su atractivo; al igual que Aristóteles Onassis cortejando a Jacqueline Kennedy, le hacen sentir que tiene derecho a conseguir a ciertas mujeres. No espera que una mujer le quiera sólo por cómo es, y desde luego no por su espíritu, sobre el cual piensa que ni siquiera merece la pena especular.

No le interesan las relaciones igualitarias con una mujer, ya sea con su esposa o con una amiga. Tampoco le interesa ni le gusta hablar sobre los sentimientos. Y quiere que una mujer haga lo que él espera de ella y que no le moleste.

Las relaciones con los hombres

Para él los hombres son los jugadores importantes en “el juego”. Algunos jugadores son sus rivales y otros sus aliados, y sabe que el rival de hoy puede ser el aliado del mañana y a la inversa. Los otros jugadores son como las torres y los caballos en el ajedrez, cuyos movimientos controla él. Moverá uno y sacrificará otro. Es un error por parte de los hombres que son sus aliados o trabajan para él pensar que ellos le importan personalmente; cuando llega el momento de la verdad nadie es imprescindible. Con esta visión, considera que todo el mundo es prescindible y cree que los demás piensan igual y que actuarían del mismo modo con él. Aunque puede ser despiadado, con frecuencia no lo aparenta porque sabe que no es conveniente crearse

enemigos. Y no siente solidaridad cuando a los demás les cuesta aceptar que se puede prescindir de ellos; deberían haber sabido que era así, puesto que según él mostrar vulnerabilidad, necesidad o ser muy emotivo son signos de estupidez o de debilidad. (Si reflexionara sobre estos asuntos, lo cual no sería propio de él, quizás se diera cuenta de lo incómodo que se siente y se preguntaría cuál es la razón).

Una de las razones de su éxito es su habilidad para negociar y llegar a acuerdos, lo cual hace constantemente. Negocia bien porque ha estudiado a los hombres y piensa en lo que quieren y por lo que serían capaces de comprometerse. Un Zeus especialmente hábil suele ser muy sensible y hasta cierto punto estar muy dispuesto a satisfacer las necesidades (no expresadas) de otro hombre, incluyendo la de guardar las apariencias.

Esos clubes exclusivos en los que los hombres se reúnen para comer, jugar al golf o ir a cazar patos juntos son bastiones de poder de Zeus y privilegios que sirven para muchos fines. Pertenecer a uno de ellos es un importante indicador de que un hombre ha llegado a la cima. En ellos se pueden seguir realizando alianzas en pro de los intereses familiares y de los negocios. Dichos clubes son refugios donde un hombre Zeus puede estar entre hombres como él, que entregan sus energías únicamente a la adquisición de poder y, por consiguiente, han permanecido inmaduros o no se han desarrollado psicológicamente. Su idea de la diversión está representada por el campamento Bohemian Grove, que es una reunión de los hombres más poderosos de América, desde presidentes de corporaciones hasta expresidentes de los Estados Unidos e incluso el actual. Se pueden emborrachar y “echar un polvo” (mientras el Bohemian Grove ha estado fuera del alcance de las mujeres, ya sea como miembros o como personal, es la meca de las prostitutas), flirtear, decir tacos y representar indignantes obras en las que los hombres interpretan papeles de mujer.

La sexualidad

Un Zeus triunfador es el equivalente a un “macho alfa” en los estudios de los primates y de las especies jerárquicas. Los hombres alfa esperan tener éxito, son agresivos, intimidan a los hombres que tienen por debajo y (al

menos entre los primates) son los que escogen a las mujeres y son sexualmente más activos que los hombres subordinados. El dios Zeus se comportaba como un macho alfa en su forma de conseguir y consolidar su poder, así como de fecundar a numerosas mujeres y engendrar muchos hijos. Ejercer sus proezas sexuales para un hombre Zeus puede ser como tener poder político o económico para probarse a sí mismo y a los demás que puede tener lo que desee. Zeus, el conquistador, puede ver a una mujer deseable como un “privilegio” que se puede permitir por su posición. Puede desearla como adquisición, sexualmente o ambas cosas a la vez.

A pesar de todo su éxito con las mujeres, el hombre Zeus tiene fama por el no tan bien guardado secreto de no ser un buen amante. Para ser un buen amante también tendrían que estar presentes otros arquetipos en él. Zeus es emocionalmente distante, carece de una naturaleza terrenal, no intenta complacer a las mujeres y no es apasionado. Es sexualmente agresivo y puede ser seductor, aunque su libido también puede estar totalmente enfocada en su trabajo durante largos períodos de tiempo.

Puesto que el hombre Zeus es probable que se concentre en alcanzar el poder, hay otros aspectos de su personalidad que no pueden desarrollarse. Es bastante probable que lo que más se vea afectada sea su capacidad para manifestar sus emociones, lo cual repercutirá en la expresión de su sexualidad. Su elección de parejas sexuales refleja su pobreza emocional, especialmente si a medida que se hace mayor, sus parejas parecen hacerse cada vez más jóvenes, a imitación de la imagen clásica de un Zeus anciano rodeado de una serie de jóvenes ninfas.

Al mismo tiempo que mantiene la compañía de jóvenes ninfas, puede que también tenga fantasías sexuales de ser dominado por una mujer poderosa y, tal como narran las prostitutas cuya clientela está formada por hombres poderosos, a menudo les piden que participen en representar esta fantasía. Sin embargo, si en su vida erótica sólo puede estar con alguien lo bastante joven como para ser su hija o su nieta, o si se siente atraído por un muchacho indefenso y dominado, ello implica que su capacidad para las relaciones sexuales se ha quedado inmadura o la ha confundido con el poder.

Si es un Zeus homosexual, el patrón será el mismo, sólo que es probable que sea más exagerado: hay un gran número de patrones. Y como el Zeus que

raptó a Ganimedes para llevarlo al Olimpo, puede que comparta su casa con un atractivo joven o con varios.

El matrimonio

La lista de quién es quién de las consortes de Zeus revela que siempre se casó con una mujer superior o igual a él. Históricamente estos matrimonios reflejaron el cambio de poder, puesto que las diosas una vez poderosas y sus atributos pasaron a pertenecer a un dios guerrero. En la vida real pasa algo muy parecido cuando un hombre ambicioso se casa con una mujer de una familia importante y adquiere sus atributos —posición y riqueza— a través del matrimonio. Cualquier hombre ambicioso que se case con la hija del jefe y que mediante el matrimonio logre una ventaja que de lo contrario no habría conseguido, ha hecho lo mismo que Zeus. La elección de una esposa que le ayude a ascender puede ser calculada o bien ser una opción inconsciente “hecha” por el arquetipo Zeus. En este último caso se sentirá tremendamente atraído hacia una mujer con la que pueda hacer realidad su mito de convertirse en alguien importante.

La mayoría de los hombres Zeus se casan durante la fase de su vida en la que se están estableciendo. Para este tipo de joven, cuya vida será guiada por el arquetipo Zeus (a menos que la vida le haga sacar otros aspectos de sí mismo), un matrimonio temprano es esencial. Si este hombre se casa con una mujer de la que se ha enamorado, es probable que Zeus no sea el arquetipo decisivo. Desde el punto de vista de Zeus, ella podría ser una opción muy poco adecuada; sin embargo, sería alguien que le mantendría en contacto con una parte irracional, profundamente emotiva, terrenal o espiritual de sí mismo, siempre que pueda resistir conscientemente lo que ella representa. A la inversa, las exigencias de la mujer para que sea un Zeus con éxito, cuando empezó la vida con otros aspectos de sí mismo tiempo atrás igualmente importantes, pueden ser decisivas para él.

A pesar de que su esposa tiene mucha influencia potencial en su desarrollo, su poder actual en la relación hace mucho más probable que él la domine a ella y que el suyo sea un matrimonio patriarcal que gire en torno a sus necesidades y especialmente a la necesidad de que ella cumpla bien con su

función. A menos que ella sea lo bastante fuerte como para crear un conflicto que llegue a cambiarle, abandonará su necesidad de intimidad o su sueño de tener algo más de lo que ya tienen.

Si es un Zeus conquistador y si su matrimonio está relacionado con establecer su territorio, y si ella es una Hera arquetípica, la combinación atacará sus valores más profundos y destruirá su potencial realización a través del matrimonio. En su lugar, puede que termine poseída por el vengativo y celoso aspecto de Hera. Sin embargo, si él la ama y está afligido por el dolor que su libertina conducta le causa, es posible que también le ayude a crecer emocionalmente.

La mayoría de los hombres Zeus —una vez ha finalizado el cortejo y la luna de miel— no tienen tiempo para su matrimonio o su mujer. Este tipo de hombre puede alegar engañosamente que todo el tiempo que dedica a su trabajo es para ella y para sus hijos. Si únicamente depende de él —y en los matrimonios, en los que él tiene todo el poder, así es—, la unión no será muy personal ni íntima, y no le prestará demasiada atención. La mayoría de las mujeres casadas con un hombre Zeus han tenido que aceptar su definición del matrimonio. No obstante, esto está cambiando, y las mujeres —especialmente si no siguen el arquetipo Hera— están disolviendo estos matrimonios. Pero si ella tiene una aventura, él hará todo lo que pueda para destruir a su rival, al igual que Zeus mató al amante de Deméter, Jasión, con un rayo.

La descendencia

Los hombres Zeus no sólo “tienen hijos”; muchos han fundado familias y quieren crear una dinastía, que es parte de la visión que tienen para su futuro. Un Zeus triunfador puede ayudar a algunos de sus hijos a prosperar en la vida, así como mantenerlos. Emocionalmente es un padre distante y también puede ser invisible. Aunque con frecuencia está ausente, es el padre que ejerce autoridad.

Los padres Zeus pueden manipular las vidas de sus hijos y acabar con la clase de vida para el que el niño era apto, así como facilitar el crecimiento de niños cuyas habilidades naturales son ensalzadas por el acceso a la educación y las oportunidades que él le puede ofrecer. La fuerza de su personalidad y su

autoridad hacen que las críticas a sus hijos sean especialmente poderosas. Sus percepciones de ellos, que puede que no sean exactas, así como sus prejuicios o valores, tienen un peso enorme, como lo tiene el deseo de conseguir su aprobación, que el niño puede intentar alcanzar a toda costa (durante toda su vida) o perder la esperanza de recibirla alguna vez.

Toda la segunda generación de los dioses y diosas olímpicos veían a Zeus como al padre. A algunos los protegió, otros sufrieron abusos, a otros los crió, los rechazó o los detestó. Nosotros vivimos en una cultura patriarcal en la que los valores de Zeus están por todas partes, sea cual sea el arquetipo de nuestros padres biológicos. Cómo le irá a un niño con un padre Zeus dependerá de su patrón arquetípico y de la fuerza del ego a través del cual el niño exprese este arquetipo.

La mitad de la vida

En algún momento en la mitad de la vida, el hombre Zeus hace una evaluación y comprueba cuánto éxito ha tenido en su carrera, si va a haber un lugar para él en la cima de la montaña y si realmente quiere subirla. Puede que se encuentre temporalmente en un bache, sin su conocido impulso, mientras se hace estas preguntas, con frecuencia cuando no se encuentra en su estado de conciencia habitual. Puede que diga que es el momento de tomarse sus durante tanto tiempo prometidas vacaciones o tiempo sabático, o quizás le ronde la idea de hacer un gran cambio. No es característico en él reflexionar sobre sí mismo y sus motivos, sin embargo puede sentir alguna duda recriminatora respecto a si toda su expedición personal hacia la cima, hacia la cual estaba totalmente dedicado y para la que había subordinado a los demás (y sus necesidades) realmente merecía la pena. Puede que en el fondo sepa que no es así.

La mitad de la vida es el momento en que los otros hombres Zeus con éxito saben que han llegado a su cumbre. Quizás hubiera puesto sus miras en tener su propia pequeña compañía o rancho, dirigir su propia división, presidir un departamento y lo consiguió, metas que para otro Zeus quizás no fueran más que una parada en el camino hacia su cima en particular. Para ser un Zeus triunfador no se ha de ser un Donald Trump (el espectacularmente exitoso

promotor multimillonario); basta con alcanzar un logro personal, una meta significativa y descubrir que te proporciona un sentido de satisfacción. Entonces, la mitad de la vida puede ser un momento para “detenerse a disfrutar del paisaje”.

Para un hombre Zeus, la mitad de la vida también puede ser una etapa de conflictos emocionales, cuando las partes olvidadas de sí mismo o las relaciones rechazadas se reafirman con fuerza. Sus hijos adolescentes pueden tener problemas importantes, quizás le abandone su esposa, puede tener un infarto, puede hacer realidad una fantasía vergonzosa. Su arrogancia puede cegarle respecto a sus limitaciones y, tras todo su éxito ganado a pulso, puede sentirse desbordado y fracasar estrepitosamente. Por consiguiente, puede sentirse rechazado y amargado, sin relaciones cercanas, o bien sentirse humilde y ser capaz de aprender de las dolorosas lecciones y reconstruir partes de su vida de forma diferente.

La mitad de la vida también puede marcar cambios importantes en los objetivos de los hombres que, aunque fueron predominantemente Zeus en la primera mitad de sus vidas, también maduraron gracias a sus relaciones. Ahora puede y quiere pasar más tiempo con las personas que le importan, e incluso en el trabajo se da cuenta de que le interesa hacer de mentor de otros o profundizar en las amistades. Cuando éste es el caso, es bastante probable que la crisis de alguien allegado a él —su esposa, sus hijos o sus padres— le hayan hecho reaccionar y ser consciente de lo valiosa que es la gente para él.

Los últimos años

Si alguna vez se vuelve introspectivo, el hombre Zeus se dará cuenta de que su necesidad de imponer su voluntad y de tener el control se ha manifestado en cada cambio que se ha producido en su vida. En sus últimos años se enfrenta de nuevo a esta necesidad, especialmente si ha tenido éxito. ¿Puede soltar el control? Tanto si se trata de la tienda de comestibles familiar como del Columbia Broadcasting System —como fue el caso de Bill Paley—, dejar el control o permitir que se lo arrebaten suele ser un tema conflictivo, a menos que haya trascendido este arquetipo y se haya vuelto sabio.

Al igual que la serie de dioses padre griegos que temían que sus hijos les

sustituyeran, un Zeus controlador se esfuerza por evitar lo inevitable. Puede que haya impedido que un hijo real llegue a desafiarle jamás, al haber visto a su vástago como su oponente desde el principio. Puede que haya rebajado tanto a sus hijos que no tenga ningún heredero competente. Sin embargo, otros hombres entrarán en su vida para ocupar su lugar cuando pierda la fuerza para asir el cetro que sostiene. Y probablemente intentará controlar sus posesiones incluso después de la muerte a través de su testamento. Esta lucha perdida por mantener el control es el destino del hombre que subordina toda su vida al arquetipo Zeus.

Conflictos psicológicos

Todo dios o arquetipo posee el potencial de crear tipos específicos de conflictos psicológicos. Para el hombre que sería un Zeus en el monte Olimpo, ciertos problemas y limitaciones “van unidas al territorio” del reino celeste. Los costes emocionales que su ascenso implica para él y para los demás, y una vez ha llegado a la cumbre, su falta de conciencia junto a su poder, pueden ser una combinación destructiva.

Una cabeza parlante es un hombre incompleto

El reino de Zeus era el cielo y el arquetipo Zeus predispone a un hombre a vivir en su cabeza y darse a conocer a través de sus palabras y su poder realizador. Tiene una ventaja natural en una cultura patriarcal industrial, donde un hombre superior se supone que es “una cabeza parlante”, que funciona con ideas y abstracciones (como el dinero y las inversiones, o la ley y el poder), no con sus manos y su cuerpo —es un hombre separado de su corazón—, que no actuará por solidaridad, puesto que ello le convertiría en un “defensor de causas perdidas” o en “el hermano pobre”. Este tipo de hombre ocupa una posición superior que le concede el poder de usar las palabras y hacer que éstas sean creídas y obedecidas. Ese poder es común que se manifieste con una llamada de teléfono que ponga en marcha su voluntad, su palabra equivaldrá a la ley en su hogar, en los negocios o en el campo de batalla, o será como realizar uno de sus conceptos, como decir: «que se haga la luz, y la luz se hizo».

Un hombre dominado por el arquetipo Zeus (que también es el arquetipo que rige en nuestra cultura) con frecuencia está separado de sentir su cuerpo como una parte receptora o dadora de sensualidad. Puede sentirse orgulloso de sí mismo de ver cuántos kilómetros puede correr, de la buena forma en la que está o de su fondo. Ese orgullo es sobre el dominio de su cuerpo, no sobre su goce. También es fácil que esté desconectado de su corazón como órgano dador y receptor de emociones. El hombre Zeus suele estar desconectado de su propia sensualidad y sus respuestas emocionales, lo cual le incapacita para comunicarse o conectar en estos niveles con los demás o para conocer estos aspectos de sí mismo. Esta inmadurez emocional conduce fácilmente a una sensualidad y sexualidad distorsionadas, a la vergüenza y la culpa, y a la condena y menosprecio de las personas que no son como él. Es una persona incompleta, que no se ha desarrollado en ciertos aspectos que generalmente ni siquiera es capaz de apreciar.

“La visión del bosque no le deja ver los árboles”

El hombre Zeus se enorgullece de su visión amplia, de su capacidad para entender los asuntos, lo cual le ayuda a tener una perspectiva general. Puede que lidere una guerra contra la pobreza sin haber conocido jamás a un pobre (y sonreír irónicamente, si es que se conoce un poco, ante la caricatura del mísero personaje de *Charlie Brown* que dice: «amo a la humanidad, es a la gente a la que no puedo soportar»). También puede ser un experto educador de hijos sin tan siquiera haberse responsabilizado del todo de uno sólo de sus vástagos o haber amado a uno de ellos de todo corazón. Considera que su visión es superior y es escuchado como si fuera una autoridad, por lo que no hay razón para que dude de su posición. Cuando es desafiado por alguien que tiene una experiencia personal y que también adopta una postura emocional, despide a esa persona con el comentario de que “su visión de los árboles no le deja ver el bosque”. Sin embargo, puede pensar que él “no puede ver los árboles —mucho menos amar a uno de ellos— porque sólo ve el bosque”.

En Vietnam, por ejemplo, la pericia de Zeus falló miserablemente. Hombres que habían ascendido tan rápidamente a la cumbre, a los que se había hecho referencia como los “niños prodigio” dirigieron la guerra desde

Washington, D.C., y dieron por hecho que el poder militar superior de los Estados Unidos sería decisivo. No tuvieron en cuenta de qué modo se comportarían las personas en Vietnam ni cuáles iban a ser sus razones, lo que la convirtió en una guerra imposible de ganar. El sufrimiento que causaron fue inimaginable. Quienquiera que pensara que tras el botón para desencadenar la guerra nuclear siempre habría un corazón humano, y que ello requeriría que el propio presidente tendría que tomar un funesto cuchillo para matar personalmente a esa persona antes de pulsar el botón, se dio cuenta de que un hombre Zeus no “puede ver los árboles, porque sólo ve el bosque”, y por ende ha de ser consciente del sufrimiento y de la matanza que puede ordenar desde la lejanía.

La mentalidad de que “el poder hace el derecho”

Zeus es el arquetipo que predispone a los hombres (y a las mujeres) a buscar y utilizar el poder. El peligro surge cuando éste se consigue. Lord Acton, un historiador del siglo XIX que era muy contrario a la doctrina de la infalibilidad papal escribió: «El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe por completo». Su afirmación se ha convertido en un aforismo, una frase concisa que expresa un principio que reconocemos como cierto y que los hombres Zeus a pequeña o a gran escala confirman.

A lo largo de la historia los hombres de poder han creído que gobernaban por derecho divino, lo cual no es de extrañar, dado el arquetipo que les domina. La ley ha desarrollado un contrapeso para compensar los excesos de los poderosos, pero aun así los Zeus con frecuencia sienten y actúan “fuera de la ley”.

El hombre que impone su abusivo poder sobre los demás se corrompe todavía más por esta mentalidad de que “el poder hace el derecho”. La justificación del autoengaño —el derecho a hacerlo—, en el peor de los casos, suele ir acompañado de actos como pegar a la esposa, maltratar a los hijos y el incesto.

***“Mentiras incómodas reposan sobre la cabeza del que lleva la corona”:
miedo al usurpador***

El poder y la paranoia suelen ir juntos. Los hombres que están en la cumbre temen ser derrotados, sospechan de los motivos y de las lealtades, frustran el desarrollo de los demás para que no se vuelvan demasiado fuertes y ayudan a crear esos enemigos que tanto temían. Ésta es la historia de Urano, Cronos y Zeus, y es el aspecto de la sombra del arquetipo del padre.

La vanidad y la grandiosidad: el traje nuevo del emperador

Un hombre con poder y autoridad, que se sienta en la cima de su montaña privada, es propenso a pensar que ser una autoridad en una situación le hace un experto en todo. Por ejemplo, los médicos están predispuestos a inflarse psicológicamente, puede que se deba a que suelen tomar decisiones de vida o muerte en su vida cotidiana, y porque los demás también les atribuyen experiencia en otras áreas que nada tienen que ver con su competencia. Víctimas de su propia vanidad, los médicos, por ejemplo, pueden considerarse inversores del mercado de valores expertos y conocedores aunque hayan prestado muy poca atención a las finanzas, error que con frecuencia les acarrea pérdidas.

La visión inflada del Zeus sobre sí mismo le hace vulnerable a la manipulación por parte de los que juegan con él y a reprimir a los que se niegan a hacerlo. Esto es lo que sucedió en la fábula de *El traje nuevo del emperador*. Si el hombre cree que es merecedor de halagos y se los cree, rechazará a las personas sinceras y sufrirá las consecuencias. Al igual que la ley de Gresham según la cual la moneda “mala” tiende a desplazar a la “buena”, los halagos tienden a desplazar a la verdad. Inevitablemente, los hombres que están en el poder “no quieren oír la verdad”, harán oídos sordos a la misma.

Los problemas psicológicos para los demás

La combinación del distanciamiento emocional de los demás, la falta de madurez en este campo y el poder que posee un Zeus, crean una serie de problemas para los otros. Una esposa que quiera intimidad y comunicación de un hombre así se decepcionará, porque él se olvida de las relaciones una vez las ha afianzado (para mantener las relaciones y profundizar en ellas tendrá

que haber desarrollado otros arquetipos). Si ella es como Hera y él es como un Zeus conquistador, entonces ella sufrirá mucho con sus traiciones. Su carácter también puede sufrir las consecuencias si se convierte en una mujer celosa y vengativa.

Los niños también se ven negativamente afectados por la ausencia de su padre y sus críticas. Se sienten abandonados o rechazados y a menudo tienen problemas de autoestima si no pueden cumplir con lo que su progenitor espera de ellos.

Las víctimas de un Zeus violento sufren y tienen heridas emocionales que las predisponen a convertirse también en personas violentas (lo cual es más probable para un hijo) o a hallarse en otras situaciones de abuso.

Formas de crecer

Un Zeus no suele darse cuenta de que tiene problemas hasta que una gran crisis le impide seguir desoyendo sus sentimientos o los de los demás. El crecimiento personal para un Zeus sólo suele comenzar tras haber experimentado humildad y vulnerabilidad.

¿Dónde está lo que falta de mí?

A un Zeus se le ha de hacer llegar el mensaje de que algo no va bien. Como en la escena más destacada como actor del después presidente Ronald Reagan como actor, cuando tenía que despertarse y darse cuenta de que le faltaba parte de su cuerpo y estaba desconsolado: ¿dónde está lo que falta de mí? (Reagan interpretaba el papel de una estrella del fútbol, George Gipp, en *Knute Rockne: All-American*, que se despertó en un hospital y descubrió que le habían amputado una pierna y exclamó: «¿Dónde está lo que falta de mí?»).

Dada la falta de introspección (puesto que la introspección implica descender al reino de Hades) y a su distancia emocional, no es probable que se dé cuenta de que está terriblemente separado de sí mismo y de los demás hasta que suceda algo drástico y el dolor le lleve a plantearse que algo va mal. Cuando al final se despierta, el mensaje suele proceder de algún allegado: de la esposa a la que traicionó con sus aventuras o a la que descuidó por el trabajo, que le abandona; del hijo al que no se ha molestado en conocer, que se enfrenta a él o bien que le demuestra que no hay nada que les una. Sólo después de que ellos se han separado de él puede sentir el dolor de su

ausencia.

La conciencia de hasta qué punto está alejado de sus sentimientos y de los demás puede ir apareciendo gradualmente en la psicoterapia. Pero debido a que necesita control y acepta que todo es una cuestión de voluntad, Zeus no suele buscar ayuda. Su reacción más habitual al desconsuelo psicológico es intentar superar la situación entregándose más al trabajo. Generalmente, un Zeus sólo va a ver a un psiquiatra cuando su esposa insiste en ello y, a menudo, luego “va a por ella”. O también puede asistir porque el terapeuta del niño pide que ambos padres estén presentes en la terapia.

Captar el mensaje: un infarto

Aunque el hombre Zeus pueda padecer cualquier tipo de problema médico serio, el infarto es el más habitual. Es una enfermedad de lo más simbólico y que exige que haga un cambio importante en su vida. Las metáforas abundan: “ignorar el corazón”, que tradicionalmente es el órgano de la emoción, casi le ha matado. Para salvar su vida ha de bajar de la cima, porque el oxígeno que su corazón necesita es demasiado fino allí arriba. Este hombre puede que al final capte el mensaje de que no se trata sólo de un problema físico, sino que es la expresión física de un problema emocional.

Enamorarse

Su corazón puede perturbar su vida de pronto de otra manera. Puede que se enamore. Como si estuviera herido por una flecha del amor de Eros, puede sentirse irresistible y apasionadamente atraído por su inconsciente hacia una mujer de la que no puede prescindir; la razón le abandona y deja a un lado sus responsabilidades. En lo que Jung denomina una *enantiodromía*, una postura demasiado unilateral se pasa a su opuesta: el reino de los instintos y de las emociones que ha menospreciado y subyugado, aparece y le perturba la razón. Tiene lugar una crisis que destruye el *statu quo* de su psique y tambalea su matrimonio; pero también le aporta vitalidad y vida a su encogido corazón. La necesidad de estar en el reino emocional, que no había sido reconocida, ahora se presenta conscientemente como su destino.

Perder la cabeza

Una gran pérdida también puede cambiar a un Zeus, al atravesar sus barreras emocionales y sacarle de su cabeza. Temporalmente “perderá la cabeza por el dolor” y se sumirá en lo profundo. Por doloroso que resulte el pesar, por mala que fuera la situación que lo ha provocado, ya no está aislado del sufrimiento de la humanidad, desciende de la montaña y se “vuelve más humano”.

La experiencia puede cambiarle abriéndole al reino emocional de Poseidón, que le pone en contacto con sus propios sentimientos y su necesidad de otras personas. (O como un jefe de estado temporalmente derrocado, su aspecto de Zeus puede reafirmarse, considerar humillante lo sucedido y, ahora angustiado porque pueda volver a repetirse, acallar aún con más fuerza sus emociones).

Sanar lo que le enferma

En la leyenda del Santo Grial hay un rey —una figura de Zeus— con una herida que no sanará. Mientras esta herida no se cierre, su reino seguirá siendo yermo. En su castillo se encuentra el Grial, que puede sanarle, pero eso sólo sucederá cuando un hombre joven, un estúpido inocente, llegue a su corte, vea el Grial y al rey herido y le formule una pregunta. En una versión, esa pregunta es «¿qué te puede curar?». Es necesario reconocer que algo no va bien antes de que se pueda iniciar cualquier proceso de sanación. Se ha de formular y responder a la pregunta: «¿qué es lo que pasa?».

En la leyenda, la herida simbólica que no sanará se encuentra en el muslo del rey cerca de sus genitales o en los propios genitales. Esa herida afecta la expresión del instinto y de la pasión, y perjudica a la sexualidad, la capacidad reproductora y la creatividad. No es de extrañar que su reino sea una tierra yerma, puesto que su herida no permite que se genere nueva vida.

El rey herido puede representar el arquetipo Zeus o el poder como el principio que gobierna en un patriarcado. El rey herido también puede simbolizar al padre patriarcal de una familia disfuncional o el arquetipo que predomina en la psique de un hombre. Siempre que un Zeus herido gobierne,

se produciría la opresora necesidad de mantener el control para sofocar el desarrollo y la expresividad. La aridez emocional se convierte en una especie de desierto donde nada puede cultivarse ni medrar.

Para que se produzca la sanación, un estúpido inocente ha de entrar en su psique o situación. Visto desde la perspectiva de Zeus, actuar con ingenuidad o ser inocente es ser un estúpido. Investido en su posición de autoridad, para un Zeus implica un gran acto de valor arriesgarse a parecer estúpido, recurrir a los demás mostrando su vulnerabilidad o hacer frente a una experiencia nueva con la ingenuidad de un niño y la ineptitud de un aprendiz. Sin embargo, eso es lo que ha de hacer para crecer y curarse.

4. POSEIDÓN, DIOS DEL MAR: EL REINO DE LA EMOCIÓN Y DEL INSTINTO

Conduciendo su carro a través del mar, Poseidón, dios de los océanos y de los caballos, encarna los dos antiquísimos símbolos del inconsciente: el caballo y el agua. El agua siempre ha evocado en el hombre el misterio infinito, posibilidades infinitas y peligros infinitos de nuestra conciencia fluida. Al carecer de forma predeterminada propia, está en constante movimiento, nunca cambia y, sin embargo, nunca es la misma en dos momentos sucesivos. Y el caballo personifica en su primitiva potencia los impulsos instintivos de nuestra naturaleza bruta [...]. Poseidón era el más primitivo de los dioses, el que hacía temblar la tierra, el dios de las tormentas y de los terremotos, de la devastación repentina de los maremotos. Los peligros se desatan cuando brotan las fuerzas yacentes que están bajo la superficie de la conciencia.

ARIANNA STASSINOPOULOS, *The Gods of Greece*

El que mueve la tierra y el vacío mar
el gran dios del agua... el que hace temblar la tierra
a quien los dioses doblan sus honores,
eres el que controla los caballos,
el salvador de los barcos.
¡Hola, Poseidón!

Portador de la tierra, dios de pelo oscuro y feliz, benévolo es tu corazón.

Homero, “Himno a Poseidón” (Traducido al inglés por Charles Boer)

Poseidón vivió bajo el mar, el reino que le tocó en el reparto que hizo con sus hermanos Zeus y Hades cuando dividieron el mundo. Para captar la emotividad que él encarna y el reino psicológico que domina, basta con pensar en los poderosos estados del mar. Puede ser turbulento, con rugientes olas que arrasan indiscriminadamente todo lo que hallan a su paso con una tremenda fuerza destructora. Como las emociones intensas afectan inundando la personalidad y hundiendo la racionalidad, Poseidón surgirá de su residencia bajo las aguas y bramará, y luego se retirará de nuevo a su refugio submarino. También se le ha llamado el que trae las inundaciones y el que hace temblar la tierra, para expresar el enorme poder perturbador y destructor de la naturaleza y de la naturaleza humana.

El mar, en los sueños y en las metáforas, representa el inconsciente. En las zonas poco profundas, justo debajo de la superficie, residen las emociones y recuerdos personales fácilmente recuperables, mientras que en sus oscuras profundidades existen primitivas criaturas y millares de formas que trascienden lo cognoscible en un plano personal, lo inconsciente colectivo. El agua y las emociones están vinculadas simbólicamente, lo que hace del mar un reino apto para Poseidón, que reaccionaba con intensidad y emoción cuando se le provocaba. Su animal simbólico era el caballo, que con frecuencia representa el poder y la belleza de los instintos físicos, un animal de tierra que da fe de los orígenes preolímpicos de Poseidón como dios Padre-Tierra.

Cuando conozcamos a Hades iremos viendo con más claridad que el mundo subterráneo también representa lo inconsciente personal y colectivo; el mundo submarino es el reino de los sentimientos personales reprimidos y de los instintos, y el reino emocional que compartimos los humanos. Las familias con hombres Poseidón suelen conocer este aspecto del arquetipo paterno en su forma más temible, cuando sus sentimientos básicos estallan y las emociones furiosas inundan periódicamente el hogar. La cultura patriarcal permite a los padres, como dueños y señores de sus hogares, desatar su furia y en la mayoría

de los casos no lo hacen en ningún otro lugar.

Aunque podamos haber sido receptores de la emotividad de un padre Poseidón (especialmente un padre alcohólico), éste arquetipo también puede existir en nuestro interior. Cualquiera que se haya visto sobrepasado inesperadamente por olas de intensos sentimientos que brotan de las profundidades o que haya sentido cómo su cuerpo temblaba y se agitaba por el dolor, la rabia o el deseo de venganza, ha tenido una experiencia directa de Poseidón.

En este mundo gobernado por Zeus estamos acostumbrados a infravalorar y a acallar nuestros sentimientos e instintos, a echarles un candado si es que podemos. Y si somos como el racional Apolo o la fría y racional Atenea (los hijos favoritos de Zeus), reprimiremos muy bien los sentimientos, hasta cierto punto. A menudo soñamos con los maremotos o con inundaciones y experimentamos miedos obsesivos a los terremotos cuando el mundo de Poseidón amenaza con romper las defensas que hemos construido (con nuestras tendencias Zeus, Atenea y Apolo) para no sentir nuestros sentimientos ni expresarlos.

Pero incluso en un mundo dominado por Zeus, algunas personas conocen bien el mundo de Poseidón. Son como marineros que se adentran en el mar con sus barcos, o personas que no pueden pensar en vivir en un lugar que no esté cerca del mar. Estos hombres (y mujeres) viven y trabajan con las mareas de las emociones y el instinto. Por ejemplo, me viene a la memoria una frase de una poderosa poesía evocadora de emociones de Dylan Thomas y su turbulenta vida: «No entres dócilmente en esa noche quieta.../rabia, rabia contra la agonía de la luz» y siento su conexión con el reino de Poseidón. Esta cualidad también se puede escuchar en la música de Beethoven y experimentar en las obras de Eugene O'Neill y Tennessee Williams, hombres que hallaron un modo de expresar y dar forma al terror, la belleza y el poder de las oscuras emociones de Poseidón.

Poseidón, el dios

Poseidón (a quien los romanos llamaban Neptuno) era el dios griego del mar. Se le representaba como un hombre poderoso con barba, parecido a Zeus y con un tridente.

Se le identifica con el reino de los mares, el nombre Poseidón significa esposo de Da (*posis Das*), uno de los nombres de la Tierra. Se le asociaba a los terremotos y se le daba el calificativo de el que hace temblar la tierra. Sus principales animales simbólicos eran los toros y los caballos.

Su característica primordial es su temperamento. Tiene mal carácter, es violento, vengativo, destructivo y peligroso, es el dios al que acompañan la tempestad y la turbulencia, como el mar cuando está agitado. Pero también puede ser el mar en calma: las tormentas cesaron al instante cuando Poseidón condujo su carro de oro tirado por sus caballos blancos de doradas crines sobre las olas y los monstruos marinos retozaron a su alrededor.

Genealogía y mitología

Al igual que todos sus hermanos, salvo Zeus, Poseidón (hijo de Cronos y Rea) fue engullido por su padre, que temía ser derrocado por uno de sus hijos. En algunas versiones sobre su nacimiento Poseidón escapó de este destino, al igual que Zeus. En una de ellas se puso a un potro en su lugar y éste fue tragado por Cronos. En otra, en lugar de tragárselo, Cronos lo arrojó al mar, tan pronto como salió del útero, para que muriera ahogado. No obstante, en el relato más común fue engullido por su padre y liberado sólo después de que

Zeus desafiara a Cronos y con la ayuda de Metis pudiera hacerle devolver a sus tres hermanas y dos hermanos. Entonces los hermanos olímpicos y sus aliados lucharon contra Cronos y los Titanes y vencieron. Dividieron el universo en partes y a Poseidón le tocó el mar.

Poseidón no estaba contento con su parte. Compitió contra Atenea por la posesión de las ciudades de Atenas y Trezene y contra Hera por Argos. En un concurso por Atenas, la competición se basaba en dar a los ciudadanos un regalo. Atenea se presentó ante ellos con un olivo y luego Poseidón clavó su tridente en una roca de la Acrópolis y creó una fuente de agua salada. Cuando se evaluó el regalo de Atenea se consideró más útil y Poseidón perdió, tras lo cual inundó la llanura circundante. También inundó Trezene. No le fue mejor en su enfrentamiento a Hera por Argos, y cuando perdió, como venganza secó todos los ríos. Reivindicó sin éxito la isla de Egina a Zeus y Naxos a Dionisos. En su disputa con Helios sobre Corinto tuvo algo más de suerte: consiguió el istmo y Helios la acrópolis. Poseidón también se rebeló contra Zeus e ideó un complot en su contra que también fracasó.

Poseidón y las mujeres

Poseidón puso sus esperanzas de contraer matrimonio en Tetis, una nereida o diosa marina, y compitió contra Zeus, que también la deseaba. Sin embargo, cuando Prometeo reveló que Tetis daría a luz a un hijo que sería más grande que su padre, ambos la abandonaron y le arreglaron un matrimonio con un mortal. (El héroe griego Aquiles fue el fruto de esta unión.)

Luego se fijó en Anfitrite, otra nereida, que veía sus cortejos con repugnancia. La consiguió por la fuerza y la violó y ella huyó a los montes Atlas. Al final Delphinus (o Delfín) intercedió amistosamente en su caso, y ella consintió en casarse con Poseidón. Como muestra de gratitud, Poseidón colocó la imagen de Delphinus entre las estrellas en forma de constelación.

El matrimonio de Poseidón y Anfitrite siguió el mismo patrón que el de Zeus y Hera, pues Poseidón también era un conquistador. Los vengativos celos de Anfitrite, al igual que los de Hera, iban dirigidos a la otra. Un terrible ejemplo fue cuando Poseidón se enamoró de Escila: Anfitrite puso hierbas mágicas en el estanque donde se bañaba Escila, que transformaron a la bella

mujer en un monstruo de seis cabezas que ladraban, cada una de ellas con una triple hilera de dientes, y con doce patas. Escila habitaba en el estrecho de Mesina, devorando a los marineros que apresaba en las cubiertas de los barcos que pasaban.

Medusa corrió una horrenda suerte similar debido a Poseidón. Puesto que había hecho el amor con Poseidón en un templo dedicado a Atenea, la diosa transformó a Medusa en un monstruo repulsivo con serpientes en lugar de cabellos; todo aquel que mirara su rostro se convertía en piedra.

Cuando Deméter buscaba por toda la tierra a su hija secuestrada, Poseidón la espío y la deseó. Para escapar de él, ésta se convirtió en una yegua y se ocultó en una manada de caballos. Poseidón persistió en su búsqueda, se transformó en un semental y la violó.

Poseidón y su descendencia

Anfitrite dio tres hijos a Poseidón, un hijo y dos hijas, y además tuvo numerosa descendencia, que en su mayoría fueron monstruos en la mitología. Poseidón engendró gigantes destructores e hijos feroces de tamaño normal. Sus hijos heredaron su violencia y podían contar con la feroz lealtad de su padre.

Cuando Odiseo (Ulises) cegó a su hijo, el cíclope Polifemo de un solo ojo, Poseidón persiguió a Ulises con una ira implacable y castigó a todos aquellos que le ayudaron. Por ejemplo, Poseidón bloqueó (con una montaña) la bahía de un pueblo marinero que había ayudado a Ulises y transformó el barco de rescate en una roca. La *Odisea* fue tan larga y difícil debido al rencor de Poseidón.

La hostilidad de Poseidón hacia los troyanos

Como dios rencoroso, Poseidón no tenía rival. Su odio hacia los troyanos era tal que intervino a favor de los griegos, desobedeciendo el mandato expreso de Zeus. Su odio brotó en una época temprana. Poseidón y Apolo habían pactado un acuerdo con el rey Laomedonte (padre de Príamo y Paris y abuelo de Héctor, y que había muerto hacía tiempo cuando comenzó la guerra de Troya) de construir las murallas de su ciudad de Troya a cambio de cierta

suma de dinero. Pero cuando hubieron completado su trabajo, éste se negó a pagarles. Entonces Poseidón se vengó “hasta la segunda y la tercera generación” (lo cual el Antiguo Testamento también expone como modelo de venganza).

Poseidón y Creta: el toro del mar

El rey Minos de Creta le pidió a Poseidón que le enviara un toro para sacrificarlo. El toro que surgió del mar era tan extraordinario que Minos decidió quedárselo en lugar de sacrificarlo como había prometido. Enfurecido con el rey Minos por no cumplir con su palabra, Poseidón hizo que la reina Pasífae tuviera un apasionado romance con el toro. El fruto de esta unión fue el Minotauro, un monstruo medio toro y medio hombre, que fue encerrado en el centro del laberinto que se hallaba bajo su palacio.

El aspecto apacible de Poseidón

Aunque Poseidón destacaba por su ira, capacidad de destrucción y su predisposición a la violencia, también tenía otro aspecto pacífico y compasivo de su personalidad menos conocido. En sus estados de ánimo más tranquilos, por ejemplo, visitó a sus fieles etíopes, que le ofrecieron majestuosos sacrificios, y durante un tiempo olvidó su persecución de Ulises. En un acto de clemencia (y un terremoto) convirtió Tesalia, que había sido un enorme lago, en una tierra árida. También convirtió a Ino y a su hijo en divinidades marinas cuando se lanzaron al agua, y nombró a Cástor y a Pólux como protectores de los marineros con poder para calmar las tormentas.

Poseidón, el arquetipo

Imaginemos que estamos contemplando un plácido mar conscientes de que bajo su superficie vive un dios rencoroso, emocional y furioso, que puede aparecer exaltado y arremeter contra lo primero que encuentre en su camino, y comprenderemos en seguida algunas de las principales características del arquetipo Poseidón. Este arquetipo es un aspecto del arquetipo del padre que “se perdió” frente a Zeus, y está reprimido en los hombres Zeus que se esfuerzan por tenerlo todo bajo control.

Cuando el reino de las emociones es reprimido, este arquetipo queda sepultado y no está integrado en la personalidad del hombre. Las emociones son embotelladas en lugar de permitir su libre expresión en su momento. Sin embargo, al final, Poseidón ya no se puede contener y, en un acto de rabia y de dolor, se manifiesta el instinto primitivo de causar estragos sobre cualquiera que le haya hecho sufrir, no importa cuáles fueran las razones.

Poseidón es también el arquetipo a través del cual se puede conocer un mundo psicológico de gran profundidad y belleza. El mundo submarino de Poseidón no se puede ver desde el monte Olimpo y no fue descrito en la mitología griega. El acceso a las profundidades emocionales es un aspecto poco apreciado en las mentes de los hombres y está desvalorizado y reprimido en las culturas patriarcales. Los hombres americanos de mediana edad normales y corrientes, se supone que han de controlar sus emociones, al igual que se espera que los ingleses de clase alta guarden la compostura.

Un aspecto menos conocido de Poseidón es el representado por el agua subterránea. Es la profundidad emocional oculta bajo la tierra, no expresada ni

vista pero que, a pesar de todo, está allí en la forma de hondos sentimientos introvertidos que es necesario reconocer o expresar si se quieren conocer de verdad.

El arquetipo del que nada en aguas profundas

Poseidón era el único dios olímpico que tenía acceso a las profundidades marinas. Se podía sumergir profundamente y permanecer bajo el agua cuanto deseara o surgir rápidamente a la superficie tan sólo ordenando a sus corceles de crin dorada que tiraran de su carro, y podía hacer que las criaturas de los abismos rondaran a su alrededor, el sueño de un buceador. Poseidón es así mismo una metáfora para el hombre o la mujer que puede adentrarse mucho en el reino de los sentimientos y de las emociones y acceder a lo que se encuentra allí abajo: el espíritu y la tristeza, gran belleza y monstruos de los abismos, lugares tan profundos y oscuros que la visión clara ya no es posible y uno tan sólo puede apenas percibir lo que allí se encuentra. Allí hay un sentido de inmensidad, abismo y profundidad mucho mayor de lo que jamás podremos llegar a conocer o sumergirnos en él.

El hombre que es ajeno a su naturaleza de Poseidón, hasta que bebe y llora cuando está borracho o se halla sumido en este plano a causa del dolor o la ira, entra en el territorio de Poseidón y es temporalmente dominado por él, debatiéndose como un hombre que se está ahogando.

El aspecto del buceador de fondo del arquetipo Poseidón es encarnado por el poeta, dramaturgo, novelista, compositor, músico o psicoterapeuta que es atraído una y otra vez a adentrarse cada vez más hondo en el reino de las emociones, donde él (o ella) conecta con la profundidad humana colectiva. Las personas de pueblos que han sufrido a lo largo de la historia, donde se valoraba el arte y la literatura y cuyas naturalezas nacionales son más emocionales (por ejemplo, Rusia e Irlanda) parecen respetar más este dominio y permitir a sus hombres que sean más emotivos, irracionales y expresivos.

El arquetipo del rey

Al igual que Zeus y hasta cierto punto Hades, Poseidón también busca el poder sobre un territorio y el respeto y el control que conlleva ser un rey. El

hombre Poseidón siente una inclinación a “ser alguien importante”. Sin embargo, un Poseidón arquetípico carece de la impersonalidad, del pensamiento estratégico y de la fuerza de voluntad necesarios para que un patriarcado de padres celestiales tenga éxito y forme un “reino”. Su lucha en los negocios puede asemejarse a la del dios Poseidón, que perdió repetidamente territorios que estaban en discusión frente a otras deidades, que fue humillado públicamente y que reaccionó con ira.

Dada la intensidad de los sentimientos que se asocian a este dios, un hombre que encarne este arquetipo no suele ser un buen perdedor. Desde el punto de vista de Zeus, cada contienda fue resuelta “con todas las de la ley” por jueces oportunamente designados. Al igual que los hombres que no entienden las reglas que apartan de ellos la propiedad y el honor y que no saben perder con elegancia, Poseidón reaccionó con rabia. Lo más típico era que produjera inundaciones, del mismo modo que su arquetipo puede inundar la mente del hombre con sentimientos y asfixiar su pensamiento racional.

Si un hombre así no es capaz de establecerse en el mundo, el hogar es el único dominio donde él es el rey.

El portador del tridente

El símbolo del tridente, un símbolo fálico que, junto al significado de su nombre, esposo de la Tierra, le sitúa históricamente como dios preolímpico, consorte de la Gran Diosa, que tenía tres aspectos: doncella, madre y anciana. El tridente de Poseidón era el triple falo simbólico, que representaba su función como compañero de la triple diosa. Al igual que sus dos símbolos del reino animal, el caballo y el toro, el tridente es una afirmación de su sexualidad y fertilidad, aunque más abstracto.

El portador del tridente es potente sexualmente, capaz de engendrar. Este engendramiento no está limitado específicamente al aspecto femenino de dar a luz hijos (a la Diosa como madre), sino que puede extenderse a la fémina virginal, intacta e inocente (la Diosa como doncella) y a la mujer sabia (la Diosa como anciana). Vivido en su forma arquetípica más literal, esta indiscriminada, promiscua, sexual y psicópata masculinidad es encarnada en los hombres que no hacen distinciones entre las mujeres jóvenes y las

mayores. En una relación humana con compromiso, el portador del tridente es un hombre que es esposo de la doncella, de la madre y de la mujer sabia, que coexisten en su esposa. Como su compañero en una relación de por vida, es el esposo de la doncella cuando se casaron, luego de la madre de sus hijos y en la vejez, de la anciana en la que ella se convierte.

En su aspecto más abstracto, Poseidón es el esposo de la Tierra, como el dador de la humedad vital que necesita la tierra para ser fértil. Representa el agua subterránea y, al igual que Poseidón golpeó la tierra para hacer manar agua, el tridente representa el poder para conectar con esta fuente.

Poseidón, el enemigo implacable

La historia de los diez incansables años de persecución de Ulises es la historia de la furia del padre ante la ceguera de su monstruoso hijo de un solo ojo. No importa que Polifemo hubiera intentado devorar a Odiseo y a sus hombres y que tan sólo la astucia de éste último y su valor impidieran su festín. Es la justicia del “ojo por ojo”, que no tiene en cuenta nada más. Este tipo de “justicia” es, en realidad, venganza, devolver el daño que a uno le han hecho o a alguien de los tuyos. Poseidón puede esperar para ajustar viejas cuentas, guarda rencores que no pierden fuerza con el tiempo. Pueden pasar tres generaciones, como con los troyanos; pero algún día logrará su desquite.

Hay muchas historias y hombres que siguen este patrón. Hay estrellas de la gran pantalla, como Charles Bronson en la serie *El justiciero de la ciudad* y George C. Scott en *Hardcore*, que han representado papeles de padres Poseidón con sus venganzas personales, que se toman la justicia por su cuenta y llenan la pantalla de violentas represalias. Así mismo, William Hasley, *El Toro*, almirante de la flota del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial, persiguió a los barcos de guerra japoneses por los vastos espacios del océano con el odio implacable de un Poseidón a la caza de un traidor Ulises. Para él, «el único japonés bueno, es un japonés muerto». Y Yahveh, el dios del Antiguo Testamento, que proclamó: «la venganza es mía», estaba igualmente reivindicando y anunciando a gritos este aspecto del arquetipo Poseidón.

Poseidón como arquetipo del hombre salvaje

Robert Bly, uno de los grandes poetas americanos y líder del movimiento masculinista, habla de la masculinidad que los hombres —especialmente los que maduraron en los años sesenta—, han de reclamar, como “el hombre salvaje en el fondo del estanque”. Esta imaginería es prestada de la historia de Juan de hierro en *Kinderund Hausmärchen*, de los hermanos Grimm: érase una vez un bosque que todos los hombres evitaban, porque los cazadores que se adentraban en él nunca regresaban. Un día un cazador que no era del lugar y que no temía a nada entró en el bosque con su perro. El perro cazó una presa cerca de un profundo estanque; un brazo desnudo surgió del agua, le agarró y le arrastró hacia abajo. Cuando el cazador vio la escena, reunió a tres hombres con cubos para vaciar el estanque. Cuando llegaron al fondo, hallaron a un hombre salvaje, cuyo cuerpo era tan marrón como un hierro oxidado y el pelo le llegaba hasta las rodillas.

Bly señala que el hombre salvaje es un símbolo de la masculinidad instintiva, no domesticada por las mujeres, que está en contacto con la naturaleza y forma parte de ella, que será ultrajada, olvidada e incluso temida hasta que los hombres intenten conocer el origen de la fuerza y de la masculinidad, llevarla a un plano consciente e introducirla en la cultura.

Veo el hombre salvaje del fondo del estanque como una imagen de un Poseidón menospreciado y rechazado, un arquetipo reprimido en el inconsciente, conocido aquí bajo otro nombre. En el cuento, el hombre salvaje es liberado de su cautiverio por un joven. Y a cambio el hombre salvaje le promete al muchacho que le ayudará; cuando se encuentre en algún gran apuro, el muchacho habrá de regresar al bosque y llamarle. El hombre salvaje es la fuente de la fuerza y del poder, un arquetipo que el muchacho invoca cuando se le pone a prueba. En este proceso, el muchacho se vuelve valiente y bondadoso y el hombre salvaje emerge como un rey orgulloso.

Poseidón, el hombre

La esfera de Poseidón es el reino de las emociones y el hombre cuyo arquetipo es Poseidón está directamente en contacto con sus instintos y sentimientos, que expresará espontánea e inmediatamente si es extravertido y que puede albergar en su interior, si es introvertido. En cualquiera de los casos siente con profundidad e intensidad. Y sin embargo se ha de educar en una cultura que prefiere que los muchachos y los hombres no sean emotivos.

Los primeros años

El niño Poseidón siente con fuerza todo aquello que le importa. Especialmente si es un niño extravertido responderá de inmediato, con intensidad y espontáneamente a todo aquello que le afecte con los sentimientos y con la acción. Quiere aquello hacia lo que se siente atraído y no se corta para pedir ¡que lo necesita ya! Tiene sed de lo que desea y ¡se lamenta frustrado e iracundo cuando no puede conseguirlo ahora! Todo su cuerpo y su voz también expresan su gran placer al conseguir lo que quiere, si lo consigue ahora; si es más tarde ya no es lo mismo. El deseo del momento pasa y ya no está cargado del anhelo que sus emociones le habían conferido. Cuando está atrapado en sus emociones, intensas como son respecto a una necesidad en particular, su enfoque se puede dispersar y canalizar hacia otra cosa, algo parecido a las aguas de una inundación repentina que luego seguirán de nuevo su cauce. A diferencia de su hermano Zeus, Poseidón puede perder de vista aquello que era tan importante para él y encontrarse de nuevo atrapado en otra

cosa.

Un niño que ha tenido que reprimir sus emociones por temor a un padre punitivo puede aprender a enmascarar sus sentimientos. Pero éstos seguirán siendo intensos, sólo que estarán encerrados. Compartirá las cualidades de las aguas tranquilas subterráneas de un Poseidón, que puede mantener la calma en la superficie y, sin embargo, albergar turbulentos sentimientos.

Si el muchacho Poseidón no ha sido criticado por su espontaneidad y emotividad en su hogar, seguro que encontrará desaprobación en la escuela. Se burlarán de él si llora, le dirán que se siente y se esté quieto cuando salte estrepitosamente del asiento para ofrecerse como voluntario, le dirán que arregle el desorden que parece generar, siempre se sentirá criticado por no vivir dentro de las expectativas mucho más limitadas sobre cómo debería ser. Él, sus emociones y sus cosas parecen salpicar a los demás y molestarles.

Sus padres

Un Poseidón afortunado es el que nace en una familia que encaje con su temperamento, una familia que acoge bien las emociones, el drama, las lágrimas y la risa y que demuestra físicamente su afecto. Este hogar también tolerará el desorden que se produce cuando varios individuos hacen muchas cosas diferentes, las dejan en varias fases de finalización y no “llegan a tiempo” (no puedes marcar una hora para poner la comida en la mesa, o para controlar las entradas y salidas de los miembros de la familia). Si esto describe a su gente y su hogar, entonces Poseidón se estará educando en una atmósfera familiar que acepta y aprueba su personalidad. Pero es posible que no le ayude a adaptarse a las exigencias del mundo exterior, lo cual descubre inmediatamente cuando tiene que ir a la escuela.

Algunos niños Poseidón nacen en familias que no expresan sus sentimientos, ni son espontáneas o dan muestras de afecto, y en su lugar valoran las maneras, la inteligencia, la obediencia, el orden, el finalizar las tareas y recogerlo todo una vez terminadas. Un niño así es como un pez fuera del agua (o como una persona en la que domina el hemisferio derecho en un mundo de hemisferio izquierdo). En un hogar semejante, puede que siempre le estén reprendiendo por lo que hace (o por lo que no hace): el desorden de su

habitación, hacer las tareas que tiene asignadas cuando se supone que ha de hacerlo, ordenar otras zonas de la casa son los eternos problemas. (Afirma que él sabe dónde está todo en su ordenado desorden y que no puede encontrar las cosas cuando arregla su habitación). Su emotividad también suele encontrar desaprobación: si es así, recibirá el mensaje de “los niños grandes no lloran” (cuando llora) y “no hagas el tonto” (cuando es feliz). Si él también necesita aquello que le han ordenado, reprimirá su yo natural y se adaptará a lo que sus padres quieren.

En una situación ideal, “su verdadero yo” será visto, aceptado y valorado, y con la paciencia de los padres y esfuerzo también aprenderá a ser más ordenado y a controlar mejor el tiempo y la secuencia de las cosas, la necesidad de planificación no es un don que le venga dado por naturaleza. El mensaje “No llovía cuando Noé construyó su arca” es ideal para colgarlo en la pared de la habitación de un niño Poseidón. (Tal como veremos, ninguno de los dioses que nos conducen al mundo interior o al mundo emocional prestan atención al tiempo lineal, por eso a muchas personas les irá bien fijarse en este mensaje).

En el peor de los casos, el hijo Poseidón se polariza respecto a un padre o una madre excesivamente estricto, que exige obediencia, se enfurece cuando él persiste en ser como es y no está listo a tiempo, no es pulcro y no termina sus tareas. El padre o la madre ven su conducta como una insubordinación, a la que han de poner solución. Si se encuentra en esta situación, es probable que sea castigado o tratado con desprecio, también debido a su emotividad. Además de esta conducta y para causarle todavía más problemas, está su sentido de autoridad o de creerse con derecho a algo, lo cual provoca la situación de “te voy a enseñar quién manda aquí”, en la cual no puede ganar. (El muchacho Zeus es más hábil en ocultar estos sentimientos). En este entorno, el niño Poseidón también puede aprender a guardarse las cosas y a reprimirlas, sólo para que en algún otro momento su ira se manifieste contra alguien más débil.

La adolescencia y los primeros años como adulto

Un adolescente Poseidón suele ser un joven emocional, intenso y al que le

afectan mucho sus cambios hormonales y que va desesperado tras mujeres jóvenes sexualmente atractivas. Su intención es correrse la gran juerga mientras pueda, no buscar una relación estable. Durante este período de la vida, para un Poseidón de clase media que se espera que vaya a la universidad, la escuela se supone que ha de ser su foco de atención personal, pero a él no le interesa.

Además, el temperamento y los talentos de Poseidón no son apreciados en la mayoría de las escuelas: reacciona de forma emocional y basa sus decisiones en cómo siente, así que es un pez fuera del agua en el intelectual mundo académico. La belleza de la lógica se le escapa, le desagrada el trabajo analítico o repetitivo, odia hacer exámenes y la mayoría de los cursos le resultan aburridos. Para que le vaya bien en la escuela, necesita otros arquetipos.

A un Poseidón atlético podemos encontrarle en el agua, jugando al waterpolo o nadando. O también puede hallar un hueco en el mundo del teatro, en el que puede conectar con sus emociones, canalizarlas en un papel y ser apreciado.

No pone sus miras en conseguir buenas notas, aunque puede terminar dedicándose con empeño a los estudios, hacer el trabajo y tomárselo en serio, cuando los demás le hacen entender que es necesario y que tiene dotes para ello. Sin embargo, por bien que le vaya, los logros académicos no significan mucho para él. Y generalmente, no sabe lo que quiere ser cuando sea mayor.

Si no le va bien en el instituto, cuando es el momento de ingresar en la universidad o de empezar a trabajar, siente cada vez más resentimiento al ver que es excluido. Este patrón se puede repetir en otras etapas de la vida, cuando sus compañeros orientados hacia una meta empiecen a conseguir las posesiones materiales fruto de su esfuerzo y él se sienta cada vez más insatisfecho con su situación.

El trabajo

Encontrar un trabajo que le guste y que le aporte ingresos, que se sienta respetado por los demás y sienta respeto hacia sí mismo, suele costarle bastante en naciones corporativas e industriales como la nuestra. Un Poseidón

está fuera de su elemento en las oficinas y las fábricas. Para que le vaya bien en estos lugares ha de reprimir su naturaleza emocional, desarrollar y representar el papel de otra divinidad. A pesar de que pueda llegar a adaptarse y tener éxito, siente que sólo está trabajando por un cheque, aunque haya alcanzado las más altas cumbres de poder y de prestigio. Si nunca ha desarrollado las habilidades del hemisferio izquierdo que exigen los lugares de trabajo, no ha aprendido a controlar su temperamento emocional y tiene problemas con la autoridad, tendrá un empleo marginal y ni disfrutará trabajando ni estará satisfecho de la vida “materialista” que le ha tocado vivir, lo cual le enfurecerá.

El trabajo que signifique algo para él le permitirá realizar su verdadera naturaleza ayudándole a desarrollar su capacidad de evaluar y actuar desde sus sentimientos más profundos. Las aptitudes de Poseidón a menudo están orientadas a trabajar con la naturaleza (incluyendo la humana), donde el tiempo es medido en ciclos, mareas y estaciones. Así es como aprende a confiar en sus instintos y a experimentar con las plantas, las criaturas, las corrientes, el tiempo o las personas.

Las relaciones con las mujeres

Hay dos aspectos del hombre Poseidón que hacen probable que domine a las mujeres: su actitud patriarcal y el poder de su intensidad emocional. De modo que consciente o inconscientemente puede anular los sentimientos de la mujer y romper sus barreras. Desde la adolescencia, puede que no acepte un “no” como respuesta cuando está excitado sexualmente y ya ha gozado de cierta intimidad física. Esta actitud puede traer como consecuencia varios grados de violaciones en las citas, desde no atender a la necesidad de ella de que vaya más despacio, hasta forzar la relación sexual si se caen bien y ella le permite que la bese o la acaricie.

En general no se lleva bien con las mujeres actuales que tienen una carrera. Tampoco le va bien como joven urbano profesional; sin embargo, a menudo actúa como si tuviera derecho por su condición de hombre a estar en una posición superior a la de una mujer con carrera. Esta combinación le conduce a situaciones competitivas en las que la mujer juega con ventaja y es

probable que gane. Al igual que Atenea en su competición por Atenas contra el dios Poseidón, ella puede prever lo que requiere la situación, mientras que él no tiene esto en cuenta y acaba perdiendo.

Las relaciones con los hombres

Poseidón está en desventaja en el mundo de Zeus de la cultura industrial occidental. Reacciona de forma emocional, en vez de racional, en un entorno que contempla dicha conducta como negativa. Aunque, en general, “no se metan con él”, por tener cierta autoridad, puede encontrarse fuera de la competición para conseguir prestigio y dinero. Él “habla otro idioma” y, a menos que se adapte muy bien, reprima sus emociones y desarrolle un enfoque lineal orientado hacia una meta, no le irá muy bien en el mundo exterior, donde triunfan la estrategia y el desapego.

A veces se desarrollan vínculos duraderos entre un Poseidón y otro hombre que es su opuesto psicológico. Cada uno de ellos se siente atraído hacia la posibilidad de desarrollar esa parte inconsciente de sí mismo. Los hombres Poseidón tienen la capacidad de tener sentimientos profundos y ser leales, cualidades no fomentadas en un mundo Zeus, donde el hombre que busca el ascenso suele ser competitivo y deja atrás a las personas que no pueden seguir su ritmo.

La sexualidad

La sexualidad del Poseidón comienza como una fuerza de la naturaleza. La intensidad emocional combinada con su poderosa naturaleza instintiva hacen que así sea. El toro padre y el caballo semental son sus símbolos e imágenes que expresan su sexualidad innata e indiscriminada: puede encarnar al semental, listo y dispuesto a actuar.

El hombre Poseidón puede ser tan insensible como el dios, que persiguió y forzó a una Deméter destrozada, que estaba buscando a su hija secuestrada cuando él la espió. Muchas mujeres casadas con un Poseidón se han dado cuenta de que su apetito sexual es lo primero, sin tener en cuenta lo que ella esté pensando o sopesar lo que alberga su corazón. Al igual que Deméter, puede que intente esconderse, evitarle y disfrazar su sexualidad, y al igual que

la diosa, no tener éxito.

Mientras esté dominado por el arquetipo y se comporte sexualmente como si estuviera bajo la fuerza de la naturaleza, será “inhumano” y no estará conectado psicológicamente con su pareja. Se sentirá desbordado y poseído por sus fuerzas interiores, a la vez que él posee a los demás.

Si Poseidón es homosexual, especialmente antes del Sida, será él en mayor medida que su homólogo heterosexual el que desempeñe el papel de macho con compañeros predispuestos sexualmente. Un Poseidón homosexual mayor puede revivir el mito de Poseidón y Pélope. El dios Poseidón se sentía atraído hacia un joven llamado Pélope, que era tan hermoso que éste se lo llevó al Olimpo. Lo mismo ocurre cuando un homosexual mayor, poderoso y bien establecido se convierte en el protector y amante de un joven al que “coloca en un altar” en su mundo.

Tanto Zeus como Poseidón fueron representados como hombres poderosos que han deseado a muchas mujeres, se han casado muchas veces y engendrado muchos hijos. No obstante, los dos actuaron atraídos hacia jóvenes y bellas mujeres, como solían hacer los hombres en la antigua Grecia. Los zeuses y poseidones contemporáneos, hombres poderosos que se ven envejecer, a veces se sienten turbados y muy atemorizados por sueños eróticos con hombres jóvenes.

El matrimonio

La historia del cortejo y matrimonio de Poseidón y Anfitrite nos ofrece los detalles metafóricos imprescindibles antes de que un hombre Poseidón pueda comprometerse con una mujer. Poseidón vio a Anfitrite bailando y se enamoró de ella. (Se enamoró, lo cual es mucho más que un simple deseo sexual, ella atrajo la imagen interna de su amada, lo que Jung denomina el “ánima”). Cuando la cortejaba —la violó—, ella se asustó y huyó a un lugar seguro fuera de su alcance. Se comportó con ella como estaba acostumbrado, imponiendo su deseo y subyugándola con su intensidad, violándola. Entonces sintió la pérdida de esta mujer especial, a la que en su aspecto habitual no podía volver a conquistar. El Poseidón humano que se da cuenta demasiado tarde de que su amada se ha alejado de él, se encuentra en la misma situación.

Para conseguirla de nuevo, Poseidón necesitó la ayuda de un delfín que encontró donde ella se escondía y la persuadió para que se casara con el rey de los mares. El hombre Poseidón a menudo ha de desarrollar el “delfín” en sí mismo que pueda armonizarle con la otra persona (que pueda “encontrarla”, aunque se esconda) y ser sensible, cariñoso y comunicativo en un plano más profundo. Eso es lo que ha de hacer si desea persuadir a la mujer que ama para que regrese voluntariamente con él, sin que se sienta forzada y dominada.

Si le sucede esto a un Poseidón, evoluciona y llega a casarse con una mujer que tiene este efecto en él, entonces “vivirán en un hermoso palacio submarino”, estarán juntos en los abismos emocionales.

Sin embargo, muchos matrimonios Poseidón distan mucho de esa profundidad y belleza, si el hombre no ha evolucionado y si descarga en su esposa su resentimiento y su ira (a causa del trabajo o de no tenerlo). La falta de control emocional, los asuntos de poder o de carecer del mismo, el sentimiento de que las relaciones sexuales conyugales son un derecho, todo ello contribuye a crear malos matrimonios para un Poseidón, de los cuales, los peores son sobre todo aquéllos en los que además están implicados el consumo de alcohol o de otra sustancia.

Al igual que con los hombres Zeus y Hades, el matrimonio del Poseidón está regido por la mente. Estos tres arquetipos parecen promover el establecimiento de patriarcados en los que sin duda es el hombre el que manda.

La descendencia

Debido a la fácil accesibilidad a sus sentimientos, los hijos e hijas de un Poseidón pueden llevarse muy bien con él o justo al contrario. Un Poseidón que fue aceptado cuando era niño, desarrolló otros aspectos de sí mismo y ocupa un lugar cómodo en el mundo, puede ser un padre excelente. Es capaz de responder a los sentimientos y dar muestras físicas de afecto; ser un modelo de hombre fuerte que se ríe y llora, un padre que está presente, no el padre ausente y distante típico de nuestro modelo cultural.

Sin embargo, también puede ser terrible; como padre y esposo, generalmente en ambos roles. Sus ataques emocionales y a veces físicos sobre

su esposa, también salpican a sus hijos. Sus hijos están traumatizados por la violencia de su furia, se acobardan ante él y luego lo más probable es que actúen como él cuando tengan la oportunidad. La mayoría de los hijos de Poseidón fueron fruto de lo peor de su naturaleza. Uno de ellos era conocido como violador y se hacía referencia a él como al “sátiro del mar”; otros eran monstruos destructores o gigantes y salvajes.

Las hijas de Poseidón normalmente son personas poco destacables. Su infancia las convierte en candidatas para intimidaciones. Y puesto que sintonizan con el sufrimiento que subyace en la conducta de su padre, pueden autoasignarse el papel de redentoras.

La mitad de la vida

Hacia la mitad de la vida, la mayoría de los poseidones heterosexuales probablemente estarán casados y habrán tenido hijos, y se verá claramente si su vida familiar ha supuesto uno de estos buenos ejemplos o uno de los malos. Tanto si su matrimonio es fantástico como desastroso, la familia suele ocupar el centro de la vida emocional del Poseidón. Por ende, es probable que se vea involucrado en una de las principales crisis de su vida si su mujer le abandona en este momento. Si sucede esto, las mareas de sus sentimientos alcanzan tanto a los demás como a él mismo, a menudo removiendo complejos emocionales que hasta entonces habían permanecido en reposo en el inconsciente.

La mitad de la vida también puede traer depresiones o espectaculares cambios en los hombres que han reprimido a su Poseidón y que se han sabido adaptar a las expectativas que le han obligado a ocultar sus sentimientos para encajar en el mundo o centrarse en tener éxito en la vida. El problema es que pueden alcanzar posiciones de prestigio y poder que son la envidia de los demás, para descubrir al final que el poder no significa nada para ellos. Han vivido como si fueran otra persona. Y esa mala elección les pasa factura en la mitad de la vida.

Un hombre así puede que diga: «¿Y qué si soy vicepresidente? He de pasarme la mitad de la vida volando por todo el país. Mis hijos crecerán sin mí». ¿Qué hace entonces? ¿Dejar el trabajo, con el nivel de vida que le proporciona? Algunos poseidones lo hacen y provocan una crisis matrimonial

si están casados con mujeres que no pueden aceptar el cambio en el aspecto económico.

El esfuerzo inconsciente de intentar reconectar con la profundidad emocional que un Poseidón es capaz de alcanzar puede ser lo que haga a una mujer irresistiblemente atractiva para él. También se puede sentir atraído hacia un hombre joven que represente al muchacho olvidado que hay en él o una orientación sexual reprimida. Esta homosexualidad puede provocarle una crisis interna, incluso aunque él hubiera actuado sobre sus sentimientos. De todos modos, la intensidad con la que al final surgen los sentimientos reprimidos es perturbadora, y las adaptaciones que con tanta habilidad consiguió y construyó pueden destruirse. Espectaculares cambios se producen cuando una naturaleza Poseidón fuerte ha sido reprimida durante la primera mitad de la vida, para que en la segunda mitad —casi como si fuera una venganza— surja exigiendo su pago.

Los últimos años

A medida que el Poseidón ve cómo la última curva de su vida se acerca a la etapa final, la imagen de este semental simbólico aparece de nuevo. ¿Permaneció conectado con sus instintos y sentimientos, a la vez que desarrollaba la habilidad de tener visión de futuro y considerar la estrategia? ¿Era uno con su caballo —su naturaleza instintiva—, y pudo a un mismo tiempo pensar, observar y tomar decisiones? Si es así, ha vivido una vida auténtica y plena.

¿O bien abusó y mató al “caballo” porque los demás no lo valoraban y le menospreciaban por ser emotivo? ¿O el caballo fue condenado a morir mediante la represión, porque (al igual que el protagonista adolescente de la obra de Peter Shafer, *Equus*) obró desde el más profundo nivel de sí mismo y se metió en líos? En sus últimos años, ¿está desconectado de su fuente de profundidad y sentido, convirtiéndose en un hombre alienado y superficial?

¿Fue la naturaleza de su “caballo” la que lo tiranizó, de modo que jamás pudo desarrollar criterio y control? Reaccionar instintivamente satisfaciendo los apetitos hace que, a medida que la vida se vuelve más compleja, el fracaso, la venganza y el sufrimiento sean más probables. A medida que este

tipo de persona se hace mayor, se vuelve menos atractiva, menos humana, a diferencia del hombre Poseidón que a lo largo de su vida conserva su fe en su verdadera naturaleza y desarrolla ese potencial hasta un nivel muy elevado.

El potencial humano más elevado para encarnar este arquetipo está representado por la imagen del propio Poseidón en su carro tirado por sus caballos de crin blanca, apaciguando al mar, con criaturas de los abismos retozando a su alrededor. Este hombre Poseidón (o mujer) puede descender a las profundidades del océano, donde se encuentra como en casa y experimentar su belleza y serenidad, sin temer a lo que otros consideran los monstruos que rondan por los lugares oscuros.

El miedo crea “monstruos” de los elementos que apenas pueden distinguirse en los abismos de la psique colectiva humana; si los llevamos a la superficie donde se pueden ver con claridad y relacionarlos entre ellos, conseguiremos que se transformen.

Todos sentimos la presencia de fuerzas incipientes tremendamente poderosas aún no expresadas en nuestras profundidades y puede que las temamos hasta que un Poseidón poeta, escritor, compositor, psicólogo, bailarín o artista las haga salir a la superficie. Este hombre (o mujer) que cabalga sobre su naturaleza instintiva y que se siente en casa con su elemento emocional, traduce nuestros miedos en cualidades humanas conscientes.

Conflictos psicológicos

Los problemas psicológicos surgen cuando la emotividad de Poseidón y sus impulsos instintivos inundan la personalidad del hombre, están descontrolados y sin mediador. Las dificultades también aparecen cuando se menosprecian las cualidades de Poseidón y “su verdadero yo” es inaceptable.

Poseidón es la sombra de Zeus —el aspecto emocional del arquetipo del padre que es reprimido o enterrado y por ende no desarrollado e inaccesible en un hombre que conscientemente se identifica con Zeus.

Demasiada fluidez: inestabilidad emocional

Las respuestas emocionales instantáneas que son naturales en un bebé, suponen un problema psicológico en un adulto. Un bebé llora cuando le duele algo, tiene hambre, está incómodo, tiene miedo o está desconsolado por alguna razón. Arrulla contento cuando todo va bien y puede cambiar de un estado emocional a otro en un momento. No tiene un yo observador, ni capacidad para esperar, ni comprender: el desconsuelo es desconsuelo, la necesidad es necesidad, la comodidad está o no está. Y no importa nada más. El bebé emerge del reino de las aguas del líquido amniótico para salir al mundo como un ser capaz de reaccionar a las emociones, él será el centro de su propio universo. No percibe otra realidad que la de su propia experiencia subjetiva de comodidad, necesidad o desconsuelo. Y para un bebé es perfectamente correcto ser de este modo.

El equivalente en un adulto es otra historia. Un hombre (o una mujer) que

se deja llevar por sus fluctuantes sentimientos subjetivos, que no tiene en cuenta a nadie más ni a ninguna otra situación, es una persona centrada en sí misma, emocionalmente inadecuada y carece del sentido de la proporción. Otros le consideran emocionalmente inmaduro o inestable. Sin embargo, hemos de tener presente que las reglas sociales para una conducta masculina apropiada requieren la supresión de las emociones, hasta el punto en que derramar algunas lágrimas, al senador Edmund Muskie, candidato favorito a la presidencia, le costó el primer puesto en las primarias.

Cuando de expresar las emociones se trata, lo que se considera “excesivo” es un criterio puramente social, político y también psicológico, y el estereotipo cultural es fuerte. Los hombres Poseidón pueden variar su forma de expresividad emocional hasta el punto que una o varias emociones “tomen el control”. Cuando un hombre está “poseído” por un sentimiento o sentimientos hasta ese grado tan irracional, se considera que “no está en sus cabales”.

Maremotos y terremotos: las emociones destructoras y los períodos de gran agitación

Poseidón en la mitología era el que enviaba los maremotos y también se le llamaba aquél que hace temblar la tierra. En la psique, su equivalente es un complejo emocional de tal magnitud, que golpea con tanta fuerza, que sobrepasa y destruye la personalidad habitual. La racionalidad se derrumba, la realidad es engullida o desbordada y —al igual que el rey Lear bajo la tormenta— se vuelve loco. Sólo cuando las aguas retroceden o la tierra se estabiliza de nuevo, puede comenzar la construcción o reconstrucción. Entonces reina algo de calma para el ego observador, que puede ser capaz de comprender la experiencia y reconstruirse a sí mismo y las relaciones que sin duda alguna destruyó, al menos temporalmente.

El “maremoto” puede haber sido una versión ampliada de su habitual naturaleza emocional. Por ejemplo, un hombre (o una mujer) pueden reaccionar a una pérdida o traición abriendo las compuertas de las esclusas a un dolor y rabia como nunca habían sentido antes; sin embargo, esos sentimientos no son nuevos, sólo mayores.

El “terremoto” describe la emotividad del hombre que se ha guardado sus sentimientos. Los sentimientos introvertidos pueden existir, igual que el agua subterránea en las cavernas: fluyen por las profundidades y hay criaturas ciegas que nunca han visto la luz que pueden vivir en esos abismos, que son el equivalente de los complejos emocionales primitivos no desarrollados y reprimidos. El agua subterránea sigue las fallas y, a medida que la presión aumenta en el interior, se dejan sentir algunos temblores suaves; pero hasta que no se produce el primer gran terremoto, no se suelen tener en cuenta. Sólo tras un gran terremoto recordamos los “temblores” precursores que indicaban la inestabilidad y emotividad que yacían bajo la superficie. Si su vida da un giro hacia peor respecto a un punto especialmente vulnerable o una falla sísmica, se produce un terremoto y la emotividad que ha sido reprimida desde la niñez o incluso desde la más tierna infancia desborda su mente. La rabia primitiva con la que puede atacar irracionalmente a los demás puede devastarles no sólo a ellos, sino también (e incluso más) al propio hombre Poseidón.

Al igual que hay personas que viven cerca de un mar embravecido, las hay que viven en zonas de terremotos. Ambas han de aprender a interpretar el tiempo o los informes sismológicos, y con la experiencia aprender qué es lo que pueden esperar, cómo prepararse, y qué construir que pueda resistir una ola o terremoto potencialmente destructores. Los hombres (o las mujeres) cuyo Poseidón puede abrumar sus egos con sus emociones han de ser conscientes de su susceptibilidad y han de aprender todo lo que puedan respecto a sus condiciones y advertencias. Han de aprender a desarrollar formas de vivir con esta poderosa parte de ellos mismos. Igualmente, las personas que están afectadas por el poder destructivo de Poseidón encarnado en otra persona, han de saber detectar la advertencia de las señales. También han de decidir si prefieren alejarse, como las personas que se marchan de California porque no quieren estar por allí cuando se produzca el próximo gran terremoto.

Ojo por ojo

La mitología de Poseidón hace hincapié en los resentimientos y castigos. La *Odisea* de Homero narra la historia del implacable odio de Poseidón hacia Ulises por cegar a su hijo, el cíclope de un solo ojo. Poseidón fue el

responsable de la duración del viaje de Ulises para regresar a su hogar y de las dificultades que en él encontró. Este aspecto oscuro del arquetipo del padre busca la venganza, el “ojo por ojo”. Normalmente no deja lugar para ningún tipo de neutralidad en su juicio: “el que no está conmigo, está contra mí”. El castigo no se basa en la justicia o en lo que es correcto, ni escatima en víctimas inocentes; los hijos o los hijos de los hijos pagarán por igual por los pecados de los padres.

Como complejo emocional negativo, la venganza de Poseidón puede llegar a consumir, a destruir la personalidad del hombre que la lleva a cabo, así como del receptor de la misma. Un hombre poseído de ese modo puede poner bombas, intenta arruinar a alguien o pone todo su empeño en destruir la reputación de otro, o sueña con ello. Pero la situación interna es la misma: ha sido poseído por un poderoso aspecto negativo de Poseidón.

Baja autoestima

Siempre que las cualidades innatas de un hombre no encajan con el estereotipo de la “masculinidad” que sigue el modelo de Zeus, su autoestima sufrirá. Los hombres Poseidón son criticados por ser “demasiado emocionales” o “insuficientemente racionales”, y este tipo de hombre puede interiorizar las críticas de modo que, mucho después de que éstas hayan cesado, él se sigue culpando. Cuando no consigue la aprobación o triunfar con la facilidad innata de la que gozan los hombres que “encajan” con el ideal, su autocrítica se agrava y su autoestima queda aún más dañada. Puede que no encuentre el trabajo adecuado para él, y que entonces intente ser otra persona. Si lo consigue, esta represión le hará sentir que es un impostor o que está haciendo algo que no tiene sentido, lo cual afectará a su autoestima. Además, si alberga sentimientos de rencor o de venganza, no se sentirá bien consigo mismo, pues cuando estamos llenos de sentimientos negativos, eso afecta negativamente a nuestro propio sentido de bienestar y de dignidad.

Dificultades psicológicas para los demás

Un Poseidón es de la clase de hombres que se casan (como lo son todos los hombres Zeus, Poseidón y Hades). Al igual que Zeus puede tener aventuras

que, a su vez, pueden transformar a una esposa susceptible en una celosa Anfitrite, cuyo afán de venganza se parecía al de Hera.

Puede ser horrible vivir con él si es un Poseidón resentido y furioso que reacciona desproporcionadamente ante cualquier cosa que le haga estallar. Su dificultad en contener sus emociones e instintos, unida a la frustración y la rabia, pueden convertirle en un esposo o padre violento, especialmente si el alcohol le hace perder el control.

Formas de crecer

Con Poseidón la principal influencia para que se produzca su crecimiento psicológico será cuando su conexión innata con el reino emocional halle un medio de expresión a través del trabajo, las relaciones o la creatividad. Puesto que es susceptible de ser embargado por las emociones, el hombre Poseidón ha de desarrollar las habilidades de observar, reflexionar y pensar con objetividad.

Desarrollar un “yo” observador

La mayoría somos conscientes de lo que es “ser uno mismo” o “estar fuera de sí con...” o “no estar en nuestro sano juicio”. Reconocemos que hay momentos en que de un modo significativo no “somos nosotros mismos”. En términos de psicología junguiana, estas expresiones describen lo que supone que un complejo emocional embargue nuestra personalidad, ahogando temporalmente al ego que suele estar al frente. El ego es el elemento coherente y observador, que recuerda y que decide en la psique lo que queremos decir cuando decimos “yo”. Un complejo es un patrón arquetípico que se ha cargado de emoción. Cuando temporalmente tiene más poder o energía puede, durante un tiempo, “embargar” o “poseer” la personalidad.

Por ejemplo, un padre puede convertirse en “un hombre poseído” y optar por la venganza cuando se hiere a un hijo suyo. Se vuelve como un Poseidón en su infatigable persecución de Ulises: su rabia y su desquite son lo único que le importa; ni siquiera es capaz de apoyar, consolar o ayudar a sanar al hijo en

cuyo nombre actúa. Este mismo complejo puede ser activado por la misma situación en otro tipo de hombre, pero no tendrá tanta fuerza, porque su ego será más fuerte respecto al complejo. Ese hombre puede tener vívidas fantasías de venganza, de tomar las calles con una pistola “especial de sábado noche”, pero se da cuenta de que ha de controlar el odio que le roe por dentro, consciente de que lo que verdaderamente importa es lo que su hijo está sintiendo y necesita de él. Este mismo complejo puede “embargar” a otro hombre con una provocación mínima, incluso hasta imaginada.

Cuando un complejo emocional se apodera de alguien, el “yo” queda fuera de combate. La persona puede no ser consciente o estar ciega ante lo que está sucediendo mientras la gente alrededor suyo reacciona de formas diferentes. Puede que le sigan la corriente, le eviten, le teman o que su complejo provoque en los demás un complejo inconsciente equivalente. O que la persona luche contra ese complejo al sentir que su reacción es exagerada o que se comporta de modos que no son propios de él. Tanto en la psicoterapia como en la vida, se puede evocar el complejo y llegar a conocerlo. El mero acto de observarlo traslada la energía al ego y paulatinamente, a medida que el “yo” ve lo que está sucediendo y se resiste a dejarse llevar por el complejo, éste pierde energía e influencia y retrocede. Cuando la compasión por uno mismo y por las víctimas del complejo está presente en este proceso, tanto el individuo como sus relaciones experimentan un crecimiento.

Un hombre (o mujer) que vive en el acuoso reino de Poseidón y se deja llevar por las emociones ha de desarrollar la capacidad de ver las circunstancias fría y objetivamente (una perspectiva Zeus). También puede necesitar reconocer que sus emociones suelen estar conectadas con imágenes arquetípicas (patrones que existen en el inconsciente colectivo, que, tal como veremos en el siguiente capítulo, pertenecen al reino de Hades).

Aprender del delfín: superar la necesidad de dominar

Cuando Poseidón se enamoró de Anfitrite, pensó que podía conseguirla por la fuerza y dominarla. Ella huyó y no se habría casado con él si no hubiera sido por la intercesión de Delfín, que era muy persuasivo. Como señal de gratitud, Poseidón creó una constelación de estrellas con su forma.

Si un Poseidón aprende de Delfín —una criatura que está en su casa en el reino de Poseidón—, no intentará dominar, conseguir por la fuerza o competir por un territorio que pertenece a otros. En su lugar, quizás se concentre en su afiliación con los demás. Cuando los sentimientos y las emociones son el medio natural en el que uno se desenvuelve, por así decirlo, es fácil desarrollar habilidades que ensalcen las relaciones y la comprensión empática. Además, esta clase de hombre posee un potencial innato para expresar sus emociones, aunque también ha de fomentar y desarrollar esta cualidad. Del mismo modo que las actividades mentales o artísticas requieren que se les dé una oportunidad para su desarrollo, lo mismo sucede con el talento para los sentimientos.

La expresión creativa

Para que la profundidad e intensidad de Poseidón se manifieste a través del arte dramático, la poesía y la literatura, se ha de desarrollar el arquetipo de Hermes. Hermes es el dios mensajero, que transmitía mensajes (y guiaba a los espíritus) de un plano a otro. Ser un Poseidón con talento musical o artístico innato puede dar como fruto música o arte expresivo. Sea cual fuere el medio, es típico que evoque sentimientos fuertes y tumultuosos, puesto que las emociones del hombre Poseidón, que de lo contrario serían potencialmente perturbadoras, hallan una salida creativa. Lo que sucede en el fondo de la psique toma forma y se convierte en arte consciente.

Hefesto, dios de la forja, es otro arquetipo que puede ayudar a Poseidón a transformar las emociones en trabajo creativo. Hefesto, aún más que Poseidón, fue un dios rechazado, pero, en lugar de estallar, fabricaba objetos bellos y útiles. Transformó su ira en lugar de dejar que ésta fuera destructiva.

Diluir el efecto Poseidón

Cuando hay otros arquetipos activos, Poseidón generalmente pierde su poder de inundar y embargar la personalidad con las emociones. De modo que una de las principales formas de crecer es desarrollar otros dioses (y diosas). Apolo, dios del sol, Atenea, diosa de la sabiduría, y Zeus, son especialmente útiles. Las tres deidades que representan la capacidad de prever las

consecuencias, de ser objetivo y de conseguir ver las cosas desde fuera. Éstas son cualidades que un Poseidón ha de desarrollar.

5. HADES, DIOS DEL MUNDO SUBTERRÁNEO: EL REINO DE LOS ESPÍRITUS Y DEL INCONSCIENTE

Aunque sea el que gobierna sobre los muertos, no se ha de confundir a Hades con el diablo o Satán. Hades, como dios de la muerte, es implacable, inexorable, justo con firmeza e irrevocable en sus decretos; no es el demonio, enemigo de la humanidad, ni un inductor al mal.

PHILIP MAYERSON. *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*

El otro nombre de Hades era Plutón, que en griego significa riqueza, prosperidad, y la plenitud invisible del dios estaba representada por la imagen del cuerno de la abundancia que sostenía en sus manos, rebosante de frutos y vegetales o de joyas, gemas, oro y plata.

Hades es el dios que preside nuestro descenso, el que baña de oscuridad nuestras vidas, depresiones, ansiedades, trastornos emocionales y dolor con el poder de transformarlas en iluminación y renovación.

ARIANNA STASSINOPOULOS, *The Gods of Greece*

Al dios del mundo subterráneo y a su territorio se les denomina Hades. Es

el dios menos personificado y el menos conocido; era “el invisible”.

Para familiarizarnos con su reino hemos de descender a él. Sólo entonces es posible descubrir que en la penumbra, la frialdad y la oscuridad a la que los místicos se refieren como la noche oscura del alma, o lo que las mentes más psicológicas conocen como depresión profunda en la que uno es aislado de la realidad ordinaria y es incapaz de sentir o de soportar estar a la “luz del sol” de todos los días, se pueden hallar muchas riquezas.

El espectro de la muerte te conduce a Hades. La muerte de un pariente, la muerte de una forma de ser, la muerte de un propósito, de la esperanza o del sentido de la vida pueden llevarnos allí. La perspectiva de la muerte física, vista como una posibilidad o una certeza, es una experiencia que nos conduce al mundo subterráneo.

La mayoría entramos en Hades o conocemos a Hades involuntariamente. Como el héroe Aquiles en Troya, —el hombre (o la mujer) cuyo ego y se identifica con el éxito— puede morir a través de una gran derrota en el competitivo campo de batalla. El acontecimiento es el doblar de las campanas por su heroica actitud y su sentido de inmortalidad. El descenso involuntario también se puede producir por ser víctima. Una mujer (o un hombre) puede ser violada o golpeada, ser víctima de una violación, sentirse impotente, experimentar terror y entrar en el insensible, gélido y aislado mundo subterráneo. Mediante la victimización tiene lugar un “secuestro”, como en el caso de Perséfone.

También hay quien entra en Hades o conoce al dios voluntariamente. Para Psique fue la última de sus tareas *heroínicas*, que tuvo que asumir por ser la única forma para reunirse con Eros. El amor, también fue la motivación de Orfeo, que fue a Hades en busca de su esposa Eurídice; Dionisos descendió para buscar a su madre Sêmele. Y en la mitología sumeria, Inanna-Ishar viajó voluntariamente al mundo subterráneo de Ereshkigal, su hermana oscura. Además del amor, la sabiduría también ha supuesto una motivación: Ulises tuvo que adentrarse en el mundo subterráneo para obtener información del vidente ciego Tiresias, imprescindible para encontrar su camino de regreso a casa. Los descensos voluntarios se realizan con grandes riesgos, pues nunca existe la garantía de un retorno seguro.

El reino de Hades es el inconsciente, tanto personal como colectivo. Allí

residen los recuerdos, pensamientos y sentimientos que reprimimos, todo aquello que resulta demasiado doloroso, vergonzoso o irreprochable para los demás como para permitir que se pueda ver en el mundo de la superficie, los anhelos nunca hechos realidad, las posibilidades que se quedaron como meros esbozos. En el mundo subterráneo del inconsciente colectivo existe todo aquello que es posible imaginar llegar a ser, todo lo que ha existido alguna vez. Es el reino que debió conocer el poeta romano Terencio para poder decir: «nada humano me es ajeno».

Hermes, dios mensajero, guiaba a los espíritus al mundo subterráneo y fue a buscar a Perséfone. Iris, la menos conocida de las diosas mensajeras, también entró en el mundo subterráneo por voluntad propia. Una vez Perséfone hubo comido los granos de granada y regresó al mundo superior, volvió periódicamente al mundo subterráneo y como reina de ese reino estaba allí para recibir y guiar a aquellos que se adentraban voluntariamente en él. Y aunque Hades podía abandonar el mundo subterráneo y, de hecho, lo abandonó —a pesar de que en su mitología sólo lo hizo en un par de ocasiones—, ése era el reino que se le había asignado, donde él residía.

En la vida, al igual que en la mitología, algunas figuras pueden descender y regresar, algunas pueden acompañar y guiar a otras almas, y otras conocen el reino porque residen en él o viven allí a temporadas. Los psicólogos, por ejemplo, están familiarizados con Hades. Tanto la psicología en su sentido original (de la palabra griega *psyché*, que significa “espíritu”) y la tanatología (de Tánatos, el dios griego de la muerte) son campos relacionados con el dominio de Hades.

Los psicoterapeutas han de estar arquetípicamente conectados con Hermes, Perséfone, Dionisos o Hades para poder realizar un trabajo profundo en el espíritu. Estos arquetipos hacen posible que nos familiaricemos con lo inconsciente y con todo lo que allí se encuentra, incluyendo la locura. Estos mismos arquetipos hacen que trabajar con la muerte y con los moribundos tenga sentido. C. G. Jung en la psicología analítica y Elisabeth Kübler-Ross en la tanatología se convirtieron en guías para los demás en sus respectivos campos, pero sólo tras haber descendido ellos mismos. Las depresiones y las experiencias cercanas a la muerte suelen ser las iniciaciones más comunes para entrar en el reino de Hades. Después de eso, tal como se dijo de los

iniciados en los misterios de Eleusis, uno ya no teme a la muerte.

Sin embargo, en el monte Olimpo donde reina Zeus, Hades era muy temido. El patriarcado y las religiones patriarcales ven Hades como el lugar del mal donde gobierna Satán, un lugar que se ha de evitar en la muerte, a la vez que es también una dimensión devaluada en la vida. Mientras la cultura y el individuo sólo se identifiquen con Zeus y con los dioses celestes, el mundo subterráneo seguirá siendo un lugar temible, en lugar de una fuente de tesoros. Sea lo que fuere aquello en lo que nos hemos de convertir, existe íntegramente en el mundo subterráneo; equiparadas con el inconsciente colectivo, las sombras que allí residen son como los arquetipos, formas que necesitan energía vital, potenciales aún no desarrollados que esperan ver la luz.

El mundo subterráneo, en su aspecto más negativo, en la designación cristiana, se denomina *infierno*, y se asocia con el fuego y la condena. Hel era la reina escandinava del mundo subterráneo y su nombre se transformó en la palabra inglesa “hell” (infierno). El dios céltico de la muerte tenía el título de Helman (hombre del infierno). Al igual que con Hades, el nombre de la deidad y el lugar donde habitaba pasaron a ser una misma cosa. La investigación de Barbara G. Walker indica que el “hell” precristiano era un *sancta sanctorum* uterino o cueva sagrada de renacimiento, representada por el *hellir* escandinavo. La primera noción de *Hel* era la de un útero-caldera lleno de fuego purgativo. El mundo subterráneo, en un principio un reino maternal, se convirtió más tarde en un reino paternal. Y del mismo modo que los valores de los dioses celestiales se fue haciendo cada vez más fuerte, el reino fue creciendo y se volvió más negativo y temido.

Hades también es un aspecto reprimido del arquetipo del padre. En el patriarcado, al igual que en el Olimpo, es Zeus quien manda. Su versión del arquetipo paterno es la que prevalece. En las personas y en la cultura, Hades existe como una fuerza del inconsciente, a la que se conoce y valora sólo cuando se desciende.

Hades, el dios

Hades fue el que gobernó el mundo subterráneo, el reino donde residían los espectros de los difuntos y donde ciertos inmortales mitológicos fueron confinados a raíz de perder la batalla contra la supremacía de Zeus y de los olímpicos.

Pronunciar su nombre se consideraba que traía mala suerte, de modo que fue denominado por una serie de títulos alternativos. Él era “el invisible”, (Aidoneo) o “el rico”. Este último calificativo en griego era “Pluto” (del cual se derivó el nombre latino Plutón) y Dis (de *dives*, “rico”) en latín. Otros nombres menos favorables eran Buen Consejero, el Renombrado, el Hospitalario, el que Cierra la Verja y el Odiado. También se le conocía como el Zeus del mundo subterráneo o el Zeus del otro mundo.

Aunque los griegos vieron a Hades como macabro, frío y despiadado, nunca pensaron en él como en el demonio o algo satánico. Al igual que Zeus y Poseidón, Hades fue representado como un hombre maduro con barba. Tenía el birrete de la invisibilidad, que le habían dado los cíclopes, y cuando se le veía como el dios de las riquezas, se le representaba con una cornucopia o cuerno de abundancia.

Genealogía y mitología

Hades era un hijo de Cronos y Rea que fue engullido por su padre al nacer. Cuando Zeus y Metis consiguieron que Cronos regurgitara a los hijos que se había tragado, los hermanos —Hades y Poseidón— se unieron a Zeus para

luchar contra Cronos y los titanes, y les vencieron. Tras su victoria, los hermanos se repartieron el mundo y la parte que le fue asignada a Hades fue el mundo subterráneo.

Hades ni engendró hijos ni demasiada mitología. Pasó la mayor parte de su tiempo fuera del alcance de la vista en las entrañas de la tierra, que tan sólo abandonó en un par de ocasiones. Una vez, según Homero, Heracles le hirió con una flecha y fue hasta el Olimpo en busca de ayuda, incidente que no fue demasiado elaborado. Su salida más significativa fue para raptar a Perséfone.

El rapto de Perséfone

El rapto de Perséfone es el único mito significativo de Hades. Hades deseaba a Perséfone como esposa y con el consentimiento de su padre Zeus, raptó a la joven doncella. Ella estaba cogiendo flores en una pradera con sus compañeras, y las dejó atrás, atraída hacia un hermoso narciso de cien flores, que había sido creado especialmente para atraerla. Cuando se agachaba para arrancarlo, la tierra se abrió ante ella y del oscuro agujero que se había hecho en el suelo apareció Hades en su carro tirado por poderosos caballos negros. Hades atrapó a la aterrada doncella, que gritó pidiendo ayuda a su padre Zeus, quien sabiendo desde un principio lo que iba a suceder, desoyó sus gritos.

Los caballos de Hades se volvieron a sumergir en la tierra, conduciendo a Hades y a Perséfone hacia las profundidades del mundo subterráneo, y entonces la tierra volvió a cerrarse como si nada hubiera sucedido.

Perséfone languidecía en el mundo subterráneo, mientras su madre Deméter estaba desconsolada y furiosa por su pérdida. Al final, Deméter se retiró para recogerse en su templo. Como resultado de dicha acción, no crecieron más cosechas, ni hubo nacimientos, ni brotó nueva vida de ningún tipo. La hambruna amenazaba a la Tierra y a sus habitantes. Sólo entonces Zeus prestó atención a Deméter y envió a Hermes a buscar a Perséfone.

Hermes descendió al mundo subterráneo, donde halló a la afligida Perséfone, desconsolada con su destino, sentada en un sillón más bajo junto a Hades. Cuando se dio cuenta de que Hermes había ido a buscarla, rebotó de alegría. Pero antes de que ella pisara el carro que la devolvería a su mundo superior, Hades le dio unos granos de granada para comer.

Perséfone fue devuelta a su madre y llegó la primavera que trajo nueva vida y verdor a la tierra. Si Perséfone no hubiera comido nada en el mundo subterráneo, habría sido devuelta a su madre como si nada hubiera pasado. Pero puesto que ingirió los granos de la granada que le había dado Hades, Perséfone ahora tendría que pasar parte del año —los meses de invierno, cuando la tierra está en barbecho— en el mundo subterráneo con Hades. Así se convirtió en la reina del mundo subterráneo.

Hades y Dionisos

Existe un hilo casi invisible que conecta a Hades con Dionisos, el dios del éxtasis, el cual fue trazado por el mitólogo Walter F. Otto en *Dyonisus: Myth and Cult*. Él cita una línea de Heráclito: «Hades y Dionisos son uno y lo mismo», y observa que cuando Dionisos visitó el mundo subterráneo en busca de su madre Sémele, le entregó el mirto a Hades. Así el mirto se asoció tanto a Dionisos como a la muerte. Karl Kerényi, en *Eleusis: Archetypal Image of Mother and Daughter*, señala que Dionisos y versiones de Hades aparecen duplicadas, lo cual sugiere de nuevo que de algún modo son intercambiables o que existe una relación entre ambos.

Los orígenes de Dionisos fueron como dios de la vegetación y de la fertilidad. Como tal, en su adoración se habrían tenido en cuenta las estaciones y al igual que Perséfone habría tenido una vida subterránea una parte del año. Entonces Hades y él habrían estado relacionados. Dionisos conoció el sufrimiento, el desmembramiento y el renacimiento, así como los períodos de locura. Por consiguiente, descendió al mundo subterráneo, al reino de Hades.

El mundo subterráneo

Los habitantes muertos del mundo subterráneo, que residían allí eternamente, eran considerados como meras sombras de sus yoes vivos. Era un lugar tenebroso y la mayoría vivían en el Prado de los Asfódelos (recibía el nombre de esta flor). Sólo unos pocos elegidos vivían en el Elíseo “las Islas de los Bienaventurados”. En el fondo del mundo subterráneo estaba el Tártaro, un lugar donde siempre reinaba la oscuridad, los malvados eran torturados y donde los titanes fueron encarcelados.

Además de estar ubicado en el mundo subterráneo, a Hades se le relacionaba con el distante oeste. Ulises zarpó hacia oeste en dirección al bosque de Perséfone, una abrupta costa sin sol en el límite del mundo para encontrar la entrada a Hades.

Los muertos eran escoltados por Hermes hasta el mundo subterráneo. Necesitaban un óbolo para pagar a Caronte, el barquero que les cruzaba la laguna Estigia, y luego entraban por las puertas custodiadas por Cerbero, un enorme perro de tres cabezas que les dejaba entrar sin problemas, pero que no les dejaba escapar. Al entrar en Hades se encontraban con tres jueces, Minos, Radamante y Éaco.

Unos pocos mortales vivos entraron en el mundo subterráneo y regresaron: Heracles fue a buscar a Cerbero para uno de sus trabajos; Psique fue en busca de una caja con un ungüento de belleza que tenía Perséfone; Ulises fue a hablar con el espectro del vidente Tiresias; Eneas buscó el espectro de su padre. Sin embargo algunos mortales no regresaron: Teseo y Pirítoo fueron a rescatar a Perséfone y fueron apresados por Hades con las cadenas del olvido.

Hades, el arquetipo

Tal como he señalado antes, Hades se utilizaba tanto para hacer referencia al dios del mundo subterráneo como al lugar. Hay también dos arquetipos de Hades: un patrón de personalidad y un reino arquetípicos.

Las características que vienen a continuación son importantes para definir a los dos Hades arquetípicos: el dios llevaba un birrete de la invisibilidad, y por ende era una presencia invisible. Rara vez se aventuraba a salir del mundo subterráneo y no sabía lo que pasaba encima de él, en el mundo de los mortales o en el monte Olimpo. Vivió en su propio reino con los espectros que eran insustanciales imágenes sombrías, como ecos visuales de sí mismos cuando estaban vivos; se podrían imaginar como hologramas sin color. Hades, sin embargo, también recibía el apodo de “rico”, y su reino era una fuente de riqueza subterránea.

Hades, arquetipo de los solitarios

El humano solitario que se retira del mundo, sin preocuparse ni enterarse de lo que pasa en él, encarna el modelo de vida de Hades. Puede que haya perdido aquello que una vez tuvo sentido para él en su vida y ahora ha de vivir como los espectros del mundo subterráneo, cumpliendo formalidades y carentes de vitalidad, sobre todo si también está deprimido. Puede llegar a convertirse en un Hades paranoico y aislado, como le sucedió al multimillonario Howard Hughes en sus últimos años. La riqueza de Hughes le permitía ocupar toda una planta de su propio hotel en Las Vegas, a la que nadie

podía acceder sin previa autorización, custodiada por guardaespaldas, virtualmente prisionero en su propio reino.

Hughes en sus años de juventud no había dado muestras de ser insociable ni incapaz de adoptar una *persona* apropiada, como sucedió más adelante. Dirigió uno de los grandes estudios cinematográficos, una compañía aérea, construyó un avión y salía cogido del brazo de bellas estrellas de la gran pantalla. Entonces Hughes no tenía problemas para responder a esa pregunta básica que se hace a los hombres: “¿Qué es lo que estás haciendo?”. Un Hades que no puede responder con una respuesta aceptable y que carece de posición y riqueza es un hombre sin *persona*, lo que le convierte en invisible en el mundo de los hombres. Si no tiene familia puede vivir solo en la habitación de un hotel de paso en cualquier parte de la ciudad donde haya vida nocturna, *sex-shops*, prostitutas, camellos y donde los sin techo y los que están en la miseria duermen en los portales. Este lugar es como el Hades subterráneo, al igual que él mismo es como un Hades invisible. Si un hombre no tiene otra opción que vivir como Hades, a causa del patrón de su personalidad y de sus circunstancias, su suerte es bastante triste. Sin embargo, si está físicamente a salvo y tiene cubiertas las necesidades básicas, puede estar relativamente contento con su suerte. Por naturaleza puede preferir estar sólo y pasar inadvertido o no ser molestado.

Hades como Plutón, el arquetipo del rico

Otro tipo de Hades solitario puede haber probado el mundo exterior y saber que prefiere la subjetividad y la riqueza de su mundo interior, el Plutón o el aspecto de las “riquezas” de Hades. En nuestra cultura extravertida, que hace hincapié en la productividad, no se anima a las personas a que pasen tiempo solas sin “hacer nada”. De modo que el solitario introvertido es juzgado negativamente o considerado peculiar por pasar tanto tiempo solo. Este rechazo está compuesto por sus respuestas subjetivas hacia la gente, las cosas o los acontecimientos del mundo, que pueden resultar peculiares por su alto grado de subjetividad.

Hades, el Plutón solitario, es, sin embargo, una parte “ausente” en muchas personas, que no valoran las oportunidades que se les brindan para ser

introvertidas de la forma que puede serlo este arquetipo. Los introvertidos pueden vivir una vida interior que esté en contacto con sus propias reacciones subjetivas a la experiencia externa. Hay un tipo de introversión (sensación introvertida, en la tipología psicológica de Jung) que se puede experimentar en forma de diálogos internos, visiones o sensaciones corporales.

Puede ser muy enriquecedor que Hades forme parte de nuestra naturaleza psicológica. Hades, el solitario, es una fuente de creatividad que se puede expresar a través de las artes, a menudo las visuales. Las películas de Fellini, especialmente *Giulietta de los espíritus* y *Fellini ocho y medio* son una muestra de la riqueza y subjetividad de su reino interior.

Hades también puede ser esa parte de la psique que informa de una reacción subjetiva hacia otra persona, cosa o situación. Un sueño puede funcionar de forma similar. Por ejemplo, cuando un Hades inesperadamente se encuentra con una mujer que hace dos años le engañó y le hirió, se produce el flash de una imagen en technicolor en su mente: la ve con cuchillos que se le clavan en el cuerpo, imagen seguida inmediatamente de la sensación física de tener un vacío en su corazón. En vez de sentir hostilidad, ira y dolor emocional, tiene esas experiencias sensoriales, que son equivalentes vívidas de sus sueños.

Desde la perspectiva exterior de esa misma persona, cosa o situación, esta introvertida forma idiosincrásica de percibir se considera una distorsión de la realidad. En una fase ya muy temprana, en la infancia, las personas que habitualmente y de forma natural perciben de esta manera, aprenden a desconfiar de sus percepciones porque no reciben aprobación de los demás. Si pueden, suelen eliminar este aspecto suyo por considerarlo inaceptable o demencial, y así, lo que podría ser una fuente de riqueza e introspección ya no es accesible. Las personas Hades han de conectar con su vida interior.

No obstante, si se carece de una visión objetiva de la realidad propia de Zeus, y de la capacidad de respuesta emocional de Poseidón, que son necesarias para equilibrar y dar sentido a las percepciones subjetivas de Hades, la persona corre peligro de caer en un aislamiento emocional y retirarse a un mundo subjetivo.

Hades, el buen consejero

Buen Consejero era otro de los nombres de Hades que describe un aspecto potencial de este arquetipo. Como fuente de conocimiento subjetivo, Hades puede ser un buen consejero. Hemos de mirar hacia dentro, cuando tomamos decisiones cruciales, porque nadie salvo nosotros mismos puede decir cuál es el valor subjetivo de una experiencia. Una opción objetiva y sensible puede estar vacía de significado, no ser más que una salida superficial que parece bien a los demás. Cómo aprender qué opción es la que más nos interesa personalmente es algo que difiere de una persona a otra. Hades nos ayuda, a través de nuestras sensaciones corporales, nuestras reacciones viscerales, voces internas y flashes visuales, a conocer cuál es nuestra reacción subjetiva a algo o a alguien. Cuando se trata de decisiones verdaderamente importantes en nuestra vida, el factor subjetivo es de vital importancia y es el que Hades nos puede dar.

Hades, el hombre invisible: la persona inadecuada

Hades, con su birrete de la invisibilidad, era el dios oculto, incluso cuando viajó al mundo de la superficie, lo cual corresponde a un dios sin demasiada *persona*. (*La persona* es la cubierta superficial de nuestra personalidad, un compuesto de nuestra imagen, de cómo vestimos, de lo que hacemos y de nuestra conducta, el material con el que se forjan las primeras impresiones). Además, como señor de su propio reino produciría un efecto deprimente en cualquier fiesta.

Hades es el arquetipo que rige la vida interior profunda y es inexpresivo, ya sea en las emociones o en las palabras. Cuando este arquetipo es el que predomina, el resultado es la invisibilidad social. Los demás no ven las riquezas subterráneas y con frecuencia se sienten incómodos en su presencia.

Hades como “Zeus del mundo subterráneo”: arquetipo del rey gobernante

Hades, Zeus y Poseidón gobernaron sus reinos, y cada uno de ellos es un ejemplo del arquetipo del rey. Sus personalidades y territorios diferían, pero estos dioses compartieron similitudes fundamentales. Cada uno de ellos estableció su autoridad sobre su territorio en particular, todos buscaron una esposa que se convirtió en su consorte oficial y cada uno representaba una

figura patriarcal (aunque Hades no tuvo hijos).

Hades, el arquetipo del secuestrador: sombra incestuosa de Zeus

Cuando Hades decidió que quería a Perséfone, no la cortejó, la raptó y la violó con el permiso de Zeus. Y cuando Perséfone pidió ayuda a su padre Zeus, éste miró hacia otra parte. En muchos padres incestuosos, Zeus y Hades son versiones del doctor Jeckyll y míster Hyde. Como Zeus, este tipo de hombre es el pilar esencial de la comunidad y es un padre autoritario (y a menudo puritano) que sustenta a su familia; es el padre que “mira hacia otro lado y no atiende sus súplicas”, que consiente cuando (como Hades) él mismo viola o seduce a su hija.

En esta situación psicológica, Hades es la sombra arquetípica del padre, de eso que es malo en él y que realiza en secreto con la hija que no puede escapar. Él mismo es el padre violador que secuestra a su hija al mundo subterráneo. Una vez violada, su inocencia ha sido traicionada; ya no es la virgen doncella en un mundo soleado y seguro; se convierte en prisionera del secreto de su padre, de su oscuro mundo, y a menudo perdura también a partir de entonces en el propio infierno de la hija.

Hades, el secuestrador como el amante imaginario

Hades, el secuestrador, puede ser totalmente invisible y ser un amante fantasmagórico, un arquetipo que se ha vuelto autónomo con una “vida” propia en la psique de una mujer. Un paralelismo fácilmente comprensible en la infancia es el compañero de juegos imaginario. Ahora, en la vida de una mujer adulta, él es el amante imaginario. Él está en su compañía y conversa con ella, puede escribirle poesías, darle consejos y hacerle promesas. Se convierte en su único confidente y puede contribuir a su reclusión del mundo debido a sus comentarios, que la inhiben cada vez más de relacionarse con los demás.

Es bastante habitual en las personas ordinarias que pertenecen al tipo sensorial introvertido (en términos de psicología junguiana) oír voces o sonidos. Muchos músicos, por ejemplo, suelen “alucinar” música, y montones de personas escuchan voces interiores o han tenido visiones. Para desarrollar un amante imaginario tiene que existir un potencial para esta clase de

experiencia interior tan vívida, además de una vida personal que carezca de relaciones importantes. Ella puede ser una persona con una vida social muy pobre, debido a su poco atractivo, a su incapacidad para relacionarse o a sus miedos.

El “secuestro de Hades” es hacia su mundo privado, donde ella mantiene una relación interna con su fantasmagórico amante. Esto tiene el mismo efecto en su vida que si fuera una relación real secreta; la aísla de los demás, aunque puede seguir trabajando en un puesto monótono y pasar desapercibida.

Un hombre que vive como Hades, el solitario, también puede tener una Perséfone imaginaria. Ella puede ser una persona real por la que se siente atraído en la distancia y que gradualmente se va convirtiendo en una “presencia” autónoma en su mundo interior. Si esto sucede y la línea entre la mujer imaginada y la real se va borrando en su mente, puede acabar actuando de alguna forma inapropiada o demencial con la mujer real.

Hades (el lugar) como arquetipo del mundo subterráneo

Hades era el reino subterráneo, el infierno, el mundo subterráneo donde los espíritus van después de la muerte, un lugar que algunos dioses y mortales pueden visitar y regresar de él. Así pues, Hades es un arquetipo de lugar, así como un patrón de personalidad.

Hades (el lugar) como imagen arquetípica de la depresión

Cuando Perséfone fue secuestrada al mundo subterráneo y apresada allí, clínicamente se podía considerar que estaba deprimida: no hacía nada más que estar sentada, ni bebía ni comía, y pensaba que jamás volvería a ver la luz del día, coger flores o volver a ver a su madre. Entre tanto, en su ausencia, toda la tierra se estaba volviendo árida y nada se podía cultivar.

Las personas deprimidas actúan y sienten como Perséfone cuando fue secuestrada. Se sienten aisladas de todo aquello que solía tener significado para ellas; todas las emociones son grises. A veces, incluso la percepción de la vivacidad y el color desaparecen y el mundo se ve literalmente gris. Este tipo de depresión se puede comparar con un descenso al mundo interior de las imágenes y de las voces, tan bien descrito por Joanna Greenberg, quien (en la piel de Hannah Green) escribió su novela autobiográfica *I Never Promised You a Rose Garden*, que trata de una adolescente que se evade de la realidad.

Los descensos menores al mundo subterráneo son algo habitual. Son esos momentos en los que puede que digamos, «hoy no tengo un buen día», en el sentido de que estamos deprimidos.

El mundo de la sombra

En la psicología junguiana, los contenidos de “la sombra” son dobles. La sombra contiene esas partes de nosotros mismos que son inaceptables, tanto para nosotros como para nuestra idea de “qué pensarían los demás” si lo supieran, y así guardamos estos pensamientos, acciones, actitudes y sentimientos ocultos de los demás, a veces, incluso de nosotros mismos. Esta parte de la sombra corresponde al concepto freudiano del id, y al oscuro Tártaro, esa parte de Hades donde los titanes vencidos y otros que habían ofendido a los dioses del Olimpo fueron encarcelados.

Sin embargo, la idea junguiana de la sombra también incluye sombra material “positiva”, potencial positivo que está a punto de pasar al plano de ser consciente, que sigue estando en la sombra; todavía no está a la luz. Este material corresponde a las riquezas subterráneas que están asociadas con Hades.

El otro mundo: el reino de los muertos

Para los griegos, Hades era el reino de los muertos. Allí es donde iban los espíritus después de la muerte para existir eternamente como sombras fantasmagóricas, o bien beber del río del olvido (Leteo) y nacer de nuevo, sin recordar la existencia anterior. Hades, como lugar arquetípico, es el otro mundo, concepto que presupone la existencia de un espíritu que sobrevive después de la muerte.

Los médium que creen estar en contacto con los muertos, los trabajadores de los centros para desahuciados que trabajan con moribundos y las prácticas espirituales que se basan en la suposición de que el espíritu puede necesitar ayuda para realizar la transición, todos ellos funcionan como Hermes, el dios mensajero, que se podía desplazar entre los distintos planos y que guiaba a los espíritus al Hades.

Lo inconsciente colectivo y personal

El mundo subterráneo también corresponde simbólicamente a lo

inconsciente colectivo y personal. Todo lo que hemos olvidado está allí en lo inconsciente personal: algunos recuerdos sólo necesitan un poco de esfuerzo para que puedan regresar al plano consciente; otros recuerdos más dolorosos pueden haber sido enterrados o reprimidos deliberadamente. En su reino gozan de algún tipo de “existencia”, aunque no puedan ser recordados.

Lo inconsciente colectivo es el reino de los arquetipos, o de los patrones universales, que pueden ser constelados, precipitados o evocados por circunstancias que les transmiten energía. Estos patrones han existido a lo largo del tiempo, han sido encarnados por personas que han muerto hace mucho. En un sentido existen como “espectros” o arquetipos que, en realidad, nacen repetidas veces.

Hades, el hombre

El dilema del hombre Hades es cómo adaptarse: ¿cómo puede ser fiel a sí mismo y a la vez encajar en el mundo exterior? Su predisposición subjetiva innata no es fomentada; por el contrario, se le juzga de acuerdo con una personalidad tipo que es muy opuesta a la suya. Suele crecer en una cultura que le resulta ajena, eso le exige trascender los confines de este arquetipo si quiere encontrar su lugar.

Los primeros años

Un niño introvertido como Hades no suele causar una gran impresión. La invisibilidad que le caracteriza empieza pronto, porque carece de una voluntad fuerte o de una personalidad de meterse en jaleos como sus hermanos. Esporádicamente puede hacerse notar por reaccionar de una forma “peculiar”. Según los demás, a menudo reacciona de forma inesperada, especialmente con la gente y las situaciones nuevas. No reacciona a la forma en que algo o alguien se presenta ante los demás, sino a cómo le afecta a él subjetivamente.

Por ejemplo, supongamos que llega una canguro nueva a su casa o que ve a su abuela por primera vez. En lugar de devolverle la sonrisa a la mujer de pelo gris, se aparta alarmado y llora porque ella le evoca una sensación desagradable, o en su rostro puede ver algo que le atemoriza en lugar de verlo como unas facciones ordinarias.

Incluso aunque no haga nada fuera de lo común, prefiere retirarse e interiorizar la experiencia en lugar de salir a buscarla. De modo que de

pequeño parecerá tímido y a medida que vaya creciendo, serio y reservado. La reticencia es criticada, especialmente en un muchacho. Desde un principio, el niño Hades no suele contar con mucha aprobación, como les sucede a algunos niños extravertidos y sociables. El desarrollo de su autoestima no se produce con facilidad, en el mejor de los casos se ve entorpecido; pero en general suele desarrollar un sentimiento negativo acerca de sí mismo.

Sus padres

Se producen algunos encontronazos difíciles entre los hijos Hades y sus progenitores. Hades sencillamente no encaja en el molde de cómo se supone que han de ser los muchachos, y tanto él como sus padres se sienten rechazados e incomprensidos.

Hay algo de autista en una personalidad Hades que ya se manifiesta en una fase temprana. Cuando está desolado, las sensaciones que percibe o las impresiones que experimenta pueden ser puramente subjetivas, de modo que los demás no llegan a comprender lo que le está sucediendo. Esta peculiaridad hace que muchas madres primero se sientan incompetentes y luego se pongan furiosas.

Las combinaciones de padre e hijo suelen ser las peores. Un desafortunado emparejamiento (especialmente si es un hombre para quien *introvertido* significa “mariquita”) es entre un padre extravertido y campechano, que regala puros y compra un bate y una pelota de béisbol en miniatura para su recién nacido y el generalmente serio e introvertido muchacho que tiene por hijo. Él había previsto tener un hijo que fuera de tal palo tal astilla, un hijo del que pudiera estar orgulloso, que fuera su amigo, un joven al que le pudiera hacer de tutor y llevarlo a los partidos. Y su hijo Hades no es ése. Si, además, necesitaba un hijo para su propia autoestima, entonces la rabia puede que esté casi a flor de piel en esta afable persona y puede ir dirigida contra el hijo que no encarna sus esperanzas.

De modo que el niño Hades se puede sentir despreciado en el mundo por ser como es y descubrir que, por el contrario, su mundo interior es un refugio. De cualquier forma, el muchacho Hades disfruta de su propia compañía, y quiere pasar tiempo solo o quizás con un amigo imaginario. Desde la

guardería los demás tratan de inculcarle que ha de ser más sociable y probablemente continuará frustrando la necesidad que su madre tiene de cuidarle, de que dependa de ella y de que sea sensible. Por lo general, recibe el mensaje de que hay algo malo en él por ser como es.

Cuando sus padres respetan su individualidad y pueden apreciar que esa capacidad de soledad es una fortaleza, en lugar de una rareza, al niño Hades le irá bien. Aún así, no suele recibir ayuda con su forma subjetiva de percibir y se las ha de arreglar para interpretar su propia experiencia o reprimir sus reacciones subjetivas.

Por ejemplo, un niño que ve auras alrededor de las personas se siente muy raro cuando se da cuenta de que los demás no las ven y puede que nunca llegue a asociar los colores que ve con información respecto a esa persona. Igualmente, si tiene la sensación de presión en el plexo solar en ciertos lugares, puede pensar que está algo incómodo y no saber que ese sentimiento es su respuesta a algo específico que literalmente le hace sentirse mal.

Aunque los padres no estén preparados para ayudarle con esas experiencias subjetivas, sí pueden ayudarle a adaptarse al mundo en el que vive. Pueden proporcionarle paciencia y ánimo, y una guía específica, un enfoque parecido al que uno emplearía para educar a un niño de otra cultura o que tuviera una deficiencia de percepción. Con un apoyo cariñoso puede superar la infancia sintiéndose competente y seguro en el mundo. Pero esto no sucederá si es ridiculizado por sus respuestas subjetivas y falta de conocimiento; entonces se limitará a callarse como un muerto. La educación también es muy útil para su desarrollo psicológico, porque las percepciones objetivas y la razón se pueden desarrollar para equilibrar su subjetividad interior. Y si es querido y se le proporciona su espacio desarrollará confianza en las relaciones. No es un modelo de niño corriente y necesita algunas consideraciones especiales.

La adolescencia y los primeros años como adulto

Un adolescente Hades sigue una corriente muy distinta y tiene problemas cuando intenta seguir el ritmo de la conformidad adolescente. No entiende cómo los demás saben cuál es la última tendencia, pasa de llevar la ropa “que

toca” y es probable que se pierda la mayoría de las fiestas “buenas”, si es que le invitan. Si ha desarrollado un aspecto extravertido lo “suficientemente bueno” como para permitirle funcionar, y tiene la seguridad interna de que sigue siendo él mismo, sabe que es una persona distinta y, como ya ha probado suficientemente lo que son las relaciones sociales, ha llegado a la conclusión de que prefiere su propia compañía a la de la mayoría de las personas. Puede que, ya en esta etapa, tenga sólo uno o dos amigos, que son todo lo que necesita.

Para que vaya a la universidad o estudie una carrera ha de desarrollar otros arquetipos. La educación fomenta el pensamiento racional de Apolo y las percepciones objetivas, enseña a escribir y a hablar, que son cualidades de Hermes. Ambos dioses le ayudan a ser más extravertido. Corre peligro si es demasiado bueno en estas habilidades e intenta ser como los demás esperan que sea, el peligro de entrar en un mundo laboral en el que puede ser competente, pero que no tiene un sentido profundo para él.

El trabajo

La clave para que pueda conectar el mundo interior con el exterior será que el interés que surja de su experiencia interior llegue a convertirse en una ocupación. Este interés le proporciona una identidad en el mundo y un medio de ganarse la vida haciendo algo que tiene sentido para él.

Este arquetipo no es de poder, en él la ambición, la comunicación y la *persona* están ausentes. A menos que desarrolle otros arquetipos, podría abandonar los estudios en el instituto o en cualquier momento posterior. Puede que no le contraten para ningún trabajo cualificado y que reciba un salario marginal. Sin embargo, haga lo que haga, suele hacerlo con seriedad. En general se queda en trabajos repetitivos que no ofrecen ningún reto, porque su vida “real” se desarrolla en el interior.

Si un Hades también posee un Hermes bien desarrollado (el arquetipo de la comunicación, que puede desplazarse entre los mundos y llevar información entre ellos, y que conduce a los espíritus al mundo subterráneo), entonces puede que saque al mundo exterior ese plano profundo al que él tiene acceso. Estos dos arquetipos actúan juntos en la producción cinematográfica, en la

psicología profunda, la literatura, en el trabajo con los moribundos en los centros para desahuciados y en otros campos. En ellos puede encontrar que tiene un don especial para realizar un trabajo muy significativo el cual hace por voluntad propia.

Las relaciones con las mujeres

Hades no se las arregla muy bien para conocer mujeres en las reuniones sociales. Es probable que también sea un hombre invisible, a pesar de todo el encanto y la química que genere bajo estas circunstancias. Los rituales de citarse y de flirtear no encajan para nada en su carácter y, si llega a realizarlos, no le salen muy bien. La falta de experiencia con las mujeres o el rechazo de éstas es una experiencia común para los Hades.

Sin embargo, como Dante, que vio a Beatriz una vez y se sintió tan inspirado por su relación interna con ella que escribió *La divina comedia*, los Hades pueden quedarse profundamente afectados por su experiencia subjetiva interna de una mujer real a la que apenas conocen. Un Hades también puede tener una profunda relación con una mujer que sea su alma gemela, que pueda compartir las riquezas del mundo interior. El destino parece atraer a estas dos almas, porque las posibilidades de que uno de los dos encuentre a otra persona son muy escasas.

Al no tener éxito en la vida social, puede que lleve una vida de reclusión, sin tener demasiado contacto con las mujeres.

Las relaciones con los hombres

El solitario e incluso oculto Hades no sabe cómo gozar de la camaradería con los otros hombres. Se siente relegado y se abre paso en el mundo más bien como un solitario. Los otros hombres le dejan ser tal como es. Tiene algo que impide que se metan con él o que le incluyan. Ser “un muchacho de los nuestros” no le importa lo más mínimo, lo cuál despoja a los demás de poder respecto a él y algo respecto a su orientación interior transmite fuerza. Es “diferente”, pero no de forma que invita a ser víctima. Los pocos amigos que puede tener en su vida tendrán que entrar en su reino, quizás arrastrados por discusiones sobre sus percepciones.

La sexualidad

Hay una gama muy compleja de sexualidades Hades. Puede llevar una vida de celibato monacal con más facilidad que nadie y puede que lo haga si se recluye. Sin embargo, si una afinidad de su alma con la de una mujer termina en una relación sexual, se convierte en una poderosa práctica de iniciación que será una experiencia interna multisensorial, a la vez que un intercambio físico. A raíz de ella puede conectar con un potencial dionisiaco extático.

No obstante, también surgen paralelismos potenciales con la historia sexual del dios Hades que secuestró y violó a Perséfone. También miró con lujuria a Mente, pero fue transformada en la hierba menta antes de que él pudiera actuar amorosamente con ella. La misma historia se repitió con Leuce, que se convirtió en el álamo blanco. De modo que su única relación sexual fue con Perséfone, a quien raptó y también desposó. Tanto Zeus como Poseidón forzaron sexualmente a las mujeres en repetidas ocasiones, sin embargo, fue Hades el que se quedó con la mala reputación, que los otros se habían ganado. La vida puede imitar al mito, porque las violaciones conyugales y en las citas, el incesto y el acoso sexual no son infrecuentes en los hombres poderosos. Lo consiguen cuando la mujer es dependiente o tiene menos credibilidad y poder que ellos. Pero cuando un Hades lo hace, es más probable que se conozca y que se le etiquete, porque no vive en un contexto de poder. Por el contrario, sus acciones pueden que hayan surgido de una vida muy llena de fantasía en la que existía una mujer real, a la que llega a acercarse con la idea errónea de que ella quiere tener una relación sexual con él. Todo lo que haga bajo esta percepción equivocada será inadecuado, y ella u otros lo harán público.

El matrimonio

Si encuentra una mujer a la que pueda amar, se casará con ella. Al igual que Zeus y Poseidón, los hombres Hades también quieren formar un hogar y gozar de estabilidad y orden. El matrimonio es esencial para determinar el curso de su vida. Sin el matrimonio permanecerá solo y vivirá como un forastero, quizás se recluya. Gracias a la esposa y los hijos forma parte de una familia y una comunidad. Su esposa hace de mediadora entre su introvertido

marido, que suele ser inaccesible a los demás, y las otras personas. Muchas veces también ayuda a sus hijos a comprenderle.

Si forma parte de una gran familia extensa, patriarcal y tradicional dentro de una comunidad religiosa o étnica cerrada, otros pueden “arreglar” su matrimonio con una mujer mucho más joven y sexualmente inexperta. Entonces ella es “secuestrada” a un matrimonio mediante un cortejo que no puede rechazar.

La descendencia

Aunque el dios Hades no tuvo descendencia (fue la única deidad principal que no tuvo), un hombre Hades puede ser padre biológico. Si sigue fiel a su patrón, será un padre patriarcal sobrio, sin sentido del humor, que esperará orden y deber, no expresará sus emociones y que podrá hacer de tutor de sus hijos o hijas para ayudarles a tener éxito en el mundo.

Un Hades que fue querido de pequeño es un padre cariñoso pero poco expresivo, cuyos hijos han de (y parecen) aprender a través de sus emanaciones. Puede que también comparta las riquezas de su vida interior con ellos y fomente su imaginación, a través de su selección de libros con imágenes e historias cuando son pequeños y luego hablando con ellos sobre su percepción de las cosas. Normalmente comparte su presencia con cada uno por separado. Su hijo pasa tiempo compartiendo el mismo espacio físico con él, en un confortable silencio si también es introvertido. Un niño más extravertido hablará y mostrará cosas a un padre Hades receptivo.

La mitad de la vida

Existe una extensa gama de las posibles formas que puede adoptar la vida de un Hades en la mitad de la vida. Mucho más que con cualquier otro arquetipo, su vida depende de las circunstancias externas y, lo que es aún más importante, de desarrollar otros patrones arquetípicos.

Un Hades puro es un solitario que vive en su propio mundo interior. En la mitad de la vida, y si no tiene familia o la habilidad para desenvolverse bien en la vida, puede residir permanentemente en su propio mundo subterráneo. Puede ser un solitario que vive en una habitación de un hotel barato, un

paciente mental crónico que vive retirado en su propio mundo, o un monje o hermano de una orden religiosa como los trapenses, que guardan silencio.

Si cuenta con el apoyo de su familia y de la comunidad, y trabaja, entonces lo más probable es que sea un cabeza de familia patriarcal y estable. Si desarrolló su vida intelectual, puede que sea un académico, absorto en algo que le permite tener una vida interior rica. Si ha desarrollado la habilidad de expresarse en las artes o en la literatura, su trabajo será muy subjetivo.

Si ha desarrollado y encarnado otros arquetipos a través de sus relaciones significativas y duraderas y del trabajo, puede que haya entrado tanto en el reino emocional como en el mental y de la voluntad, así como en el reino interior. Si Hades no es el arquetipo principal, un hombre no se familiarizará con este reino de forma natural. Muchos hombres no lo consiguen, sobre todo aquéllos a quienes las tareas del mundo exterior de la primera mitad de la vida les han resultado fáciles. Por ende, el hombre Hades que se ha tenido que adaptar a la vida exterior se encuentra, en la mitad de la vida, más integrado en estas tres esferas que la mayoría de los hombres.

Los últimos años

El patrón que un Hades ha establecido en la mitad de la vida es muy probable que continúe en sus últimos años. Su familiaridad con el mundo interior de los sueños y de las imágenes, y su relación con lo inconsciente colectivo, a menudo hacen que vea la muerte como una transición a la que no teme. La analista junguiana Jane H. Wheelwright escribió sobre el análisis de una moribunda en *Death of a Woman*, donde observó que la psique soñadora no teme la muerte y resaltó el valor del intenso trabajo psicológico basado en los sueños cuando alguien se enfrenta a la muerte.

Cuando alguien muere durante un período de tiempo, invariablemente se desentiende del mundo exterior, suelta sus vínculos emocionales con los acontecimientos, las personas y las cosas, y se interioriza. Se vuelve entonces como ese hombre (o mujer) o esa parte de una persona que es Hades, que está desapegada de forma natural y que se siente más cómoda en el mundo subterráneo que en el mundo exterior. Quizás éste sea el mismo proceso que tiene lugar en las personas que padecen un avanzado Alzheimer o que están en

coma. ¿Están en su mundo interior, observan imágenes, oyen cosas, sienten, en el reino de Hades? Quizás, como muchos moribundos dicen, encuentran “los espectros” de las personas que han muerto antes que ellos.

Conflictos psicológicos

Los conflictos psicológicos que invaden a un hombre (o mujer) con una disposición Hades son los que surgen a raíz de poseer una visión subjetiva e introvertida.

Problemas con la persona: el hombre invisible

A menudo, al igual que el dios que apenas dejaba su reino y llevaba a veces el birrete de la invisibilidad, un Hades pasa sin ser visto porque evita a la gente o, si está presente, es muy discreto. Además, tampoco está interesado en lo que está pasando en el mundo, por eso no está al día de los deportes, de las últimas modas, de las noticias políticas ni de los cotilleos que corren en los cócteles y en las parrilladas de los domingos. Sus reacciones son subjetivas y sorprende a los demás por su peculiaridad, de modo que ha aprendido a estar callado y a ser invisible en vez de resultar inadecuado.

La personalidad del solitario: una persona esquizoide

El hombre Hades está predispuesto a estar solo. Si las circunstancias y las personas confirman su tendencia a desconfiar de los demás y sentirse inadecuado en un mundo competitivo, se abstraerá en sí mismo. Se guardará para él lo que perciba y sus reacciones. En su vida habrá una sequedad emocional, una falta de relaciones y de espontaneidad. Los demás le dejarán en su ensimismamiento, puesto que su mensaje no verbal y a menudo también

verbal es “dejadme solo”. Como solitario puede vivir en un mundo interior cerrado, llevando una existencia esquizoide basada en un trastorno psicológico estable pero constrictivo.

Complejo de inferioridad

El hombre Hades en un mundo Zeus tiene las mismas dificultades que un negro en un mundo de blancos. En un mundo de blancos, el hombre negro no ve imágenes positivas de sí mismo, es tratado como si fuera inferior, siempre será un extraño y es receptor de proyecciones negativas o de la sombra. El mundo psicológico sigue una dinámica semejante. Si utilizamos las descripciones de los tipos psicológicos de Jung y aceptamos sus observaciones de que la función “inferior” suele estar infravalorada y que la opuesta, la función “superior”, es la más consciente y utilizada, Hades representa la función inferior en el mundo industrial patriarcal de Occidente. Lo que se valoran son los hechos o la realidad objetiva y el pensamiento lógico; lo que se recompensa es la capacidad de llegar a la cima y competir satisfactoriamente por la posición, el poder y la riqueza. De modo que Hades es probable que tenga sentimientos de inferioridad, baja autoestima y falta de confianza, porque no da la talla de como se supone que debería ser un hombre.

El bajo rendimiento en esta cultura es también una fuente de baja autoestima. Es difícil competir en una cultura extraña y su situación es similar. La cultura dominante extravertida y competitiva es ajena a un Hades. Sin embargo, es posible compensar, desarrollar un segundo lenguaje, adaptarse bien a una cultura diferente e incluso destacar en ella. Sin embargo, a menudo sigue teniendo un sentimiento subyacente de inferioridad, realizando una continua autoevaluación y sintiendo que, cuando llega el éxito, es una especie de impostor.

La depresión: sequedad emocional

Hades está separado del reino de las emociones. Todos hemos de adentrarnos en el reino de la realidad objetiva y del pensamiento aunque sólo sea para conseguir una educación básica, y hemos de aprender el lenguaje del mundo exterior. No obstante, es bastante posible que seamos el equivalente a

un analfabeto emocional. No es necesario que aprendamos a saber qué sienten los demás y por qué, ni tampoco se nos hacen exámenes o se nos da una educación especial si tenemos problemas para acceder a nuestros sentimientos o a los de los demás. Estas capacidades o llegan de forma natural o se desarrollan a través de fuertes lazos emocionales, que no son predisposiciones innatas para Hades. De ahí viene el problema de la aridez emocional, que contribuye a una depresión crónica de grado leve (para muchos hombres en general, pero en especial para los Hades). La subjetividad interna no verbal de Hades también se puede considerar que surge del hemisferio derecho, que tiende a los estados de ánimo más pesimistas.

Distorsiones de la realidad

La percepción introvertida está teñida por las influencias subjetivas; ésta es su naturaleza. La mejor situación para cualquiera es tener percepciones objetivas y subjetivas, percibir con precisión lo que está fuera y luego obtener una respuesta subjetiva interna que ensalce esta experiencia. La exactitud y la objetividad conciernen a lo que es percibido colectiva o consensualmente y lo que se acuerda que es la “realidad”.

Sin embargo, con la reclusión y la desconfianza las percepciones subjetivas se vuelven distorsionadas patológicamente y están fuera de la realidad. No es el grado de distorsión en sus percepciones lo que hace que “los hombres de la bata blanca” le envíen a un examen psiquiátrico, sino lo que él hace con esas percepciones (lo que dice, cómo actúa y quién se ve afectado por ellas) y si hay otras personas lo suficientemente preocupadas o con bastante poder como para intervenir en su vida.

Trastornos del sueño y el reino de los espectros

La narcolepsia es una condición inusual en la que el sueño en la fase REM (movimiento rápido de los ojos) irrumpe en el estado consciente. A veces se puede estar despierto en medio de un estado de sueño, lo cual es alarmante. Lo más frecuente es que la persona sea atrapada por el sueño en cualquier tipo de situación, incluyendo los momentos de emociones muy intensas. Es como si el sueño (o Hades) apareciera furtivamente y secuestrara a la persona

llevándosela a su reino.

El adolescente o el adulto que padece narcolepsia también puede experimentar que los sueños irrumpen en su estado de vigilia. Por ejemplo, puede estar en medio de una conversación y entrar y salir de un vívido estado de sueño que incluye olores y sensaciones táctiles, así como ver y oír. Esto es lo que experimentamos cuando estamos dormidos y soñamos, pero es muy perturbador si nos sucede en forma de alucinación cuando estamos despiertos y nadie más tiene la misma experiencia.

Las fantasías y la imaginación activa son descensos voluntarios que podemos realizar y de los cuales podemos regresar. Ingerir drogas psicodélicas supone otra forma voluntaria de acceder al Hades. Y cada noche, cuando nos vamos a dormir, entramos en el mundo de los espectros, aunque no podamos recordar el sueño al despertarnos. La gente que tiene sueños lúcidos, no sólo los recuerda sino que es consciente de que está soñando y puede tomar decisiones que cambiarán el curso del sueño, incluyendo el despertarse. Cuando meditamos, reflexionamos y hacemos asociaciones libres respecto a alguna cosa del mundo exterior, también entramos en este reino. Si por naturaleza tendemos a interiorizar toda experiencia, como suelen hacer las personas introvertidas, entonces el reino de Hades nos resultará muy familiar. Es una cuestión de cuándo y dónde, de cuánto vamos a descender, si vamos a permanecer conscientes y si tenemos la oportunidad de estar allí o no, lo que determina si tendremos problemas con Hades.

Las dificultades para los demás

Las dificultades que Hades crea a los demás siendo él mismo es porque vive en su reino interior y el resto del mundo suele vivir en otra parte. La dirección de su energía psíquica o libido es hacia el interior. Y las personas significativas que están a su alrededor quieren que algo de esa energía fluya hacia fuera en sus relaciones o en el mundo. Al menos quieren que Hades les cuente lo que está sucediendo allí dentro. Amar a alguien que tenga una naturaleza solitaria es especialmente duro para los extravertidos, que se pueden tomar su reclusión como algo personal y pensar que han hecho algo mal cuando su compañero o hijo introvertido se retira. Esa tensión y la

tendencia a que se atraigan los opuestos puede hacer salir a Hades o hacer que la otra persona se vuelva más introvertida y solitaria.

Formas de crecer

Un Hades será una persona aislada a menos que desarrolle otros aspectos de sí mismo. Ha de desarrollar una *persona* que sea accesible y visible, y hallar los medios para comunicar su experiencia interior.

El desarrollo de la persona

La *persona* es la máscara que llevamos en el mundo. La palabra latina *persona* significa “máscara” y hacía referencia a las máscaras que se llevaban en el escenario, que hacían que el papel que había de representar el actor fuera inmediatamente reconocible. La *persona* es la forma en que nos presentamos a nosotros mismos, la primera impresión que damos. Un Hades que vive más en su mundo interior que en el exterior ha de diseñar conscientemente una *persona* apropiada, reflexionar sobre cómo quiere presentarse. Puesto que la pequeña conversación que permite a las personas que no se conocen estar más cómodas no le surge de forma espontánea, tendrá que pensar en lo que ha de decir y en cómo quiere ser comprendido. Una *persona* que funcione bien — como la ropa que llevamos— ha de ser apropiada para la situación, a la vez que ha de reflejar a la persona que la lleva. Hades se habrá de esforzar para ser visible y accesible.

Encontrar a Perséfone

Un Hades será hábil en encontrar a una mujer receptiva que pueda mediar

por él en el mundo. Un Hades se irá abriendo gradualmente y compartirá sus percepciones y riquezas de su vida interior, pero primero habrá de ser accesible. “Perséfone” hace esto por él, ya sea como una mujer real o como su ánima, que Jung describió como el aspecto femenino inconsciente de un hombre a través del cual expresa gentileza, emotividad y sentimiento. Esta expresividad suaviza sus aspectos más amenazadores y le hace accesible.

Activar a Hermes

Hermes era el único dios que entraba y salía libremente del reino de Hades. Como dios mensajero y psicopompos (que significa “el que guía a los espíritus”), Hermes transmitía mensajes, guiaba a los espíritus al Hades y fue a buscar a Perséfone. Destacaba por sus apariciones inesperadas, así como por su agilidad mental y facilidad de palabra. Cuando Hades y Hermes están presentes, el segundo es el medio a través del cual se comprenden las imágenes o espectros del mundo subterráneo de Hades y se transmite a los demás. Esto es lo que hizo C. G. Jung cuando describió los arquetipos de lo inconsciente colectivo. Si leyendo a Jung y a otros psicólogos analistas (junguianos) o a poetas como T. S. Elliot, un hombre Hades halla el vocabulario para transmitir los tesoros de su experiencia interior, entonces se habrá activado su propio Hermes.

Recurrir a los otros dioses, salir al mundo

El hombre que es predominantemente y de forma innata un Hades introvertido, suele tener una amplia gama de oportunidades para desarrollar otros arquetipos, que es la forma en la que evolucionará. Todos los años de educación obligatoria son cualidades de Apolo. Vivir en un tiempo lineal, seguir horarios establecidos, el pensamiento científico, las explicaciones racionales sobre la causa y el efecto desarrollan este arquetipo. Expresar las ideas con palabras también es una parte de la formación que desarrolla a Hermes. Y si es querido o ama a alguien, el reino de las emociones se convierte también en un lugar de crecimiento personal.

Un Hades que se reconoce en estas páginas y se da cuenta de que su familia funcionó tan mal que le obligó a encerrarse en sí mismo, puede

evolucionar psicológicamente trascendiendo a Hades como adulto. Todo comienza con la decisión y el compromiso de hacerlo. Entonces hace falta valor para salir del mundo propio en el que ha hallado seguridad y aislamiento. Puede que vaya a las reuniones de Hijos Adultos de Alcohólicos (la causa más común para las familias que no funcionan), sabiendo que puede estar allí escuchando durante mucho tiempo hasta que empiece a asociar las experiencias de los demás y luego contactar con algunas personas. Puede decidir devolver las confesiones que los demás le han hecho en el trabajo. Puede buscar un terapeuta. Si se da cuenta de que pasa demasiado tiempo en su mundo interior, puede que intente estructurar su tiempo de modo que se pueda dedicar más a su mundo exterior: puede tomar cursos en los que aprenda aquello que siente que desconoce o practicar una habilidad y concentrarse en ella.

PARTE III
LA GENERACIÓN DE LOS HIJOS:
APOLO, HERMES, ARES, HEFESTO,
DIONISOS

Los hijos olímpicos fueron: Apolo, dios del sol; Hermes, (a quien los romanos llamaban Mercurio), el dios mensajero; Ares (Marte), dios de la guerra; Hefesto (Vulcano), dios de la forja, y Dionisos (Baco), dios del éxtasis y del vino. Esta segunda generación de dioses olímpicos es la de los hijos. Aunque no gobernaron sobre sus reinos, se les asociaba con ubicaciones concretas, situaciones y tipos de lugares. Los viajeros sintieron la presencia de Hermes en las carreteras y en las fronteras, a Ares en el campo de batalla, a Dionisos en medio de un festejo en las montañas. Hefesto trabajaba duro en su fragua bajo el volcán y Apolo estaba en su residencia de Delfos durante la mayor parte del año. Se definió a los hijos por lo que hicieron, que a su vez tenía relación con sus atributos y su carácter.

Zeus era el padre de esta generación. Apolo, Hermes, Ares y Dionisos eran sus hijos y fue padre nominal sólo de Hefesto, cuya madre Hera, esposa de Zeus, fue su única progenitora. Zeus favoreció a Apolo y a Hermes, rechazó a Ares y a Hefesto y fue padre y madre para Dionisos.

Los hijos preferidos: Apolo y Hermes

Los hijos que Zeus favoreció son los mismos que como arquetipos ayudan a los hombres a triunfar en el mundo patriarcal. Apolo y Hermes en la mitología estaban cómodos en el reino celestial de Zeus. Apolo, como dios solar, condujo su carro por el cielo. Como mensajero de Zeus, Hermes podía viajar libremente y sin problemas hasta la cima del Olimpo. Estos dos dioses, al igual que Zeus, están relacionados con la distancia emocional y la actividad mental. Como arquetipos, son los que se encuentran mejor en el reino de la mente. A ambos se les asociaba con las palabras, las negociaciones y el comercio y recurrían a Zeus para arreglar sus disputas. Ambos evitaron los enfrentamientos físicos y ninguno tuvo esposa.

Los hijos rechazados: Ares y Hefesto

Ares y Hefesto, los hijos rechazados —a diferencia de Apolo y de Hermes — no utilizaron su mente o las palabras. Ambos se expresaban a través de la acción física. Ambos eran, en cierto sentido, más manuales que mentales. Los dos estaban motivados por sus emociones. Ares podía ser incitado a luchar por rabia o por lealtad y a utilizar armas con fines destructivos. Cuando Hefesto fue rechazado y traicionado, puso sus sentimientos en los objetos que hacía, utilizando herramientas con fines creativos. Zeus rechazó a Hefesto y detestaba a Ares. Ambos dioses fueron ridiculizados o denominados por otros nombres, y los hombres que se les parecen es probable que padezcan falta de autoestima. Ambos eran hijos de Hera, una madre infravalorada, enojada e impotente.

Como arquetipos, sus características no son valoradas en un patriarcado y por eso los hombres que se asemejan a estos dioses tienen dificultades en tener éxito.

Un hijo visto de forma ambivalente: Dionisos

Dionisos tiene su propia categoría, como único olímpico de madre mortal, el único que fue alimentado o gestado por Zeus y que también lo engendró. Cuando Dionisos todavía era un feto demasiado pequeño como para sobrevivir, Zeus se lo cosió dentro de su muslo, que sirvió de incubadora o de segundo útero hasta que creció lo suficiente como para nacer sin problemas.

Dionisos fue el único dios que prefirió estar con las mujeres, y las mujeres fueron los personajes principales en su mitología. Dionisos sacó a su madre del mundo subterráneo y la llevó al Olimpo, donde pudo ocupar un puesto de honor. Conoció a Ariadna, tras haber sido abandonada, se casó con ella y fue un fiel esposo olímpico.

Dionisos, como último dios en unirse al panteón olímpico, fue el hijo que cambió a Zeus y de ser un padre distante lo convirtió en un padre protector. Dionisos es visto de una forma ambivalente: los hombres de poder reaccionan ante Dionisos como si fuera una influencia extraña que no se debe infiltrar en su cultura o en sus psiques, mientras que las mujeres y el aspecto femenino de los hombres es probable que acojan su influjo. Los hombres que son como este dios se dan cuenta de que los demás reaccionan con ellos con una gran ambivalencia emocional (rara vez con indiferencia).

Los dioses predilectos, los rechazados o las partes ambivalentes de nosotros mismos

La cultura patriarcal americana difiere en un aspecto principal de la de los griegos: los griegos clásicos no eran puritanos y por ende carecían de un padre mítico puritano, como en nuestra cultura y en nuestra psique. Para Zeus, la sexualidad era una expresión de poder, un instinto que él podía satisfacer porque tenía la potestad para hacerlo; los griegos no consideraban el sexo como algo lascivo o sucio. Al gestar a Dionisos, en un sentido metafórico Zeus alimentó la posibilidad de relacionarse con Dionisos en sí mismo, con lo cual su sexualidad podía adquirir una dimensión de éxtasis, o a través de quien su relación con lo femenino y con las mujeres podía cambiar. Así que, mientras Zeus albergaba sentimientos positivos hacia Dionisos y los griegos lo veían con ambivalencia, la versión americana del patriarcado juzga a Dionisos negativamente.

Vivimos en un patriarcado que tiene favoritos y esa tendencia también está incorporada en nuestras psiques. De modo que nuestras actitudes de aceptación o de rechazo hacia partes de nosotros mismos están influidas por la cultura y la familia. “Ése” al que nos parecemos más o el arquetipo con el que más nos identificamos, comienza como predisposiciones inherentes que son bien recibidas o rechazadas.

Cuando aprendamos los nombres de estos patrones y cobren vida en los capítulos siguientes, podremos reconocer la presencia o ausencia de cada uno de los dioses en nuestras psiques, como imagino que ya nos habrá sucedido

con los tres dioses padre anteriores. Como la exclamación “¡ajá!” con la que culmina una historia de detectives, que depende del descubrimiento de la verdadera identidad de un personaje importante en la historia, el “¡ajá!” más significativo de este libro puede producirse cuando descubramos algo sobre nuestra verdadera identidad o podamos recordar (“re-componer”) una pieza importante de nosotros mismos.

6. APOLO, DIOS DEL SOL: ARQUERO, JUSTICIERO, HIJO PREDILECTO

Cualquier tipo de belleza, cualquier arte, música, poesía o juventud, cordura y moderación, están todas representadas en Apolo.

Bajo su aspecto más importante e influyente se puede incluir todo lo que le relaciona con la ley y el orden. Principalmente representaba la preferencia griega por lo inteligible, determinado, mensurable, en contraposición a lo fantástico, lo vago y lo amorfo.

W.K.C. GUTHRIE, *The Greeks and Their Gods*

Apolo rechaza todo lo que se le acerca demasiado, involucrarse en las cosas, fusionar las miradas, así como la fusión profunda, la embriaguez mística y su visión extática.

WALTER F. OTTO, *The Homeric Gods*

Apolo es la encarnación de una actitud masculina que observa y actúa a distancia. Como dios, arquetipo y hombre, “brilla”; fue el hijo más importante de Zeus, y sus atributos conducen al éxito en un patriarcado. Se encuentra muy cómodo en el reino celeste del intelecto, de la voluntad y de la mente. Sin embargo, aunque destaca por su claridad y su forma, existe también un aspecto oculto y oscuro de Apolo.

Apolo, el dios

Apolo fue el segundo dios griego más importante después de Zeus. Era el dios del sol, de las artes (especialmente de la música), de la profecía y del tiro al arco. Era el justiciero y el que castigaba a los malvados; el patrón de la medicina también podía traer plagas, y era el protector de los pastores. Tanto romanos como griegos lo conocían como Apolo o Apolo Febo (“brillante”, “resplandeciente”, “puro”).

Se le representaba de pie o caminando dando grandes pasos, como un bello joven imberbe con fuerza viril y largo cabello dorado. En su templo de Delfos hay inscritos dos famosos preceptos: «Conócete a ti mismo» y «Nada en exceso». El arco y la lira eran objetos muy apreciados por él y el laurel su planta sagrada.

A pesar de todo su brillo solar, tenía un aspecto oscuro menos conocido; tanto la luz como la oscuridad se reflejaban en sus símbolos. Apolo era conocido como el dios puro, sagrado y renovador, cuyos atributos eran análogos a los del sol, que era su símbolo más importante. Cisnes cantores, las aves sagradas de Apolo, circundaron Delos siete veces antes de que su nacimiento fuera inminente y Zeus le dio un carro con cisnes cuando nació. Aun así, la corneja y el cuervo —los pájaros negros— también se asociaban a Apolo, como la serpiente y el lobo. Sus castigos podían ser crueles y podía actuar vengativamente.

Genealogía y mitología

Apolo era hijo de Leto y de Zeus, y hermano gemelo de Artemis, diosa de la caza y de la luna. Cuando Leto (una titánide de la generación gobernante que precedió a los olímpicos) se quedó embarazada de Apolo y Artemisa, vagó por la tierra en busca de un lugar para dar a luz. Ningún lugar la acogía porque la gente temía justificadamente la ira de Hera, la celosa esposa de Zeus. Al final, ya de parto, llegó a una isla desierta que más tarde fue denominada Delos. Durante nueve días y nueve noches, Leto padeció terribles dolores de parto para dar a luz a Apolo (Hera había evitado que la diosa de los buenos partos acudiera en su ayuda). Apolo nació por fin bajo una palmera, el séptimo día del mes. El número siete era sagrado para él y aquella palmera era una de las visitas famosas de la antigüedad.

Apolo y Artemisa: los gemelos

Apolo y su hermana gemela Artemisa eran arqueros. El arco y las flechas de Apolo eran de oro y él era la deidad del sol dorado. Las armas de Artemisa eran de plata, como lo era su luna plateada. Artemisa era la gemela mayor, y fue ella, según Homero, la que le enseñó el arte del tiro al arco. Ambos tiraban desde lejos sus invisibles y certeras flechas, que aportaban una muerte repentina e indolora. Los dos fueron venerados por su pureza y conocidos por su lejanía, inaccesibilidad y por desaparecer (ella en el bosque, él en el misterioso reino de los hiperbóreos).

Tanto Artemisa como Apolo vigilaban a la juventud hasta que llegaban al umbral de la madurez, y repartían rápidos y despiadados castigos. Por ejemplo, cuando la estúpida Níobe humilló a su madre, Leto, alardeando de que ella tenía seis hermosas hijas y seis hermosos hijos, mientras Leto sólo tenía a Artemisa y a Apolo, Leto llamó a sus divinos hijos para que la ayudaran y Apolo mató a los seis hijos, mientras su hermana hacía lo mismo con las hijas. Níobe se transformó en una roca que derramaba lágrimas.

Artemisa amó una vez a un cazador llamado Orión. El celoso Apolo la retó a acertar a una remota mancha que se hallaba a lo lejos en el mar, poniendo en duda la habilidad de su hermana para lograrlo. La competitiva Artemisa aceptó el reto e, infalible, dio en el blanco, para descubrir demasiado tarde que había matado a Orión, que se había metido en el agua hasta que sólo le

sobresalía la cabeza.

En la famosa batalla de la *Iliada* entre los dioses durante la guerra de Troya, Poseidón retó a Apolo en un duelo. Apolo se negó, por no dignarse a luchar por insignificantes mortales, y ni siquiera se dejó provocar por Artemisa, que, furiosa, le reprochó ser un cobarde.

Apolo y sus amores fracasados

Dafne fue el primer amor de Apolo, y Eros (también conocido como Amor o Cupido) el causante de sus dificultades. Después de que Apolo se burlara de la destreza de Eros con el arco y la flecha, Eros lanzó una flecha de amor, de oro, al corazón de Apolo y una flecha de plomo, repelente del amor, al de Dafne. Apolo, ardiendo de pasión, persiguió a Dafne y, cuando estaba a punto de forzarla, ella invocó a su padre, el dios río, para que la ayudara. La convirtió en un laurel. Apolo siguió amándola. Así pues, el laurel se convirtió en su árbol sagrado y sus hojas, convertidas en coronas, adornaron su pelo.

Cassandra es la mujer más conocida que rechazó a Apolo y pagó su precio por ello. Era la hija de Príamo y Hécuba, los reyes de Troya. Apolo enseñó a Cassandra el arte de la profecía a condición de que se convirtiera en su amante. Cassandra se lo prometió, pero no cumplió su palabra. Aunque ya no podía quitarle el don de la profecía, la venganza de Apolo consistió en que nadie la creyera. Al inicio de la guerra de Troya, Cassandra no dejaba de ver las calamidades que iban a acontecer, y, desacreditada, acabó encerrada por loca.

Apolo no tuvo mucho más éxito con Coronis, una hermosa joven a la que dejó embarazada de un hijo. El dios le asignó a una corneja blanca la misión de que la vigilara. La corneja le informó de que ella le estaba engañando. La respuesta de Apolo fue cambiar el color de las plumas de la corneja de blancas a negras y matar a Coronis. Este asesinato fue cometido precipitadamente y luego se arrepintió. Pero nada pudo hacer por devolverle la vida. Cuando ella estaba en la pira funeraria, Apolo le sacó a su hijo nonato del vientre y se lo dio al centauro Quirón para que lo educara. Su hijo fue Asclepio, que se convirtió en el dios de la medicina y de la sanación.

Con su amor por un hombre, Apolo también sufrió. Una vez se enamoró de un joven, Jacinto, hijo del rey de Esparta. Hasta tal punto llegó su amor que

abandonó Delfos para pasar todo el tiempo con él. Un día, cuando ambos competían en una prueba de lanzamiento de disco, el disco de Apolo rebotó en una piedra, golpeó a Jacinto y le mató. Angustiado por la muerte de su amado, Apolo hizo el voto de que Jacinto sería recordado. De la sangre de Jacinto brotó la flor que lleva su nombre.

Apolo y la profecía

Apolo era la divinidad de la profecía, aunque él mismo no profetizaba según su mitología. Éste era un atributo del que se había apropiado. Conquistó el oráculo de Delfos, un lugar con una larga historia de adivinación profética. Antes de Apolo, Delfos había sido el santuario prehelénico de una diosa, posiblemente una serpiente. En la mitología de Apolo, éste mata a un gran dragón o serpiente llamada Pitón para conseguir el dominio de Delfos. A partir de entonces, se le llamó Apolo el Pitio y a su sacerdotisa Pitia o Pitonisa.

Las médium de Apolo eran todas mujeres que estaban bajo su control y sus poderes de adivinación se atribuían a su comunión con él. En la práctica, el control lo ejercía un exegeta, un sacerdote-intérprete que atendía a las sacerdotisas. Cuando la Pitia entraba en trance, el sacerdote le hacía preguntas y anotaba sus palabras. Entonces la respuesta se pasaba a otro sacerdote, que solía ponerlas en forma métrica. El significado de las palabras a menudo era oscuro y ambiguo, y el oráculo solía utilizarse con fines políticos.

Delfos

Al pie del monte Parnaso, en la cámara más oculta repleta del denso humo de las hojas de cebada, cáñamo y laurel, la anciana Pitia se sentaba en un trípode y entraba en trance.

En esta cámara interna estaba también el ónfalo o piedra umbilical (la palabra *delfi* significa “útero”). Delfos era considerado el ombligo o el útero

de la Tierra y el centro del mundo, incluso antes de que Zeus —con un espíritu de investigación científica— decidiera marcar el centro del mundo. Soltó a dos águilas, una volaba desde el extremo más oriental del mundo y la otra desde la frontera más occidental. Soltadas al mismo tiempo y volando a la misma velocidad, se encontraron en Delfos.

En el santuario interior del templo de Apolo se hallaba la tumba de Dionisos. Durante los tres meses de invierno cedía su templo a Dionisos, mientras él se iba al lejano norte, a la legendaria tierra de los hiperbóreos.

La gente acudía al templo de Apolo por dos razones principales (además de venerar al dios): para consultar su oráculo y para conseguir purificarse tras haber cometido un crimen. Los juristas buscaban consejo en Apolo como intérprete y otorgador de la ley. Y los estados griegos le atribuyeron sus constituciones. Era la divina autoridad de la ley y el orden.

Además de sus dos famosos preceptos, también había otros inscritos en su templo, los cuales transmitían los valores de moderación y autoridad propios de Apolo:

Refrena tu espíritu.
Observa el límite.
Odia a *hubris* (el orgullo).
Que tus palabras sean respetuosas.
Teme a la autoridad.
Inclínate ante lo divino.
No te vanagloríes de la fuerza.
Controla a las mujeres^[24].

Apolo era una deidad panhelénica, cuya influencia en toda Grecia sólo era superada por Zeus. No sólo las ciudades enviaban emisarios a Delfos en busca de consejo, sino que los ministros de Apolo también eran enviados a las ciudades griegas como intérpretes de las leyes civiles y religiosas.

Apolo, el arquetipo

Apolo podía ver con claridad en la lejanía y observar los detalles de la vida con una visión general; podía buscar un blanco y acertar en él con su arco y sus flechas o crear armonía con su música. Apolo como arquetipo personifica el aspecto de la personalidad que busca definiciones claras, que se siente atraído a dominar una destreza, que valora el orden y la armonía, y prefiere contemplar la superficie que lo que se encuentra bajo las apariencias.

El arquetipo Apolo prefiere el pensamiento al sentimiento, la distancia a la proximidad, la evaluación objetiva a la intuición subjetiva. El hombre que más se parezca al arquetipo Apolo tendrá atributos que le serán útiles en la vida. Puede tener éxito en una carrera y dominar una forma de arte clásico con más facilidad que la mayoría de las personas.

El arquero

Para ser arquero se requiere voluntad, destreza y práctica. Un arquero consumado puede apuntar a un blanco lejano y tener la certeza de alcanzarlo. Metafóricamente, esto es lo que un hombre en quien predomine el arquetipo Apolo se siente atraído a hacer de forma natural.

La mente apolínea es lógica y se relaciona con facilidad con la realidad objetiva. Para él, las leyes de causa y efecto no son lecciones que haya de aprender a fuerza de experiencia y de reprimendas de los padres, sino principios que una mente Apolo parece tener programada desde el inicio. Esa preprogramación es el arquetipo: el niño pequeño que sabe lo que quiere y

tiene la voluntad para conseguir su meta está siendo fiel a su naturaleza apolínea.

Centrarse en un objetivo requiere tener un sentido del tiempo futuro, que un hombre Apolo posee. Otros tipos de hombres pueden tener dificultades en fijarse unas metas, pero éste no es el caso de un Apolo. Él sabe adónde quiere ir, lo que quiere conseguir, lo que quiere ganar. No es un soñador. Sus metas son realistas y exigirán esfuerzo. También suelen ser metas visibles para los demás. Un muchacho puede fijarse la meta de ser *Eagle Scout* o de conseguir el primer puesto en una competición. Luego puede proponerse ir a Harvard, al MIT o a Oxford, y luego alcanzar una posición de prestigio en el campo que haya elegido. Las cualidades de Apolo favorecen alcanzar reconocimiento.

Los años de instituto y de universidad quizás sean donde el arquetipo Apolo existe de una forma más impoluta, en el joven que claramente está marcado por el éxito y que todavía no ha sufrido heridas emocionales, ni ha tenido demasiadas oportunidades de aprender la humildad. Probablemente podremos recordar a algún Apolo consumado: un joven atractivo, elegante, impecable, con notas excelentes, que tocaba algún instrumento musical, diestro en algún deporte de caballeros y probablemente delegado de clase, justo con lo que sueña un director de admisiones de una universidad de la Ivy League^[25].

Curiosamente, la mayoría de los astronautas más conocidos del programa espacial *Apolo* se parecen a Apolo. Pienso en John Glenn, Edgar Mitchell o Neil Armstrong y veo al dios Apolo. Ellos y el programa espacial eran como el dios Apolo fue con su padre Zeus: cumplían con la voluntad del padre. Eran extensiones de la voluntad del presidente y reflejaban lo más brillante de una serie de administraciones.

El hijo favorito

Apolo fue el hijo favorito de Zeus y, después de éste, el dios griego más importante. Apolo, al cual se le describe con pelo dorado, fue realmente un hijo de pelo rubio cuyo propósito era cumplir la voluntad de su padre.

En los Estados Unidos, el partido republicano es el partido político que representa los valores patriarcales tradicionales. George Bush y Dan Quayle,

el candidato republicano a la presidencia y su candidato a vicepresidente en 1988, estaban hechos con el molde de Apolo. Bush, hijo de un poderoso padre senador, y Quayle, cuyos periódicos familiares dominaban su estado natal de Indiana, eran hombres agraciados y predilectos acostumbrados a tener privilegios. Bush tenía que superar un problema de imagen, como Apolo, el eterno segundo de a bordo, si quería conseguir la posición de Zeus, y para los votantes era casi inimaginable que un arquetípico muchacho de pelo rubio como Quayle pudiera acceder a la presidencia. Los hijos predilectos suelen ascender sólo hasta allí, porque se suelen percibir como pesos ligeros, moldeados para desempeñar el papel de hijo o de hermano, carentes de una ambición propia que les impulse y de capacidad para consolidar el poder y gobernar como figura paterna con la osadía de Zeus.

El arquetipo del hijo predilecto aparece como alguien que no sabe lo que es el dolor ni el esfuerzo. Su tendencia a distanciarse mentalmente del sufrimiento ajeno y de estar desconectado de sus propios sentimientos hace que esto sea así. Sin embargo, cuando un hombre es percibido por los demás como un Apolo, los atributos del arquetipo son proyectados sobre él y resulta difícil verlo de otro modo.

El músico

A Apolo se le asocia con dos instrumentos de cuerda, el arco y la lira. Cuando toca uno se dispara la flecha, cuando puntea el otro crea música. W.F. Otto, autor de *The Homeric Gods*, observó que los griegos vieron otro tipo de afinidad entre los dos: «en los dos vieron un dardo que se dirigía velozmente a su meta, en un caso una flecha infalible, en el otro una canción infalible^[26]». La canción del más despierto de todos los dioses no surge como un sueño de un estado de embriaguez del alma, sino que vuela directamente hacia una verdad que se ha visto con claridad.

En su música, también se asociaba a Apolo con la claridad y la pureza. A diferencia de la música dionisiaca, que expresa caos, éxtasis, turbulencia, conflictos emocionales y pasión, la música apolínea valora esa nota clara, la pureza de la música que es como las matemáticas superiores, que aporta armonía a través del tiempo y mide y eleva el espíritu. La música clásica de

Bach evoca a Apolo. Quienes han escuchado al maestro violoncelista del siglo XX Pablo Casals y a Yo-yo Ma, suelen describir la experiencia como una epifanía espiritual, como si Dios se manifestara a través de la música y diera infaliblemente en el blanco.

La moderación y la belleza fueron la esencia y el efecto de la música de Apolo. Controlaba todo lo salvaje, encantador e incluso hasta a las bestias depredadoras. Cuando el atormentado rey bíblico Saúl ordenó al joven pastor David que tocara un instrumento de cuerda para él, a fin de poder relajarse, David debió haber tocado el tipo de música de Apolo para obtener ese efecto.

Defensor de la ley y el orden

Apolo dio a las ciudades sus instituciones legales, interpretó la ley, abogó por el orden y la moderación, proporcionó la estructura para que la comunidad trabajara conjuntamente y los medios para arreglar las disputas. El justiciero y el músico expresan este instinto del arquetipo hacia el orden y la forma. Apolo se siente incómodo en el caos o en la turbulencia, con la nota discordante, con la intensidad pasional, tanto en la música como en la conducta. A través de las normas y de las leyes, al igual que mediante la medida y el tiempo, Apolo intenta proporcionar forma y orden.

El aspecto de ley y orden de Apolo está seguro de cómo han de ser las cosas. Apolo, a través de sus ordenanzas, decretó qué era lo que se podía permitir y qué se debía prohibir. Por consiguiente, el abogado Apolo prefiere razonar la ley constitucional o casos en los que él (o ella) pueda aplicar principios y precedentes, en vez de suplicar motivación o circunstancias especiales. No es de extrañar que, cuando hombres y mujeres son nominados para formar parte del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, sus cualidades apolíneas sean ensalzadas por sus partidarios.

Tanto el idealista que tiene una visión futura de una época en que todas las personas vivirán en paz bajo el imperio de la ley, que garantizará la justicia y la equidad, como los defensores contemporáneos del “orden público” que tienen la fuerte convicción de saber lo que es justo y bueno para cada persona, reciben este sentido de autoridad del arquetipo Apolo.

Ese sentido, así como la autoridad, proceden de realizar un trabajo que

tiene una base arquetípica. El jurista o el agente que hace cumplir la ley — igual que el músico o el astronauta— pueden sentir esto internamente y que Apolo concede a su trabajo una dimensión sagrada.

El distante

El arquetipo Apolo predispone de muchas formas distintas a ser emocionalmente distante. El hombre Apolo puede vivir en el futuro como el arquero concentrado en un blanco o el profeta que puede ver la situación desde fuera en lugar de permanecer en contacto con sus sentimientos, o también puede esquivar sus emociones y dificultades en las relaciones viendo toda experiencia como una lección espiritual (que, por supuesto, así puede ser).

La capacidad de ver las cosas de una forma racional o espiritual, alejándose de la respuesta emocional inmediata, es una característica del arquetipo Apolo. Este don predispone a las personas apolíneas a responder a su propio sufrimiento emocional distanciándose de estos sentimientos y dirigiéndose “hacia el cielo” mediante la comprensión intelectual, una práctica espiritual con atención plena o repitiéndose sus preceptos.

Había un remoto mundo espiritual respecto al dios Apolo que está relacionado con el mundo de los misteriosos hiperbóreos. El mitólogo W. F. Otto observó que cuando Apolo nació, Zeus le dio un carro tirado por cisnes con el cual no se dirigió a Delfos, sino al reino de los hiperbóreos, con quienes se quedó un año. A partir de entonces solía ir periódicamente a “esta bendita tierra de luz^[27]” durante una parte del año. En la actualidad, la importancia que se da a los mundos de luz en la corriente de la Nueva Era nos recuerda de nuevo la imagen de Apolo y de los hiperbóreos. Hoy en día, ese “reino septentrional más allá de las montañas” visionado por los griegos como la tierra de los Hiperbóreos, se ubica en la constelación de las Pléyades o en otra dimensión. El aspecto del Apolo hiperbóreo se asemeja al mundo de los infiernos de Hades. En el plano psicológico, tanto si ese remoto lugar es un mundo estelar, subterráneo o un mundo de matemáticas superiores, el efecto es el mismo: conduce a sentimientos de aislamiento de los demás y a desaparecer periódicamente de este mundo para adentrarse en el otro.

Los hermanos

El papel de Apolo como hermano es su designación más significativa dentro del entorno familiar, en el que se hace hincapié en la rivalidad y la amistad fraternal en su relación con su hermano menor Hermes, el dios mensajero, y con su hermana, Artemisa, diosa de la caza y de la luna.

Hay muchos incidentes mitológicos que vinculan a Apolo y Artemisa. Artemisa nació primero y ayudó a su madre Leto en su prolongado parto de Apolo. Más tarde, Leto acudió a los dos para que la vengaran del insulto de Níobe. Los celos de Apolo por el afecto que Artemisa sentía hacia el cazador Orión, como ya he mencionado, le llevaron a retar a su hermana para que ella, sin saberlo, le matara. La rivalidad también surgió con su hermano menor Hermes, cuyo primer acto en este mundo fue robar el ganado de Apolo, y de quien éste había recibido su lira.

Como arquetipo del hermano y del hijo mayor predilecto, Apolo predispone a los hombres a formar parte de un equipo en un proyecto conjunto. Encaja fácilmente en el papel de un hombre corporativo, que puede ser el segundo en el mando, sin sentir resentimiento o tener roces, como le puede suceder al hombre que es el arquetipo del padre o del rey, que necesita poseer su propio reino. También le resulta natural trabajar con mujeres competentes o competir contra ellas. Apolo, como competidor, participa en el toma y daca de la política, así como en los deportes, y, por lo general, no guarda rencores. A causa de su distancia emocional puede participar en la política como si fuera un juego e irle bien contra otros que se han quedado atrapados emocionalmente en ella. Sin embargo, puede que no llegue a la cima porque parece prudente y no propicia que los demás le vean como al jefe. Apolo fue el segundo dios más importante después de Zeus.

El antihéroe

Apolo, cuyo aspecto físico de virilidad y nobleza le dio el aspecto de un héroe, era contrario a representar dicho papel. Concretamente, no se dejaba involucrar en duelos, a diferencia de los héroes de su cultura en la guerra de Troya o del pistolero de las películas del Oeste americano con su rápido desenfundar. A un Poseidón furioso, Apolo le respondió con serenidad:

«Deberías hallarme en un estado sin medida ni prudencia, para que luchara por insignificantes mortales, que ahora florecen como las hojas de los árboles y luego se marchitan y mueren». Y cuando su hermana Artemisa le llamó cobarde, tampoco consiguió incitarle al combate.

Además, Apolo era antagonista a los héroes. Apolo rechazó la ayuda del héroe Heracles para conseguir el oráculo pítico. Y se opuso a Aquiles, el más famoso y predilecto de los héroes griegos. Aquiles murió cuando fue herido por una flecha en el talón, en ese único lugar vulnerable que no se había sumergido en las aguas de la laguna Estigia. Hay varias versiones que dicen que fue Apolo quien le mató, ya fuera disfrazado de Paris o con su propio aspecto. Pero no fue en un acto heroico, en un combate cuerpo a cuerpo, sino mediante el disparo de una flecha.

Apolo valora la prudencia, evita el peligro físico, no se deja llevar por las emociones y prefiere ser un observador. Cuando los generales tuvieron que conducir las tropas a la batalla, probablemente no había apolos entre sus generales. Sin embargo, puede que ahora haya muchos generales Apolo entre los hombres que se han educado en la exitosa organización del Pentágono. Cuando se diseñan los juegos de guerra, tal como son hoy en día, y se tiene en cuenta a la oposición, se piensan distintos planes y se lanza la última arma desde lejos, quizás tan sólo apretando algunas teclas en un ordenador, el general de butaca es muy probable que sea un Apolo, que considera las cifras estadísticas en lugar de las pasiones y alianzas que motivan a las personas. Éste fue el caso de la guerra del Vietnam, cuando el Pentágono estaba dirigido por el secretario de Defensa Robert McNamara y su equipo de jóvenes brillantes que estaban con él, quienes después fueron conocidos como los “jóvenes prodigio”.

Cultivar a Apolo

En esta cultura, las características de Apolo se cultivan vigorosamente desde que el muchacho es un niño. Desde antes de ir al parvulario hasta la graduación se espera que las personas se expresen verbalmente y con lógica. Las lecciones de causa y efecto se repiten en la vida cotidiana y en la ciencia. Las buenas notas y las buenas impresiones se consiguen hoy para subir un

peldaño más en el futuro. En todas las escuelas, salvo en las alternativas, cada nota suele promover los valores y las características de Apolo.

A pesar del énfasis en desarrollar las cualidades apolíneas, si hay otro arquetipo que predomina en la persona, la necesidad de desarrollar conscientemente a Apolo surge sólo en la etapa adulta. Para desarrollar las características de Apolo, una persona puede buscar ayuda para que le enseñen a organizar el tiempo, a administrar su dinero o su trabajo. La ayuda necesitada también puede ser más específica, como por ejemplo saber escribir un currículum vitae. Sea cual sea la tarea, en el reino de Apolo, la educación y la práctica es probable que le conduzcan al éxito. Un experto siempre parece estar dispuesto a enseñar cómo aprender algo sistemáticamente.

Apolo, el hombre

A un hombre que se asemeje a Apolo le resulta fácil estar en el mundo. Posee cualidades que hacen que consiga la aprobación de los demás y es bastante probable que alcance el éxito. Sin embargo, en lo que respecta a sus relaciones y vida interior puede haber dificultades y deficiencias.

Los primeros años

El niño Apolo suele tener (como corresponde al mito) una predisposición brillante. Suele ser extravertido y, al ser curioso e inquisitivo, disfruta mirando lo que le rodea. Le gusta ir en alto en una mochila para bebés.

Apolo recopila información de su entorno. Le interesa saber lo que es algo que tiene delante o lo que está haciendo una persona. Le gusta conocer el nombre de las cosas. Nunca es demasiado soñador, no es muy fantasioso, ni tiene amigos o monstruos imaginarios.

En la guardería y en el parvulario es “uno de los nuestros” o “uno de la banda”. Es un niño fraternal que le gusta dar y tomar, que se lleva bien con todos y que incluso puede llegar a ser un líder. Los demás suelen querer tenerle como amigo, pero él no suele tener ningún amigo favorito o especial.

A medida que los deportes de la Little League^[28] van progresando, puede que sea bueno en ellos o incluso que destaque. Si tiene talento, lo ensalzará mediante la práctica. Si sus talentos son en otro campo, también los desarrollará.

Parece tener un reloj biológico y siempre sabe lo que ha de hacer hoy y lo

que toca hacer mañana, de modo que reparte su atención entre sus deberes y practicar sus clases de música, hacer un reparto de periódicos, pertenecer a los *boy scouts* o ser monaguillo.

Aunque en realidad puede ser tan bueno como aparenta —suelen considerarle como una “persona recta”—, no es infrecuente que tenga amigos que se metan en líos, a pesar de que éste no sea su caso. Otros chicos puede que se dejen llevar por una conducta alborotadora, desordenada, de hacer las cosas mal, y ni siquiera se planteen que pueden estarse buscando problemas cuando sobrepasan los límites. Pero no sucede lo mismo con el muchacho Apolo: él piensa en este tipo de cosas y se cuida a sí mismo.

Sus padres

El dios Apolo fue el segundo gemelo en orden de nacimiento y Leto estuvo de parto durante nueve días y nueve noches para darle a luz. Tras grandes esfuerzos consiguió nacer «y Leto fue feliz, porque el hijo que había gestado era fuerte y además arquero^[29]». Sus palabras del homérico Himno a Apolo de Delos recuerdan a esas mujeres que han “triunfado en crear” un hijo y heredero y que más tarde se sienten realizadas por los logros de sus hijos Apolo.

Después de semejante prueba, quizás incluso una diosa se habría quedado exhausta y hubiera sido incapaz de amamantarlo. Lo que sabemos es que Apolo «no tomó la leche de su madre. En su lugar Temis, con sus divinas manos, vertió [sobre él] néctar y exquisita ambrosía^[30]». El primer alimento de Apolo fue, pues, la comida de los dioses, que le fue dada por Temis, diosa preolímpica de la profecía, cuyo manto llevarían más tarde los oráculos de Apolo. El paralelismo para un hombre Apolo es tener una madre que no expresa físicamente sus sentimientos, que no le ha proporcionado el abrazo y la fusión que experimenta un bebé con una “madre terrestre”.

Desde el principio Apolo describió su misión en la vida del siguiente modo: «revelaré a la humanidad la voluntad exacta de Zeus^[31]». Éste es el hijo de su padre, que crecerá en la complacencia de la aprobación paternal: «Y un brillo se proyecta sobre él, el resplandor de sus pies y su túnica delicadamente tejida. Y exultantes en sus grandes corazones, Leto, con su

cabello dorado, y el sabio Zeus, miran a su querido hijo jugando con los dioses inmortales^[32]».

El muchacho Apolo tiene muchas probabilidades de gozar de la recompensa de la aprobación por ser justamente como es, sobre todo si tiene un padre tradicional. Un hijo Apolo es un éxito en potencia, un reflejo positivo de sus padres, un triunfador en una cultura que valora los éxitos. Está acostumbrado a ser el centro de atención del agrado de sus padres, que es el «brillo que se proyecta sobre él». Es la postura tradicional de un muchacho Apolo, especialmente si en una cultura patriarcal es el primogénito, el esperado y el que será capaz de seguir la tradición familiar; es decir, “hacer realidad la voluntad de su padre”.

Para un Apolo es habitual tener éxito y está acostumbrado a recibir el amor y la aprobación por lo que hace. Sin embargo, en cada etapa de la vida (o de la competición) se encuentra con otros que también lo hacen muy bien. Entonces siente una gran presión por tener que sobresalir, y puede que ya no sea el primero de la clase o el jugador estrella del equipo.

Entonces surgen las preguntas de índole psicológica: ¿hasta qué punto sus padres necesitan que él destaque? ¿Es amado por sí mismo o el amor que recibe está condicionado a sus logros? ¿Depende su sentido de autoestima de sus éxitos? ¿Le deja destrozado perder? Si es así, es que se toma la duda o el reto de una forma muy personal, aunque normalmente ocultará que se siente amenazado, y la hostilidad que esto genera en él, tras una resplandeciente y sonriente máscara.

A veces un muchacho Apolo tiene unos padres narcisistas, que en realidad necesitan que él sea una extensión de ellos mismos, que se sienten mejor consigo mismo si él “gana” y que le exigen que piense bien de ellos. Un chico así ha de aguantar una carga tremenda. Su propia voluntad de ganar le convierte en un competidor, que necesita ganar para conservar a sus padres, o bien el amor condicional de uno de ellos puede añadir una ansiedad contraproducente a la situación, la cual le incapacitará para obtener buenos resultados. Los días de práctica todo va bien, pero cuando llega el momento de la verdad, no da la talla.

Cuando en un muchacho se reúnen una habilidad excepcional y una personalidad apolínea, llegar a ser todo lo que podría ser —jugador de

ajedrez, músico, genio de las matemáticas, médico, abogado, arquero, científico y ser humano— dependerá en gran medida de sus padres y maestros. Como niño de talento excepcional y con la voluntad de superarse, el niño Apolo prospera cuando el aprendizaje es un juego que se ha de dominar y cuando la mayor satisfacción reside en alcanzar el dominio personal y en hacer lo que le gusta.

La adolescencia y los primeros años como adulto

La destreza del “arquero” marcará el rumbo de sus primeros años como adulto. Si es apto, y no está condicionado por la ansiedad, destacará consiguiendo repetidamente las metas que se haya propuesto. Las buenas notas, ser delegado de clase, los honores y los premios, las becas, todo son recompensas propias de los jóvenes apolos. Si procede de un hogar humilde, se parecerá a Horatio Alger. Trabajará duro y empleará bien su tiempo, se las arreglará para conseguir buenas notas, sobresaldrá en las actividades extra-curriculares y además tendrá un trabajo a tiempo parcial.

Tenderá a buscar un padre Zeus si la vida no le ha proporcionado un padre biológico que pueda cumplir esa función. Posee una afinidad arquetípica, el deseo de ser el hijo predilecto, una actitud de querer destacar y complacer que atrae la aprobación de los hombres Zeus, que le ayudan a triunfar en el mundo.

Las tareas de la primera etapa de la vida, que para los hombres suponen tener éxito en el trabajo, coinciden con su tendencia de realización personal, por lo que esta fase de la vida es inusualmente fácil para un Apolo. La adolescencia no es un período de confusión, de rebeldía contra la autoridad, ni de misticismo, ni sexual ni de preocupación interna para la mayoría de los apolos, al menos según pueden percibirlo los demás.

La principal dificultad en este período tiene lugar cuando Apolo es incapaz de triunfar debido a problemas psicológicos, sociales o intelectuales, o a alguna discapacidad. Un Apolo disléxico con problemas de aprendizaje se verá muy frustrado en su afán de triunfar. Puede tener éxito en superar su minusvalía, porque trabajará sistemáticamente para conseguirlo. Sin embargo, la discrepancia entre lo que quiere y su incapacidad para conseguirlo puede crearle mucha rabia y frustración interior, hasta el punto de que no le permita

centrarse en una sola cosa a la vez y no pueda superar ese problema.

El trabajo

El Apolo goza de una ventaja distintiva en lo que a trabajo se refiere. Le resulta fácil que le vaya bien en el trabajo, porque posee la habilidad intrínseca de enfocarse en una tarea, de querer practicar hasta que domina algo y de querer ver el producto final de lo que está haciendo. Dada su objetividad respecto a sí mismo y el mundo exterior, es probable que sus metas sean realistas, y avanza paso a paso según sus planes.

Los hombres Apolo a menudo ejercen profesiones que requieren años de formación y la capacidad de fijarse metas a largo plazo. La medicina y el derecho atraen a muchos hombres con mente apolínea. El derecho es especialmente adecuado para ellos. En el juicio de Orestes, que había matado a su madre (Orestes la mató instigado por Apolo, porque ésta había asesinado al padre de Orestes, Agamenón), Apolo fue el elocuente abogado defensor.

El hombre Apolo se adapta fácilmente a trabajar en instituciones y corporaciones. Tiene tendencia a desarrollar relaciones competitivas fraternales con los compañeros y a asumir el papel de dirigente dentro de su grupo paritario. Busca la aprobación de los hombres que están en puestos de autoridad y cumple sin problemas con sus directrices. Una cualidad añadida para nuestros tiempos es que en una época de igualdad de la mujer, sabe trabajar con mujeres competentes que son como Atenea o Artemisa, competitivas y con una meta. Apolo es el hombre ideal para una organización.

Un Apolo no suele llegar a la cumbre o tener éxito como empresario porque le falta el afán de querer amasar poder o dinero, la visión, decisión u osadía de un Zeus. Es un hijo arquetípico en un patriarcado y, aunque aspira llegar hasta lo más alto y su éxito en su carrera parece conducirlo allí, por lo general no lo consigue o fracasa en consolidar su poder y extender su autoridad una vez ha llegado al lugar deseado, y entonces se derrumba.

Cuando el hombre Apolo llega hasta donde él (y el arquetipo) pueden llevarle, y no es lo que él se había propuesto, el trabajo ya no es la fuente de gratificación que había supuesto hasta entonces y se convierte en un problema. Cuando el Apolo sobrepasa su nivel de competencia y ya no es la estrella

brillante, empiezan los conflictos. No está preparado para fracasar o fallar. Ha puesto su energía en su trabajo, ha sacrificado otros intereses y ha esperado que su familia también postergara sus necesidades en favor de su carrera. Puede que no haya alternativas normales sobre las que apoyarse que le devuelvan el sentido a su vida.

Las relaciones con las mujeres

Un Apolo suele verse atraído hacia una mujer competente, independiente y atractiva, que suponga una pareja verdaderamente complementaria; entonces cuando salen juntos parecen la arquetípica joven pareja urbana con dos carreras. A él también le gusta trabajar con el mismo tipo de mujer.

Con frecuencia la relación tiene un sabor competitivo y su diversión juntos consiste en jugar a juegos o hacer cosas que conlleven alguna destreza. Puede que compartan un interés por las artes o la música. Una relación basada en el trabajo puede funcionar muy bien, puesto que se retan y apoyan el uno al otro para destacar.

Al vivir más en su cabeza que en su cuerpo o en sus emociones, Apolo no es un amante por naturaleza. Le caracteriza su falta de pasión en sus relaciones con las mujeres. Por otra parte, una relación con él no suele tener una gran profundidad sentimental, puesto que prefiere mantener su habitual distancia emocional. Por consiguiente, la mujer de su vida puede decidir que la suya es una relación de hermano-hermana y puede rechazarle como amante, ya sea directamente o bien sintiéndose atraída hacia otra persona. Ése fue el destino del dios Apolo.

La hermana competidora ha de tener cuidado con una posible faceta de Apolo. Un potencial tortuoso y hostil puede formar parte de su personalidad oculta. A la vez que conserva una actitud de competidor amistoso, también puede estar tramando algo bajo mano, al igual que Apolo engañó a Artemisa al señalarle el lejano blanco que resultó ser la cabeza de su amado Orión.

La atracción de los opuestos parece ejercer una fuerza magnética cuando —al igual que el dios que amaba a Sibila y a Casandra— un Apolo se siente atraído hacia una mujer con ciertas facultades psíquicas, que es emocional, irracional, poco práctica y a menudo no se siente muy impresionada por él. La

encuentra fascinante, frustrante e impredecible. Muchos hombres apolíneos están fascinados por este tipo de mujeres a las que intentan controlar.

Las relaciones con los hombres

Los hombres Apolo suelen llevarse bien con otros hombres. Buscan y valoran las relaciones con hombres mayores que tengan autoridad y a menudo tienen mentores que les ayudan a avanzar en sus carreras. Las relaciones de toma y daca son sus favoritas. Saben negociar y cumplir con lo prometido.

Su competitividad les hace valorar dónde se encuentran en relación con los demás; la posición que les resulta más cómoda es la de ser el primero del grupo o la del hermano mayor predilecto y se esfuerzan por alcanzar esta posición. A un Apolo le gusta ser la estrella del equipo, no le va lo de ser un solitario. Siempre está dispuesto a encontrar un sitio para los demás, y acepta y disfruta de la compañía de los hombres que no son tan impecables como él. Sin embargo, no suele tener un amigo con el que siempre salga a tomar unas copas.

La sexualidad

Un Apolo no es un gran amante. No se enamora fácilmente y está tan concentrado en su objetivo que las mujeres bellas no le distraen fácilmente. En su vida cotidiana, el hombre Apolo no pierde demasiado tiempo con pensamientos eróticos. No desnuda mentalmente a las mujeres que ve, ni pasa mucho tiempo con fantasías masturbadoras. Su dimensión instintiva, sexual y sensual suele ser su aspecto menos desarrollado y como tal no suele tenerlo presente.

Esporádicamente, esta sexualidad a la que tan poco tiempo dedica se puede despertar. Durante un tiempo puede ser un apasionado galán, puesto que su capacidad para concentrarse en sus metas se combina con su deseo sexual. Si la mujer no ha caído en el hechizo del amor, la intensidad de sus sentimientos suele resultarle ajena, puesto que es muy probable que no hayan sido precedidos de la intimidad de una comunicación profunda compartida, ni de un diálogo sensual no verbal. Es muy probable que ella se sienta como una Dafne perseguida y puede que huya de él, al sentirse más como un objeto que

éste desea poseer que como una mujer cortejada.

Al vivir en su cabeza más que en su cuerpo o en su imaginación, Apolo es un forastero en el reino de Eros. Poco sabe por experiencia propia del flujo y reflujo de la atracción sexual o de la constante necesidad de ser tocado y de comunicarse en el plano físico (o de comunicación verbal íntima). De modo que si consigue a la mujer que le ha atraído y luego “desaparece” como amante (lo cual es típico de un Apolo), es probable que ella le sea infiel en su “ausencia”. Este patrón recuerda el mensaje que la corneja le da a Apolo sobre la infidelidad de Coronis.

El dios Apolo también se enamoró de Jacinto, el joven que le atrajo hasta tal punto que abandonó Delfos para estar con él. Eran compañeros inseparables, amantes que lo compartían todo, lo cual es típico de una relación en que los componentes de la pareja se “proyectan” el uno en el otro, en la que uno se ve a sí mismo en el amante y se ama. Narciso también se enamoró de su propia imagen reflejada en el estanque, pero mientras Narciso no se pudo acercar a la misma y murió por ello, Apolo y Jacinto gozaron de una relación muy íntima. Su relación terminó cuando Apolo mató accidentalmente a Jacinto en una competición; cuando el disco que el primero había lanzado rebotó y alcanzó a Jacinto en la cabeza.

Cuando Eros atrae a hombres Apolo a relaciones homosexuales, la primera relación suele ser como la de Jacinto y Apolo. El sí-mismo reflejado en el otro es, pues, la primera expresión de aceptación de sí mismo. Hay un narcisismo en el sentimiento de igualdad fusionada y con frecuencia se produce un intento de limitar a la otra persona a ser el reflejo deseado. “Jacinto” puede ser asesinado (la relación puede morir) debido a la competitividad, si uno crece más que el otro o si la necesidad de Apolo de ganar y de mostrar su superioridad mata los sentimientos en el otro hombre.

El matrimonio

El hombre Apolo es sin duda “un buen partido” en cualquier lotería matrimonial. Cuando los hombres, después de graduarse en la universidad, se casan por rutina con mujeres más jóvenes, sin experiencia sexual y sin ambiciones propias, el hombre Apolo suele conseguir la novia que ha elegido.

El matrimonio es un paso que da con la misma reflexión con la que eligió la facultad y su primer trabajo. La pasión y el impulso no son decisivos, pero sí la perspectiva de una buena unión.

En el matrimonio tradicional, donde los papeles se estereotipan, Apolo puede, durante un tiempo o durante toda su vida, gozar de un matrimonio estable y que funciona bien, sobre todo si se casa con una mujer que necesita tener una relación duradera y realizarse mediante la maternidad (la arquetipo Deméter). Este debía ser el caso del juez Scalia del Tribunal Supremo de Justicia, cuyo nombramiento a la magistratura exigía un duro trabajo, relaciones políticas, determinación para ascender dentro del campo de la justicia y grandes logros, lo cual no le dejaba mucho tiempo para participar en la educación cotidiana de sus nueve hijos.

Los Apolo también son muy numerosos en los matrimonios de jóvenes urbanos que tienen dos carreras, en los que la esposa se parece a la lógica e intelectual Atenea, tan alejada de sus instintos como él. Su matrimonio “funciona” muy bien para ambos: cada uno controla la agenda del otro; cuidan del hogar con la misma facilidad que lo hacen de la oficina, tienen sexo sano y con regularidad (con frecuencia con la misma intensidad y satisfacción con las que disfrutaban de una buena cena de negocios o de un buen ejercicio en el gimnasio).

Sin embargo, el matrimonio distará mucho de ser armonioso si Apolo se casa con una mujer que quiere sustancia en lugar de forma, que necesita profundidad emocional en lugar de la seguridad de una relación duradera; cuya naturaleza Afrodita sea apasionada, intensa y del momento, y que, por lo tanto, valore poco las metas a largo plazo que le piden que viva en el futuro. Un matrimonio así conduce o al crecimiento o a la infelicidad. El Apolo intenta (a veces con éxito) situarse “por encima” de la dificultad, la cual no ve como su problema. Apolo puede sentirse bastante cómodo en un matrimonio marcado por la distancia emocional y la falta de pasión. Si eso hace desgraciada a su esposa, la duración del matrimonio dependerá de ella y de sus opciones reales o las que ella perciba de hacer otra cosa.

La descendencia

Los hombres Apolo suelen ser buenos padres o ser neutrales en las vidas de sus hijos. Son coherentes y equitativos en su conducta. Fijan reglas justas e incluso pueden tener lemas en sus vidas, que enseñan a sus hijos.

La distancia es la dificultad más común, puesto que el padre Apolo es probable que esté absorto en su carrera y abandonará el reino del hogar y de los hijos a su esposa, a menos que ella exija su participación. Él no abrazará a sus hijos y, si se ve obligado a sostener a su bebé (y descubre que le gusta hacerlo), será porque su mujer se lo ha puesto en los brazos hasta que él y el bebé hayan creado un vínculo.

Si sus hijos se le parecen en lo que a intereses respecta, y si a medida que se hacen mayores pueden compartir con él sus propios planes o los de su padre, hacer cosas juntos, como compartir un interés profesional o tocar juntos en una orquesta de cámara, entonces puede que gocen de una relación muy buena y cómoda. Si sus hijos tienen sentimientos ocultos y profundos que no se pueden observar exteriormente, él no los descubrirá. Y si ellos esperan que entienda sus anhelos y pasiones, lo más probable es que se sientan decepcionados. Por otra parte, pueden sentirse gratificados por su capacidad de ver lo que ellos están haciendo y por el hecho de que él esté pendiente de ellos.

La mitad de la vida

El hombre Apolo puede estar esperando a padecer una crisis de la mitad de la vida. Las expectativas culturales y familiares que con tanta facilidad consiguió encajar en su propia meta, probablemente fueran a costa de dedicarse al trabajo pagando un precio psicológico muy alto del que es muy posible que ni siquiera fuera consciente. Hay muchos aspectos de sí mismo que ha apartado, y una familia a la que ha mantenido emocionalmente a distancia.

En la mitad de la vida, la presión y el ritmo laboral pueden disminuir, así como el predominio de Apolo como arquetipo. Y por primera vez pueden surgir otros aspectos descuidados, rechazados y no desarrollados de su psique.

Es el momento en que Apolo se enfrenta a sus limitaciones. Puede que

descubra que no llegará a la cumbre. Ya no es el joven de pelo rubio, y la depresión puede llegar como consecuencia de ello.

Sus hijos también pueden reaccionar a un padre Apolo ausente rechazándole o rechazando sus valores y encarnando lo que él nunca fue: pueden ser rebeldes, activos sexualmente, conflictivos y depresivos. Puede que se tenga que enfrentar a la realidad de que como padre ha sido un fracaso.

Su matrimonio, aparentemente bueno, puede complicarse si su esposa reacciona a su distancia emocional con una aventura amorosa o con un abandono para irse con otro. Lo que se solía decir de George Bush que recordaba a las mujeres sus primeros maridos, es en realidad algo que se puede aplicar a todos los hombres Apolo. Una esposa maternal resentida puede provocar una crisis matrimonial cuando se da cuenta de que ha sacrificado su vida educando sola a sus hijos. Un matrimonio estable puede llegar a un punto muerto cuando la esposa padece la depresión del abandono del nido. Por último, una aventura amorosa por parte del esposo puede ser también la causa de una crisis matrimonial.

Aunque se puede producir una gran crisis de la mitad de la vida, como una depresión profunda o un desacuerdo conyugal, hay bastantes probabilidades de que pase estos años permaneciendo casi igual. Alguien puede hacer zozobrar el barco, pero Apolo suele ir a bordo de un barco con una quilla muy convencional. Suele tener presiones internas y externas para conservar su matrimonio, incluso aunque tenga una relación extraconyugal que le conmueva profundamente y le resulte sexualmente más excitante y satisfactoria que ninguna otra experiencia que haya tenido.

Puede amenazar con dejar su trabajo, trasladarse o hacer algo radicalmente distinto cuando llegue a un período de estancamiento. El trabajo deja de llenarle, pero lo más probable es que siga en él, insatisfecho y crónicamente deprimido, en lugar de hacer lo que él considera que sería un cambio radical. Es una criatura de hábitos y costumbres, que valora las apariencias. Perder el prestigio que le confiere su trabajo que ya no le gusta, perder su casa situada en un buen vecindario es demasiado para que él renuncie a ello voluntariamente en pro de hacer otra cosa que le ofrece la posibilidad de una mayor realización personal.

Los últimos años

El hombre Apolo, con su habitual visión de futuro, se acerca a la jubilación con sus necesidades económicas cubiertas. Si es un Apolo que se ha movido en un entorno corporativo, su plan de pensiones habrá aumentado gracias a sus inversiones. Si es un trabajador, la casa ya estará pagada cuando reciba el reloj de oro el día de su jubilación.

Una vez retirado, encontrará algo que hacer regularmente. Puede convertirse en un activo miembro del Rotary Club o de su iglesia y estar casi tan ocupado como antes de jubilarse.

Si permanece fiel a su naturaleza apolínea, probablemente evitará la introspección que podría hacerle sentirse incómodo, aunque más sabio, y ésta es una parte necesaria para la maduración psicológica en los últimos años.

Conflictos psicológicos

Las personas que se parecen a Apolo tienen dificultades con lo que respecta a la distancia emocional, como problemas de comunicación, incapacidad para tener relaciones íntimas y rechazo. Los problemas también pueden estar relacionados con la alta posición de Apolo, que contribuye al narcisismo y a la arrogancia, así como con lo que oculta, que es hostil y secreto.

La distancia emocional

Apolo, como dios solar, estaba “por encima de todo” cuando miraba a la Tierra desde lejos. El hombre Apolo suele mantener una postura distante evitando los líos. Cuando las emociones entran en conflicto, él se retira: “no vale la pena luchar”. Ésta fue la actitud de Apolo cuando se negó a responder al reto de Poseidón para luchar en la guerra de Troya.

Su comunicación indirecta respecto a sus emociones es también un problema característico. Cuando se le consultaba sobre algo que no entendía claramente, el dios respondía a través del oráculo de Delfos, cuyos ambiguos mensajes requerían interpretación. Las personas que están cerca de un Apolo (o todo lo cerca que éste les permite estar) se suelen encontrar teniendo que interpretar sus escasas y a menudo crípticas palabras, que hacen alusión a sus sentimientos. Si no entiendes bien su significado, se aislará todavía más. Intenta sonsacarle más y se volverá más distante. Es paradójico que el dios de la claridad y el hombre que puede hablar con tanta precisión y franqueza sobre

un tema impersonal (el abogado Apolo, por ejemplo), sea tan parco en palabras en lo que a sus sentimientos se refiere y tan enigmático y difícil de interpretar cuando dice algo acerca de sí mismo.

Está tan poco dispuesto a fusionarse espiritualmente con alguien como lo está a tener conflictos emocionales. Las relaciones con otras personas son duras para el Apolo. Él prefiere evaluar (o juzgar) la situación o la persona a distancia, sin saber que se ha de acercar —ser vulnerable y empático— para conocer realmente a alguien. Como hombre ha de trascender el arquetipo para ser algo más que un dios distante, para ser él mismo.

El amante rechazado

Apolo fue el más bello de los dioses, así como responsable y de confianza: el sol siempre aparecía, salía y se ponía cuando estaba previsto. Ensalzó la virtud y tenía preceptos que guiaban su vida grabados en los muros de su templo. Sin embargo, no tuvo éxito en el amor, fue rechazado por Casandra, Sibila, Dafne y Marpesa. Las mujeres a las que el dios Apolo deseó y por las que fue rechazado eran del tipo de mujer que también puede rechazar a un hombre apolíneo.

La mujer que rechaza a un Apolo guapo, virtuoso y serio generalmente lo hace porque carece de las cualidades que son esenciales para ella, como profundidad e intensidad, proximidad emocional o espontaneidad sexual. A veces una mujer siente que su Apolo particular está demasiado apegado a las apariencias y a la belleza como para verla envejecer.

Marpesa fue amada por un mortal, Idas, y por Apolo, y Zeus le permitió que eligiera entre ambos. Marpesa, consciente de que el dios la abandonaría cuando se hiciera mayor y tuviera el pelo canoso, sabiamente escogió a Idas. En un sentido metafórico, tuvo la sabiduría de elegir una relación “humana” con potencialidad para crecer y cambiar con el paso del tiempo, en lugar de una relación con un Apolo inmutable.

Tal como he explicado antes, Apolo enseñó a Casandra el arte de la profecía bajo la condición de que se entregara a sus abrazos amorosos, pero ella no cumplió con su palabra. Sibila (de quien han sacado su nombre las famosas sibilas), también aceptó el regalo de la profecía de Apolo y luego le

rechazó como amante. Apolo erróneamente pensaba que el amor era algo que se podía dar a cambio de lo que él podía proporcionar.

Los hombres Apolo son rechazados por mujeres que aspiran a un vínculo más profundo, con más intensidad y expresión emocional de la que él puede ofrecer. La integridad con la que un Apolo puede encarnar sus preceptos o cumplir con sus promesas despertaba admiración y respeto, más que pasión o amor. Las mujeres que se dan cuenta de estas prioridades no le elegirán en primer lugar o, si descubren lo que le falta, pueden rechazarle después como amante.

El narcisismo

El hombre Apolo prefiere retirarse y pensar abstractamente sobre sus ideas y sobre la forma de las cosas desde lejos, en lugar de implicarse en el reino del sentimiento, que no es tan palpable y que es lo que más necesita desarrollar.

Las características innatas y la cultura, así como la familia donde ha nacido forjan su personalidad. El Apolo intelectual y frío vive en una cultura patriarcal que no espera que los hombres sean protectores, que desaprueba que los hombres expresen los sentimientos de vulnerabilidad, fomenta la competitividad y recompensa la adquisición de poder. Si su familia también favorece que no se expresen ni se perciban los sentimientos verdaderos, a la vez que inculca el concepto cultural de cómo ha de ser un hombre, entonces el escenario está preparado para volverse narcisista, sobre todo si es inteligente y bien parecido.

Crueldad y castigo

Apolo se enfrentó a un sátiro que tocaba la flauta, que cometió el error de desafiarle en un concurso musical. Apolo era el juez y el jurado y se declaró ganador porque podía tocar la lira cabeza abajo y Marsias, el sátiro, no podía hacer lo mismo con su flauta. El premio era que el vencedor podría hacer lo que quisiera con el perdedor. Apolo desolló vivo a Marsias, lo cual fue cruel e inhumano.

Este acto de crueldad, ejercitado dentro de sus derechos legales, puede ser

un aspecto detestable del Apolo que ha sido humillado y dominado por otra persona y que ahora identifica con el agresor. Cuando vence a un rival, no da muestras de clemencia, y lo desuella vivo. Así mismo, Apolo castigó a Casandra, a quien le había concedido el don de ver el futuro, decretando que nunca la creerían. Este castigo fue ingenioso y cruel, especialmente porque ella pudo ver una serie de tragedias que no pudo evitar. Sufrió por partida doble, al saber lo que iba a ocurrir y luego tener que vivirlo.

Veneno

Aunque Apolo sea un ejemplo de la claridad del sol y de la dorada moderación, también posee un aspecto oscuro menos conocido. Este Apolo llega por la noche y dispara sus flechas mortales. Homero denominó a estas flechas “serpientes aladas”, y Kerényi comparó sus flechas envenenadas con serpientes venenosas^[33]. Un terapeuta interpreta este veneno como palabras “envenenadas” pronunciadas para herir. A menudo son dirigidas hacia alguien a quien amó o que tenía en muy alta estima y que le ha herido, humillado o no cumplió lo que se esperaba de él.

Cuando un racional y moderado Apolo da rienda suelta a su ira, desata sus emociones generalmente reprimidas, lo que sale es primitivo (es decir, inmaduro) e irracional. Se convierte en una serpiente venenosa que escupe su veneno. Aunque pueda herir a alguien con su hostilidad, su propio yo es el mayor afectado.

Arrogancia

El hombre Apolo que ha sido el muchacho dorado de cabello rubio, con una vida llena de éxito, puede suponer que puede tomar mucho más de lo que es capaz de asimilar, lo cual conduce a resultados desastrosos. Su sentido del yo se infla: se identifica con el dios, con el arquetipo. Se olvida de que es humano. Puede representar en su propia vida el mito del hijo de Apolo, Faetón.

A Faetón su madre le dijo que era hijo de Apolo y, al alardear de ello, no le creyeron. Para demostrar que era cierto, partió en busca de Apolo. Éste reconoció su paternidad y, para confirmárselo todavía más, le hizo la

inviolable promesa de concederle cualquier favor que deseara. Faetón le pidió conducir el carro solar por el cielo.

Al amanecer, Faetón se colocó la corona solar de su padre y se subió al carro. Los grandes caballos del sol notaron su mano desconocida e inexperta en las riendas y abandonaron la ruta habitual del sol. A Faetón le faltaba la fuerza o la experiencia para dirigir su vuelo y el deslumbrante calor del sol quemó la Tierra. Habría causado males aún mayores si Zeus no le hubiera derribado con un relámpago. Apolo, afligido por la pérdida de su hijo, dejó a la Tierra sin luz durante todo un día, antes de volver a dirigir su carro hacia su ruta habitual.

Cuando pienso en Faetón, reflexiono sobre los hombres que creen que pueden usar el poder nuclear para luchar en guerras “limitadas”. Esta pretensión acabaría con una Tierra quemada; con cenizas en la atmósfera que amortiguarían la luz solar y traerían consigo la oscuridad de un invierno nuclear. Las personas asumen el riesgo de esta arrogancia cuando cosechan un éxito tras otro. Puede conducir a un Apolo a suponer equívocamente que, como es un experto en una materia, también puede ser una autoridad en otras, o dar por sentado que tiene derecho y que es capaz de hacer lo que le plazca.

En la jerga contemporánea psicológica, la suposición de Faetón de que podía conducir el carro de Apolo fue un “viaje del ego” que hirió a los demás y provocó que tuviera que ser derribado. También hay otras versiones sobre este tema no tan conocidas.

Las dificultades para los demás

Las mujeres que aman a hombres Apolo se encuentran con dificultades, porque la forma o la apariencia de la relación suele ser para ellos más importante que la profundidad o la intimidad de la misma.

La desvalorización de la que “no es la esposa”

Para las mujeres que se involucran con un Apolo es importante saber que suele clasificar a las mujeres en dos categorías: las que él considera esposas apropiadas y las que no. Incluso puede sentirse atraído hacia mujeres que no encajen en su ideal de “esposa perfecta”. Más que ningún otro tipo, se suele guiar por la idea de lo que debería ser.

Puesto que infravalora el aspecto instintivo y emocional de la vida, incluso cuando mantiene una relación que le llene, puede que no sea capaz de reconocer el valor de ésta para él. Por consiguiente, le resta valor a la mujer. Aunque su corazón pueda estar implicado en su elección final, para un hombre que vive tanto en su cabeza nunca es una decisión tomada enteramente con el corazón. Al elegir una esposa, no ve sólo a una mujer, sino la impresión que darán como pareja. Para él el matrimonio es una institución esencial para la cultura y la civilización, que en parte aporta orden a su mundo y al mundo exterior.

Un Apolo en la mitad de la vida puede tener una relación extraconyugal (que normalmente es su primer lío y el último) que le llegue al corazón. Quizás descubra que siente más ternura hacia ella que hacia su esposa y que siente

más pasión que nunca. Sin embargo, lo más probable es que regrese con su esposa, a su hogar y a su vida habitual^[34].

Para una mujer que ama a un Apolo y que sabe que él la ama como nunca ha amado antes, es difícil comprender cómo éste puede salir de su vida para regresar a su casa con su esposa a un matrimonio vacío, después de haber conocido algo mejor. No obstante, a menos que supere el patrón de Apolo, eso es lo que hará. La mujer a la que abandona sufrirá por la relación. Pero él, como típico Apolo, podrá distanciarse de sus propios sentimientos de pérdida y podrá parecer que no está afectado.

La soledad dentro de la relación

Objetivamente, la mujer casada con un Apolo puede parecer que no tiene motivos para quejarse. Tiene un buen temperamento, es serio y fiel, e incluso probablemente echa una mano en casa cuando está allí. La gente tiene buen concepto de él, probablemente les parezca que tiene éxito y que es un buen hombre. Muchas mujeres casadas con apolos se consideran muy afortunadas.

Pero si la mujer anhela una relación más profunda y personal, entonces surgirán las dificultades. Puede que se queje de soledad, porque él es distante emocionalmente y, en realidad, con frecuencia también está ausente debido a las exigencias profesionales y su entrega al trabajo.

Si ella busca más espontaneidad o pasión este hombre no podrá proporcionársela (para ello deberá tener activados otros arquetipos en su psique). Si ella desea una comunicación profunda, se sentirá decepcionada.

El efecto reóstato: subir o bajar la intensidad

Una mujer casada con un Apolo puede llegar a parecerse cada vez más a él a medida que le sigue la corriente, especialmente si ella también antepone el pensamiento al sentimiento y está orientada hacia una meta. La distancia emocional aumenta, mientras que la forma de la relación continúa, en cuanto cada uno de ellos dedica cada vez más tiempo y energía a sus vidas separadas. Mientras ella pierde la práctica de hablar de sus propios sentimientos, también puede ir perdiendo el contacto con los mismos y ya no saber lo que siente.

Si ella es una persona que se ríe y llora con facilidad y que suele ser

emotiva y expresiva con sus sentimientos, puede suceder justo lo contrario. En un matrimonio con un inexpresivo Apolo, este tipo de mujer puede llegar a convertirse en una versión extrema de ella misma. Puede ser cada vez más irracional o histérica e irse aislando. Sus intentos suelen ser provocativos y normalmente infructuosos. Intenta que él reaccione con emotividad ante sus lágrimas o su ira, sus amenazas o sus acusaciones. Pero lo único que consigue es que él se vuelva más frío y racional y se aleje más, y ella va perdiendo paulatinamente el dominio de la situación.

Formas de crecer

La tarea de un Apolo es trascender los confines de la mente lógica y racional. Para ser completo como persona, ha de conocer los asuntos del corazón y estar en su cuerpo. Es posible que también necesite lecciones de humildad.

Dejar sitio a Dionisos

El dios Apolo hizo sitio a Dionisos en Delfos: durante los tres meses de invierno, Dionisos era adorado y festejado en aquel lugar. De modo que Apolo compartió su recinto sagrado con el dios que era su opuesto. Para que un hombre pueda trascender su propio arquetipo tendrá que hacerle un sitio a Dionisos en su psique.

Pensamiento claro, ver la realidad; Apolo es una expresión mítica del funcionamiento del hemisferio izquierdo, mientras Dionisos, como dios de la fusión profunda, de la embriaguez mística y de la visión extática, es una experiencia del hemisferio derecho. El hombre Apolo vive conscientemente sólo en el hemisferio izquierdo de su cerebro y supone que esta perspectiva es la única realidad que cuenta. El precepto del filósofo francés René Descartes «*cogito, ergo sum*» (“Pienso, luego existo”) resume el sentido apolíneo de la identidad, no es consciente de ninguna otra cosa aparte de su capacidad de pensamiento que pueda definir a un ser humano o darle sentido.

Como sucedía en Delfos, Apolo ha de marcharse para que se pueda honrar a Dionisos. Un Apolo deberá primero entender esa necesidad cognitivamente,

antes de hacer sitio y dedicar tiempo en su vida y psique a Dionisos. Ha de buscar la oportunidad para vivir el momento, quedarse absorto en las sensaciones, sentimientos, imaginación interna o experiencia exterior. Entonces Dionisos podrá estar presente.

Para todo Apolo, la forma más sencilla de acceder a Dionisos es mediante la música y la danza dionisiaca. Puede que Apolo ya haya alcanzado algunos climas espirituales a través de la música clásica, y puede que conozca el poder que tiene la música para trasladarle a un embriagador estado de éxtasis. La música dionisiaca, por el contrario, se percibe como una experiencia corporal que invita a bailar sin ser consciente de uno mismo, de forma espontánea, a la que se responde instintivamente, dejando que el cuerpo haga lo que le plazca, sintiendo que es la música la que baila dentro de uno.

Dionisos hace el amor cuando compone música, al contrario que Apolo. Un Apolo está tan enfocado en una meta y tiene una mente tan racional haciendo el amor como en cualquier otro aspecto de su vida. Cuando descubre cómo llevar al orgasmo a una mujer en particular, su experiencia se convierte en una progresión lineal de una zona erógena a la otra hasta que se alcanza el objetivo. Como amante, Apolo puede dominar la técnica de hacer el amor de la misma manera que los maestros de la música dominan la interpretación de ciertas piezas musicales en su instrumento favorito; con la práctica mejoran o incluso llegan al virtuosismo. Pero no deja de ser una actuación. Aunque las técnicas amatorias apolíneas puedan ser apreciadas (es una buena experiencia experimentar orgasmos regularmente), a menos que Apolo deje sitio a Dionisos en su reino, la experiencia sexual de la pareja probablemente no se convertirá en una comunión profunda o en una fusión emocional.

Apolo no puede dejar que sea Dionisos el que haga el amor si ha de estar pendiente del reloj o controlarse para no hacer ruido o es consciente de sí mismo en otros aspectos. Si un hombre permanece atento a sí mismo y critica su propia forma de hacer el amor es que predomina su Apolo.

Ésta es la razón por la que los sexólogos subrayan la importancia de darse placer a uno mismo, de descubrir lentamente nuestros gustos sensuales.

Liberar a la mujer interior

Uno de los preceptos de Apolo, «controla a la mujer», describe lo que el hombre Apolo hace a su propia “mujer interior”. En la psicología junguiana se denomina *ánima* —el arquetipo de lo femenino en la psique de un hombre—, que también se puede personificar como una diosa. William Sloane Coffin, antiguo capellán de universidad en la Universidad de Yale (un baluarte de los hombres Apolo) comentó una vez, «la mujer que más necesita ser liberada es la que reside en el interior de cada hombre».

El *ánima* o la mujer interior es el aspecto femenino en gran medida inconsciente de los hombres, que para Jung era lo mismo que el reino del sentimiento y de las relaciones. El *ánima* está vinculada con la emotividad y capacidad de acercamiento y de receptividad, que Jung consideraba que estaba sin desarrollar en los hombres. He descubierto que ésta es la situación en la que se encuentra la inmensa mayoría de los hombres, pero no en aquellos cuya función de sentir está más desarrollada que la de pensar.

Liberar el *ánima*, mediante una visión positiva de los valores sentimentales “femeninos”, permite al hombre Apolo honrar a sus propios sentimientos y los de los demás. Le abre a sentirse conectado con la Tierra y con todos los seres vivos. Aleja al distante Apolo de su cabeza y le lleva a su corazón o a su cuerpo.

Para la mayoría de los Apolo, la mujer en si misma —su *ánima*— se desarrolla gradualmente amando a mujeres que no viven en sus cabezas y que pueden hablar en nombre de sus sentimientos. Entre ellas pueden incluirse a la madre, la hermana, una amiga, amante o esposa. Un Apolo suele ofender o herir los sentimientos de otras personas por ser inconsciente o ser egocéntrico. Pero si se preocupa lo suficiente de los demás como para no tener la intención de hacerles sufrir o enfadarse, escuchará y aprenderá sobre los sentimientos y de ese modo liberará a su propia mujer interior, que habla en nombre de estos mismos valores.

Aprender humildad

Cuando un hombre es un Apolo bendecido por el sol, comienza su vida con un *status* de hijo predilecto dentro de su familia y con la personalidad distintiva de tener la personalidad que es más probable que triunfe en un

mundo patriarcal. El Apolo triunfador suele atribuirse el mérito de sus logros y da por hecho que su éxito está bien merecido. Su *hibris* u orgullo hace que se sienta plenamente merecedor de sus logros. También puede culpar a los demás por no tener éxito, sin considerar sus circunstancias, sexo, personalidad o inteligencia es típico de los apolos no poderse imaginar en el pellejo de otro. Por ejemplo, al Presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos William Rehnquist y al magistrado Antonin Scalia, ambos modelos de Apolo, se les describe como «hombres que se han hecho a sí mismos, que tienden a ser impacientes con las quejas de los que han fracasado en llegar a sus metas^[8]».

Un Apolo puede necesitar estar realmente en la piel de otro, sufrir la pérdida y el pesar, para darse cuenta de lo arrogante que era antes y cuánto desconocía o no sabía apreciar. Puede que necesite cometer un terrible error y ser perdonado para experimentar la humildad. Puede que tenga que envejecer para ser más sabio, pero sólo porque la vida le manda experiencias de humildad que le dan lecciones sobre su propia humanidad y la de los demás. Sólo entonces el hombre Apolo podrá pensar: “así es, pero por circunstancias que no merezco o por la gracia que he recibido” o preguntarse: “si eso me hubiera sucedido a mí, me pregunto si lo hubiera hecho tan bien”.

El amor como motivación

Apolo tiene una marcada tendencia a hacer siempre lo que se espera de él, sin cuestionarse si realmente quiere hacer lo que está haciendo. Cuando era un niño, consiguió el amor y la aprobación por aceptar las normas, lo cual no le causó problemas por su naturaleza arquetípica. A menudo al Apolo le cuesta media vida o más, así como una depresión de la mitad de la vida, cuestionarse si está haciendo el trabajo que quiere hacer, si está donde quiere estar o si ama a su esposa.

Un Apolo trasciende su identificación con el arquetipo que le limita cuando toma decisiones basadas en el amor. Entonces trasciende a Apolo, cuyas decisiones se basan en la lógica. Ahora se adentra en un territorio desconocido. Sin embargo, la habilidad de Apolo de discriminar y evaluar, así como de tomarse su tiempo, pueden ayudarle a distinguir el capricho del amor.

Cuando hace caso a su corazón, Apolo se vuelve humano, sabe que puede fallar y que es vulnerable, pero puede traspasar las fronteras de su “conocido” mundo racional. Puede asumir riesgos. Abandona la distancia emocional que le había protegido y le había mantenido aislado.

7. HERMES, DIOS MENSAJERO Y GUÍA DE LOS ESPÍRITUS: COMUNICADOR, EMBAUCADOR, VIAJERO.

Es el dios de lo imprevisto, de la suerte, de las coincidencias, de la sincronicidad. «Hermes ha entrado en nuestro medio», dirían los antiguos griegos cuando un repentino silencio inundaba la habitación, descendía a la conversación e introducía una nueva dimensión en la reunión. Siempre que las cosas parecen fijas, rígidas, “estancadas”, Hermes aporta fluidez, movimiento, nuevos comienzos y la confusión que casi inevitablemente precede a todo inicio.

ARIANNA STASSINOPOULOS, *The Gods of Greece*

Aquí tenemos al maestro de la ingenuidad, al guía de los rebaños, al amigo y amante de las ninfas y las gracias, al espíritu de la noche, del sueño y de los sueños. Nada puede describir mejor los alegres y al mismo tiempo oscuros y misteriosos, encantadores y tiernos elementos de Hermes que los mágicos y dulces tonos de la lira o de la flauta.

WALTER W. F. OTTO, *The Homeric Gods*

Hermes como dios, arquetipo y hombre personifica la velocidad del movimiento, la agilidad mental y la facilidad de palabra; desplazándose con

rapidez, como imagen masculina o metáfora, cruza las fronteras y cambia de plano fácilmente.

Hermes, el dios

Hermes (más conocido por su nombre romano, Mercurio) es el mensajero de los dioses, la elocuente divinidad del habla y el guía de los espíritus en su camino hacia el mundo subterráneo; el protector de los atletas, viajeros, ladrones y hombres de negocios; reputado inventor de la lira, los números y el alfabeto. Era famoso por ser el “más cordial de los dioses con los hombres” y por ser el dios de la fortuna.

A Hermes se le solía representar como un hombre de aspecto juvenil. Homero le describió como a un joven príncipe en la edad en la que empieza a crecer la barba. En sus misiones como mensajero de los dioses llevaba un sombrero de viaje con una amplia ala, al que a veces se le ponían dos pequeñas alas. Tenía sandalias o zapatos alados y llevaba un caduceo. Generalmente su caduceo era un sencillo báculo envuelto con dos cintas blancas (o serpientes), una especie de vara mágica, símbolo de la autoridad e invulnerabilidad del heraldo de los dioses.

Hermes, cuyo nombre significa “el del montón de piedras”, recibe ese apelativo por los mojones de piedras que servían de indicadores para los viajeros, a los cuales cada transeúnte añadía una piedra. A veces estos montones de piedras también indicaban tumbas, que en la antigüedad solían estar a los lados de los caminos. Más tarde, los pilares de piedras denominados “hermas” se situaban delante de las casas griegas o marcaban los límites de una propiedad.

Genealogía y mitología

Hermes era hijo de Zeus y Maya. Maya era una tímida diosa que vivió en una cueva en la montaña, donde recibió la visita de Zeus durante la noche (mientras Hera dormía y, por una vez, no era consciente de las conquistas de Zeus). Maya era hija de Atlas, el titán que llevó los cielos sobre sus hombros. Era una de las pléyades, la constelación de estrellas hermanas de la noche.

Siempre ajetreado desde su nacimiento, Hermes nació por la mañana, inventó y tocó la lira al mediodía, robó las vacas de Apolo por la tarde y regresó a su cuna por la noche haciéndose el inocente. Su primer día de vida fue un prelude en el que ya se ponían de manifiesto las características principales de Hermes. Nada más nacer saltó audazmente de su cuna, se aventuró en el mundo y se puso a espiar a una lenta tortuga que paseaba por delante de la cueva de su madre. Inspirado por lo que podía hacer con la tortuga y rápido en poner en práctica su idea, descuartizó a la tortuga, tomó su caparazón, sujetó dos cañas a los lados y les puso siete cuerdas, inventando así, la lira. Hermes tocaba la lira y cantaba, componiendo música que evocaba alegría, amor y un dulce sueño.

Tras haber puesto la lira en su cuna, el bebé Hermes se moría de ganas de comer carne. Una vez más salió de la cueva, esta vez para robar algún buey de su medio hermano Apolo. El joven cuatrero encontró el rebaño de Apolo paciendo, escogió cincuenta vacas y las condujo hacia atrás, de modo que sus pezuñas traseras quedaban hacia delante y las delanteras detrás. Se fabricó un calzado con ramas que disimulaba sus propias huellas. Cuando hubo conducido al ganado hasta un lugar donde podía esconderlo, Hermes prendió un potente fuego (lo encendió con yesca y frotando dos palos; así se inventó el fuego) y asó dos vacas. Cuando hubo terminado, tiró al río su calzado, esparció las cenizas y regresó sigilosamente a la cueva de su madre. Allí yacía en su cuna, con la lira bajo el brazo y se envolvió a sí mismo en sus propios pañales.

Apolo descubrió que le habían robado parte de su ganado, y siguió las huellas que parecían conducir a una dirección opuesta, pero que no consiguieron engañarle. Entró furioso en la cueva de Maya y exigió que

Hermes le dijera dónde había escondido las vacas. El pequeño Hermes astutamente negó saber nada del ganado robado y le dijo: «¿Te parezco un hombre fuerte que roba vacas? Yo tengo otro empleo muy distinto, el de dormir, beber la leche de mi madre, estar envuelto en mis pañales o tomar mi baño. Nací ayer, mis pies son muy delicados y el suelo es duro». Y Hermes juró por su padre que nada sabía de las vacas.

Apolo sonrió ante esta muestra de inocencia y llamó a Hermes “astuto mentiroso”, que hablaba como un ladrón consumado. Más tarde, en presencia de Zeus, Apolo y Hermes relataron sus historias, lo cual divirtió a Zeus, que dedujo la verdad e hizo que Hermes le dijera a Apolo dónde estaba el ganado.

Apolo quería la lira y le prometió cualquier cosa a cambio. Por ella, el habilidoso Hermes recibió las cincuenta vacas, un báculo de pastor y una posición, ya fuera un báculo dorado rematado con tres hojas que concedían riqueza, dominio sobre las bestias y poder de adivinación menor, o bien un caduceo, una vara alada envuelta con dos cintas blancas o serpientes que le identificaban como mensajero y escolta de los espíritus al mundo subterráneo.

Hermes es más conocido como dios mensajero y como la deidad que realizó muchos servicios útiles para otros olímpicos. Obedeció el mandato de Zeus de rescatar a Perséfone del mundo subterráneo y devolverla junto a su madre. También rescató a Ares de su prisión en una jarra de bronce, ayudó a Zeus a que diera a luz a Dionisos que llevaba en su muslo y escoltó a Afrodita, Atenea y a Hera hasta el Juicio de Paris (en el que Paris escogió a Afrodita como la más hermosa).

La descendencia de Hermes

Los múltiples hijos de Hermes eran fruto de su propia naturaleza. Autólico y Mirtilo habían heredado sus peores aspectos. Autólico fue un bandido y un mentiroso nato, sin el encanto de un joven Hermes. La inventiva y sociopatía de Mirtilo provocaron la muerte de su maestro en una carrera de cuadrigas. Sobornado por un competidor cambió las clavijas de hierro del eje del carruaje y las reemplazó por otras de cera.

El amoral Pan fue otro de sus hijos de mala reputación, medio cabra de cintura hacia abajo, con cuernos y barba de cabra, juguetón, irascible y

lascivo. Pan fue el dios de los bosques, de los pastos, de los rebaños y de los pastores. Su hijo Eudoro (“donador de bienes”) heredó el aspecto afable de Hermes como el fiel y sencillo pastor que guía a los rebaños que es una extensión y expresión del aspecto de cuidador y proveedor del dios. Hermafrodito, su hijo más destacado, refleja la naturaleza andrógina y bisexual de Hermes y llevaba los nombres y las características sexuales de sus dos progenitores, Afrodita y Hermes.

Hermes tuvo una serie de aventuras amorosas. A excepción de su unión con Afrodita, ninguna se narra con detalle y ninguna de las madres de los demás hijos, aparte de Hermafrodito, son importantes en sus mitos. A Hermes se le puede considerar un dios soltero.

Hermes y la alquimia

En la alquimia, Hermes-Mercurio era “plata viva”, el espíritu oculto en la materia. Era el símbolo que unía todos los opuestos: metálico y sin embargo líquido, materia pero también espíritu, frío y fogoso, veneno y medicinal a la vez^[35]. El mercurio, como sustancia se adhiere sólo a un metal precioso; metafóricamente, Hermes puede mostrarte el camino para hallar oro espiritual.

La alquimia floreció durante la Inquisición medieval, cuando los intentos de buscar verdades espirituales y experiencias místicas fuera de la iglesia católica romana estaban clasificados como herejía y eran castigados. Algunos decían que Hermes inventó la alquimia, así como también era el protagonista de metáforas sexuales alquímicas, como el caso del hermafrodita. Oculto en los tratados alquímicos, como C. G. Jung describió en *Psicología y alquimia*, Hermes era el comunicador: a través de la metáfora, era el guía de los espíritus en un viaje místico y psicológico que intentaba unir lo masculino y lo femenino.

El caduceo: el báculo de Hermes

Hermes llevaba el caduceo, una vara con unas alas en la parte superior y circundada por dos serpientes que le identificaban como el dios mensajero y guía de los espíritus. Las serpientes del caduceo de Hermes han tenido muchos significados; los alquimistas consideraban que las serpientes eran lo

masculino y lo femenino en el misticismo hermético, el espíritu masculino y el femenino se unen. Las serpientes también han representado los opuestos del nacimiento y la muerte; más recientemente también han simbolizado la cadena del ADN, a través de la cual la información genética codificada se comunica a la materia. Tanto si se trata de un simbolismo nuevo como de una metáfora antigua, Hermes está firmemente establecido en el papel de mensajero entre los reinos.

El caduceo de Hermes difería del báculo de Asclepio, dios de la medicina, que tenía una sola serpiente enrollada.

Hermes, el arquetipo

Al igual que el dios, el arquetipo Hermes tiene muchos potenciales positivos y negativos. La inventiva, el don de la comunicación y la capacidad de pensar y de actuar con rapidez son las características que se pueden usar creativamente para lograr algo o para engañar. Hermes, sin duda, es también un arquetipo positivo por ser el que comunica sentido y rescata al niño.

El mensajero

Hermes viajó con frecuencia y rapidez entre el Olimpo y el mundo subterráneo, entre el Olimpo y la Tierra, entre ésta y el mundo subterráneo. Se movía con facilidad de un plano a otro, cruzando las fronteras sin problemas.

Los hombres (y las mujeres) que comparten esta movilidad pueden desenvolverse perfectamente en el campo de la diplomacia, de los medios de comunicación y del comercio. Son comerciantes y comunicadores del mundo, y llevan a los dioses, la información y la cultura de un lugar a otro. Para Hermes, ir de una ciudad a otra o de un país a otro, atravesar el Telón de Acero o ser el primer visitante de algún lugar fuera del mapa es algo rutinario. Hermes puede viajar en persona o a través de la radio, la televisión o de la escritura. Hacer negocios, ganar dinero y pactar alianzas son retos apetecibles para las personas Hermes.

Los famosos viajeros de los tiempos antiguos como Marco Polo (que abrió rutas comerciales desde Europa hasta China y la India) y sir Richard Burton (un hombre que adoptó muchos disfraces y cuyas aventuras en los países

musulmanes culminaron con su entrada en La Meca) tenían que ser como Hermes para disfrutar con sus aventuras y tener éxito con lo que hicieron como viajeros y escritores. Este era el caso de Alexandra David-Neel, que se adentró en el Tibet y también narró sus viajes a los misterios del país. Los mejores exploradores de las realidades no ordinarias son actualmente Carlos Castañeda y Lynn Andrews; cada uno ha escrito varios libros que hablan de las aventuras, de los riesgos y del conocimiento adquirido en sus respectivos aprendizajes con los curanderos y curanderas nativos americanos. Al igual que Hermes, Castañeda y Andrews pasan de un plano a otro cuando abandonan el mundo ordinario para adentrarse en el mundo de los espíritus y de los poderes.

Un Hermes de nuestros días puede trabajar en un servicio diplomático, como representante de una corporación multinacional, ser un conferenciante itinerante internacionalmente conocido o un guía turístico. Ya sea negociando un tratado o regateando por una chuchería, cuanto más se parece un hombre a Hermes, más probable es que destaque siendo persuasivo y que consiga una “financiación creativa”.

Si algo es ilegal o no es correcto no preocupa en exceso a un Hermes. Rara vez le quita el sueño pensar en lo que está bien o lo que está mal. Por eso puede ser un asesor legal de la Mafia y, al igual que Hermes, cruzar fácilmente las fronteras entre lo legítimo y el mundo criminal sumergido. Sólo le preocupa que su estrategia o negocio funcione; su pensamiento creativo le convierte en un as de la resolución de problemas.

El embaucador

En su primer día en la Tierra, Hermes ya robó ganado a su hermano Apolo, ocultando astutamente sus huellas atándose ramas a los pies y dejando una falsa pista al obligar a las vacas a caminar hacia atrás. Luego intentó hacerse pasar por un inocente recién nacido, mintiendo acerca de sí mismo. Este Hermes embaucador es un arquetipo mundialmente conocido, que se caracteriza por su inteligencia, ingenio y habilidad para cambiar de forma o de aspecto.

Para los nativos americanos el embaucador está representado por el coyote. Para los esquimales, es la corneja; para los japoneses, el astuto tejón.

Tiene inventiva y toma lo que quiere mediante el engaño o el robo. Muchas veces es admirado más que condenado por su inteligencia, según lo que robe y a quién. Cuando es Robin Hood, robando a los ricos opresores para dárselo a los pobres, o Prometeo robando el fuego de los dioses para entregárselo a la humanidad, el embaucador es visto como un héroe. Por ejemplo, la popular serie de televisión *Atrapa a un ladrón* protagonizada por el actor Robert Wagner es un ejemplo del Hermes moderno. Su personaje sigue el principio “hay que ser pez para saber cómo duerme un pez en el agua”, Wagner interpreta a un encantador exladrón, que ahora utiliza su arte para entrar y salir rápida e ilegalmente de los sitios y su habilidad camaleónica para disfrazarse con buenos fines.

Sin embargo, un embaucador en la vida real puede ser un estafador, más que un héroe. Puede ser un vendedor sin escrúpulos con cuyas artes de venta consiga hacer comprar a la gente objetos que no necesitan, o un estafador en toda regla que engaña a la gente. Hermes como embaucador es el arquetipo encarnado por un sociópata encantador, que no siente ningún remordimiento por mentir o conseguir lo que desea.

La capacidad de pensar como un embaucador puede ayudar a un terapeuta a comprender qué es lo que puede estar pasando en la mente de otra persona, hacer que un detective sea brillante en su trabajo o ayudar a una persona a resolver sus problemas de una forma única y creativa.

El hermano menor rival

El orden de nacimiento puede contribuir al desarrollo del arquetipo de Hermes. La relación del dios Hermes con su hermano mayor Apolo es esencial para comprender el aspecto competitivo y adquisitivo de este arquetipo. Hermes llega al mundo muy consciente de su *status* de “carencia” y rápidamente le roba a su hermano. Como respuesta a Hermes, Apolo se sintió víctima, furioso, aplacado y seducido. Aunque ambos hermanos acabaron aprendiendo habilidades o consiguiendo poder el uno del otro mediante el intercambio, es Hermes el que empieza con las manos vacías y acaba adquiriendo mucho.

Al llegar a escena después de un hermano mayor, el hermano menor al

principio compite utilizando su encanto como bebé. Aunque vaya creciendo sigue siendo más pequeño de tamaño y tiene menos experiencia, por lo que se da cuenta de que ha de utilizar su ingenio. Al ser más joven no puede vencer a su hermano mayor. Si en un hermano menor predomina el arquetipo Hermes, sabrá cómo utilizar las palabras para eludir las luchas físicas en las que está en desventaja. Emplea la estrategia para conseguir lo que quiere, ya sea un objeto material o una prerrogativa del hermano mayor.

El “hermano menor” se ve a sí mismo como el segundo de a bordo, que ha de luchar por una posición. Hasta que Joseph Kennedy, Jr., el hijo mayor de la dinastía murió en su avión durante la segunda guerra mundial, el papel de Hermes en segundo lugar pertenecía a su hermano menor más próximo, John F. Kennedy. La frágil salud de Jack y su menor resistencia física le hacían estar en desventaja, por lo que tuvo que compensarla superándose en el terreno de la palabra y eligiendo cuidadosamente los terrenos en los que habría de competir.

El guía

En la mitología de Hermes, éste solía guiar a los demás de un reino a otro. Como Hermes Psicopompos, acompañó a los espíritus de los muertos al mundo subterráneo. También rescató a Perséfone del mundo subterráneo y se la devolvió a su madre Deméter.

Hermes estaba representado por la herma, un pequeño pilar o montón de piedras que marcaba los límites de una propiedad, las carreteras, las tumbas y la entrada de todas las casas. De modo que Hermes era el dios que marcaba las fronteras, así como el que era capaz de cruzarlas.

Murray Stein, un analista junguiano, llama a Hermes el dios de la transición significativa. Hermes es el arquetipo que se encuentra en las fases de cambio psicológico, especialmente en las transiciones de la mitad de la vida. Es un dios liminar, que se encuentra en el espacio transicional (de la palabra griega *limen*, el espacio que está debajo de la puerta o del umbral^[36]).

Con frecuencia un psicoterapeuta desempeña el papel de Hermes como guía de los espíritus entre los períodos de transición significativos. Las personas buscan ayuda durante los períodos de depresión que siguen a la

pérdida de una persona o de una función importante para ellas, o en los períodos de incertidumbre y ansiedad cuando nos enfrentamos a algo nuevo, o en las transiciones entre una fase de la vida y la siguiente. Durante un tiempo, el terapeuta acompaña a la persona en su viaje, como hizo Hermes. A veces un terapeuta ayuda a una persona a ver los peligros que presenta una situación y a que pueda superarlos, al igual que hizo Hermes con Ulises, que apareció justo cuando Ulises estaba a punto de encontrarse con Circe, la maga que había convertido en cerdos a sus hombres. Hermes dio a Ulises una visión profunda y le protegió contra el poder de Circe.

El patrón de Hermes también guía a la persona que busca significado e integración en los reinos del espíritu (Olimpo), en la vida humana (tierra) y en el espíritu (mundo subterráneo), y luego comunica o enseña lo que ha aprendido. Como viajero entre los distintos planos, Hermes trata de comprender, integrarse y comunicarse entre el mundo consciente de la mente y del intelecto (Olimpo), el reino en el que el ego decide y actúa (tierra) y lo inconsciente colectivo (mundo subterráneo).

El alquimista

Hermes ha sido considerado el padre de la alquimia, esa ciencia arcana que se esforzaba en convertir el plomo en oro y que era también la búsqueda espiritual y psicológica de transformar lo más primario de la psique en oro. El “alquimista” intenta hallar el sentido (u “oro”) de la experiencia y busca experiencias transformadoras. Jung habla de este aspecto del arquetipo Hermes como el espíritu Mercurio, utilizando el nombre romano del dios.

Rescatador del niño

Hermes descendió al mundo subterráneo para rescatar a la hija secuestrada de Deméter, Perséfone. Rescató al bebé Dionisos al menos dos veces, salvándole la vida y protegiéndole del peligro. El joven Ares también le debe la vida. Hermes es el arquetipo o la metáfora que salva aquello que es inocente y vulnerable, o divino y sagrado, aportando sentido a lo que de otro modo sería una experiencia terrible.

He sentido la salvadora presencia de Hermes cuando mis pacientes adultos

me han hablado de sus infancias con malos tratos o cuando leo sobre niños que no se rindieron al pánico ni la desesperación al perderse en una región salvaje o en su lucha por permanecer a flote en un naufragio durante horas. Oyeron un mensaje de explicación que les dio fuerzas para continuar. El niño o la niña que ha sufrido malos tratos, recibe alguna explicación, por ejemplo “estos no son mis padres, me están poniendo a prueba”. Para el niño que no se rinde el mensaje puede ser “alguien llegará” o “no puedo morir, porque le importo a alguien”. Durante la prueba, el niño o la niña se aferra al mensaje que ayuda a su espíritu a no rendirse.

Hermes también rescata al niño que existe en el adulto deprimido. Aquí Hermes puede formar parte de otra persona (a la vez que es una figura interna) que proporciona la experiencia liberadora o la visión que libera esa parte lúdica, confiada o vulnerable cautiva en el mundo subterráneo del adulto (otra metáfora es la de la jarra carcelaria: la jarra de bronce de Ares o la campana de cristal de la poeta y novelista Sylvia Plath). Por último, Hermes activa o salva el arquetipo del niño divino (representado por el niño Dionisos) que está latente en cada uno de nosotros (hablaré más a fondo sobre esto en el capítulo dedicado a Dionisos).

Cultivar a Hermes

Invitamos a Hermes a que esté con nosotros siempre que estemos dispuestos a aventurarnos en un nuevo territorio con la actitud de explorar y con una mente abierta, actitud que puede estar tan relacionada con la lectura como con los viajes al extranjero. Este arquetipo hace que esta espontaneidad sea posible entre nosotros y con aquellas personas o situaciones con las que nos encontramos: lugares, objetos o personas. Hermes se abre a momentos de descubrimiento y de acontecimientos sincrónicos, a esas “coincidencias” que resultan ser significativas, sucesos “accidentales” imprevistos que nos conducen a algún lugar que era imposible que conociéramos; vamos allí y regresamos misteriosamente sin equivocarnos. Las personas no encuentran a Hermes si su mente está fijada en un itinerario o agenda en particular, si parten y saben de antemano lo que van a ver y cuándo, de modo que, cuando nos vamos de vacaciones o incluso cuando pasamos un día sin programas haciendo algo para divertirnos, con una actitud de aventura, sin saber lo que vamos a encontrar, dejando que el día vaya tomando forma por sí mismo, estamos

invitando a Hermes a que nos acompañe, a que forme parte de nosotros.

También estamos en contacto con Hermes, el comunicador y el mensajero, cuando tenemos la oportunidad de hablar y estamos dispuestos a “volar”. Hermes es la elocuencia espontánea, la conexión que se produce en el momento, que puede ofrecer una experiencia profunda o elevada tanto para el orador como para la audiencia, que traslada a las personas a otro plano. Confiamos en que el alado Hermes esté con nosotros cuando, en lugar de escribir una charla bien estructurada y anotada, hablamos espontáneamente, contando sólo con un breve resumen mental. Al dejarla volar, conectamos con la inventiva de Hermes, guiamos lo material con fluidez que no se presenta en una forma planificada y pulida propia de Apolo; hablamos sobre lo que conocemos, basándonos en nuestra propia experiencia. Esto normalmente requiere valor al principio, pero con la práctica de ser espontáneos nuestra confianza en Hermes aumenta.

Hermes, el hombre

El hombre Hermes tiene una mente rápida. Capta el significado de una idea o de una situación y actúa rápidamente siguiendo su intuición. Con frecuencia posee la cualidad física de estar siempre haciendo algo, a medida que cambia con gracia y activamente de una persona a otra, de un lugar a otro, de una idea a otra. Intentar retenerle en un sitio puede ser tan difícil como intentar atrapar mercurio.

Los primeros años

El dios Hermes fue el más precoz de los dioses. Desde el primer día de vida estuvo activo, fue creativo y engañoso. El niño Hermes posee rasgos similares, suele empezar a hablar y a andar muy pronto y en seguida entiende las cosas. No se le puede retener entre las rejas de la cuna o de su parque, tiene que estar en el mundo. Lo investiga y lo toca todo, desmonta todo aquello en lo que puede poner las manos y sale por la primera puerta que ve abierta. Aunque se le pille con “las manos en la masa”, probablemente dará muestras de una gran inocencia y encanto. Es inquisitivo y amistoso, y tiene un interés genuino en todo y en todos, así que se lleva bien con todo tipo de personas de cualquier edad. Al ser un niño curioso, el mundo le resulta fascinante.

La etapa preescolar y los primeros años de escuela no son traumáticos para un pequeño Hermes. En la escuela aprende con facilidad y la encuentra compatible hasta que le exigen que se siente en silencio y que adopte buenos hábitos de estudio.

Algunos de sus problemas potenciales comienzan inocentemente en la infancia. Puede inventarse historias y excusas y llegar a mentir habitualmente, aun cuando la verdad sería aceptable. Puede que no conozca el “sentido de propiedad ajena”, tenga unos “dedos muy largos” y tome lo que le guste. Esta inocente conducta infantil puede convertirle en un ratero. Puesto que lo que hace generalmente no encierra malicia, sus fechorías no suelen tomarse muy en serio y sus excusas resultan divertidas, lo cual puede afectar negativamente a su carácter. Por el contrario también puede suceder que sea juzgado con demasiada dureza y ya desde pequeño sea injustamente catalogado como malo.

Sus padres

El modo como los padres de un Hermes reaccionen a sus improvisadas historias y a sus innumerables adquisiciones será esencial. Se le ha de pillar en la mentira o en la acción y enseñarle a distinguir entre la verdad y el engaño (porque él puede pasar fácilmente de la realidad a la imaginación, sin detenerse a pensar dónde se encuentran las fronteras), en lugar de permitirle que siga con su conducta que más adelante le afectará negativamente o le traerá problemas. Respecto a la propiedad y la intimidad de los demás también ha de aprender algunas lecciones.

Cuando la madre de un niño Hermes ha de cuidarlo sola, puede recrearse la mítica historia de Hermes y su madre Maya en la vida real. Un niño brillante y de cuna humilde puede que en una etapa de la vida muy temprana ya se dé cuenta de que si él y su madre quieren conseguir algo, habrá de ingeniárselas para conseguirlo.

En el *Himno a Hermes* de Homero, Hermes y su madre tienen una conversación en la que él le dice claramente que no aceptará su humilde situación, ni tampoco sus consejos sobre cómo ha de actuar. El diálogo entre ellos capta la esencia de la relación entre un hijo brillante y ambicioso que no pretende vivir según las normas convencionales de su madre y que sin embargo, se esforzará por proporcionarle las mejores cosas de la vida. Tras haber estado fuera robando las vacas de Apolo, aquella noche Hermes entró sigilosamente en la cueva de Maya y se metió en su cuna, la imagen de un niño inocente:

Pero el dios
no pudo engañar a su madre,
la diosa,
que dijo:
—¿Qué travesura estás haciendo, granujilla?
¿Dónde estabas, que llegas a esta hora de la noche
con la impudencia escrita en la cara?
Hermes le respondió ingeniosamente:
—Madre, ¿por qué me dices estas cosas
como si fuera un niño pequeño
que conoce muchas reglas
y que se puede asustar
con las palabras de su madre?
¿Por qué he de estar comprometido
—en la mayor de las artes—,
siempre preocupado por ti y, por supuesto, por mí?
No vamos a quedarnos aquí,
como tú quieres, los dos únicos dioses
sin regalos,
¡sin tan siquiera oraciones^[37]!

Un Hermes puede mejorar la vida de su madre (y la suya propia). Tiene confianza en sí mismo y la habilidad de conseguir lo que quiere en la vida, muchas veces por medios poco convencionales.

Puesto que a Hermes no le gustan las ataduras, no suele asentarse en un lugar, de modo que su hogar está donde está su madre. La situación que encuentra más compatible es la que le permite ir y venir. La madre introvertida, no posesiva y ama de casa autosuficiente como Maya (una mujer que es el arquetipo de la diosa del fuego del hogar, Hestia), es con la que un hijo Hermes se lleva mejor. Una madre posesiva o que siempre está en todo se encontrará con muchas dificultades. Los esfuerzos por mantenerle atado o atada, sobre todo si son mediante el sentido de culpa, normalmente serán infructuosos. Un Hermes suele ser un buen hijo a su manera, y su madre puede que siempre sea la mujer más importante de su vida, especialmente si no se

casa, pero incluso aunque no lo haga.

El dios Hermes, que empezó como un ladronzuelo y se convirtió en un dios muy venerado, tuvo padres que le ayudaron en su educación. Maya y Zeus le proporcionaron actitudes maternas y paternas positivas.

Zeus fue amoroso y blando con Hermes, incluso aunque pudo darse cuenta del engaño de Hermes tras su fachada de inocencia cuando se le acusó de haberle robado las vacas a Apolo. Tras escuchar el juramento de inocencia de Hermes, Zeus se limitó a ordenarle que «señalara el lugar —sin más engaños— en donde había escondido aquel importante número de reses». Y, sin rechistar, Hermes obedeció.

Esta firme actitud de Zeus de dejarse de tonterías es lo que necesitan los niños Hermes. Los muchachos Hermes afortunados y que han sido atendidos son los que han tenido que disculparse y restituir un objeto al encargado de la tienda donde lo han robado. (Esta paternal actitud de Zeus, como el amor no posesivo de Maya, pueden expresarlo ambos padres, puesto que tanto hombres como mujeres pueden ser “maternales” o “paternales”).

Los padres de hijos Hermes que son delincuentes juveniles puede que no se den cuenta de que han fomentado su potencial de conducta antisocial al darles un “doble mensaje” como hizo Zeus al principio. Cuando Hermes mintió sobre el robo de las vacas:

Zeus soltó una gran carcajada mientras miraba a su hijo, que estaba haciendo una trastada al mentir tan bien, con tanta tranquilidad respecto a que no sabía nada de las vacas^[38].

La risa de Zeus era de aprobación; su reacción a las descaradas mentiras y falso juramento parecía indicar que su hijo había hecho algo que le complacía. Tiempo después, Zeus fue más firme.

Cuando un padre envía a un niño o niña un “doble mensaje”, éste o ésta recibe un mensaje encubierto en lugar de uno claro y abierto. En los estudios de los padres de delincuentes de la psicoanalista infantil Adelaide M. Johnson, éste era el caso más común^[39]. El padre puede considerar que la conducta es mala e incluso que se ha de castigar (el mensaje abierto) sin embargo, una risa incongruente o una fascinación obvia por los detalles de lo

que ha hecho, subrepticamente transmite que el padre está complacido. El niño desobediente “actúa” obedientemente para el padre, que, de forma indirecta, experimenta la fascinación, o quizás la promiscuidad sexual o los actos antisociales que él mismo no se ha atrevido a realizar, pero que secretamente aplaude.

La adolescencia y los primeros años como adulto

El proverbio “tal como se doble la ramita se doblará la rama” se puede aplicar a la educación y el desarrollo de un Hermes. En la adolescencia y en los primeros años como adulto, un Hermes se cuestiona las reglas convencionales para alcanzar el éxito. Está interesado en conseguir lo que quiere en la vida, pero no lo está en lo que eso suele implicar. Además, la diversidad de sus intereses hacen que su camino sea un zigzag.

Pone a “prueba los límites”, una tendencia propia de un joven cuya personalidad se rige por Hermes, el dios de las fronteras, que las cruzaba con facilidad. Esos límites pueden ser “la forma como se hacen las cosas por aquí”, un toque de queda, o el reto de conseguir entrar en un archivo restringido de un programa de ordenador.

Es probable que deje el instituto o la universidad para poder dedicar más tiempo a un negocio innovador o un invento, que se dedique a dirigir y a tocar en un grupo de rock o que se convierta en jugador de algún deporte de pelota o en un profesional del golf. Un Hermes no suele esforzarse por conseguir buenas notas ni la aprobación de los demás (para ello ha de tener cualidades de Apolo o de Zeus); cuando consigue lo que quiere es porque el trabajo le fascina y le inspira su capacidad de invención. El problema que resuelve no suele ser de tipo puramente intelectual o estético, sino que también suele tener posibilidades comerciales. Steve Wozniak, inventor del ordenador Apple, dejó la universidad y posee muchas de las cualidades de Hermes. Cuando su joven e innovadora compañía creció y se instauró la mentalidad corporativa en la dirección, Wozniak se llevó su inventiva y su nueva fortuna a otro campo y desarrolló un aparato de control remoto universal al que llamo Core. El talento, la suerte y la posibilidad de hacer cambios empresariales son típicos de un Hermes con éxito.

En la adolescencia y en los primeros años como adulto, un Hermes puede iniciar su pauta de ir de un sitio a otro, o de un trabajo a otro. Si no conserva su interés y sus talentos potenciales no llegan a desarrollarse, puede tener empleos marginales y ser un eterno errante.

Durante este mismo período, un Hermes se puede identificar plenamente con el ladrón y el mentiroso, seguir un camino delictivo, generalmente como hombre de confianza o como algún tipo de delincuente administrativo.

A diferencia de la tendencia comercial o delictiva que un Hermes puede seguir en sus años de adulto, algunos exploran profundamente la espiritualidad, la filosofía o la psicología en este período. Éste es el camino que el brillante joven profesor de psicología de Harvard, Richard Alpert, tomó cuando abandonó su brillante carrera para encontrar a un gurú en la India. Ahora se le conoce como Ram Dass, es un maestro espiritual, un Hermes que se puede identificar con el aspecto de esta deidad de guía de los espíritus.

El trabajo

Hermes fue el mensajero de los dioses; el guía de los espíritus en su camino hacia el mundo subterráneo y el guía de los viajeros; dios del habla, de los ladrones, hombres de negocios y atletas; inventor de los números, del alfabeto y de dos instrumentos musicales, la lira y la siringa. En su elección de trabajo y en su actitud hacia el mismo, un Hermes revela similitudes con el dios: no es probable que sea un especialista limitado a una cosa, ni que sea un empleado feliz dentro de una gran corporación. Su individualidad y diversidad de intereses hacen que ninguna de estas cosas sean probables. No le gusta hacer nada “siguiendo las instrucciones”. Su mente rápida halla vías alternativas y soluciones o atajos. Sea cual sea su campo, es probable que sea una persona con capacidad para inventar diversas cosas y con una actitud emprendedora. Es un oportunista, en el sentido más neutro de la palabra: una persona capaz de captar a una persona o el significado de una idea y no dejar escapar la oportunidad que le presenta la vida. Esto, más su habilidad para comunicarse, hacen de él un buen vendedor o negociador. Es un innovador tenaz, que sabe utilizar ideas de distintos campos y que puede ir más allá de

los límites habituales para conseguir lo que desea.

Gordon Summer, conocido como Sting, es un Hermes contemporáneo que ha manejado con mucho éxito pasar de una carrera a otra: de maestro de escuela a estrella del rock, compositor y cantante del grupo Police, cuyos álbumes han alcanzado millones de ventas (*Synchronicity* tomó el nombre de los escritos del psicólogo Carl Jung y *The Ghost in the Machine* de los escritos del filósofo Arthur Koestler). Sting ha pasado de estrella del rock a estrella de cine; de actuar en grupo con Police a actuar en solitario en su álbum *The Dream of the Blue Turtles*.

Un periodista describe a Sting como un hombre que «tiene prisa. Viaja ligero y brilla sólo brevemente [...], me encontré con él tres veces a lo largo de tres meses en tres países distintos^[40]». Normalmente a un Hermes no le gusta que le clasifiquen, valora su libertad para poder moverse tanto en el plano físico como en el psicológico, incluyendo los aspectos “brillante y oscuro” de su personalidad. En esto se muestra muy junguiano, apropiado para un hombre que piensa en convertirse en un analista junguiano cuando sea mucho mayor.

Según la revista *Record*, Sting dijo:

Si miras mi historia en la prensa inglesa, al principio fui proclamado como el muchacho dorado, de pelo rubio, con talento y atractivo. Aquí tenemos un tipo que había sido maestro de escuela, que tenía una esposa hermosa y con talento, y un niño. Era atlético y no tomaba drogas. Entonces la prensa descubrió que había estafado a la gente y que había tomado drogas. Y entonces empecé a interpretar papeles de malo y me convertí en un mal chico para la prensa británica. Aquello fue fantástico para mí porque significaba que era libre para hacer lo que me diera la gana. De modo que ahora la prensa británica está totalmente confundida respecto a cómo soy y lo que encaja conmigo. A veces soy un buen chico y a veces soy malo. Ése soy yo^[41].

Esa denominación de “buen chico, mal chico” es también hermética.

El arquetipo Hermes tiene cualidades que contribuyen a ser un buen

psicoterapeuta. Al igual que Hermes, que fue el guía y el compañero del viajero, un psicoterapeuta también acompaña a las personas en sus viajes psicológicos, va con ellas a las zonas oscuras y hacia la luz, en las transiciones difíciles, como en la crisis de la mitad de la vida, y las acompaña en sus psicosis o en condiciones límite. Cuando en una persona está presente Hermes, podrá ver los aspectos oscuro, hostil, psicótico, instintivo, sexual o agresivo, así como el altruista, místico o iluminado de la gente corriente, incluso en sí misma, sin hacer críticas. Esta habilidad es una expresión del aspecto “amistoso” de Hermes. En *Hermes and His Children*, el autor y analista Rafael López-Pedraza comenta: «si interiorizamos el aspecto afable de Hermes, entonces es el propio Hermes el que hace las paces con nuestros complejos psicológicos encabezados por otros dioses^[42]».

La característica más destacada de la presencia de Hermes es que proporciona el don de la palabra y de la persuasión, una actitud amistosa que le abre las puertas para conseguir lo que desea en el mundo, un potencial de reacciones espontáneas y propicias que le son muy útiles. Hermes fue el dios del comercio, parecerse a él contribuye a ser un buen vendedor, un hombre de negocios innovador, un relaciones públicas excelente y, ¿cómo no?, un buen guía turístico.

Las relaciones con las mujeres

En la vida de una mujer los Hermes encantadores aparecen de improviso: él está sentado a su lado en un avión; es un amigo que llevaba mucho tiempo fuera de la ciudad del anfitrión de una fiesta en la que, de no ser por él, sólo habrían habido caras conocidas; aparece en su auxilio cuando ella está tirada en el arcén de la carretera con una rueda pinchada. Es solidario y amistoso. Su conversación le fascina: él ha estado en sitios de los que ella sólo ha leído, le envuelve un aire de aventura y de ser un mal chico. Ella cree que por fin ha conocido al hombre de su vida, pero él es evasivo.

Es típico que, igual de inesperada que fue la llegada de Hermes en su vida, lo sea su salida. Por ejemplo, se va de viaje de negocios y la llama para decirle que una cosa ha conducido a otra y que va a estar ausente más tiempo de lo previsto, y su fecha de regreso es ya indefinida. Quizás reciba una

postal. Y él desaparecerá sin más palabras, hasta que vuelva a aparecer sin una disculpa. Con los Hermes suele suceder “ojos que no ven, corazón que no siente”.

Quizás no sea un Hermes de la *jet-set*, sino un chico sencillo, pero el patrón será el mismo. La aventura que le aleja puede que sea su implicación en un proyecto o la sesión de la liga de béisbol amateur con su agenda de juegos nocturnos y de fines de semana. Sin tan siquiera pensar en cómo puede afectarle a ella, un Hermes querrá entrar y salir de la vida de una mujer, sin responsabilizarse de sus sentimientos y sin serle fiel.

Un Hermes entra en el reino del amor cuando, en el umbral de la casa de una mujer que le encuentra fascinante, ésta le invita a entrar. Para él puede ser como visitar un país nuevo: una mujer nueva es un territorio virgen que explorar y disfrutar, tras lo cual siente otra vez la imperiosa necesidad de viajar. Ésta es la cualidad que hace que los hombres Hermes se comporten como donjuanes, lo que les hace verse como abejas que van libando de flor en flor. El actor y famoso amante de bellas mujeres Warren Beatty parece encarnar este aspecto de Hermes.

Un hombre Hermes se puede llevar muy bien con mujeres que no tienen esperanzas poco realistas sobre él o que él siente que no puede satisfacer. Puede que tenga amistades femeninas que estén encantadas de verle cuando está con ellas y que no esperan tener noticias suyas hasta que vuelva a aparecer. Pueden estar “ligeramente en contacto” en el intervalo: una llamada de teléfono esporádica, una nota, una invitación abierta mantiene la puerta abierta a Hermes. La amistad es probable que haya atravesado alguna fase de mantener relaciones sexuales, lo cual puede volverse a repetir de vez en cuando.

Existe también un potencial oscuro y explotador en el hombre Hermes. Actuar por impulso y tomar lo que quiere cuando quiere son características negativas. Si es una mujer lo que desea se puede volver muy seductor y manipulador. ¿Sólo le importa salirse con la suya y para ello no le importa mentir, seducir, hacer todo lo que crea que va a funcionar, sin tener en cuenta las consecuencias para ella, o para su matrimonio si está casada, y sin intención alguna de cumplir con sus promesas.

Las relaciones con los hombres

Hermes era el dios más simpático y el patrón protector de los atletas, comerciantes, viajeros y músicos. Pasó mucho tiempo en compañía de una serie de hombres. Lo mismo sucede con el hombre Hermes. Hace cosas con una serie de amigos y posiblemente tenga más conocidos que le consideran un amigo que ningún otro tipo de hombre. Hace visitas informales a muchos de sus amigos: puede verles en una partida de cartas o en un partido de golf; si es músico, aparecerá de vez en cuando con su instrumento para participar en una *jam session*. En los negocios, puede que contacte con ellos para un “negocio” en el que quiere que participen. Suele ser generoso con las propinas y, cuando está tras la pista de algo, lo compartirá con los amigos, que saben apreciar la inesperada bendición que ello puede representar.

Hermes es en el fondo un solitario gregario. Posee el don de la amistad que le facilita conocer a mucha gente y hacer cosas con ella. Puesto que la mayoría de las amistades entre hombres se basan en compartir una actividad, más que en revelarse tal como uno es, con la vulnerabilidad y el desvelar de la intimidad que ello conlleva, un Hermes cuenta con un círculo de amigos masculinos mucho más amplio que ningún otro. Normalmente se salta las divisiones de clases porque éstas representan la diversidad de intereses que es probable que posea un Hermes.

La sexualidad

En el campo de la sexualidad al igual que en muchos otros campos: un Hermes prefiere lo personal y lo experimental. Cruza las fronteras en sus exploraciones. Por consiguiente, es probable que cuente con una variada experiencia sexual, con muchas personas y en muchas circunstancias. De nuevo, la medida de que su impulsividad le lleve a hacer lo que quiere sin importarle las consecuencias o los sentimientos de los demás, dependerá de la fuerza que tengan sus otros arquetipos, de la influencia de su familia, de su iglesia y de su medio social.

Al empezar de joven con “vamos a jugar a los médicos” o con “yo te enseñaré lo mío si tú me enseñas lo tuyo”, puede tener mucha experiencia

sexual. Es persuasivo para conseguir que sus parejas hagan lo que él quiere: a los ocho años, puede que haya conseguido que su vecina se sacara los leotardos, que se lo enseñara y dejara tocar. A los trece quizás convenció a otros muchachos para que se sentaran en un círculo secreto e hicieran un *jack off* (masturbarse hasta eyacular juntos) o ver hasta qué distancia podía dirigir su chorro de orina. Puede que haya sido el primero de su grupo en conseguir que una chica le dejara acariciar sus pechos o “llegar hasta el final”. Con su intuición, estrategia y poderes de persuasión, con frecuencia unidos a sus cualidades de ser un “buen chico” y simpático, un hombre Hermes descubre que tiene un don para las mujeres y suele conseguir lo que se propone sexualmente.

Algunos de los chistes sexuales más conocidos son los del viajante y la hija del granjero. Son viñetas de una representación contemporánea de Hermes, dios de los viajeros y del comercio, dios errante y ladrón, que roba la virginidad de la hija y con ello toma algo de valor del iracundo granjero, cuya hija ahora (en un contexto patriarcal) ya no vale nada por lo que ha hecho.

Puede ser heterosexual u homosexual. En cualquiera de los casos, es más que probable que haya intentado (o fantaseado) tener relaciones sexuales con un hombre o con varios si es heterosexual, o con mujeres si es homosexual, más que ningún otro tipo de hombre. Independientemente de sus inclinaciones sexuales, el Hermes tiende a la bisexualidad, no es crítico ni le asusta observar en él cualquier tendencia. Esta actitud encaja mitológicamente, puesto que Hermes engendró a Hermafrodito, el dios bisexual.

El matrimonio

Si el hombre Hermes es eternamente un adolescente en el ámbito de las emociones, lo cual es una de las potencialidades de este arquetipo, entonces será el soltero más evasivo. Su actitud de estar siempre haciendo algo y del “nunca te comprometas” se manifiesta en su relación con las mujeres. Cuando ya ha pasado el primer furor del romance, desaparece. La posesividad o dependencia de una mujer le hace alzar el vuelo.

Un Hermes maduro puede tener serios compromisos laborales y una relación significativa. Sin embargo, es más probable que esté solo. Si se casa,

espera que su mujer se las arregle en su ausencia para hacer que todo siga funcionando en el hogar hasta su regreso. Él va y viene, y no comparte los detalles de su trabajo con su esposa ni espera que ella le ayude a triunfar.

Con un hombre Hermes puede funcionar un matrimonio de dos almas independientes. En los hogares griegos la herma —el pilar que representa a Hermes— estaba delante de la puerta de entrada y en el interior un fuego redondo en el centro representaba a Hestia, la diosa del fuego del hogar. Era el fuego de Hestia el que convertía una casa en un hogar. Las mujeres que encarnan este arquetipo son independientes, están centradas en su interior y disfrutan de la soledad. Un matrimonio Hermes-Hestia puede funcionar armoniosamente para ambos. Ella puede parecer una esposa muy tradicional, pero ser una esposa no es lo que le llena y los celos no son un problema.

Hestia fue una diosa virgen. Cualquier mujer que esté con un Hermes habrá de tener una Hestia o algún otro patrón de diosa virgen en su psique, porque él irá y vendrá. Por ejemplo, la independencia de Jacqueline Kennedy y su aparente capacidad para tolerar las numerosas aventuras de John F. Kennedy con otras mujeres y la importancia que tenían sus amigos masculinos, así como su dedicación a la política y a la presidencia, probablemente se debía a que tenía como principal arquetipo a la diosa virgen Atenea.

Afrodita y Hermes estuvieron unidos en la mitología y esta combinación también puede funcionar en la vida real. En lugar de ser opuestos compatibles, como Hermes y Hestia, las mujeres que se parecen a Afrodita, diosa del amor y de la belleza, comparten características con los hombres Hermes. En el reino del amor, ninguno es posesivo y están abiertos a muchas experiencias. Los dos también pueden dedicarse de lleno a cualquier cosa que estén haciendo: generalmente en el campo de la creatividad en el caso de ella y en el último proyecto desafiante en el de él. De todos modos a ninguno le gustan las agendas, así que la irregularidad en su vida en común funciona bien. Suelen preferir vivir juntos sin estar casados.

La descendencia

El dios Hermes tuvo varios hijos cuya conducta traspasó las fronteras de lo aceptable. Autólico fue el más grande de los mentirosos y ladrones de su

tiempo, pero fue considerablemente menos reprobable que Mirtilo, que hizo una chaveta de cera que provocó la muerte de su maestro cuando conducía su carro. A Pan (dios de los bosques, pastos, rebaños y pastores) le gustaba hacer la siesta, y aterrorizaba a cualquiera que le molestara durante ese rato. Podía inducir al pánico, a un estado de terror irracional, de ahí la palabra “pánico”, en el que la gente salía de estampía: los más afectados eran los atemorizados viajeros que se encontraban en lugares solitarios o desolados. Pan tenía características de cabra tanto en su aspecto físico como en su lascivo carácter. Aunque los hijos de un dios puedan ser metáforas de las cualidades que “engendra” el arquetipo, el mito también puede ser un paralelismo de la vida real. Los hijos de un Hermes pueden en realidad (de tal palo tal astilla) tener dificultades por sus impulsos antisociales o sexuales.

Actuar impulsivamente sin pensar en las consecuencias es una cualidad innata, y la mentalidad de “tómalo ahora, paga después” tiene relación con vivir en el presente, por lo tanto, aprender a pensar en las consecuencias, reflexionar sobre el efecto que puede causar en los demás, aprender a conocer dónde están los límites, es una parte esencial de su educación si el muchacho Hermes ha de madurar y adaptarse a lo que el mundo espera de él. Estas lecciones se pueden equiparar con la “buena paternidad”, en cuanto el padre es el que suele interceder con el mundo exterior. Por desgracia, los hombres Hermes educan hijos pero no están psicológicamente preparados para ser buenos padres para ellos (a menos que también tengan algunos arquetipos patriarcales o ellos mismos hayan sido bien educados).

Hermes como padre no suele ver los límites ni ceñirse a ellos. Sus hijos saben que pueden salirse con la suya, sobre todo si pueden presentar algún argumento persuasivo: ya sea en lo que respecta a irse más tarde a la cama o a “hacer pellas”. También pueden descubrir que pueden inventar excusas o mentir para encubrir su conducta impulsiva y ante un padre Hermes no serán responsables de lo que están ocultando. Por consiguiente los hijos de Hermes aprenden con demasiada frecuencia que las reglas se pueden pasar por alto, que las tareas que se espera que hagan se pueden posponer dando una excusa, que se pueden librar de hacer las cosas. No consiguen aprender el respeto por la autoridad y a menudo tienen una idea poco clara del bien y del mal.

La descendencia de un Hermes no está bien preparada para el mundo de

los estudios o del trabajo. Saben muy poco de disciplina. Esperan que se podrán librar de rendir lo mínimo sin penalización y más tarde se dan cuenta de que no es así.

En el aspecto positivo, el padre Hermes sabe jugar con sus hijos e hijas y disfruta llevándoles a aventuras, aprecia y estimula su imaginación y a menudo él mismo suele ser como un niño con ellos. Los padres Hermes fueron muy típicos de la generación hippy —o los niños de las flores— de los años sesenta. A diferencia de los padres tradicionales que preparan a sus hijos para producir, un padre Hermes influye en sus hijos para que vean la vida como una serie de aventuras.

Además de no establecer límites y de ser incoherente, un padre Hermes también puede estar ausente. Puede que haya abandonado a su familia y se haya marchado a otro lugar. También puede estar mucho “en la carretera”, por su profesión de viajante o de hombre de negocios, yendo y viniendo, sin quedarse mucho tiempo en casa. Ya sea debido a su actitud no paternal de compañero de juegos de sus hijos cuando está en casa o a que rara vez está en ella, suele dejar la educación de su prole en manos de la madre.

La mitad de la vida

Si un hombre es un Hermes maduro con un trabajo que le supone un reto y además le recompensa materialmente, la mitad de la vida le ofrecerá más posibilidades que nunca. Hallará oportunidades para crecer, viajar, para la diversificación. Hermes, en mayor medida que los otros tipos de hombre, encontrará el mundo exterior gratificante, pero puede que también empiece a explorar su mundo interior, al cual también se adaptará fácilmente en esta fase de la vida.

Sin embargo, si en la mitad de la vida sigue siendo un adolescente que va de un lugar a otro, de trabajo en trabajo y de mujer en mujer, esos años serán inesperadamente duros. El encanto ya no funciona para cubrir su falta de sustancia. Es evidente que es un fracasado. Es una época en que algunos Hermes tienen accidentes mortales y otros entran en graves depresiones.

El destino del Hermes antisocial o sociópata en la mitad de la vida puede ser muy variado. Puede tener éxito económicamente aunque siga estando muy

poco reformado, o bien puede haber caído en desgracia, estar en la cárcel o huyendo a raíz de sus acciones.

Los últimos años

El hombre Hermes en sus últimos años puede ser peculiar, no será un jubilado normal y corriente que se retira de la vida activa. Si sigue siendo el eterno adolescente incluso cuando es mayor o si ha conservado su identidad marginal como ladrón, puede acabar siendo un vagabundo sin techo que viaja de un lugar a otro según el clima y las oportunidades, consiguiendo algo de dinero aquí y allí, sobreviviendo con su ingenio y conversación. Una variante contemporánea de esta versión de Hermes es la que han observado los psiquiatras de los hospitales para los veteranos; estos pacientes Hermes han aprendido a conseguir ser admitidos, hallan un cobijo y luego se marchan de nuevo.

Por el contrario, el Hermes que ha evolucionado positivamente puede ser un sabio guía para los “viajeros” que recorren el camino, a través del cual él ha adquirido una experiencia profunda y una visión general de su significado. Puede ser un astuto hombre de negocios con muchas lecciones que enseñar, un explorador del terreno psicológico que puede guiar a los demás o un político que puede merecer ser considerado como un prestigioso consejero. Sea cual fuere su campo, puede ser un buen orador o autor, que comunica lo que ha aprendido en sus “viajes”. Un Hermes es normal que esté explorando un nuevo territorio hasta el día de su muerte, conociendo gente nueva o investigando ideas nuevas. Y probablemente hasta vea la muerte como su próxima aventura.

Conflictos psicológicos

Cuando Hermes es el arquetipo predominante en la personalidad de un hombre, su conducta —lo que hace su impulsividad al actuar, si ha pensado en las consecuencias— es lo que cuenta. Los aspectos de la sombra de Hermes son los defectos de su carácter.

La impulsividad y la ausencia de límites

Desde el día de su nacimiento, el dios Hermes demostró ser un astuto ladrón y un mentiroso convincente. No tan precozmente, pero sí bastante pronto, surge este tipo de problemas en el muchacho Hermes. Es vital para su educación que aprenda a respetar las posesiones de los demás, sus sentimientos y sus derechos, sin limitarse a tomar lo que quiere, a hacer lo que le plazca y cargar con las consecuencias. A un muchacho Hermes se le han de enseñar los límites —lo que es una conducta aceptable y lo que es inaceptable y explicarle por qué— para que pueda desarrollar un sentido de lo que está bien y lo que está mal, que pueda modificar lo que piensa hacer. De lo contrario, el Hermes típico actuará inmediatamente siguiendo sus impulsos, centrándose en su mente inventiva para conseguir lo que desea. Puede que todavía tenga que aprender sus lecciones de adulto a través de relaciones importantes, porque es imaginativo. Lo más normal es que utilice este don con el pensamiento, pero también puede hacerlo para desarrollar la empatía y la comprensión si las personas que le importan, que se sienten heridas por su conducta negativa, le expresan cómo se sienten y cuál es su estado mental.

El Hermes sociópata: el embaucador

Cuando un muchacho Hermes crece en una situación de abusos donde los adultos importantes actúan por impulsos y son agresivos con él, no aprenderá a distinguir entre el bien y el mal, ni tampoco sabrá controlarse. Actuar furtivamente, robar y mentir suele ser el resultado más común, que conducirá a una conducta antisocial y a un patrón de personalidad sociópata.

Entonces surgen los conflictos ente él y quienes desaprueban su comportamiento o se ven afectados por el mismo. A medida que se hace mayor, si lo que hace es ilegal puede que lleguen a atraparlo, aunque su agilidad mental y habla persuasiva le ofrezcan alguna ventaja. No utiliza la fuerza ni la violencia; al igual que hizo Hermes cuando hurtó el ganado de Apolo, toma lo que no le pertenece, generalmente de una forma bastante audaz. Como embaucador, es un “artista del timo” que se gana la confianza de su víctima y luego la despluma, o es un ladrón imaginativo y selectivo, o el típico impostor. Por ejemplo, leemos sobre hombres Hermes que se han hecho pasar por médicos, engañando al personal del hospital durante mucho tiempo antes de ser descubiertos.

Sin embargo, a veces se les coge con las manos en la masa. Y estar en prisión es algo especialmente duro para este tipo de hombre. Está fuera de su elemento, con las alas cortadas, sufriendo lo que para él es más duro: el confinamiento, la rutina y la falta de libertad.

El eterno joven: el hombre que nunca crece

A un Hermes le cuesta sentar la cabeza. Le gusta explorar posibilidades y opciones nuevas. Pero esta apertura es un obstáculo para seguir con algo hasta que llega a desarrollarse, hasta que él madura. Siempre encuentra pastos más verdes, lo que le invita a revolotear de una situación o persona a otra.

Los comienzos le resultan fáciles. Con su encanto hace amigos con facilidad. Con su rapidez mental para captar una situación puede impresionar a los demás. A menos que él mismo o la situación le hagan quedarse en un sitio hasta aprender algo en profundidad, sólo tendrá una comprensión o habilidad superficiales: “aprendiz de todo, maestro de nada”. Esta superficialidad es un

aspecto *del puer æternus*, del eterno adolescente.

El eterno adolescente vive en el reino de la posibilidad, no está dispuesto a comprometerse con nada ni con nadie, porque no quiere abandonar la siguiente oportunidad que se le presente. Normalmente hasta que ya es demasiado tarde, piensa que es inmortal, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y no es así. Mientras otros hombres se establecen en sus carreras o forman una familia, él puede que esté buscando la aventura o sencillamente pase de hacer una cosa a otra, para que al llegar a la mitad de la vida se dé cuenta de que la vida le está pasando de largo y que se está haciendo viejo. Ha sido un Peter Pan que ha vivido en el país de Nunca Jamás hasta casi los cuarenta, y entonces, cuando se mira en el espejo y contempla su vida, despierta y se da cuenta de que es —o puede que sea— demasiado tarde para él y el resultado es la depresión de la mitad de su vida.

Falta de compromiso emocional y de intimidad

El hombre Hermes parece más inmune que los demás al enamoramiento. En sus múltiples encuentros sexuales, su gusto por la variedad y la novedad, en lugar de la pasión, es lo que más le atrae en sus relaciones y fuera de ellas. Si se enamora, puede durarle lo suficiente como para que le conduzca al amor y profundizar en él; si ansía un fuego del hogar al que poder regresar, y siente que podrá ir y venir con libertad, puede que se case y que con el paso del tiempo su relación se vuelva más profunda. Pero el compromiso y la intimidad no llegan fácilmente. Está demasiado ocupado para sentar la cabeza, su pensamiento es demasiado activo en otros asuntos como para dedicar mucho tiempo a la relación una vez la ha iniciado ya y es demasiado probable que la abandone en cuanto se sienta atrapado.

Dificultades psicológicas para los demás

Los hombres Hermes pueden afectar negativamente a los demás al evitar sus compromisos, abandonarles o no madurando.

El amante evasivo

Los hombres Hermes pueden hacer mucho daño a las mujeres que se enamoran de ellos. Un Hermes suele ser encantador, locuaz y persuasivo. Para él la resistencia es un reto y puede abandonar a la mujer cuando ya ha conseguido robarle el corazón y entrar en su habitación.

Suele ser difícil para una mujer descubrir al verdadero Hermes. Puede que él no sea lo que ella pensaba porque sólo vio o él mostró un aspecto de un hombre con muchas facetas en su personalidad, el don de la palabra y el elemento del embaucador. Un Hermes suele adoptar muchos disfraces para embellecer una parte de sí mismo sin preocuparse de las demás, lo cual hace que parezca un camaleón.

Su capacidad de evasión y evitación del compromiso presentan problemas para la mujer que desea matrimonio y seguridad. Para él, el compromiso es como unos grilletos verbales, y cuanto más espera la mujer o depende de él para satisfacer sus necesidades, más probable es que él desaparezca. Le gusta ir y venir, prefiere actuar por impulso a hacer planes para el futuro, y le gusta salir con muchas mujeres. Para la mayoría de las féminas, un Hermes es el típico canalla, un hombre encantador que la engaña, primero haciéndole creer que ella es muy importante para él y luego (hasta que al final se da cuenta o él

desaparece de su vida) hay muchos desengaños cuando no cumple con lo que ella esperaba de él y cada vez tiene la excusa perfecta.

El padre inadecuado

Ser padre no es algo que todos los Hermes hagan bien. Si no es una persona en la que se pueda confiar y es incoherente, su descendencia crecerá desconfiando de él y con resentimiento, y estos sentimientos contaminarán otras relaciones. Las más afectadas son las hijas en sus relaciones con los hombres. Si él fracasa en el trabajo porque le falta autodisciplina y autoridad, sus hijos suelen estar en inferioridad de condiciones cuando han de salir al mundo; especialmente sus hijos varones, que temen que sus incapacidades también sean las suyas. Para que un Hermes cumpla un modelo de rol positivo para sus hijos y sea un padre adecuado y coherente, ha de trascender su identificación con el eterno adolescente de Hermes.

Formas de crecer

En la mitología hay otros dos dioses que fueron importantes para Hermes y que le ayudaron a crecer: su hermano Apolo y su padre Zeus. Estos arquetipos son también los dos más importantes para un hombre Hermes. Para poder funcionar eficazmente en el mundo ha de trascender su Hermes; desarrollando las características de Apolo y de Zeus. Al igual que Apolo y Zeus, Hermes opera en el ámbito de la mente; también como ellos ha de desarrollar su vida emocional y sensual.

Decirle que no a un Hermes

El hombre que trasciende su identificación con Hermes lo hace conociendo las ventajas y limitaciones de este arquetipo. Especialmente ha de ser consciente de su potencial negativo de estafador; ha de actuar consciente de las posibles repercusiones de sus acciones en los demás y decirle que no a ese aspecto suyo.

La ayuda de Apolo

Apolo, dios del sol, ve con claridad y, por lo tanto, no se le puede engañar. En seguida descubrió las mentiras de Hermes. Si un hombre desarrolla la claridad de visión y el razonamiento apolíneo, no puede dejar que su tendencia hermética a racionalizar^[43] consigo mismo y con los demás se salga con la suya. Apolo también representa el pensamiento lineal y la capacidad para

enfocarse en una meta lejana. Tiene un claro sentido del progreso en el tiempo y la visión paso a paso que se necesita para llevar a cabo un trabajo disciplinado. A Apolo también le preocupan los preceptos éticos y el bien y el mal. Estas características son muy necesarias para un Hermes si desea conseguir algo en el mundo.

Afortunadamente, para la mayoría de los Hermes, especialmente los de clase media americanos, el patrón apolíneo es inevitable. Este patrón domina la cultura americana. Toda institución importante —iglesia, escuela, *boy scouts*— le enseña lo que necesita saber.

Como adulto, Hermes puede darse cuenta de que ha de hallar una forma de convertirse, al menos parcialmente, en un Apolo hecho a sí mismo, y que puede hacer posible su éxito completando sus proyectos. Puede triunfar cuando se dé cuenta de la necesidad de terminar lo que ha empezado, de aprender qué es lo que se requiere para hacer algo y proponerse seguir con ello hasta el final.

En busca de Zeus, el padre y el mentor

Zeus sin duda tenía autoridad suficiente como para decirle a Hermes que dejara de decir mentiras y que devolviera las vacas robadas. No dio pie a la ambigüedad ni dejó lugar para excusas. Hermes reconoció su autoridad y sin más palabras hizo lo que Zeus le decía. El hombre Hermes suele necesitar reconocer y respetar la autoridad y hacer lo que se espera de él. Generalmente, esta intervención tiene lugar cuando una figura externa actúa como padre, alguien que posee la autoridad de Zeus y que impresiona a Hermes. Si tiene una relación positiva con un Zeus que le hace de mentor en el mundo, Hermes también se beneficiará de la red de amistades de sus tiempos de estudiante. En esta relación con el tutor, Hermes se vuelve un aprendiz y se le anima a que utilice su don de la comunicación y su inteligencia para ascender de categoría. Los valores patriarcales son los de Zeus y Apolo, y el aprendiz Hermes es fácil que los asimile. En un patriarcado, a un Hermes se le apoya, recompensa y anima a evolucionar más que a ningún otro tipo, aparte de los zeus y apolos. Los tres comparten una afinidad por el mundo mental, los hombres Zeus y Apolo admiran los recursos de Hermes y su don de la palabra.

Un Hermes que se da cuenta de que el eterno muchacho ha dirigido demasiado su vida, a veces puede cambiar el curso de su vida buscando activamente un tutor y proponiéndose tomarse en serio el trabajo. Cuando se esfuerza por controlar a su propio eterno adolescente, que preferiría dejarlo todo para ir a jugar, está invocando a su propio Zeus.

Hallar su Afrodita

Hermes no se casó ni tuvo una compañera. Su principal amor fue Afrodita, que se casó con Hefesto y que tuvo otros amantes hacia los que se sintió apasionadamente atraída. Hermes la deseaba y ella al principio no quería saber nada de él. Zeus se apiadó de él y envió a su águila a que robara una de las sandalias doradas de la joven cuando se estaba bañando. Entonces Hermes le devolvió la sandalia a cambio de sus favores y ella aceptó.

Una de las principales formas de evolucionar para un Hermes es enamorándose de una mujer que se convierta en su Afrodita. Preferiblemente ella habrá de suponer un reto, una mujer a la que desea y que no puede conseguir inmediatamente, alguien que le haga profundizar en su vida emocional haciéndole consciente de su vulnerabilidad frente a ella, que le aparte de su visión mental y le haga descubrir la sensualidad de su cuerpo. (La forma de crecer de un Apolo, desarrollando a su Dionisos, también se puede aplicar a Hermes. Al igual que Apolo, el crecimiento puede llegar a través de la relación con su ánima, o mujer interior).

La evolución espiritual

Hermes posee un potencial innato para convertirse en guía de las almas y en un buscador del sentido de la vida. Inspirado por el espíritu y centrado en él, busca la comprensión de las verdades espirituales y se adentra en los abismos del Hades. El hombre (o mujer) que está en contacto con este aspecto de Hermes se siente atraído hacia lo sagrado, hacia los misterios de la muerte y de la vida después de la muerte, y no se contenta con seguir sólo un camino. Y al igual que Hermes, el comunicador, todo lo que aprende es muy probable que lo enseñe y lo transmita.

En el mito del rapto de Perséfone que se encuentra en el *Himno a Deméter*

de Homero, Hermes desciende al mundo subterráneo para devolver a la doncella al mundo exterior, junto a su madre. En este mito se basan los misterios de Eleusis, cuyos iniciados “ya no temían la muerte”. Los misterios de Eleusis son anteriores al cristianismo y celebraban el retorno de Perséfone del mundo subterráneo; al igual que Jesús, Perséfone regresó del reino de la muerte. En la mitología de Dionisos, Hermes desempeña un papel de similar importancia vital, esta vez salvando al niño Dionisos. Perséfone puede representar el alma, que en la mayoría de los hombres y también en muchas mujeres se encarna en lo femenino, mientras Dionisos simboliza al niño divino. Hermes como arquetipo está presente en las personas que están en contacto con estos aspectos de ellas mismas y con las que buscan un sentido espiritual en sus vidas.

8. ARES, DIOS DE LA GUERRA: GUERRERO, BAILARÍN, AMANTE

Ares como encarnación de la agresividad ha sido una de las fuerzas más potentes que han actuado a lo largo de la historia de la humanidad. Es el “hombre de acción” del Olimpo, dios de la guerra y las tensiones, el amante incansable y turbulento que prospera en el conflicto y se regocija en la batalla. En Ares vemos nuestra agresividad bruta y sangrienta, antes de que la civilización la atemperara o reprimiera.

ARIANNA STASSINOPOULOS, *The Gods of Greece*

En la literatura y en el arte, Ares es conocido por los dos papeles que Homero le asignó: guerrero y amante. Bajo su nombre romano de Marte es prácticamente un sinónimo de guerra y para todo aquel que disfrute con sus sanguinarios aspectos.

PHILIP MAYERSON, *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*

Ares como dios, arquetipo y hombre, es una imagen del poder físico masculino, de la intensidad y de la acción inmediata. Su corazón e instintos literalmente le impulsan a actuar y a reaccionar con su cuerpo, sin tener en cuenta las consecuencias. A su padre Zeus no le agradaba y se puso en su contra, al igual que el patriarcado desvaloriza sus atributos.

Ares, el dios

Ares, a quien los romanos llamaron Marte, era el dios de la guerra. El menos respetado y honrado de los doce olímpicos de los griegos, por su irracionalidad y frenesí por la guerra, Ares representaba el deseo vehemente e incontrolado por la batalla y por el derramamiento de sangre. A diferencia de los griegos, los romanos tenían a Marte en gran estima y sólo le antecedía en importancia Júpiter (Zeus). Para ellos era el protector de la comunidad y el padre de Rómulo y Remo, los gemelos que fundaron Roma.

Se le representa como a un hombre vigoroso y viril, a menudo con barba, aunque no siempre, generalmente con casco y escudo, espada y lanza, a veces con peto, pero rara vez con armadura completa.

Genealogía y mitología

Ares fue el único hijo de Hera y de Zeus. Sin embargo, al igual que con Hefesto, el otro hijo olímpico de Hera, en una versión romana (la de Ovidio) ella concibió a Ares partenogenéticamente, mediante una hierba que, con sólo tocarla, podía hacer fértil a la más estéril. No tenemos detalles de su nacimiento.

Los gigantes gemelos denominados alóades casi consiguieron matar a Ares, probablemente cuando éste todavía era un niño como ellos. Le capturaron y le encerraron en una jarra de bronce. Ares estuvo prisionero durante trece meses y habría muerto (aunque era un dios y por ende inmortal, lo cual es peculiar) si su madrastra no se lo hubiera dicho a Hermes. Cuando

Hermes le liberó, estaba medio muerto por el tormento.

Hera eligió a Príapo como tutor, el dios fálico deformado. Príapo enseñó primero al muchacho a ser un excelente bailarín y luego a ser un guerrero.

En el campo de batalla

La visión que Homero nos da de Ares en la *Iliada* es la que ha prevalecido. Ares estaba de parte de los troyanos contra los griegos y Homero lo describió como sediento de sangre, despreciable, como un fanfarrón plañidero que siempre era vencido, herido, insultado o avergonzado por su hermanastra Atenea. Cuando mataron a uno de sus hijos y, contradiciendo las órdenes de Zeus, emprendió la batalla, Atenea le reprendió llamándole zoquete y maníaco por perder la razón y el control (virtudes de Atenea e ideales de los griegos). Se decía de él que no sabía distinguir «lo que estaba bien» por falta de carácter porque ahora «recurre a uno y luego a otro». Ares reaccionaba emocionalmente; sus sentimientos le conducían a las batallas del lado de los hombres con los que sentía alguna relación, generalmente sanguínea. La lealtad o la venganza eran sus motivaciones y estaban por encima de otras consideraciones. Para los otros olímpicos la guerra de Troya era como ver un deporte desde la grada, la mitad de ellos apoyaba a los griegos y la otra mitad a los troyanos. Los propios olímpicos participaban esporádicamente en la batalla, pero cuando lo hacían era según las reglas de Zeus. Ares, por el contrario, no veía esto como un juego.

Cuando dioses y hombres luchaban entre ellos en otra batalla, Atenea guió a uno de sus héroes favoritos, Diomedes, para herir al dios con una lanza. Ares soltó un rugido y se quejó a Zeus sobre lo que Atenea había hecho. Zeus se puso de parte de Atenea y le rechazó y humilló todavía más diciéndole: «No vengas a mí a quejarte. No hay nada que te guste más que pelearte y luchar, que es por lo que te odio más que a ningún otro dios del Olimpo».

Sin embargo, Homero reconoció que Ares alentó a las fuerzas troyanas, ya que repetidas veces acudió en su ayuda, acompañado por sus hijos Deimos (miedo) y Fobos (terror).

El amante de Afrodita

Ares y Afrodita, diosa del amor, fueron conocidos amantes. Ella tuvo varios hijos de Ares: los hijos Deimos (miedo) y Fobos (terror), que acompañaron a su padre en el campo de batalla; una hija Armonía, cuyo nombre sugiere armonía potencial entre las dos grandes pasiones, el amor y la guerra; y quizás Eros, dios del amor. Eros tiene dos orígenes mitológicos, como hijo de Ares y Afrodita y como fuerza primigenia generativa presente desde el principio de los tiempos.

Estos dos amantes compartieron muchas historias en lo que fue el romance más comprometido entre los olímpicos. En la *Ili-ada*, cuando Atenea derribó a Ares con una piedra, Afrodita intentó ayudarlo a salir del campo de batalla y fue agredida por el puño de Atenea. Ambos tuvieron muchos amantes. Cuando Afrodita se enamoró de Adonis, Ares se convirtió en un jabalí vengativo que mató al bello joven.

Cuando el esposo de Afrodita, Hefesto, dios de la forja, se enteró de la aventura, diseñó una forma de atrapar a los amantes en el acto de cometer adulterio. Construyó una red invisible e irrompible, que ató alrededor de los pilares de la cama colgando desde las vigas del techo. Entonces fingió que se marchaba hacia su forja, que era la señal para que Ares entrara en su casa y en su cama. Hefesto lanzó su red sobre los amantes y luego convocó a los dioses para que fueran testigos de su perfidia. Los dioses, en lugar de estar indignados y solidarizarse con Hefesto, se rieron a carcajadas ante la escena.

Padre de muchos hijos

Ares engendró muchos hijos, al menos tres o cuatro de los hijos de Afrodita (y, como dios romano Marte, también engendró a Rómulo y Remo). Además de estos hijos destacados, también tuvo casi otros veinte hijos e hijas de sus uniones con numerosas mujeres, varias de las cuales dieron a luz a más de un hijo suyo. Al menos tres de sus hijos fueron argonautas y una de sus hijas fue Pentesilea, la reina de las amazonas.

Ares fue un padre muy emotivo y que actuaba en nombre de sus hijos. Cuando uno de los hijos de Poseidón violó a Alcipe, una de sus hijas, Ares le mató en el acto. Poseidón le convocó para ser juzgado por asesinato ante un jurado de dioses, fue juzgado en el lugar del crimen y fue absuelto, en una

colina de Atenas cercana a la acrópolis, que a partir de entonces se llamó Areópago (la colina de Ares). La muerte de un hijo también provocó a Ares durante la guerra de Troya, cuando se enteró de que su hijo Asclepio había muerto en la batalla, Ares impetuosamente entró en la contienda para vengarle, aunque Zeus había prohibido a los dioses que tomaran parte en la misma.

Cuando Heracles fue desafiado por Cicno, un bandolero que asaltaba a los viajeros que llevaban ofrendas a Delfos, y otro de los hijos de Ares, éste último se puso de parte de su hijo. Atenea acudió en ayuda de Heracles y con su colaboración hirió a Ares y mató a Cicno.

Todavía hay otro de sus descendientes: una serpiente sagrada que vigilaba la fuente de Tebas. Cuando Cadmo la mató, tuvo que servir a Ares durante ocho años, tras los cuales se casó con Armonía, hija de Ares y Afrodita, y fundó la ciudad de Tebas.

Análisis varios

La visión negativa de Ares que prevalece es la del poeta Homero. Ares fue la más formidable de las deidades que estaban al lado de los troyanos, que perdió la guerra y el derecho a escribir su historia. Walter Otto, como mitólogo, destaca de Ares: «contra este terrible espíritu de matanza y derramamiento de sangre destaca la forma brillante de Atenea como un admirable contraste, y este contraste es intencionado por parte del poeta^[44]».

En cambio, en el *Himno a Ares* de Homero se alaban las virtudes de Ares con frases como «Ares tiene un poderoso corazón», «Ares, padre de la victoria», «Ares el que favorece la justicia», «Ares, cabecilla de los hombres más justos, Ares lleva el báculo de la especie humana». Se le llama «el que ayuda a la humanidad, dispensador del dulce coraje de la juventud^[45]». Esta visión de Ares, que también forma parte de la tradición griega, coincide con la visión positiva romana del dios de la guerra, a quien ellos llamaron Marte.

Cuando se compara con la racionalidad y Atenea, se ve a Ares bajo una visión negativa y hostil de carnicero enajenado. Cuando se le ve positivamente, es por sus cualidades del corazón y del coraje (del francés *coeur*, que significa “corazón”); es una deidad que reacciona impulsada por sus emociones. En una familia encabezada por Zeus, los descendientes que

merecieron su beneplácito fueron los que destacaban por su frialdad emocional.

Ares, el arquetipo

El arquetipo Ares, al igual que el dios, está presente en las reacciones apasionadas e intensas. Con Ares es probable que una oleada de emociones provoque una acción física inmediata. Es un arquetipo que reacciona aquí y ahora. El arquetipo Ares sin lugar a dudas predispone a un hombre (o mujer) a estar en contacto con sus sentimientos y con su cuerpo. Sin embargo, cuando la rabia y la ira aparecen reacciona instintivamente y a menudo se mete en situaciones que van en detrimento suyo y perjudican a los demás. En cualquier caso, no considerar a quién se está respondiendo y cuáles serán las consecuencias, conduce a conflictos.

El guerrero como héroe o camorrista

Ares personifica la agresividad, la respuesta impetuosa a la batalla, ese instinto que hace que algunos hombres se metan en líos y ataquen con un arma o con el puño sin pensarlo. Si un hombre es soldado, puede convertirse en un héroe condecorado, con citas que recen «sin pensar en las consecuencias que podían existir para su propia integridad, él...».

Las películas y la televisión representan ese momento en que el arquetipo Ares es provocado y el hombre se convierte en una fuerza furiosa e imparable. En las series de televisión vemos a un científico de temperamento tranquilo que bajo la provocación de la ira se transforma en un musculoso gigante de color verde llamado Hulk, que tiene una fuerza sobrehumana y que es imparable e irracional. En la película de Sylvester Stallone, *Rocky* y sus

secuelas, llega un punto en que el boxeador está exhausto y sangrando y es cuando lucha con su instinto puro y gana. Encarna a un Ares mucho menos espectacular que Hulk, pero también es poseído por la agresividad incontrolada. La película *Rambo* encarna igualmente a un héroe Ares que, al igual que el dios, está motivado por la lealtad, el ultraje y la venganza.

En la mitología, Ares representaba el descontrol, la irracionalidad y el frenesí de la batalla. Estaba embriagado por el tumulto. En la vida real, la embriaguez a menudo también es una de las causas de que Ares dé rienda suelta a sus instintos: las peleas de los bares surgen cuando se provoca a Ares. Ares no lucha por ganar un concurso o por razones estratégicas; es una respuesta emocional a una provocación.

El arquetipo Ares representa el gusto por la guerra. Homero representó a Ares como el dios que amaba la guerra por sí misma, que se deleitaba en el estrépito y bramido de las batallas, y en la matanza y la destrucción. Este aspecto de Ares puede hacer que la lucha resulte estimulante para el camorrista del bar y que acabe en condecoraciones para el héroe de guerra.

Para los olímpicos, que eran inmortales, las batallas como las de la guerra de Troya eran juegos. En esa guerra —mientras las otras deidades eran meras espectadoras, algunas de parte de los griegos y otras de los troyanos— de vez en cuando algunas deidades participaban en la reyerta. Un Ares contemporáneo es feliz en un campo de juego en medio de los gritos y la algarabía, no en las gradas o apostando por el resultado, sino expresando él mismo la agresividad pura. Un defensa de fútbol o un jugador de hockey impulsado por el arquetipo Ares es probable que sea penalizado por ser demasiado violento, por hacer alguna maniobra ilegal o por pelearse cuando se encienden las pasiones. Éstos son los deportes de contacto con los que Ares encuentra reconocimiento, donde puede ser penalizado, pero donde no es denigrado por su temperamento. Sin embargo, en los deportes más selectos, como el tenis, donde la forma y la maestría son lo más importante, reaccionar con ira es sin duda una muestra de malos modales. Un campeón de tenis se espera que actúe como Apolo y tal como observó John McEnroe, será abucheado y siseado si reacciona como Ares.

El amante

Ares y Afrodita fueron unos amantes a quienes el esposo de ella, Hefesto, les descubrió *in fraganti*, pues sospechaba que él entraba en su cama tan pronto como se marchaba al trabajo. Ésta fue una larga relación recíproca entre iguales. Ares engendró cuatro hijos con Afrodita. Otras mujeres amantes suyas también le dieron más de un hijo. Por el contrario, la mayor parte de las aventuras olímpicas eran seducciones de un sólo día, generalmente entre un dios y una mortal. Incluso entre dos deidades, la seducción o la violación era algo normal; la mujer solía ser forzada, engañada o secuestrada. Rara vez se hacía el amor con ella.

La apasionada naturaleza de Ares, su materialismo y la plenitud con la que se queda atrapado en sus emociones del momento son las cualidades del amante Ares. Este amante no se preocupa de las comparaciones con las demás cuando hace el amor con la diosa más experta en asuntos del sexo. La suya es una sexualidad lujuriosa sin la dimensión extática transpersonal de Dionisos. En *El amante de lady Chatterley*, D. H. Lawrence creó a Mellors, una personificación de ficción de un amante Ares que, al igual que el dios, era considerado inferior por su terrenalidad y ocupación.

El bailarín

En la mitología griega, Ares aprendió en primer lugar a bailar con su tutor Príapo, antes de ser un guerrero. Aunque este aspecto de Ares no se ha descrito mucho, encaja con el patrón arquetípico de un hombre que vive más en su cuerpo que en su mente, cuyas emociones y cuerpo actúan al unísono. Muy bien pudo ser un bailarín y se podría predecir que fue conocido por su pasión e intensidad, más que por su técnica. Cuando el público ve bailar a Mijail Barishnikov, por ejemplo, la experiencia no es una fría apreciación de la belleza y de la forma, aunque posee ambas. La carismática estrella del ballet Bolshoi, que desertó a Occidente y tiene una reputación de galán, posee un fuerte impacto emocional y físico sobre su público.

El joven Cassius Clay, que se convirtió en el campeón mundial de los pesos pesados (y que después cambió su nombre a Mohamed Alí), también tuvo la gracia y la forma de Ares, el bailarín, además de sus instintos agresivos.

En las culturas tribales, los guerreros son bailarines: antes de la lucha, los hombres bailan. Los tambores y la música les animan a convertirse en Ares.

El hijo rechazado de un padre celestial

El arquetipo Ares, al igual que el dios, es menospreciado por los hombres que ejercen el poder a distancia, que son fríos estrategas y a veces engañosos embaucadores (como los que se dedican al tráfico de influencias y los amantes). Mientras Ares se rebajaría al grado de un soldado raso en el campo de batalla, Zeus prefiere lanzar un rayo desde lo alto, y Hermes robó el ganado de su hermano Apolo, en vez de manifestarle directamente su rivalidad. Los griegos idealizaron el pensamiento y la racionalidad, y desde ese momento histórico hasta la fecha, éstos han sido los valores del patriarcado. Zeus odiaba a Ares. Psicológicamente, Ares representa la sombra de Zeus, esa parte de sí mismo que él despreciaba porque no la había desarrollado y era contraria a la imagen ideal que tenía de sí mismo.

En nuestra cultura, Ares es igualmente menospreciado y rechazado. Las personas de color se han convertido en portadoras de los atributos de Ares y son receptoras de la denigración y desprecio que recibió Ares por parte de su padre. La sexualidad, la violencia e incluso el aspecto de bailarín de Ares (en los estereotipos racistas) son atributos del hijo “inferior”.

En las familias blancas se siguen perpetuando estos mismos valores y juicios. A menudo los hombres que vienen a hacerse psicoanálisis explican lo invisibles y menospreciados que se sienten porque sus idealizados y triunfadores padres han favorecido a sus hermanos o hermanas que son más mentales y con más don de la palabra. Uno de ellos se sentía estúpido y que no sabía qué decir cuando, para hacerle participar en la conversación, su padre le hacía preguntas delante de los invitados, que jamás fue a ninguno de los partidos ni preguntó por ninguno de los deportes en los que él sobresalía. Sin embargo, a pesar de toda la falta de apoyo, al menos tuvo la profunda satisfacción de encarnar este aspecto del arquetipo Ares. Muchos hombres aceptan el menosprecio o abandonan los aspectos significativos innatos de Ares para adaptarse o tener éxito, y nunca conocen la dicha de hacer bien lo que es propio de su arquetipo.

Ares, el protector

Una persona prudente no atacaría a alguien relacionado con Ares, porque ello invitaría a la represalia inmediata. Él cuidó de sí mismo, de su hija y de sus hijos. De hecho, Ares fue el único dios que lo hizo. Al igual que Marte, después protegió a los ciudadanos de Roma con la misma fiereza.

Como Procurador General de los Estados Unidos, Bobby Kennedy tenía un aspecto Ares que tanto la Mafia como los sindicatos obreros corruptos temían porque, para él, devolverles el golpe no era un juego legal, sino una apasionante batalla. Conocido por su lealtad y partidismo, por sus reacciones viscerales y por ser padre de muchos hijos, fue el más Ares de todos los hermanos Kennedy.

Ares se une a la batalla cuando alguien que le importa es atacado, especialmente si esa persona está sufriendo las peores consecuencias. Ares (comparado con el iracundo Poseidón) no es rencoroso, en el sentido de que tiene que arreglar sus cuentas con alguien aunque ello implique años de persecución. Incluso cuando resulta humillado, Ares puede lamerse las heridas y seguir adelante.

Cultivar el Ares

Hoy en día, en un mundo patriarcal que todavía sigue el patrón de Zeus, Ares sigue siendo un arquetipo del que no se aprecia su valor, que es más probable que se reprima que no que se cultive, especialmente en los hombres que buscan el éxito.

Pero si el arquetipo Ares está reprimido en la psique de un hombre, no tendrá acceso a los sentimientos que encarna. Todo este aspecto permanece por desarrollar y embotellado: la imagen del muchacho Ares encerrado en la jarra de bronce.

Es posible rescatarle, pero sólo si el hombre siente el despertar del muchacho que hay en él, que una vez fue espontáneo y expresivo físicamente. El muchacho Ares encerrado en la jarra es su anhelo de contacto físico con el padre que nunca luchó con él juguetonamente ni le abrazó con fuerza; es el impulso que no puede expresar de pasar el brazo por los hombros de un amigo, de ser un compañero; es el niño que giraba con la música o deseaba

hacerlo, el muchacho que una vez jugó al béisbol en una calle de la ciudad; es lozanía, terrenalidad y sudor. Es no ser consciente de uno mismo. Habrá momentos o surgirán oportunidades en las que un hombre sentirá que quiere expresar a Ares: ¿liberará al muchacho en ese momento o le mantendrá preso en la jarra?

Cuando Ares ha estado embotellado durante mucho tiempo, la reacción física a las personas y los acontecimientos —las respuestas emocionales innatas—, pueden estar totalmente apartadas del estado consciente. Un hombre (o una mujer) puede parecer que vive sólo en su cabeza y sin embargo, su cuerpo sigue reaccionando con tensión o relajación física. Por ejemplo, puede que no sienta ira ni miedo, pero sus músculos se tensan o sus manos se aprietan en puños cerrados. Normalmente no se da cuenta de esta reacción física hasta que alguien se lo comenta. Aún más inconsciente es el Ares que sólo se manifiesta en la hipertensión o a través de los intestinos, en forma de estreñimiento o diarrea.

Cuando Ares es despreciado, como Zeus rechazó a su hijo, este arquetipo puede permanecer latente o reprimido, especialmente si no es el arquetipo predominante. Antes de que el Ares encerrado pueda ser rescatado o liberado, la persona ha de ser consciente de esa situación. La ayuda puede llegar a través de otras personas: si a las personas significativas en su vida realmente les importa lo que un hombre (o mujer) siente y pueden leer su lenguaje corporal o intuir los sentimientos de los que él mismo no es consciente, prestan atención a sus comentarios y los valoran, entonces él empezará a aprender. También podrá observar su lenguaje corporal. Esto es sólo el comienzo; luego ha de tener una experiencia terrena a través del contacto físico con los demás o mediante actividades en las que esté en su cuerpo para poder cultivar y liberar a Ares y permitirle que evolucione.

Ares, el hombre

El hombre Ares es una persona decidida, activa, intensamente emocional y expresiva, que no piensa antes de reaccionar. Sus características innatas le ocasionan problemas y las reacciones de los demás respecto a él son de gran importancia para modelar su vida.

Los primeros años

Un muchacho Ares es activo, emocional y expresivo desde el primer día. Es muy probable que dé la primera muestra de su personalidad cuando lanza su primer alarido de protesta. Ese mismo llanto saludable pronto se vuelve familiar, pues si algo está mal, tiene hambre, está mojado o le duele en alguna parte, su llanto es inconfundible: “¡Haz algo ahora!”. Cuando se lamenta, todo su cuerpo participa de la protesta, desde la rojez de su rostro hasta la tensión de sus pequeños miembros, el inconfundible mensaje es “Me duele algo” o “¡Estoy enfadado!”. Y cuando llega el biberón o el pecho o el eructo alivia la burbuja de aire, el cambio es igualmente espectacular. Si es un típico Ares, será un buen comedor y tendrá una personalidad atractiva y sensible cuando todo está bien. Le gustan los estímulos y desde la infancia se ríe alegremente con la dicha física que le proporciona el juego o se entrega en cuerpo y alma a una rabieta. Si le hacen daño o le sobresaltan, su protesta será igualmente pasional.

A medida que se va haciendo mayor, si algo le atrae y está a su alcance, apenas pasa un segundo desde que su admirador ojo se transforma en su

prensil mano. Es muy importante que el bebé explore la casa, es el niño que se cae por las escaleras y que recibe una descarga eléctrica cuando mete el dedo en un enchufe, que rompe una jarra o le araña o muerde un animal de compañía espantado. Es intrépido cuando quiere alcanzar algo que atrae su interés. Necesita más tiritas que un niño normal, porque siempre parece que aprenda por experiencia propia, lo que le conduce a golpes y morados, rodillas con costras y arañazos.

Su autoestima en ciernes también recibe golpes y morados, porque su conducta impulsiva le lleva a tener roces e invita a la crítica y al castigo. En gran medida ésta dependerá de la paciencia, coherencia y capacidad de padres y profesores para apreciar que se trata de un muchacho impulsivo, espontáneo y emocional, de un niño intenso que reacciona desproporcionadamente a las cosas.

Sus padres

Puesto que un niño Ares tiene tanta energía y a menudo es un pesado exigente que carece de táctica y no piensa antes de actuar, no suele ser un bebé o un niño fácil. Por lo tanto, necesita especialmente amor, firmeza y paciencia por parte de los padres. Aunque necesita más guía que otros niños, suele sucederle lo contrario. Puesto que para él es natural que le atrapen *in fraganti* y luego olvidar lo que le han dicho, su olvido provoca a los padres, sobre todo a los autoritarios y legalistas. Lo definen como desobediencia o incapacidad para cumplir los acuerdos. No es lo suficientemente cauteloso respecto a muchas cosas, incluido el morderse la lengua, y en el furor de la ira puede decir cosas que provoquen a un padre agresivo.

A la inversa, las madres con una personalidad dócil pueden tener problemas de afirmación frente a un Ares exigente y furioso que las intimida, aunque tenga poco más de tres años: un Ares de cuatro años puede tiranizar a algunas madres. Idealmente, su madre debería ser fuerte, amorosa, expresar físicamente sus sentimientos y marcarle constantemente los límites dejándole el suficiente margen para ser él mismo. Debe abrazarle a menudo y saber cómo canalizar su energía en actividad física que aumente su sentido de excelencia y le ayude a ser paciente y disciplinado.

A veces la vida imita al mito y un muchacho Ares tiene por madre a una Hera furiosa y a un padre Zeus que le rechaza. En las versiones contemporáneas, el padre puede ser un hombre con mucho poder que será un padre distante en el mejor de los casos, incluso para los hijos a los que aprueba, que rechazará a su hijo Ares por ser emocional, reactivo y físico más que intelectual. O bien, si se trata de un hombre furioso, cuya rabia es desproporcionada con lo que le instiga, un hijo impulsivo se convierte en el blanco del abuso físico y verbal, que a su vez hace que le resulte más difícil controlarse y se produce el patrón típico del muchacho que ha sufrido abusos y que de mayor se convierte en el hombre que los practica.

Tener a Hera como madre significa que el principal vínculo de la madre es con el marido; ella es emocional y arquetípicamente “la esposa” en lugar de “la madre”. Su hijo Ares a menudo no tiene madre, le molesta su sensibilidad y vulnerabilidad y espera que sea un “hombrecito”. Muchas veces es la iracunda madre de un Ares la agresora verbal y física. El niño recibe su rabia hacia su marido si ella se siente humillada e impotente y, sin embargo, está todo lo apegada a su esposo que se pueda estar. Un niño más introvertido puede que consiga alejarse del conflicto y hacerse a sí mismo con los mismos padres que tan desastrosos son para un Ares. Cómo será de mayor dependerá de la calidad de la educación que reciba.

La adolescencia y los primeros años como adulto

La adolescencia es un período crucial: la aparición de las hormonas masculinas y la pubertad realza cualidades como la impulsividad, agresividad, su plano físico, emocional y sexual. El grupo paritario es especialmente importante para un Ares: ¿saldrá a jugar al fútbol o al rugby y aprenderá disciplina, canalizará su agresividad en los deportes de competición y recibirá reconocimiento y admiración a raíz de ello? ¿O recurrirá a las bandas y a las guerras entre pandillas? ¿Hará novillos o dejará la escuela? ¿Desoirá la autoridad, se volverá antisocial y se meterá en verdaderos líos? ¿O su asertiva energía que se crece en el momento presente se centrará en una afición como las carreras de coches o escalar montañas? ¿Serán la música, el baile y los amoríos sus principales descubrimientos y fuentes de placer? ¿O su sexualidad

será una forma de manifestar su agresividad?

El instituto y la universidad ofrecen a un Ares la posibilidad de un fracaso temprano o de un éxito potencial. Si no piensa en el futuro y responde a alguna oportunidad o a alguna situación emocional del presente inmediato, puede que abandone pronto la escuela. Aunque lo que promueve el cambio o provoca un traslado puede resultar bien, un Ares puede recortar sus posibilidades al dejar pronto su vida académica, musical o deportiva.

El trabajo

Por temperamento, un Ares se siente atraído hacia la acción y la intensidad, le gusta utilizar herramientas y disfruta siguiendo adelante. Es inquieto y se aburre con el trabajo administrativo y las metas a largo plazo, y no encaja en la jerarquía corporativa. Las ocupaciones que presentan algunos riesgos le interesan y sus habilidades pueden desarrollarse en el proceso de aceptar un sólo proyecto a la vez. Le gusta trabajar con otras personas y ofrece una lealtad fraternal a los otros hombres.

Al igual que Ares el guerrero, puede que se aliste en el ejército de tierra o la infantería de marina y bien puede tener un expediente disciplinario irregular. Puede convertirse en un suboficial o ser ascendido por sus méritos en el campo de batalla. Si también cuenta con otros arquetipos, puede llegar a ser un oficial con reputación de buscar la acción. Los mercenarios, los soldados que se contratan para luchar, que en el pasado puede que hubieran luchado con la Legión Extranjera francesa, es muy probable que también estén encarnando papeles de Ares, el guerrero.

Si se convierte en un atleta profesional, puede que se entregue por completo y que tenga dificultades para controlar su agresividad en medio de una situación acalorada. Aprender a dominar sus respuestas inmediatas a una llamada a la disputa o a una provocación (lo cual puede conducirle a un área de penalty o a la caseta) le será muy útil en todas las áreas de su vida. Como jugador de hockey o de fútbol que no puede contener sus impulsos, perjudicará a su equipo y a sí mismo con los penalties, por su innecesaria brusquedad, conducta antideportiva o disputas con los árbitros. (Puede que también sea un artista, un actor, bailarín, músico, famoso por el sentimiento que pone en su

arte y por su a veces errática actuación dentro y fuera del escenario).

Los negocios de la construcción y los campos de petróleo atraen a hombres con personalidad Ares, que se sienten atraídos por la acción y los riesgos. Si están bien pagados, tienden a ser derrochadores compulsivos cuando tienen dinero.

Su éxito depende en gran medida de su suerte, porque Ares no sigue un plan a largo plazo. Éste puede llegarle a raíz de que una cosa le conduzca a otra. También puede depender de que haya desarrollado habilidades innatas, las cuales ha pulido no mediante la práctica deliberada, sino porque ha perseverado en hacer algo que le gustaba.

Cuando triunfa, suele sorprender a todo el mundo, incluso a sí mismo. En el camino, sin duda se encuentra con problemas con la autoridad y le han despedido por haber perdido la paciencia o por no presentarse en el trabajo. Si su vida laboral le va bien, será porque ha aprendido algunas lecciones, habilidad y ha tenido un golpe de suerte.

Las relaciones con las mujeres

En la mitología, Ares y Afrodita fueron amantes y su relación es el patrón más compatible para un hombre de naturaleza Ares. Él y las mujeres que se parecen a la diosa del amor y de la belleza tienen un temperamento afín en lo que respecta a la intensidad y sensualidad de su naturaleza. Ambos son personas del aquí y ahora. La probabilidad de que haya fuegos artificiales, debido a las llamas eróticas y a su fugaz ira, puede hacer que su relación sea turbulenta, llena de luchas y de reconciliaciones. Sin embargo, por toda esa expresividad, su relación es a veces bastante armoniosa, con una mayor tolerancia mutua y aceptación de la que se puede hallar en otras parejas. Sin embargo, cuando un Ares que ha sido herido en sus sentimientos tiende a encolerizarse y es físicamente agresivo, se junta con una mujer con baja autoestima y que ha tenido una infancia en la que sufrió abusos, esta combinación puede ser una de las más destructivas para ambas personas.

Las mujeres que se parecen a Atenea, la diosa con la mentalidad de un experto estratega, que despreció la emotividad e impulsividad de Ares, suele juzgar del mismo modo a todos los hombres que son como él. Las mujeres que

valoran el futuro económico de un hombre, que se sienten atraídas por el prestigio y que quieren estabilidad y seguridad, evitan a los Ares como posibles compañeros. Algunas mujeres incluso se desaniman ante lo que ellas perciben como un asunto demasiado personal. De modo que los Ares suelen ser juzgados, las mujeres no les consideran aptos para ellas, y a su vez están resentidos hasta que lo expresan con su ira, lo cual es más alienante.

Los hombres Ares tienden a ser amistosos con muchas mujeres con las que son cariñosos con sus gestos y comentarios sea cual sea su edad, pero en general las mujeres no se encuentran entre sus mejores amistades. No comparten intereses o asuntos laborales con las mujeres.

Un Ares tiende hacia las mujeres con las que le gusta estar y con quienes puede ser espontáneo y físico en sus afectos y acciones. Ya sea haciendo el amor o bailando, disfrutando de la comida o practicando deportes, está totalmente involucrado y se siente de lo más cómodo con mujeres que también se implican del mismo modo.

Las relaciones con los hombres

A un Ares le gusta pasar tiempo con sus amigos varones, haciendo cosas, jugando, haciendo bromas y mirando o practicando algún deporte. No le interesan las conversaciones profundas o hablar de filosofía; su charla se centra en las mujeres, los deportes, y en cualquier cosa que él y sus amigos estén haciendo. Se vincula mucho con sus amigos y acude en su ayuda si lo necesitan.

Con frecuencia sus relaciones más profundas son las que ha entablado con otros hombres de uniforme en un combate o en un conflicto (como soldado, en un equipo o incluso en una banda, donde él ha sido agresivo físicamente y ha tenido que luchar contra otros para ganar). En estos entornos su agresividad es valorada, al igual que su expresividad. En esas situaciones también puede llorar sin que le llamen mariquita o dar un caluroso abrazo sin despertar sentimientos homofóbicos.

Que sus compañeros le rehuyan o le conviertan en un cabeza de turco —lo cual bien puede sucederle a un muchacho u hombre Ares— es algo que le resulta extremadamente doloroso e intolerable. No sólo se siente herido, sino

también desprovisto de esa camaradería que tanto necesita.

La sexualidad

Un Ares puede amar a las mujeres o maltratarlas, eso dependerá de lo que le haya sucedido en su infancia. Si esa infancia fue lo bastante buena como para que se desarrollara ese amante que hay en él, será un hombre al que le encantará hacer el amor, un hombre que adorará los cuerpos de las mujeres, que podrá pasar horas haciendo el amor, que preferirá a una mujer madura sexualmente liberada que disfrute del sexo tanto como él. No es un amante con tendencia mística en busca del éxtasis como Dionisos, ni ha conquistado su mente; hace el amor con exuberancia por el puro placer físico. En la película *Tom Jones* basada en la novela inglesa de Henry Fielding, Albert Finney interpretó el papel de protagonista con el materialismo, amoralidad, deleite y apetito de un amante Ares.

Un Ares no encaja bien en una cultura puritana e hipócrita. Puede considerar su propia lujuria como pecaminosa, pero sentir que de él depende condenarla y reprimirla, especialmente si se casa con una mujer inhibida y puritana y si tiene pensamientos adúlteros o los pone en práctica. Si actúa respecto a estos sentimientos, normalmente no es lo bastante bueno como para borrar sus pistas o prever los problemas. De modo que, al igual que el dios Ares, le atrapan *in fraganti* y todo el mundo se entera.

Al Ares homosexual le fue bastante bien como amante —al menos hasta la epidemia del SIDA— debido a su impulsividad, total absorción en el momento presente, amoralidad y la buena disposición de compañeros sexuales en los bares y en las saunas. Por otra parte, la aceptación en la cultura gay de las relaciones no monógamas propicia el tipo de relación de la que gozaron Ares y Afrodita, en la que ambos tuvieron otros amantes y, sin embargo, mantuvieron una larga y significativa relación sexual. Un Ares homosexual puede que se vista con piel, una versión contemporánea de la armadura del guerrero, y que haga musculación para parecerse al dios.

El matrimonio

Un Ares ni piensa en casarse ni pretende evitarlo. Él se involucra a fondo

en las cosas y no piensa en el futuro: no se pregunta “¿será esta mujer una buena compañera?”, “¿será una buena madre?”, “¿me ayudará a potenciar mi carrera?” “¿debo casarme con ella?”.

Si los demás —la mujer, la familia de ella o la de él— piensan en el matrimonio, puede que éste se llegue a producir. Quizás se case nada más graduarse del instituto, sobre todo en las comunidades de clase obrera, en las que se espera este patrón de comportamiento. Dada su naturaleza sensual y materialista, es fácil que pronto deje embarazada a su mujer. Si él la ama y disfrutan de una buena relación sexual, si tiene un trabajo y puede ir a jugar al béisbol o al baloncesto con sus amigos, y si su esposa está contenta con su vida juntos, la vida está bien para él. Él se apoya en su familia y en la estabilidad de su vida, tiene autoestima y aprecia a los demás.

Cuando las cosas son algo más complicadas, surgen los problemas. Por una parte, su naturaleza reactiva e impulsiva puede conducirle a una inestabilidad laboral y a la infidelidad, que pone a prueba su matrimonio o acaba malográndolo. Por otra, influido por los aspectos no aresianos de su personalidad, un Ares que se casa joven, que desarrolla ambición, descubre su intelecto o conoce a hombres o mujeres que le hacen aspirar a más, puede descubrir que las mujeres que antes atraían a su naturaleza física son demasiado limitadas para él. Si la química física inicial entre ambos se ha perdido o la respuesta de su esposa a su ardor y cortejo ya no es genuina o intensa y se desvanece, o si ella es más ambiciosa o celosa, la tensión que se produce, junto a lo que él hace, puede provocar enfrentamientos entre ellos.

La descendencia

Los hombres Ares suelen engendrar hijos sin pretenderlo, son resultado de su naturaleza de “vivir el momento, sin pensar en las consecuencias” unida a su sexualidad. Si la mujer no pone ningún medio de control de la natalidad, la paternidad será una cuestión de azar.

Si está presente en la vida de su prole, normalmente ocupa un lugar importante en la misma. Si la vida le ha sonreído y si su familia es el centro de su gratificante vida, pasará tiempo haciendo cosas con sus hijos e hijas. Enseñará a sus hijos a jugar al béisbol y al fútbol, les llevará a ver partidos,

luchará con ellos y le gustará tenerlos cerca. Bailará con su hija pequeña, la cogerá en brazos y la llevará sobre sus hombros cuando se vaya a ver a sus amigos. Puede proporcionar a los hijos e hijas la sensación básica de tener un padre. Los conflictos suelen surgir cuando los hijos se hacen mayores, si son introvertidos o intelectuales y no comparten sus intereses o sienten que tiene una personalidad intrusa. Si se trata de una familia de clase trabajadora y los hijos aspiran a algo más, pueden surgir conflictos y sentimientos de frustración.

Sus hijos también pueden padecer malos tratos si él es un Ares enojado y rechazado, inestable en su trabajo y en sus relaciones. Sus hijos quizás reaccionarán con miedo y terror a la rabia que lleva dentro y que se desata a la menor provocación. Puede llegar a la agresión física, especialmente si bebe.

Otros niños de padres Ares son ignorados, sobre todo si los engendró cuando todavía era un adolescente emotivo. El Ares puede haber plantado muchas semillas salvajes. Quizás no esté capacitado temperamental o económicamente para cuidar de todos los hijos que ha engendrado, dentro y fuera del matrimonio, y puede ser un padre ausente. Sin embargo, si tiene posibilidades para cuidar de sus hijos, suele hacerlo. Cuando tiene algo que dar es generoso.

La mitad de la vida

La posición de un Ares en la mitad de la vida está íntimamente relacionada con la clase social en la que ha nacido. Por ejemplo, la gran tragedia para un Ares es haber nacido en una familia ambiciosa que se esfuerza por ascender en la escala social y en la clase media alta, porque valoran la distancia emocional o la frialdad, el intelecto, la habilidad para manipular a los demás y conseguir dinero y poder. El destino de tales hombres imita al del dios Ares, que, al ser el blanco del desprecio de Zeus, fue considerado no merecedor de aprecio y fue rechazado. Muchos hombres Ares que tienen padres como Zeus y que han nacido en el equivalente contemporáneo de la clase social olímpica siguen los pasos del dios Ares, son humillados y denigrados por ser un fracaso en el campo de batalla corporativo.

Para que un Ares de una familia que tiene negocios o carreras, se sienta

bien en la mitad de la vida, ha de haber sido capaz, en una etapa temprana de su vida, de reconocer que siguió otros pasos que no fueron los de su padre o clase social. Puede que haya recibido apoyo emocional para perseguir sus propias metas y desarrollar sus talentos, así como para sentirse bien con su carácter, que tiende a caliente y ardiente, más que a frío. El apoyo emocional para que sea él mismo es esencial. Unas veces la psicoterapia, otras las personas significativas, con frecuencia los padres que le han amado y que supieron verle tal como es, son los que han hecho posible su éxito. De todas formas, para haberse establecido en la mitad de la vida, habrá tenido que esforzarse por encontrar su lugar en el mundo. Su éxito es muy individualista y por ende lo habrá ganado con esfuerzo.

Para un Ares es más sencillo alcanzar una situación estable y satisfactoria en la mitad de la vida, si ha nacido en una familia de clase trabajadora dentro de una comunidad muy unida. Hay más medios para que pueda dar rienda suelta a la expresión de su temperamento y naturaleza física, tanto en el ámbito laboral como en el ocio. La camaradería entre hombres, los deportes e incluso una pelea de vez en cuando sirven de medios para canalizar su agresividad y necesita que los demás hagan concesiones e incluso que aprecien su lujuria; todo ello formas de desahogo que no están permitidas a los hombres urbanos que aspiran a ascender. En la clase trabajadora, las ocupaciones que conllevan un trabajo físico son respetadas, de modo que la aceptación y la autoestima son más viables.

Más que ningún otro arquetipo, el sino de un Ares parece estar sellado en la mitad de la vida. Está más predeterminado por los factores externos, como la clase social y la familia, porque la cultura en sí misma no le apoya como él es.

Los últimos años

Hacia la mitad de la vida, el patrón de cómo va a ser el resto de la vida de un Ares ya está bastante definido. La estabilidad y autoestima (o falta de la misma) que ha conseguido para entonces es lo que marca sus últimos años.

Muchos Ares no llegan a viejos. La muerte les reclama antes, ya sea a través de la violencia, los accidentes o la guerra. Por su temperamento y

ocupación, sus vidas corren más peligro físicamente. Y si el país está en guerra, la posibilidad de una muerte temprana es aún mayor. Los Ares abundaron principalmente entre los soldados y las bajas militares en la guerra de Vietnam, con sus excepciones y alternativas. Las condiciones relacionadas con el estrés físico también se cobran las vidas de los Ares; cuando la ira y la impotencia coexisten, suele ser lo más común. Cuando la recesión cae sobre un país y las empresas y las fábricas se cierran, la seguridad puede terminar y se refleja en la violencia y la inestabilidad familiar.

Sin embargo, algunos Ares viven felizmente sus últimos años, quizás más que ninguna otra época de su vida. El hombre de clase trabajadora es afortunado porque se jubila anticipadamente, tiene a su familia cerca, se interesa por eventos deportivos, pasatiempos y cuenta con antiguos amigos con los que distraerse, jóvenes a quienes hacer de tutor, quizás una casa al lado de un lago y la capacidad innata de vivir en el presente.

Una satisfacción ganada a pulso es típica de los Ares que han luchado contra corriente. En sus vidas no han recibido mucho apoyo de la comunidad y sus soluciones han sido muy individualistas. El lugar donde viven, con quién viven y lo que hacen es fruto de su elección personal basada en opciones personales sobre respuestas auténticas y profundas que se han dado a sí mismos. Han aprendido a adaptarse y a ser fieles consigo mismos, y se encuentran entre los hombres más formados y evolucionados: la tercera edad es una época de recoger grandes cosechas.

Conflictos psicológicos

Del mismo modo que el dios Ares fue el más vapuleado de los olímpicos y sufrió humillaciones y heridas, también muchos Ares sufren agresiones y son rechazados de niños y adolescentes. A raíz de estos rasgos de la personalidad y de los malos tratos, hay una serie de dificultades que perturban a los hombres Ares.

La identificación con el dios de la guerra

Un hombre que es “sólo Ares” se identifica con este arquetipo y nunca llega a desarrollar la habilidad de observar y reflexionar sobre sus acciones. Le faltan alternativas y es un amasijo de reacciones impulsivas. Un ejemplo extremo es el del luchador callejero que no puede resistirse a una provocación. Algunas veces figuras de Hollywood aparecen en los titulares de los periódicos por tener este tipo de conducta. Un fotógrafo hace una foto no deseada y ridícula, o se le hace una burla, y —a pesar de los titulares, del arresto y de la denuncia por daños y perjuicios que vendrá a continuación, cuando alguien le provoca con algún tipo de acción— el enajenado dios de la guerra explota y se mete en una pelea con los puños, con todos los flashes disparándose a su alrededor.

El maltratado agresor

Cuando sus puños y su ira se dirigen hacia las mujeres y los niños, el Ares

suele ser un maltratado que se ha convertido en agresor, que cuando era niño fue golpeado y humillado. Sus emociones desencadenan una respuesta física. Un niño maltratado, aterrado o humillado mora en el cuerpo de este hombre, que ahora fustiga o golpea a otra persona cuando no se siente bien. De este modo, los pecados de los padres se perpetúan durante generaciones. Introdúctete en un grupo de hombres agresivos —que parecen ser copias de los de Alcohólicos Anónimos— y generalmente descubrirás que estos hombres también fueron niños maltratados.

Para sobrevivir a su infancia lo mejor que pudo, este hombre reprimió sus sentimientos de terror e impotencia. A raíz de ello, no se puede poner en el lugar de la víctima. Él mejor que nadie debería poder imaginarse lo que es que te pegue alguien que está fuera de control y que físicamente es capaz de hacerte mucho daño, porque eso le sucedió a él. Pero no podrá solidarizarse hasta que se arriesgue a revelar a esa víctima que hay en él.

El hogar, pues, se convierte en el campo de batalla del Ares, donde puede lanzarse a maltratar a los miembros de la familia cuando no se siente bien. El arquetipo del dios iracundo actúa en nombre de su propio niño interior, el muchacho humillado y maltratado que hay en él y que ahora es lo bastante poderoso como para arremeter contra alguien.

Cabeza de turco

Como niño y adolescente, Ares puede ser el muchacho provocado en el patio de la escuela por un grupo de niños y que reacciona con rencor y con rabia, cuando mejor habría sido conservar la calma y la serenidad. La vida puede ser una imitación del mito si le atacan en grupo y le hieren (como cuando los enormes gemelos encerraron a Ares en una jarra). También puede sentirse herido emocionalmente si es rechazado y apartado del grupo. Este rechazo suele sucederle a un Ares porque actúa sin pensar y hace visibles sus emociones. Por otra parte, si también ha sido víctima de abusos o denigración en el hogar, es el más vulnerable al ostracismo en la escuela.

En la familia puede encontrarse con dificultades no sólo con los padres, sino también como el perdedor en la rivalidad entre hermanos (como le sucedió repetidas veces a Ares con Atenea). A menudo se mete en líos y

parece ser el malo, ya sea por sí mismo o porque ha sido engañado, provocado, incitado y luego le pescan y “le cae una buena” de uno de los progenitores autoritarios, que ya desprecia a este niño por sus inaceptables cualidades.

En la clase, un Ares se puede encontrar en este mismo papel de cabeza de turco. Al portarse mal, puede que le echen de la clase y le manden al jefe de estudios. También es el cabeza de turco cuando el profesor le tiene manía. Los demás niños, al conocer su papel, le dejan asumir la culpa.

Una vez que se ha establecido este patrón de ser cabeza de turco, suele continuar como adulto, donde sigue siendo al que provocan para que actúe mal y luego es condenado al ostracismo. Es probable, pues, que haga a su familia lo que le han hecho a él.

El trabajo y la baja moral por el desempleo

Un hombre que reacciona con agresividad sin pensarlo dos veces tiene problemas en el trabajo. Se enciende y le despiden. Ares también tiene verdaderas dificultades en seguir las reglas, las directrices o principios, en lugar de hacer lo que siente que ha de hacer en el momento. Puede tener dificultades por decir la verdad, cuando no ha sido ni diplomático ni prudente. Quizás siguió las directrices de su corazón e hizo una excepción, cuando las reglas indicaban lo contrario. Entonces, incluso aunque la ira no sea el problema, Ares no suele durar mucho en la burocracia o en los negocios.

Prever las cosas también es una de sus carencias. Ares no es un estratega y no tiene visión de futuro, lo cual tiene efectos negativos en su vida laboral. Puede que haya dejado la escuela demasiado pronto o que no le haya ido bien porque no ha podido pensar en el mañana.

El alcohol y Ares

Ares es disuadido y reprimido como el amante, bailarín, guerrero y agresor del momento presente y se le oponen otros arquetipos y una cultura que quiere que los hombres vivan en sus cabezas, en lugar de en sus cuerpos. A menudo el alcohol libera a Ares, tanto de forma positiva como negativa. A veces el alcohol disuelve las inhibiciones en pro de la espontaneidad y el

afecto: es testigo de la camaradería entre los hombres que son compañeros de equipo o soldados, que luchan juntos y que luego beben juntos. También puede desatar al hombre agresivo, cuya violencia se manifiesta con más facilidad cuando está bebiendo.

Esperanzas no cumplidas

El dios Ares fue un amante, no un esposo. Su padre Zeus (el tipo de presidente corporativo) odiaba la conducta de Ares. Ares como arquetipo carece de las cualidades y la energía que llevan a una vida marital responsable o a una carrera con éxito. Con frecuencia un Ares no cumple lo que otra persona espera de él; y, al quedarse corto, se siente mal consigo mismo. Si esto le sucede con demasiada frecuencia, siempre se siente derrotado y se considera un perdedor. Este problema puede surgir cuando al principio es amado por lo que es y luego se espera que sea totalmente diferente. Por ejemplo, una mujer puede sentirse atraída hacia su sensualidad y vivacidad o hacia su intensidad y atractivo sexual. Quizás su corazón se haya fijado en el muchacho herido y rechazado que ella ha percibido en él. Sin embargo, una vez iniciada la relación, ella puede intentar reformarle para convertirlo en un profesional de ciudad casado que busca ascender y luego enfadarse con él por no ser capaz de conseguirlo.

Los problemas para los demás

Si los celos son un problema para la pareja de un Ares, su relación será turbulenta. Para un Ares, la fidelidad suele ser un logro que se ha conseguido con mucho esfuerzo que surge de su amor y lealtad, que no es algo que viene dado. Ha de aprender a decir “no” a la atracción que existe en el momento y “no” a su sexualidad puramente instintiva y amoral; de lo contrario su pene decidirá lo que va a hacer. Las consecuencias posteriores son vagas para él, en comparación con la situación inmediata, incluso aunque ésta se repita. Su pareja puede sentirse herida —“¿Cómo has podido?”— y llueven las acusaciones. Normalmente, Ares ha de aprender con la experiencia y puede que no aprenda la lección hasta que ésta se repita muchas veces.

Cuando el problema son los celos infundados de una mujer, Ares los despertará porque no controla bien su tiempo. Quizás se paró en un bar y se quedó charlando o jugando con alguien, o se quedó absorto haciendo alguna cosa y perdió la noción del tiempo. Si los celos son el problema, una mujer no puede contar con su compañero Ares para resolverlo. Sin embargo, al enfrentarse a ella y ver el dolor que siente, podrá aprender a decir no o a llamarla cuando vaya a llegar tarde. Otro tipo de hombre que se comporta de la misma manera puede estar expresando indirectamente hostilidad o resentimiento porque sí que se acuerda y decide voluntariamente no llamarla, pero un Ares por lo general sencillamente se encuentra inmerso en el momento presente.

Descendencia ilegítima

Al igual que el dios Ares engendró muchos hijos con muchas mujeres, un hombre Ares puede replicar este patrón. Al vivir el aquí y ahora de la sensualidad y el erotismo, Ares no piensa en el control de la natalidad, además le gustan los niños y la idea de tenerlos, aunque puede que no le guste la del matrimonio. Una mujer que tiene una relación sexual con un Ares ha de tomar decisiones responsables y realistas respecto al control de la natalidad y la posibilidad de ser una madre soltera. Sería un error suponer que tener un bebé suyo necesariamente supondrá matrimonio. Por otra parte, a menudo la única razón que puede ver para casarse es la de tener hijos.

El Ares agresivo

La agresión física es la situación extrema que pueden padecer las mujeres y los niños que viven con un Ares que se enfada y descarga su rabia con ellos. Esta mujer ha de saber que las agresiones físicas no cesarán si permite que sigan sucediendo y que mantener una situación en la que ella y sus hijos reciben malos tratos físicos no hará más que agravarla, y que es muy probable que también se transmita a la siguiente generación. Ella ha de marcharse o llamar a la policía cuando se produce la amenaza o el acto abusivo, para autoprotegerse, proteger a sus hijos y ayudarle a él a controlarse. Si no actúa de esta manera la primera vez que se produce esta situación, hay muchas probabilidades de que se convierta en una mujer maltratada, que pronto necesitará ayuda del exterior.

Formas de crecer

El crecimiento psicológico sucede cuando Ares puede elegir si va a responder a una provocación y cómo va a hacerlo cuando deje de ser una persona puramente reactiva. Para ello ha de desarrollar el autocontrol, así como otros arquetipos.

Aprender el autocontrol

La personalidad de Ares, que se caracteriza por su rápida respuesta emocional, se enciende y reacciona con agresividad a la provocación, de modo que el aprender a controlarse es la lección más difícil para un Ares. Aunque es mejor aprenderla temprano con padres coherentes, pacientes y amorosos, será una lección que se le repetirá una y otra vez hasta que la aprenda.

Por ejemplo, hace varios años, a Sean Penn, un actor de Hollywood que ha sido llevado repetidas veces ante los tribunales por verse envuelto en violentas luchas, cuando tenía veintiocho años un juez le condenó a sesenta días de prisión. Consciente de su necesidad de aprender a controlarse, su abogado Howard Weitzman, presentó su situación: «Él ha de aprender que la gente va a intentar atraerle a situaciones en las que se verá tentado a reaccionar inapropiadamente. Ha de comprender y comprende que incidentes como éste (pegó a un hombre que pensaba que estaba intentando besar a Madonna, la estrella del rock que era su esposa por aquel entonces) son inevitables^[46]».

El antiguo campeón de tenis, John McEnroe, con su temperamento Ares suspendió la misma lección. Conocido por sus arranques dentro y fuera de la cancha, McEnroe fue catalogado por la prensa como un mal deportista que se comportaba como un niño.

Para aprender esta lección crucial, un hombre (o mujer) ha de estar motivado por el cambio y luego, con la práctica, poder retener el impulso de venganza o de reaccionar. La explosividad contenida en un Ares se puede desactivar si el ego puede elegir una respuesta diferente en ese momento, si se puede recurrir a la ayuda de otro arquetipo.

Hermes al rescate: Apolo como aliado

Por suerte, todos los arquetipos están potencialmente presentes e incluso si uno predomina —especialmente si se trata de Ares—, los demás también se pueden desarrollar. En la mitología, Hermes fue a socorrer a Ares cuando de pequeño le encerraron en una gran jarra. Del mismo modo, el arquetipo Hermes también puede acudir en la ayuda de una persona que de otro modo reaccionaría como Ares y que instintivamente se vengaría cuando se le provoca, convirtiéndose después en cabeza de turco para ser catalogado y rechazado, como le sucedió a John McEnroe.

Hermes representa la capacidad de comunicarse y de pensar tocando de pies al suelo, generalmente de una forma inventiva y astuta. Hermes puede sacar a Ares de una situación destructiva. Un adulto Ares acosado por fotógrafos independientes que quieren una foto suya en un acto escandaloso, o un niño Ares a quien, en el patio, otro niño le empuja deliberadamente para provocar una pelea, se meterá en líos si responde. Catalogado como problemático, le cargarán con las culpas y se convertirá en el cabeza de turco. Pero este patrón cambia cuando Hermes le ayuda a decir lo que piensa, a decir algo que desvíe la lucha o calme la situación.

A veces su familia le ayuda a desarrollar el autocontrol, a pensar antes de actuar, a utilizar la palabra antes que la acción. Si su familia no le ayuda, la oportunidad de aprender después en la vida puede que llegue de un tutor o un terapeuta, o de alguien que se preocupe por él y que ve su necesidad de autocontrol y de tener una forma eficaz de expresarse, en lugar de que le

culpen o le teman.

El trabajo académico y salir de casa para practicar algún deporte son propios del arquetipo Apolo, otro de los grandes potenciales de Ares. Apolo es el arquetipo de la disciplina, de la distancia emocional, del autocontrol y de los objetivos a largo plazo. Comparte con Hermes la capacidad de ver las situaciones desde fuera y de pensar en las consecuencias. Además representa la habilidad de utilizar eficazmente la voluntad y el intelecto.

Bobby Kennedy, cuyo Ares le convirtió en el apasionado luchador que fue, podía haber sido elegido para presidente de los Estados Unidos de no haber sido asesinado. Kennedy fue un hijo amado en una familia política donde comunicar las ideas formaba parte esencial de la cena, las competiciones deportivas eran un acto que tenía lugar casi a diario y la universidad y la facultad de derecho eran la preparación para una carrera pública. Desde sus primeros años, la intensidad emocional del Ares Kennedy fue atemperada por Hermes y Apolo, por eso consiguió ser eficaz y gozar de una buena reputación.

Hacer una pausa para reflexionar y tomar decisiones: la influencia de Atenea

El héroe griego de la guerra de Troya, Aquiles, fue un favorito de Atenea, aunque por temperamento se parecía más a Ares que a Atenea. Cuando Agamenón, comandante de las fuerzas griegas, ejerció su autoridad fuera del campo de batalla y se llevó a su amante lejos de él, Aquiles puso su mano en la espada y la sacó de su funda. Habría cometido un acto de rebeldía y asesinato de no haber sido por la intervención de Atenea. Invisible para los demás, ella descendió del cielo, le agarró por su rubio pelo y le dijo:

He venido a aplacar tu ira, pero ¿vas a obedecerme? [...]. Venga, entonces, no empuñes la espada en tu mano, evita la lucha, aunque puedes insultarle con tus palabras [...]. Algún día, tres veces más, te serán dados estos brillantes regalos^[47].

Atenea representaba el momento de reflexión, la voz interior, la pausa que cambia una reacción emocional en una opción de actuar. Para un Ares esto puede ser como otro yo dentro de sí mismo, un consejero al que aprende a llamar. Para algunos hombres es una voz femenina, inspirada por una madre

racional y amorosa, más que otro aspecto masculino de ellos mismos.

La imaginación activa: llamar a los arquetipos

La imaginación activa se puede invocar en busca de ayuda. Una vez él comprende el problema de reaccionar sin pensar, un muchacho o un hombre puede llamar mentalmente a Atenea. Imaginándola o intuyéndola, puede imaginar un diálogo. Ella le aconseja que guarde la calma en una situación emocional, a que piense en las consecuencias antes de hacer nada. (Si Aquiles no hubiera escuchado a Atenea, los griegos habrían perdido la guerra de Troya, y la *Iliada* habría tenido un capítulo en vez de veintidós).

Recuperar los recuerdos y el dolor de la infancia

Si un hombre sufrió muchos abusos de pequeño y, como suele suceder, ha “olvidado” o reprimido la experiencia debido al dolor emocional que ésta conlleva, entonces la psicoterapia o la participación en un grupo de hombres que le apoyen puede ayudarlo. Poco a poco puede acceder a los recuerdos y a la ira, pesar e impotencia enterrados durante tanto tiempo, que de lo contrario seguirían en un plano inconsciente, aunque supusieran una fuerte influencia en su conducta. Con los abusos, los pecados de los padres a menudo suelen mancillar a las siguientes generaciones, hasta que el patrón se detiene cuando alguien no sólo accede a lo que se ha reprimido, sino que en el proceso también descubre su capacidad de confianza y compasión. Esta tarea es la que se presenta a los Ares que reconocen que se comportan con la misma agresividad con la que ellos fueron tratados.

Evolucionar de Ares a Marte

Al igual que Ares, el dios griego de la guerra amante de la batalla, con el tiempo y en una cultura distinta evolucionó Marte entre los romanos, y en la transición se convirtió en el protector de la comunidad, del mismo modo puede evolucionar y cambiar el aspecto Ares de un hombre. El joven Ares que había jugado al fútbol o al hockey con brutalidad y artimañas, y que había amado lujuriosamente, puede que no hubiera pensado en sentar la cabeza,

aunque la mayoría de los Ares lo hacen. Y si no ha sido un niño maltratado y no fue rechazado, cuando se convierta en un padre de familia puede ser un padre terrenal comprometido que disfruta de la compañía de sus hijos e hijas y que está muy unido a ellos. Es un protector nato: cualquiera que se meta con sus hijos se verá enfrentado con un padre Ares que lucha físicamente si es necesario. Esta clase de hombre ayuda a sus hijos a sentirse emocionalmente seguros. Cuando se hace mayor puede convertirse en un cabecilla de su comunidad dispuesto a batallar por la seguridad y los derechos de los demás.

9. HEFESTO, DIOS DE LA FORJA: ARTESANO, INVENTOR, SOLITARIO

El don creativo de Hefesto está firmemente enraizado en la tierra, y en lo que produce hay magia y magnificencia. En su taller es supremo, no tiene rival, pero, al igual que el hombre moderno que se identifica con su trabajo, está totalmente perdido fuera de él.

ARIANNA STASSINOPOULOS, *The Gods of Greece*

Una fantasía heféstica: el rechazado de la tierra, gracias a cuyo trabajo y sudor ha evolucionado la civilización; con conciencia de clase y bullendo en resentimientos y rencores pirómanos; siempre creativo y origen de la mayoría de los genios del mundo; incansable, volcánicamente explosivo y dispuesto a tomar las armas contra los amos tiránicos, aunque no sean amantes de la guerra y el conflicto, sino más bien pacifistas y humanitarios natos; simple como el propio fuego e igualmente enérgico.

MURRAY STEIN, “*Hephaistos: A Pattern of Introversion*”

Hefesto como dios, arquetipo y hombre, encarna una necesidad humana profunda de hacer cosas, crear objetos funcionales y bonitos. Rechazado y expulsado del Olimpo, Hefesto no fue apreciado en el arrogante reino de Zeus, donde el poder y la apariencia eran lo más importante. Por el contrario, trabajó solo en su forja bajo la tierra. Sus atributos son igualmente

menospreciados en un patriarcado, y los hombres que se parecen a este dios tienen dificultades en alcanzar el éxito.

Hefesto, el dios

Hefesto (denominado Vulcano por los romanos) fue el dios de la forja, el artesano y herrero de los olímpicos cuya forja se alimentaba con los fuegos volcánicos. Sus adoradores le invocaban para controlar las fuerzas destructoras del volcán. Fue considerado el dios del fuego subterráneo y su nombre griego también significaba “fuego” en un sentido general.

Se le representaba como a un hombre musculoso, robusto y grande con un cuello fuerte y pelo en el pecho cuyo pie deforme era el responsable de su balanceo al andar. El menos bendecido y probablemente el menos feliz de los dioses, fue tullido y no estaba seguro de su ascendencia, rechazado y desafortunado en el amor. Pero también fue un genio creativo y el único dios que trabajó.

Genealogía y mitología

En la versión más conocida sobre su origen, una Hera resentida dio a luz a Hefesto partenogenéticamente, para pagar con la misma moneda una venganza de “yo también puedo hacerlo”, después de que Zeus hubiera creado a Atenea de su cabeza y se reconociera como su único progenitor. Sin embargo, mientras Atenea estaba perfectamente formada, Hefesto nació con un pie deforme. Este defecto humilló a Hera, que, al verlo, rechazó a su hijo recién nacido y lo tiró desde el Olimpo. En otra versión, un Zeus furioso —furioso porque el joven Hefesto había defendido a su madre Hera en una de sus peleas domésticas— fue el que le despeñó del Olimpo, quedándose cojo al golpearse

en la tierra de la isla de Lemnos. El hijo paria fue rescatado por dos ninfas marinas, Tetis y Eurínome, que le cuidaron durante nueve años. En su compañía Hefesto aprendió a ser artesano, e hizo hermosas joyas para sus madres adoptivas.

Hefesto, el artesano

Hefesto es el inventivo artesano del Olimpo. Por ejemplo, Hefesto creó un hermoso trono de oro y se lo ofreció a Hera, que se sentó encantada sobre él. Pero la silla era una trampa exquisitamente forjada, porque una vez se hubo sentado en ella quedó atada por lazos invisibles y luego levitó. Hera se encontró mortificada e impotente, incapaz de moverse y suspendida en su trono en medio del aire para que todos la vieran. Según uno de los mitos, Hefesto hizo el trono dorado para atar a Hera, porque él desconocía su parentesco. Diseñó esta trampa como medio de sacarle información. En otras versiones, Hefesto exigió a Afrodita o a Atenea que se desposaran con él antes de liberar a Hera.

Nadie salvo Hefesto podía liberarla y él se negó a abandonar las profundidades del mar donde vivía con sus dos madres adoptivas. Su hermano Ares, dios de la guerra, descendió para sacar a Hefesto por la fuerza, pero éste último le expulsó lanzándole fuego. Entonces Dionisos, el dios del vino y del éxtasis, consiguió emborracharle. Hefesto, que nunca había visto ni probado el vino antes y se apresuró a beberlo, pronto se halló regresando al Olimpo con Dionisos, borracho y montado sobre un asno.

Además, en la *Teogonía* de Hesíodo, a Hefesto se le atribuye la creación de Pandora, la primera mujer humana, como instrumento de la venganza de Zeus. En esta versión patriarcal griega, la humanidad estaba originalmente compuesta sólo por hombres, a quienes Zeus les negaba el fuego. Entonces Prometeo robó una chispa de fuego y se la entregó a los hombres. Esto enfureció a Zeus, que hizo que Hefesto creara a una hermosa mujer, modelada a imitación de las diosas inmortales, para que llevara miseria y confusión a los hombres. Se la vistió con exquisitez, se le enseñó la desvergüenza y el engaño, estaba dotada de atractivo sexual y tenía una jarra o caja que, al abrirla, desataba el sufrimiento, el mal y la enfermedad en el mundo.

Hefesto también construyó palacios para los olímpicos, creó los rayos y el cetro de Zeus, fabricó el carro alado de Apolo, dios del sol, viajó a través del cielo, hizo flechas para Apolo y Artemisa, una hoz para Deméter, armas para Atenea, una armadura para Aquiles y un collar para que Armonía lo llevara el día de su boda. También creó sirvientas doradas, maravillas de su ingenuidad que eran como hermosas mujeres, que podían hablar y hacer hábilmente lo que se les ordenaba.

El amante engañado y rechazado

Hefesto fue el cornudo esposo de Afrodita, diosa del amor y de la belleza, conocida por sus múltiples aventuras con dioses y hombres mortales. Al sospechar que su amante la visitaba cuando él se marchaba al trabajo, Hefesto colocó una trampa de redes invisibles atadas a los postes de la cama y suspendida de las vigas del techo. Así atrapó a Afrodita en la cama con Ares. Cuando Hefesto convocó a los dioses para que fueran testigos de su infidelidad, en lugar de solidarizarse con él, se echaron a reír a carcajadas ante la visión de los amantes.

Hefesto una vez se enamoró de la diosa virgen de la sabiduría, Atenea; lleno de pasión intentó hacerle el amor. Ella le apartó, puesto que él intentaba fecundarla y su semen cayó a la tierra fecundando a Gea (la Madre Tierra) en su lugar. El fruto fue Erictonio, el fundador de la casa real de Atenas, que fue educado por Atenea.

Hefesto, el arquetipo

Al igual que Hefesto fue arrojado desde lo alto del Olimpo, del mismo modo este arquetipo es menospreciado y rechazado en una cultura en la que se valora lo heroico, el intelecto, los valores espirituales nobles, el poder y la capacidad de adaptarse a lo que se espera de uno y a prever el siguiente movimiento. En una cultura de un dios celestial, como la de los patriarcas, lo “terreno” es menospreciado u oprimido: la Madre Tierra, los sentimientos apasionados, el instinto, los cuerpos, la mujeres y los hombres que son como Hefesto.

Hefesto de pequeño fue rechazado por su padre Zeus, que gobernaba desde el Olimpo con sus rayos, y por su madre Hera, la reina de los cielos. El Olimpo era inaccesible para Hefesto, también como adulto. En los mitos, cuando se atrevía a entrar allí era el bufón ridículo, el borracho o el marido cornudo. Sin embargo, en su propio elemento, en su trabajo en la forja, Hefesto era el maestro artesano que usaba el fuego y las herramientas para transformar la materia prima en hermosos objetos.

Este patrón de vida es el arquetipo del trabajo creativo, trabajo que surge de las metáforas del fuego volcánico y de la forja, trabajo que se produce a raíz de haber sido expulsado del Olimpo y haber caído a la tierra, trabajo que redime y mediante el cual se expresa el creador herido. El arquetipo Hefesto representa el instinto profundo de trabajar y crear inspirado por el “herrero del alma”, metáfora que James Joyce utilizó en su *Retrato del artista adolescente*.

Cuando este arquetipo está presente, la belleza y la expresividad que de otro modo permanecerían ocultas en el interior de un hombre (o de una mujer) se pueden liberar mediante el trabajo que da una forma tangible a estos

aspectos de sí mismo. Esta forma de hacerse consciente es la visión opuesta a aquélla en la que la experiencia exterior se traduce en un significado interior. En su lugar, algo que está presente interiormente se vuelve literalmente visible, tras lo cual se puede adquirir la conciencia de lo que ello significa.

El propio Miguel Ángel se veía liberando a sus magníficas estatuas de los bloques de mármol en las que habían sido “encarceladas”. Me pregunto si alguna vez se volvería atrás para contemplar un trabajo recién acabado y darse cuenta de que él había hecho visible algo en sí mismo. Cuando el arquetipo de Hefesto forma parte de un hombre (o una mujer), lo que se siente profundamente y no está expresado en la psique adopta una forma cuando él crea y fabrica algo.

El fuego subterráneo y la forja

El fuego asociado con Hefesto es el fuego subterráneo, esa masa fundida profunda que surge de las entrañas en forma de lava volcánica. El fuego subterráneo es una metáfora de los sentimientos apasionados, de la sexualidad intensa y del fuego erótico contenido dentro del cuerpo hasta que se manifiesta, de la ira y la rabia que se retiene o se intenta apagar, o de la pasión por la belleza que se agita y se siente en el cuerpo (o la tierra de la persona).

Estos sentimientos, que residen bajo la superficie en una persona muy introvertida, pueden entrar en erupción de repente. Cuando son revelados a otra persona en un momento de conversación íntima, casi siempre esa persona se sorprende: «no tenía la menor idea de que sintieras esto tan fuerte».

El arquetipo Hefesto predispone al hombre (o a la mujer) a no hablar sobre sus sentimientos o no manifestarlos. Prefiere crear su propia versión de la forja y del trabajo en soledad. Allí o bien sublima sus sentimientos o los expresa mediante su trabajo. Por ejemplo, el arquitecto que ansía tener un hogar tranquilo y ordenado puede plasmar estos sentimientos en los planos de la casa que está diseñando (en lugar de comunicar a su familia lo mal que se siente con el desorden): el abstracto pintor expresionista crea en su lienzo la atmósfera que anhela o bien puede expresar la ira y el dolor al sentir que sus necesidades están tan desatendidas (no expresadas o, en el mejor de los casos, mal comunicadas).

La forja se encuentra dondequiera que realice su trabajo de transformar o traducir lo que siente en profundidad en algo externo a él mismo. Muchas buhardillas o sótanos de artistas son verdaderos lugares adonde los hombres van para estar solos con el arquetipo Hefesto, un lugar donde pueden ser el Hefesto de la forja subterránea.

El amor no consumado, una mujer inalcanzable o un amor no correspondido pueden avivar el fuego de la forja transformadora cuando Hefesto es un arquetipo activo. El fuego de la forja es la pasión no expresada que inspira el trabajo creativo.

El artesano cojo

Tal como hemos visto, Hefesto fue el único olímpico físicamente disminuido, la única deidad principal imperfecta. Fue rechazado del Olimpo por haber nacido con un pie deforme, lo cual ofendió a su madre Hera, o por haber enfurecido a Zeus, que le lanzó por la montaña y le dejó cojo.

La deformidad física de Hefesto no se puede separar de la herida emocional causada por sus padres. A raíz de su cojera y de su rechazo, Hefesto se convirtió en el dios de la forja, el arquetipo del instinto de trabajar como medio de evolución y de sanar las heridas emocionales. Hefesto es el arquetipo del artesano cojo (o del artista, escritor, sanador, inventor, fabricante herido) cuya creatividad es inseparable de sus heridas emocionales.

Hefesto, el artesano, se parece mucho al sanador enfermo cuya motivación de sanar procede de sus propias heridas, las cuales se curan cuando él cura a los demás. Hefesto tenía un pie deforme y caminaba balanceándose, lo cual divertía a los otros olímpicos, que le ridiculizaban. No podía ser hermoso, por eso creaba belleza; su pie no se movía como debía, pero lo que él hacía funcionaba perfectamente. Mediante su trabajo, Hefesto y los hombres (y mujeres) como él pueden verse a sí mismos reflejados intactos y funcionando correctamente; a través de esta proyección fluye la autoestima y el respeto hacia uno mismo, así como la estima y el respeto hacia los demás. De este modo se curan las heridas que motivaron el trabajo.

Tal como el escritor junguiano James Hillman comenta: «Nuestros padres son los que nos hieren. Todos llevamos una herida de nuestros padres y

tenemos un padre o una madre heridos. La imagen mítica de la herida, o del padre o la madre heridos, se convierte en la afirmación psicológica de que *el padre o la madre son los heridos*^[48]». Literalmente, hacemos responsables a nuestros padres; pero esa misma frase “el padre o la madre son los heridos”, puede significar metafóricamente que nuestras heridas también pueden hacernos la función de padres. Nuestras heridas se pueden convertir en los padres y las madres de nuestros destinos.

Cuando el arquetipo Hefesto es uno de los principales componentes de la personalidad de un hombre, entonces puede que éste siga el patrón del artesano cojo, y su rechazo y su herida pueden “apadrinar” su creatividad. Pero esto sólo sucede si, al igual que Hefesto (que tuvo dos madres adoptivas), es lo bastante afortunado como para recibir apoyo y tiene la oportunidad de hallar un medio para desarrollar las habilidades que le permiten expresar su creatividad.

Al ser lanzado desde el monte Olimpo y “bajar a la tierra”, es como Adán y Eva cuando fueron expulsados del Jardín del Edén. En ambos mitos, el sufrimiento y la necesidad de trabajar vienen a raíz de la “caída”.

Reconciliador de la paz familiar

Hefesto sufrió malos tratos de pequeño cuando fue arrojado desde el monte Olimpo por su padre o su madre y se quedó cojo para siempre a raíz de ello. En las familias conflictivas, con frecuencia el niño suele adoptar el papel de pacificador. Muchas veces es un niño vulnerable que es extraordinariamente sensible a los primeros signos del conflicto inminente: en el Olimpo, este niño fue Hefesto.

Una descripción de los acontecimientos al principio de la *Iliada* es la del conflicto que tiene lugar en la mesa entre los padres, y que amenaza con ir en aumento si no fuera por la intervención de Hefesto, el pacificador de la familia. Esta experiencia es muy frecuente en muchos hogares. “¡No hagas enfadar a papá porque se meterá con todos nosotros!”, es la actitud de Hefesto:

Los dirigentes están en desacuerdo; el señor de los cielos ha

prometido a Tetis que concedería honores a su hijo y que humillaría a quienes le contradijeran. Entonces empieza la pelea en el cielo; Hera lanza vigorosos reproches a su esposo y éste la reprende con fuerza. Ella, reteniendo su ira, se sienta en silencio y la rebelión empieza a cocerse entre las filas de los dioses. Entonces su hijo Hefesto se levanta para reinstaurar la paz. Dice que es intolerable para los dioses pelearse por los hombres y estropear el placer del banquete olímpico; todos estarían bien si su madre se reconciliara con su padre y le hablara amistosamente, así él no se enfadaría ni les haría sentir su poder superior. Y Hera sonrío. Contenta acepta la copa que le ofrece su hijo^[49].

Hefesto y Afrodita: unir el trabajo con el amor y la belleza

En la *Odisea*, Afrodita, la diosa del amor y de la belleza, se casó con Hefesto y tuvo muchas aventuras. Cada una de ellas dio como fruto un hijo o hija. Sólo con Hefesto no tuvo descendencia; en su lugar su matrimonio se veía como una personificación de la unión de la artesanía y la belleza, que da a luz a hermosos objetos. En la *Iliada* de Homero, Hefesto se casó con Caris o Gracia; en la *Teogonía* de Hesíodo, su esposa, Aglaya era la más joven de las gracias o (en una versión menor) una doncella de Afrodita. Cada una de éstas es una versión del matrimonio de la belleza o la gracia con la artesanía.

Hefesto busca la unión con Afrodita en muchos planos: en las relaciones personales y en el trabajo, el arquetipo Hefesto se siente atraído hacia la belleza y el amor, eso que le ha sido negado y que, sin embargo, ansía tener. Los sentimientos profundos y apasionados de un Hefesto pueden ser atizados por una hermosa mujer que sea como Afrodita en su intensidad y sensualidad. Ella puede inspirar su trabajo y encender sus sentimientos.

En este proceso, los papeles de hombre y mujer están invertidos, puesto que es ella la que psicológicamente le “fecunda”, fertilizando su creatividad gracias a la cual surgirá un nuevo trabajo en él.

Hefesto y Atenea: la unión del trabajo creativo y la inteligencia

Como ya he dicho antes, Hefesto una vez persiguió a Atenea, diosa de la sabiduría y de la artesanía, e intentó forzarla. Ella se resistió a su indeseado abrazo y su semen cayó sobre el suelo y fecundó a la Tierra, Gea. A su debido tiempo nació Erictonio, cuyo nombre significaba “hijo de la Tierra” y se le entregó a Atenea para que lo cuidase. Tiempo después engendró el linaje de reyes legendarios de Atenas.

Atenea, que adoptó al hijo que Hefesto le había entregado, representa el intelecto que sabe cómo hacer algo. Su sabiduría era la del general de campo cuya estrategia tiene éxito o como la del tejedor que puede visualizar un tapiz, diseñarlo y, línea a línea, materializarlo. Las ateneas contemporáneas pueden hacer planes de negocios en lugar de diseñar planes de batalla y consiguen victorias en el mercado.

La unión de Hefesto con Atenea dentro de la psique de un hombre le permite saber cómo plasmar su trabajo en el mundo. La persecución de Atenea por parte del arquetipo Hefesto puede conducir a un hombre a casarse con una mujer que posea estas cualidades. La tarea de apoyar el trabajo creativo de su esposo o de hallar una forma para que él gane dinero (si él no desarrolla este aspecto de sí mismo), recae sobre ella por defecto. El apoyo de la creatividad de Hefesto al estilo de Atenea también se produce en parejas del mismo sexo.

Cultivar a Hefesto

La única forma de cultivar este arquetipo es dedicarle tiempo, apartarse de la compañía de los demás y quedarse absorto haciendo alguna cosa manual, algo que conozcamos intuitivamente, que durante el proceso de creación cambie, exprese y transforme algo reprimido en nosotros.

Desarrollar la introversión de Hefesto es algo valioso que enseñar a los niños extravertidos y que siempre dependen potencialmente de las otras personas para hagan cosas con ellos. Los padres pueden cultivar a Hefesto en los hijos acentuando la importancia de los períodos de silencio, de aprender a entretenerse ellos solos (sin depender de la televisión, que es un pasatiempo pasivo). Los juegos de construcciones y la arcilla son los comienzos: hay una serie de posibilidades donde la imaginación y el trabajo manual van juntos. Permitir a los niños el privilegio de unirse a ellos en una actividad creativa

paralela y silenciosa, mientras el padre o la madre se convierte en un Hefesto trabajando en la forja, transmite al niño el valor de esta forma de pasar el tiempo. Es importante destacar la importancia de estar absorto en un tiempo creativo. Los adultos que quieren desarrollar este aspecto de Hefesto han de animarse de la misma manera que lo harían con un niño.

Cuando Jung fue rechazado por Freud por no estar de acuerdo con él, expulsado de la cumbre psicoanalítica donde una vez había ocupado el puesto de príncipe entre los seguidores de Freud, atravesó uno de sus períodos más oscuros. Se quedó aislado y padeció un período de incertidumbre interior y de presión interna constante, convirtiéndose en una figura de Hefesto ridiculizada y rechazada. Sin embargo, halló una forma de expresar sus fuentes creativas, al igual que haría Hefesto.

Jung escribió:

Lo primero que acudió a mi mente fue un recuerdo de la infancia, quizás de cuando tenía diez u once años. Por aquel entonces me encantaba jugar con juegos de construcciones. Recuerdo perfectamente cómo construía casitas y castillos, utilizando botellas para formar los laterales de las verjas y las bóvedas. Algún tiempo después empecé a utilizar piedras normales y barro como mortero. Estas estructuras me fascinaron durante mucho tiempo. Para mi asombro, este recuerdo surgía acompañado de una buena dosis de emoción. “¡Ajá! —me dije a mí mismo—, en estas cosas hay vida. El chiquillo todavía está por aquí y posee la vida creativa que a mí me falta. Pero, ¿cómo puedo conseguirla?”, puesto que, como hombre adulto, me parecía imposible salvar la distancia desde el presente hasta mis once años. Sin embargo, si quería restablecer el contacto con aquel período, no tenía más remedio que regresar a él y reanudar aquella vida de niño con mis juegos infantiles. Aquello supuso un momento decisivo en mi destino, pero sólo cedí a él tras incontables resistencias y con resignación, pues fue una experiencia dolorosamente humillante darme cuenta de que no había nada más que hacer que jugar a juegos de niños.

Así pues, comencé a reunir piedras apropiadas, que recogía en parte de la orilla del lago y en parte de dentro del agua. Después

empecé a construir casas de campo, un castillo y luego todo un pueblo...

Cada día después de comer me ponía a construir [...] en el transcurso de esta actividad mis ideas se aclararon y pude captar las fantasías cuya presencia en mí mismo apenas percibía.

Como es natural, reflexioné sobre el significado de lo que estaba haciendo y me pregunté a mí mismo “¿Qué estás haciendo realmente? ¿Estás construyendo una ciudad en miniatura y lo haces como si fuera un ritual!”. No tenía respuesta para mi pregunta, sólo la certeza interna de que estaba en vías de descubrir mi propio mito. Pues el juego de construcción era sólo el comienzo. Éste desató una serie de fantasías que fui anotando a continuación.

Este tipo de cosas me ha seguido sucediendo, y más tarde en mi vida, siempre que me quedaba en blanco, pintaba un cuadro o esculpía una piedra. Cada una de estas experiencias demostró ser un *rite d'entrée* para ideas y trabajos que se fueron sucediendo^[50].

Hefesto, el hombre

Un Hefesto es una persona intensa e introvertida. Es difícil para los demás saber lo que está pasando en sus adentros o para él expresar sus sentimientos directamente. Se puede convertir en un tullido emocional, en un volcán latente o en un hombre muy creativo.

Los primeros años

Un niño Hefesto puede ser difícil de educar, porque posee una intensa energía y sensibilidad respecto a lo que está pasando en su interior. Tiene una tranquilidad que es como muelle presionado que puede soltarse de repente y agitarse con resentimiento e indignación, aunque sólo se manifieste como una burbuja de aire o de un cólico. No suele ser un bebé plácido, mimoso, encantado con lo que está pasando a su alrededor y que se divierte con facilidad. A veces su cuerpecito se siente como si fuera más denso que el de otro niño con una personalidad más liviana. Tiene mente propia y se queda absorto en lo que le fascina, no en lo que otra persona quiere que preste atención.

Si los primeros años son difíciles y él —al igual que Hefesto— es rechazado por su madre por no encarnar sus esperanzas de lo que debería ser un bebé, o si tiene la desgracia de nacer en un hogar violento, entonces estos rasgos de la personalidad se intensificarán. No es un bebé con una personalidad naturalmente alegre que se puede ganar a las personas. Por lo tanto si no es aceptado y amado tal como es, se puede convertir en un niño

retraído y obsesivo.

En la escuela puede ser un solitario, un niño que observa desde la periferia, que no encaja y que nunca parece estar en el centro de las actividades. Está más interesado en las cosas y en las máquinas que en las personas, necesita a los demás para que se relacionen con él a través de lo que está haciendo, a menudo jugando en solitario. El profesor o la madre que le saca de su mundo, suele hacerlo interesándose por lo que ha captado su interés, prestando atención cuando él o ella les muestra y explica cómo funciona o cómo lo ha hecho.

Puede conseguir autoestima si se le aprecia por su individualidad, si se le ama por ser él mismo y se le anima activamente a seguir sus propios intereses (en lugar de forzarle a seguir el ritmo del grupo). Este apoyo le permitirá vivir sin agobios y desarrollar sus habilidades creativas en una etapa posterior de la vida.

Sus padres

El Hefesto mitológico fue un hijo rechazado y el rechazo también puede ser el destino de un muchacho Hefesto. Si su madre es como Hera, que quiere un bebé que realce su autoestima —como un logro o un acto competitivo, una muestra de “mira lo que puedo hacer”— y si tiene un hijo que no cumple lo que espera de él (que es o que suele suceder con este tipo de mujer no maternal y narcisista), ella le rechazará por no ser perfecto.

Si la vida imita al mito en cuanto a que el recién nacido tenga algún tipo de deficiencia, entonces el rechazo total es bastante posible. Para una madre que necesita a un hijo como medio de autoafirmación, un hijo con alguna deformidad asesta a su ego un severo golpe y se convierte en una fuente de humillación. Puede reaccionar desproporcionadamente ante cualquier deformidad y estar resentida y rechazarle por completo, creando de este modo un tullido emocional. Si el internamiento es posible, inmediatamente se deshará de él y lo abandonará en alguna institución.

El rechazo de su padre y sus abusos también pueden dejarle tullido (como en el otro mito). Puesto que Hefesto no se guía por lo que otras personas esperan de él, no es diplomático y tiene sentimientos intensos, puede provocar

la rabia de un padre autoritario (especialmente si también es alcohólico). Un padre así puede pegarle, quizás incluso por defender a su madre, que fue lo que provocó a Zeus. Estos abusos pueden acabar en lesiones físicas permanentes, así como dejar cicatrices emocionales.

Incluso en las familias normales y corrientes, un hijo Hefesto puede ser el menos favorecido, el que es distinto por ser “demasiado serio”, “demasiado intenso y susceptible”, “demasiado retraído” o “demasiado insociable”. Suelen criticarle por su falta de éxito y de ambición y lo comparan desfavorablemente con los demás. Un Hefesto padece dos veces por este rechazo y desaires, primero por la experiencia negativa y luego por guárdarsela en sus adentros y darle vueltas a la misma.

Sin embargo, en una situación ideal de crecimiento, un muchacho Hefesto tiene padres que estarán complacidos con la forma en que funcionan sus manos y su mente. Le valoran y animan a crecer con sus tendencias naturales y le ayudan a adaptarse a la sociedad a la vez que valoran su naturaleza introvertida.

La adolescencia y los primeros años como adulto

Si el joven Hefesto ha sido lo bastante afortunado como para descubrir los medios para ser creativo y se ha lanzado a desarrollar sus habilidades y su visión artística, entonces la adolescencia y la juventud supondrán el principio de convertirse en él mismo a través del trabajo creativo. Puede conseguir este éxito inicial si tiene mecenas artísticos que fomenten su talento, lo reconozcan y le proporcionen las herramientas y habilidades para que los pueda desarrollar. Puede entrar en un mundo diferente: en una gran escuela de artes y oficios de una gran ciudad, por ejemplo, donde por primera vez tiene un lugar en un entorno escolar y gracias a su trabajo cuenta con un medio de expresión y de hacer amistades.

Como niño, el introspectivo Hefesto puede haber sentido una fuerte sensación de no pertenecer a su familia. Ahora, como joven, puede abandonar el hogar en busca de su “verdadera” familia: personas que se parecen más a él, que trabajan la tierra con sus manos, artesanos o artistas. Si ha sido rechazado y ha sufrido abusos, puede ser un adolescente obsesivo, furioso y

deprimido, que fantasea sobre la revancha. Hefesto no devuelve el golpe con sus puños, sino que ingenia elaborados planes para humillar a sus ofensores. También puede convertirse en un artista de *grafitti* en las paredes de los metros y en las de los edificios. Como persona solitaria que es no suele pertenecer a ninguna banda.

Si el joven Hefesto atraviesa una crisis de crecimiento y si no está contento y está furioso, puede empezar a intimidar a las personas (especialmente si les sobrepasa en estatura), aunque en general no lo hace intencionadamente. Puesto que reprime sus intensos sentimientos, puede estar resentido y lleno de rabia contenida. Las personas que perciben esta rabia puede que vayan con cuidado con él, pero lo más típico es que él reprima su ira o la descargue contra sí mismo en lugar de hacerlo sobre otra persona.

Lo que inicialmente suele salvar a los jóvenes Hefesto rechazados de padecer graves depresiones, sea cual fuere el grado de alienación y rabia que alberguen, es el trabajo físico duro. Pueden descubrir este alivio reparando un coche o descubriendo algún trabajo artesanal que les fascine. Por consiguiente, el trabajo gratificante les ayuda a crecer —el trabajo en el que pueden emplear su creatividad y energía psicológica—, incluyendo su ira.

El trabajo

Hefesto fue el único dios que trabajó. En su forja, que equivale a un estudio, un taller, un laboratorio de pruebas, trabajó prodigiosamente para crear objetos hermosos y funcionales, armas y armaduras, vehículos y sirvientas doradas que parecían reales, incluso a Pandora.

Ningún otro hombre está tan absorto ni se dedica tanto a su trabajo como un Hefesto que ha encontrado su oficio. En los años que pasé en los centros médicos haciendo prácticas para conseguir mi título de medicina, conocí a muchos hombres cuya pasión por el trabajo y algunas habilidades les convertía en hefestos. Algunos eran cirujanos admirados por los residentes debido a sus habilidades quirúrgicas y sus investigaciones, así como por su energía, que agotaba a internos y residentes que eran veinte años más jóvenes que ellos o incluso más.

Como estudiantes de medicina, nos preguntábamos cómo estos hombres

podían llevar una vida que se pareciera a la de un mortal ordinario. Un neurocirujano hacía habitualmente seis operaciones diarias, y una vez nos dijeron que hizo una operación que duró veinte horas, agotando a varios turnos de ayudantes. Algunos cirujanos cardiólogos, especialmente en los primeros años de la etapa de perfeccionamiento, parecía que vivieran en el hospital, lo cual ahora es algo bastante común. Cuando no estaban operando o visitando pacientes por el hospital, se dedicaban a la cirugía animal para ensayar nuevas técnicas o practicaban autopsias para averiguar lo que le había sucedido a un paciente al morir. Tenían una pasión por el trabajo que fácilmente se podía observar, pero que de otro modo no habrían expresado.

Al igual que el dios que creó a Pandora y a las sirvientas doradas, el cirujano trabaja para que el cuerpo humano funcione. Él (o ella) es un hábil artesano, un artesano muy desarrollado: presenciar una operación de un cirujano Hefesto es observar a un artista. Si alguien así se parece a Hefesto en su personalidad, también es una persona introvertida, con pocas artes sociales o políticas: sólo recibe reconocimiento por su trabajo. (Apolo es el otro dios que también está dedicado a la medicina, que se encarna en el médico locuaz que posee grandes dotes de diagnosis y teoría, que se sabe comunicar bien. Apolo es el arquetipo que permite ascender dentro del sistema jerárquico de la medicina, sin el cual la habilidad y la pasión de Hefesto puede que no lleguen a expresarse totalmente en el trabajo).

Un entorno más típico para Hefesto es el del campo creativo, donde muchos hombres se consideran “extraños”, poseen una intensa pasión por el trabajo y realizan una labor que les proporciona un medio para expresar sus intensos sentimientos. Un pintor, un arquitecto y un escultor de metal son los ejemplos que acuden a mi mente de hombres Hefesto con los que he trabajado como psiquiatra. Todos venían a mi consulta debido a su ansiedad y a su deseo de ser más conscientes de sus fuertes sentimientos que eran incapaces de expresar. Al igual que los cirujanos Hefesto, estaban muy dedicados a sus trabajos, sus horarios laborales eran igualmente heroicos, pero no los consideraban de ese modo. Buscar la manera de hacer lo que creían posible también les mantenía, les absorbía y, al igual que con el cirujano que pasaba horas en el laboratorio con los animales, estos hombres pasaban horas construyendo y experimentando, realizando el trabajo que surgía de sus

imágenes.

Para un Hefesto, el trabajo es más que un empleo, una forma de alcanzar posición social o de ganarse la vida. Es un medio para realizar el instinto que le presiona a trascender cualquiera de sus últimas soluciones creativas en pro de un nuevo esfuerzo que le absorba por completo. El trabajo da a su vida profundidad y sentido; lo que sabe acerca del dios que hay en su interior lo experimenta en los momentos de creatividad.

El Hefesto que sabe que está haciendo el trabajo de su vida, el trabajo que continúa desafiándole y dándole placer cada vez que completa una parte significativa del mismo, está realizando la tarea que le gusta: este trabajo suele hacerle sentirse íntimamente relacionado con su propia evolución, es una expresión de su psique que se ha hecho tangible. Si, además, le proporciona los medios para vivir bien y tener reconocimiento, entonces será realmente afortunado.

Una gran parte de hefestos no son tan afortunados. Para realizar un instinto laboral profundo, un hombre en primer lugar ha de descubrir qué es lo que le gusta, tener la oportunidad de desarrollar las habilidades necesarias y por último tener la posibilidad de ponerlas en práctica. Trabaja mejor en solitario, sin estar motivado por el provecho ni influido por la competitividad. El mundo corporativo le es ajeno y carece de sentido para él. No se sabe vender a sí mismo ni a sus productos. Cuando tiene éxito es porque sus obras hablan por él y porque hay otra persona, u otro arquetipo en él, que tiene sentido de los negocios. Dados todos los requisitos previos necesarios para hallar un trabajo que le llene, no es de extrañar que la falta de un trabajo significativo desmoralice a un Hefesto, que sufrirá una profunda depresión relacionada con el trabajo o con el desempleo.

Las relaciones con las mujeres

Las mujeres son muy importantes para un Hefesto: pueden tener el poder de “construirle o destruirle”. Puede que necesite a una mujer que cuide su bienestar personal, que sea la fuente de su inspiración creativa, mentora de sus habilidades sociales y que represente su trabajo ante los demás. Las personas importantes en su vida que tienen poder sobre él, a menudo son mujeres: la

madre, profesoras, jefas de estudios, directoras de galerías de arte y jefas. Dada su admiración genuina por las mujeres inteligentes, seguras de sí o por la belleza, se siente atraído hacia mujeres con estas cualidades y puede llegar a concederles poder sobre él.

Si una mujer es capaz de percibir su profundidad y sensibilidad y a su vez estimular su imaginación, se convertirá en el mayor acontecimiento de su vida. Sin embargo, aunque la relación sea breve o larga, ésta durará años (quizás para siempre) en su mundo interior. Para la mayoría de los hefestos, las relaciones significativas son pocas y separadas entre ellas.

La intensidad de su naturaleza introvertida le hace sentirse incómodo. Su conducta puede llegar a ser inapropiada y no es muy bueno iniciando relaciones en fiestas sociales. El juego de las citas es algo que suele evitar.

El hombre Hefesto (o la parte de Hefesto de una persona) es capaz de hacer un trabajo inspirado que surja de las profundidades de su vida interior, de la cual extraiga imágenes y emociones de lo inconsciente colectivo de la humanidad. La intensidad de sus sentimientos, especialmente hacia una mujer con la que no puede tener una relación de todos los días, y por ende a la que no puede convertir en una mujer ordinaria, puede conducirle al trabajo creativo que surge de las profundidades de su alma. Este parece ser el caso del destacado pintor Andrew Wyeth, hombre de estudiada reclusión, que en 1986 reveló lo que la revista *Time* describió como su “sorprendente secreto^[51]”: 246 obras, realizadas durante quince años, dedicadas todas a la misma mujer, de la que sólo revelaba su nombre, Helga. Es evidente que ella inspiró lo mejor de él y fue la musa de su obra más prolífica.

Las relaciones con los hombres

Un Hefesto no es de esa clase de personas que se suelen integrar en alguna fraternidad estudiantil: le repele la camaradería superficial externa y los compañeros de estudios que pertenecen a fraternidades (que tiempo después se convierten en miembros de corporaciones y organizaciones profesionales) le encuentran demasiado diferente a ellos. Si también tiene otros arquetipos, como Apolo o Hermes, que hacen posible que se pueda integrar, su naturaleza Hefesto le impedirá sentir que pertenece a alguna de ellas.

Las relaciones con los hombres que están juntos por cuestiones de negocios no funcionarán con él. Se encontrará con la misma dificultad que tiene con los encuentros superficiales en una fiesta. De modo que se siente —o es— un extraño. Normalmente ha sido rechazado por los “antiguos compañeros de estudios”, por lo tanto lo más frecuente es que le asignen el papel de forastero o que se lo asigne él mismo.

Muchas veces tiene problemas específicos con los hombres de autoridad. Ya sea su padre, profesor o supervisor. Quienquiera que intente cambiar su forma de ser —de la forma como los *marines* de los Estados Unidos “hacen hombres” de sus reclutas—, suele fracasar en su intento, y, enfurecido por no conseguirlo, es probable que le expulse. Hefesto no está motivado por las exigencias externas de adaptarse y vivir según lo que esperan de él los demás, en parte porque está muy enfocado hacia dentro y en parte porque las críticas y la ira que recibe para que se amolde despiertan una cólera intensa, que entonces reprime. Esta ira dificulta más que pueda hacer lo que se espera de él. Las personalidades autoritarias reaccionan desproporcionadamente ante cualquier cosa que parezca una insubordinación o una falta de respeto, lo cual empeora las cosas.

Ares, el dios de la guerra, intentó una vez infructuosamente llevar a Hefesto al Olimpo por la fuerza. Hefesto le lanzó tizones ardiendo y se marchó. Al igual que el dios, el hombre Hefesto se resiste a la fuerza, que cuando se utiliza contra él le hace “arder” en hostilidad. Ni siquiera el dios conocido por su incontrolado poder y sed de combate pudo obligar a Hefesto a hacer algo que no quería, y tampoco suele funcionar este sistema con un hombre Hefesto, aunque sea joven.

Sin embargo, Dionisos le convenció con el vino y le persuadió para que le acompañara montado sobre un asno. Dionisos no recurrió a la fuerza, suavizó la testarudez de Hefesto y consiguió lo que Ares no pudo conseguir. Se relacionó con él en su propio terreno, cambiando su postura dura con el alcohol, que hizo de Hefesto un ser más flexible, en lugar de belicoso.

La vida se asemeja al mito en la amistad entre Hefesto y Dionisos. Con frecuencia sólo otro forastero que hace un esfuerzo por conocer a Hefesto tiene éxito en su intento. Beber juntos puede ser un ritual de unión entre hombres: con Hefesto, no funciona como iniciación en un clan, pero sí con otro

hombre que aprecie la belleza y conozca el sufrimiento y que no teme demostrar sus sentimientos, como es el caso de un Dionisos. El Dionisos más extravertido y expresivo puede expresar, exteriorizar o representar lo que está oculto y sin manifestar en Hefesto. Esta complementariedad ofrece una base común para las pocas amistades profundas y duraderas que puede tener un Hefesto.

La sexualidad

La intensidad y la intimidad caracterizan todos los aspectos de la vida de un hombre Hefesto, especialmente su sexualidad. Es monógamo y fiel, y espera que su pareja le corresponda. Muchas veces sufre el mismo destino que el dios: descubre que la mujer de su vida le ha traicionado. Él contribuye a su infidelidad despreocupándose de ella, aunque siempre conserve su imagen en su mundo interior. Un Hefesto típico se involucra en exceso en su trabajo, no está mucho con ella, no es comunicativo y también puede pasar mucho tiempo sin mantener relaciones sexuales.

Puede sublimar el fuego sexual en su trabajo y pasar largos períodos de celibato incluso dentro de una relación. Su trabajo se convierte en una especie de amante que le exige su tiempo y su sexualidad.

Cuando un Hefesto hace el amor, es posible que su experiencia interior sea más profunda que la propia sensualidad del acto. Aunque puede que no comparta la experiencia con su pareja como una comunicación o comunión entre ambos, sin embargo esta pareja es la fuente de su experiencia interior y verdaderamente puede considerarla como un tesoro.

Normalmente no ve en su verdadero contexto a la mujer Afrodita, que se siente atraída por su intensidad y a la que le fascina su creatividad, como una mujer atractiva con muchas relaciones. Cuando descubre que ella tiene otros amantes, se suele sentir muy traicionado, aunque no lo exteriorice. A veces, este tipo de mujer simplemente le seduce y luego le engaña.

Un Dionisos homosexual puede seducir y traicionar del mismo modo a un Hefesto homosexual, y el alcohol puede desempeñar un papel importante en la situación. Sin embargo, Hefesto no está bien representado en la cultura social gay: no le van las relaciones superficiales ni la identificación con un grupo, lo

que hace que para él las fraternidades y la vida corporativa no le resulten atractivas. Y a su vez es rechazado por los grupos gay por no encajar en ellos.

El matrimonio

Para el Hefesto, el matrimonio es tan importante como problemático: su bienestar en el mundo exterior tanto como en el interior dependerá de con quién se case y de cómo le vaya el matrimonio. De lo contrario se sentirá emocionalmente aislado. Tradicionalmente (y estereotípicamente) para la mayoría de los hombres, pero muy en especial para el introvertido Hefesto, las relaciones son algo de lo que se ocupa su mujer. Ella invita a los amigos, hace planes para las vacaciones, mantiene el contacto con la familia y recuerda las fechas importantes.

La esposa de un Hefesto también puede ser crucial para establecerse y conservar su trabajo en el mundo. El artista o el artesano Hefesto que crea su obra en soledad, suele necesitar a alguien que le haga de agente. Es normal que su mujer venda sus obras o encuentre al agente, la galería o el medio que lo haga por ella.

En su mitología, Hefesto se casó con Afrodita y ésta le puso los cuernos. Él también intentó fecundar a Atenea sin éxito, porque se le resistió, y creó a Pandora (así como a las sirvientas doradas). Estas tres relaciones míticas reflejan tres tipos de matrimonio para Hefesto.

Hefesto y Afrodita

Las mujeres que se parecen a la diosa del amor se sienten atraídas por la intensidad en las relaciones que Hefesto puede proporcionar. Si crea hermosos objetos de arte, la sensualidad estética de ella también se siente atraída hacia su trabajo. Además la ve como su Afrodita personal y proyecta su imagen en ella. Ella se siente como una diosa en su presencia.

Ambos poseen la intensidad del momento presente; él se puede retraer y vivir la relación como una experiencia interior, lo cual ella no suele hacer. Normalmente un Hefesto “desaparecerá” de esta forma y dirigirá esa intensidad hacia su trabajo, esperando que, mientras tanto, ella permanezca monógama. A menos que canalice su energía en un trabajo creativo o uno de

sus principales arquetipos sea el de la esposa Hera, ella tendrá una aventura mientras él esté trabajando.

Hefesto y Atenea

De todas las deidades del Olimpo, Atenea, diosa de la sabiduría y de la artesanía, fue la que tuvo la mente más clara. Podía diseñar un plan para sitiar una ciudad del mismo modo que diseñaba un tapiz. Las mujeres Atenea evalúan muy bien las situaciones, favorecen a los hombres que tienen éxito o que triunfarán con su ayuda. Los celos no son un problema para ellas. Los hombres Hefesto admiran, aprecian e incluso se maravillan de cómo las mujeres Atenea pueden hacerse cargo de las finanzas y de las alianzas que necesitan para triunfar.

Andrew y Betsy Wyeth parecían tener este tipo de unión. Betsy es la manager de Andrew. Cuando se reveló el secreto de Wyeth y su aparente obsesión por pintar a Helga, la respuesta de Betsy fue la de la típica Atenea segura de sí misma: «Es una persona muy reservada. Él no se mete en mi vida ni yo no me meto en la suya, y vale la pena. Mira los cuadros, ¡oh, Dios, los cuadros son increíbles! ¡Y cuántos hay^[52]!».

Ella vendió la colección por más de diez millones de dólares, según los informes.

Hefesto y Pandora

Hefesto fue el último creador cuando, a instancias de Zeus, creó a Pandora, la primera mujer mortal. No fue la única mujer que creó. Homero observó que había resuelto su problema del servicio doméstico creando sirvientas doradas que parecían mujeres de verdad y que no sólo podían hablar y usar sus miembros sino que estaban dotadas de inteligencia y entrenadas para realizar trabajos manuales.

Así mismo cuando un Hefesto mayor y amedrantador se casa con una mujer más joven que se parece a la diosa virgen Perséfone, que es receptiva y dócil, puede moldearla hasta convertirla en una esposa que se comporte como una sirvienta dorada.

Puede que no la moldee tan intencionadamente. Su falta de definición

(típica de una Perséfone) y su aspecto proporcionan la “pantalla” sobre la cual recae su imagen “proyectada”. Su receptividad para ser lo que él quiere que sea es consciente (ella quiere agradarle y así tendrá en cuenta sus preferencias) e inconsciente (con su receptividad psíquica, ella transforma el aspecto de sí misma para que esté más próximo a la imagen que él tiene de ella).

Ella también puede ser un “invento” de su propia mente y corazón, que le conducirá a desatar todo tipo de infortunios sobre él. Introverso como es, a menudo con muy poca práctica en conocer a las mujeres, puede que se enamore de la imagen que tiene de ella, a la vez que supone que ella siente lo mismo por él con la misma intensidad. Dada su intensidad y su monogamia, que puede ir unida a un anhelo de intimidad y aceptación que nunca ha tenido, su errónea suposición de que ella es como él había imaginado acaba en un desastre personal. Ella se puede convertir en una Pandora para él, dotada con sus mismas características: astucias femeninas, atractivo sexual y desvergüenza, palabras ingeniosas, mentiras y engaños.

La descendencia

El dios no tuvo hijos, y muchos hombres Hefesto prefieren no tenerlos, especialmente si su infancia no fue feliz. La respuesta de Hefesto a su propio hijo no es fácil de predecir. El hecho de que llegue a vincularse al niño será decisivo. (Ese vínculo será más probable si está en el quirófano en el momento del parto). Si se vincula a él o a ella su apego será profundo, casi visceral. Le gustará tener a su hijo o hija cerca, aunque no juegue o hable mucho con él o ella.

Los hijos o hijas pueden sentirle distante, que es una persona reflexiva e irritable cuando alguien le interrumpe, que se enfada cuando hacen ruido y que no es consciente de que lo que espera de ellos no es lo adecuado para su edad. Una hija de un Hefesto me contó que cuando sólo tenía seis años, su padre le pidió que le preparara café y se enfureció cuando vio que no sabía.

Hay algunos problemas predecibles entre los padres Hefesto y sus hijos, que empeoran por su ira y depresión crónicas y su necesidad de controlarse. Por ejemplo, rara vez es directo y explícito a la hora de comunicarse. Los

hijos a menudo aprenden a andar de puntillas, intuir y deducir sus reacciones.

Muchas veces sus hijos se opondrán a su autoridad porque sus razones para lo que hace son subjetivas y no se sabe comunicar. Por otra parte no le gusta el cambio, y los niños y los adolescentes están siempre cambiando. A raíz de ello se producen fricciones.

Los padres Hefesto coléricos y controladores con hijas maleables las convertirán en “sirvientas doradas”, que hacen lo que se les dice. Estarán aplastadas bajo su pie. Coartarán su autonomía y exigirán obediencia, reprimiéndolas y convirtiéndolas en víctimas propiciatorias para caer bajo el dominio de otro hombre. Los hijos a menudo se rebelan contra un padre Hefesto furioso y dominante, las hijas rebeldes también se rebelan, generalmente fuera de su territorio.

Tanto hijos como hijas se pierden el haber tenido a su padre como mentor, ya que es demasiado individualista e introvertido como para ayudar a los hijos e hijas a abrirse camino en el mundo. El propio Hefesto suele estar fuera de la corriente, por lo que la red de relaciones con los antiguos compañeros de estudios rara vez le sirve de recurso para sus hijos y él no suele ser un modelo de rol a seguir para alcanzar el éxito.

Aunque muchos niños tienen dificultades con sus padres Hefesto, también es posible una relación especial muy positiva si el padre no es una persona que se enfurece con facilidad y se siente vinculado a sus hijos. Al igual que el padre artesano cuyo taller detrás de la casa es un cálido santuario para que sus hijos desarrollen su creatividad y estén con él, los niños que tienen relaciones positivas pasan tiempo con sus padres Hefesto. Su creatividad, confianza y autoestima crece a raíz de la experiencia de estar con él, de hacer cosas juntos, de que su padre le muestre cómo se hace algo y de crear algo por ellos mismos.

La mitad de la vida

La primera mitad de la vida en general le resulta difícil porque no se ajusta a lo que la sociedad espera de los hombres: no es un hombre competitivo, lógico, extravertido, que disfruta con los retos y que triunfa en el mundo. Aunque la mayoría de los hombres hacen lo que se espera de ellos al

establecer su carrera y una familia en la primera mitad de la vida y dejan el viaje interior para la segunda mitad, el hombre Hefesto ha estado siempre orientado hacia su mundo interior y ha necesitado expresar sus callados e intensos sentimientos.

Si, a pesar de ir de por libre, ha podido establecerse en el mundo profesional y en la vida familiar, la segunda mitad de la vida suele ser más feliz que la primera. Por primera vez, en comparación con sus homólogos de la misma edad, Hefesto puede entrar en esta nueva fase de la vida con ventaja. Ha tenido que luchar para ser él mismo y cumplir con las tareas externas, y ha podido hacer ambas cosas. (Cuanto más extravertido es el hombre más se adapta sin demasiado esfuerzo a hacer lo que se espera de él en la primera mitad de la vida. Su individualidad sufre y exige cosas que le causan conflictos y depresión en esta etapa de la vida).

Sin embargo, el enojado y crónicamente deprimido Hefesto que es antagónico con las personas, las intimida o se aparta de ellas, puede llegar a la mitad de la vida sin intimidad ni trabajo gratificante. El patrón puede que esté demasiado arraigado para cambiar, salvo para empeorar. Si hace inventario y se compara con otros hombres, puede que entre en una crisis de la mitad de la vida en la que podrá realizar un cambio importante. (Véanse secciones posteriores sobre conflictos psicológicos y formas de crecer).

Los últimos años

En los últimos años de su vida se ve claramente “el final de la historia”, los hombres Hefesto pueden terminar satisfechos y trabajando creativamente en su “forja” elegida, son artesanos cuyas habilidades han madurado y se han perfeccionado. Sin embargo, los Hefesto también están ampliamente representados entre los que han fracasado y han quedado marginados.

Conflictos psicológicos

La mayoría de los hombres Hefesto han tenido que soportar el sentirse inaceptables, el no ser capaces de encajar en el estereotipo (o las expectativas) de cómo debería ser, primero como niño y luego como adulto. Si tiene una vida familiar complicada o en la que padece abusos y además es un niño rechazado, esta experiencia generalmente le volverá más solitario de lo que ya habría sido de todos modos. Con su actitud cerrada, introvertida, no suele compensar la falta de amor o de aprobación en el hogar mediante la popularidad o el éxito escolar (a menos que también se encuentren otros arquetipos).

Como hombre seguirá hallando dificultades en encajar y adaptarse. En su trabajo puede descubrir que es una persona productiva, valorada y creativa, pero le faltan aptitudes políticas, sociales y de comunicación, de modo que esta vía tampoco se le abre con facilidad. Por consiguiente se pueden prever los problemas psicológicos.

Cojera emocional: la consecuencia del rechazo

Hefesto fue rechazado al nacer por su nada maternal madre Hera cuando descubrió que no era perfecto. Avergonzada por su aspecto, lo arrojó desde el Olimpo, un destino literalmente compartido por esos bebés recién nacidos que se encuentran en los contenedores de basura, cuyas madres los tratan como si fueran vergonzosos errores que hubieran de ser eliminados. Este sino también lo comparte metafóricamente un gran número de bebés que no cumplen con las

expectativas y son rechazados emocionalmente.

Los bebés a los que no se coge en brazos ni se les acaricia no llegan a crecer emocionalmente y (tal como se descubrió en Inglaterra en tiempos de guerra) sin el contacto humano (que equivale al amor), un bebé morirá, aunque se le alimente con regularidad y esté en un entorno limpio. Muchos bebés bajos de peso, apáticos “que no llegan a prosperar”, eran ingresados en las urgencias de los dos hospitales estatales del distrito en los que yo estaba de prácticas; su principal problema parecía ser el rechazo materno y la falta de atención.

Incluso aunque un bebé rechazado sobreviva físicamente, el daño psicológico sigue provocando una cojera emocional. A esa criatura le falta la confianza básica de que el mundo es un buen lugar y padece ansiedad y desconfianza. Comienza su vida como un solitario porque no tiene a quién vincularse.

En otra versión del rechazo, Hefesto fue lanzado desde el monte Olimpo y herido por un iracundo Zeus cuando se puso al lado de su madre en una pelea entre Hera y Zeus. Esta vez era la conducta del niño la inaceptable y la causa del rechazo paterno. En esta versión, Hefesto se convirtió en un tullido a causa de los malos tratos. De nuevo, la vida imita literalmente este mito con mucha frecuencia, cuando una mujer con un hijo pequeño vive con un hombre que no es el padre de la criatura y a quien le molesta la presencia del niño, ya sea porque le considera su rival o porque le pone nervioso y lo maltrata. Al quedarse desprotegido por la madre y sufrir malos tratos por parte de una figura paterna, este niño puede sobrevivir a los abusos físicos, pero quedará emocionalmente afectado, y el temor y la ira estarán latentes en su interior.

Un niño Hefesto que se vuelve emocionalmente cojo puede vivir una serie de experiencias con sus padres, desde los extremos del abandono materno o los abusos paternos hasta los efectos más sutiles del distanciamiento de la madre y las críticas del padre. El grado de afectación no tiene por qué estar directamente relacionado con el grado de dificultad al que se enfrenta, sino más bien con su experiencia subjetiva. Puede llegar a observar mucho después que, considerada objetivamente, aquella experiencia “no había sido tan mala”, pero esta sensibilidad al rechazo, unida a su introversión innata, produce fuertes reacciones y sentimientos dolorosos. A este niño se le puede “herir”

fácilmente, lo que aumenta las dificultades.

Sus características intensifican los efectos de las experiencias dolorosas. Un niño más extravertido o impulsivo que padece abusos puede convertirse en una persona vengativa y que intimide a los demás, o puede explicarle a alguien su situación y acaparar la atención hacia ella. Hefesto no hará ninguna de estas cosas y se retraerá sin revelar hasta qué punto está herido, furioso y tiene miedo; no habla con nadie de lo que le pasa y puede quedar emocionalmente trastornado, con dificultades para comunicarse y alienado de los demás. Como hombre puede repetir sus experiencias de la infancia, ser rechazado por las mujeres en las que busca el afecto y ser juzgado negativamente por los hombres.

Distorsión de la realidad: problemas con la emoción introvertida

Al albergar sentimientos ocultos y ser fácil de herir hace que sea probable que distorsione lo “que realmente ha pasado”, lo cual es un problema tanto para Hefesto como para quienes le rodean. El efecto emocional que tiene sobre él, más que la intención de la otra persona o los hechos de la situación, son lo que determina su perspectiva.

Pequeñas heridas que a otro hombre les pasarían inadvertidas a él pueden causarle estragos. Y al no mencionarlo o no poder aceptar la versión de otro, cualquiera que fuere el incidente para él se convierte en “lo que ha sucedido”. Si meses o incluso años más tarde, al final habla de ello, la otra persona puede que no recuerde el incidente y se sienta atacada, triste, consternada o furiosa con él por sentir de ese modo respecto a ella.

Los sentimientos positivos también pueden despertar con pequeños gestos, una ternura que le conmueve y le da moral durante años. Y estos gestos pueden haber sido o no una expresión significativa por parte de la otra persona.

Con el sentimiento de introversión, la reacción interna al acontecimiento externo queda retenida. El recuerdo de la persona no es de los hechos, sino de los acontecimientos teñidos por las emociones. Todo el mundo lo hace hasta cierto punto, por supuesto, pero Hefesto mucho más.

Falta de éxito en el mundo

Hefesto fue arrojado desde lo alto del Olimpo, que es el pináculo simbólico del poder. Y cuando visitó el Olimpo, era evidente que no pertenecía al grupo de gente rica y bella de la cima. Lo mismo sucede con los hombres Hefesto. La imagen de Hefesto en su forja recuerda al obrero siderúrgico, al soplador de vidrio o al herrero en el horno: el aristócrata trabajador que ya no goza de mucho prestigio en un mundo dominado por amasadores de dinero. No se confieren demasiados honores a los hombres que trabajan con sus manos en lugar de con sus mentes, tanto si son expertos, mediocres o trabajadores rasos. Las cimas olímpicas están pobladas de hombres que no hacen nada tangible por sí solos: son hombres de negocios e inversores.

La rabia se esconde en muchos hombres Hefesto que en su adolescencia se dan cuenta de que nunca serán “alguien”. Un hombre puede sentir esa misma rabia cuando se da cuenta de que una mujer no le mirará como un posible compañero porque es de clase trabajadora o cuando no puede dar a sus hijos algo que necesitan y que está fuera del alcance de sus medios. Si nunca encuentra un trabajo gratificante y si (de acuerdo con su naturaleza hefestiana) su forma de manejar su rabia es contenerla, se deprimirá y amargará. En esto no es como Ares y Poseidón, que bajo circunstancias similares explotan descargando su rabia contra los demás.

El papel de bufón: problemas con la baja autoestima y sentirse inadecuado

Fuera de su taller, Hefesto se convirtió en un bufón. Los dioses del Olimpo se partían de risa cuando veían a Hefesto con sus peculiares andares yendo y viniendo afanosamente por las salas de palacio sirviéndoles néctar que extraía de un gran cuenco. Se rieron cuando les invitó a contemplar la escena de ver a su esposa Afrodita y Ares atrapados en su red invisible, en lugar de solidarizarse con él.

Philip Slater, autor de *The Glory of Hera*, en su interpretación psicológica de la mitología y de la familia griega, vio en el papel de Hefesto como payaso “su resignación a la humanidad”:

Hefesto transmite el mensaje interpersonal: “No tenéis nada que

temer de mí, tampoco hay nada en mí que pueda despertar envidia o resentimiento. Soy únicamente un pobre payaso cojo, dispuesto a servirlos y a hacerlos reír con chistes sobre mí^[53]”.

El Hefesto que sigue este patrón se convierte, muchas veces sin darse cuenta, en un payaso. Con su “descompasada” personalidad introvertida, siempre está haciendo algo inapropiado, que provoca la risa o el ridículo. Es el niño cuyo atuendo escolar incita a los comentarios despectivos de los demás, o que no sabe qué decir a la chica más popular de la clase, y le dice algo memorable y que provoca la risa de todos. Es el muchacho que reacciona desproporcionadamente a una burla y que a raíz de ello recibe una paliza despiadada. Quizás aprenda que su humillación siempre es peor si se opone a ella y se dé cuenta de que si hace de bufón suaviza la situación. En el Sur profundo cuando a los hombres de color se les llamaba “negros” y se les podía linchar, un hombre de color podía salvarse de la agresión convirtiéndose en el arrastrado y modesto Hefesto. El hombre Hefesto que actúa de este modo suele estar en una posición similar por sentirse un rechazado solitario, sin nadie que le respalde.

Pero esta solución suele ser autodestructiva. Cada incidente que tiene lugar es a expensas del respeto hacia sí mismo y hacia los demás. A menudo incita a alguien que disfruta humillando a los demás a que se meta con él.

Una *persona* o “rostro público” mucho más sutil que algunos Hefesto utilizan es el de la afabilidad: el eterno “señor Buen chico”, que bajo su máscara alberga ira o depresión porque fue rechazado de alguna forma significativa por sus padres. Un patrón bastante común es el de la relación de Hefesto con Zeus y Hera: es un hijo “sin padre” de un padre ausente o distante, que también estuvo “huérfano de madre” por ser ésta egoísta y narcisista.

La rabia vertida hacia dentro: problemas de depresión

La depresión puede ser un grave problema crónico para los Hefesto, cuya naturaleza introvertida hace que sea más frecuente que repriman su dolor y su ira a que expresen externamente estos sentimientos. El rechazo, la falta de aceptación y de éxito —las susceptibilidades de este patrón— son fuentes

evidentes de ira y de dolor: tiene razones para enfurecerse, pero no lo hace. Cuando se reprime y se encierra en sí mismo, la depresión es el resultado.

Las adicciones

Los hombres Hefesto pueden recurrir al alcohol para acallar sus sentimientos y sentir con menos intensidad. El alcohol también les puede ayudar a ser afables con los demás, es un medio para ser más dulces. Muchos hombres de clase trabajadora, cuyo trabajo es duro físicamente y cuya sensibilidad está enterrada y reprimida por naturaleza y por cultura, se emborrachan deliberadamente cuando tratan de sobreponerse a alguna pena. Beber demasiado, seguido de una resaca, es una forma aceptable de permanecer insensible y de sufrir: una semana dedicada a superar algo de este modo también se considera como una cosa de hombres.

Las copas del final del día, de después del trabajo, cuando ya no hay nada que hacer, que se toman para acallar el dolor que producen los sentimientos no compartidos o expresados, sirven de anestésico emocional. El alcohol, utilizado a modo de droga, se puede convertir en el propio problema. La televisión se utiliza de modo similar para aplacar los sentimientos y apartarse de la intimidad pasando horas delante de la pantalla.

Pagar un precio muy alto por la paz

Cuando un niño maltratado y emocionalmente traumatizado se convierte en el mediador de la familia —papel que puede durar toda una vida—, suele hacer algo para calmar la situación en cuanto nota que la tensión va en aumento, para evitar a toda costa un estallido del temido padre o madre. Muchas veces el niño o el hombre ni siquiera se da cuenta de esa percepción, ni elige conscientemente lo próximo que va a hacer. El potencial explosivo de la situación no hace más que crecer y él se va poniendo cada vez más ansioso hasta que se ve obligado a hacer algo apaciguador.

Para apaciguar a un padre o madre temibles, un Hefesto puede llegar a sacrificar esas partes de sí mismo que le ponen en peligro. Suele reprimir lo que siente, conduciendo su propia ira y hostilidad cada vez más hacia dentro. El precio que paga por ser conciliador y tranquilizante es muy alto: se

desconecta de lo que realmente siente y tampoco puede tolerar la ira en los demás. Como adulto, el precio es su propia autenticidad y la falta de tolerancia por la expresión de los sentimientos ajenos, lo cual pasa factura en cualquier tipo de relación.

Las dificultades para los demás

La comunicación con un Hefesto en la vida de una mujer puede resultar problemática si ella quiere o necesita que él hable de lo que está sintiendo o de lo que piensa hacer respecto a alguna cosa. Encaja en el estereotipo del hombre fuerte y silencioso. Puesto que siente las cosas con mucha intensidad, la atmósfera puede resultar pesada a su alrededor y, sin embargo, si se le pregunta qué está pasando no dice nada.

Cuando ella le habla de sí misma, nunca sabe exactamente cómo se lo va a tomar. Años más tarde puede descubrir que le afectó o conmovió mucho aquella conversación, a la que parecía no responder en aquel entonces.

Los intentos de cambiarle y de hacerle más comunicativo pueden funcionar o no; generalmente no funcionan. Una mujer casada con un Hefesto a menudo ha de plantearse si abandona sus intentos de hacer que él se comunique.

Relaciones de abusos

El fuerte, silencioso y furioso hombre que se siente impotente, bebe demasiado y estalla con los que tiene más cerca es el padre en el caso de muchos hijos de alcohólicos que ya son adultos. Aunque Hefesto suele reprimir su ira, cuando empina el codo puede abrirse la tapadera de esa rabia. Sus hijas a menudo han observado la sensibilidad y el dolor de sus padres o conocido habilidades que nunca han desarrollado o han sido reconocidas. Crecen con un punto débil en su corazón respecto a estos hombres, con la esperanza de hacer que su vida tenga sentido y con una gran capacidad para tolerar los abusos. Estas mujeres son susceptibles de entablar relaciones en las que se abusa de ellas, como hicieron antes sus madres.

Inversión de los papeles

Si un Hefesto tiene problemas en ganar dinero porque es un artesano al que no le pagan, porque los que le contratan no necesitan sus habilidades o no aprecian su personalidad, entonces una mujer que le ame puede ser la que mantenga la familia. Los papeles también pueden cambiar cuando surgen tareas en las que uno de ellos ha de negociar algo. Si es ella la que posee una mente más lógica y más habilidades sociales, será ella la que les represente a los dos en el mundo.

En la inversión de papeles, ella puede complacerse en su propia competencia y aceptar la situación o puede estar resentida contra él. Éste a su vez puede sentir resentimiento o gratitud. Dado el poder de “lo que debería ser”, una relación que va en contra de la tradición suele ser estresante para ambos.

Formas de crecer

Si el hombre Hefesto es rechazado o infravalorado por no ir al son de los demás y a raíz de ello siente que hay algo que está básicamente mal en él, el crecimiento comienza cuando se da cuenta de que había algo que no funcionaba en la forma en que fue tratado. A continuación viene el descubrimiento y la valoración de “quién” es, mediante lo que hace cuando es verdaderamente él mismo, y luego habrá de trascender el arquetipo de Hefesto para desarrollar otros aspectos de sí mismo. Estas dos últimas tareas son lo que todo Hefesto hombre o mujer ha de realizar.

“Conócete a ti mismo”

Un Hefesto necesita aplicar el decreto de Apolo “Conócete a ti mismo”. Puede empezar por comprobar cuánto se parece a Hefesto y qué es lo que eso ha supuesto. Ha de revisar hasta qué punto ha cumplido o no lo que los demás esperaban de él, cómo ha sentido que era un bufón socialmente inepto cuando ha intentado actuar como una persona con facilidad de palabra, social y con una mente recreativa “olímpica”, y ha de recordar su dedicación y maestría en alguna de sus creaciones, generalmente manuales. El conocimiento objetivo respecto al arquetipo y el conocimiento subjetivo sobre sí mismo pueden ayudarle a descubrir lo que le confiere un sentido de competencia y significado.

Si existen situaciones traumáticas o abusivas en su vida, entonces la psicoterapia será imprescindible, porque por naturaleza tiende a guardárselo todo para sí mismo, a apartarse de la gente y a la depresión, por encerrar su rabia dentro. Además de necesitar una catarsis, necesita la empatía y la

perspectiva de otra persona. En el proceso, también desarrolla su habilidad de comunicarse y de expresar más las cosas verbalmente.

Conocer a los demás

Hasta un Hefesto muy introvertido suele tener algunas personas importantes en su vida. A diferencia del Hades que se siente a gusto en su reclusión, Hefesto tiene sentimientos profundos y reacciona intensamente a las personas que tienen algún efecto en sus emociones. Por ende ha de aprender a saber estar en las relaciones de una forma menos subjetiva. Es especialmente importante que sepa que “esto que yo siento” no necesariamente es “lo que realmente ha pasado”. La fuerza y la intensidad de sus reacciones subjetivas distorsionan la realidad de lo que verdaderamente hizo o dijo la otra persona. Sólo a través del diálogo, que a menudo evita, se pueden aclarar los malentendidos y las malas interpretaciones. El diálogo ofrece el medio para apreciar las diferencias entre personas que se importan. Esta objetividad es especialmente importante para Hefesto, quien de otro modo puede representar equívocamente su propia imagen subjetiva como si fuera una realidad. Una persona más extravertida suele partir de una base con más información, de modo que el contexto de la situación normalmente forma parte de toda su visión. Sin embargo, el sentimiento subjetivo introvertido suele necesitar la visión de otra persona y sólo el diálogo puede proporcionarla.

Desarrollar otros arquetipos como ayudantes

Si un muchacho Hefesto permanece en el sistema educativo hasta la universidad, probablemente desarrollará habilidades de comunicación (Hermes), visión objetiva (Apolo) y pensamiento estratégico (Atenea), quizás hasta llegue a desarrollar ambición (Zeus). El desarrollo de estos aspectos ayuda sobremanera a un Hefesto innato a estar motivado y a funcionar con eficacia en el mundo laboral. Le permiten aprender y desarrollar las habilidades a través de las cuales puede hacer el trabajo que quiere desempeñar, negociar para que le paguen adecuadamente, recibir reconocimiento, buscar una posición o vender sus creaciones. En resumen, le permiten realizar el trabajo práctico que pondrá de manifiesto su naturaleza

hefestiana. Sin embargo, el mundo no suele aclamar a Hefesto, y los otros arquetipos, más reconocidos, puede que no lleguen a desarrollarse. El hombre (o la mujer) Hefesto puede entonces trabajar durante toda una vida en algo que nunca será nada más que un trabajo, por más que progrese, porque no está profundamente satisfecho ni es lo bastante creativo o significativo en el ámbito personal. Para él o ella, ser un artesano muy habilidoso es más gratificante que trabajar en una oficina del centro de la ciudad; hacer trabajo de investigación en un laboratorio es mucho más satisfactorio que estar en una oficina de ventas; practicar la cirugía es mucho más fascinante que ser el jefe del departamento de cirugía.

Convertirse en algo más que un Hefesto

Cuando un Hefesto encuentra el trabajo que le gusta, el problema es que se puede quedar tan absorto en el mismo que no llegue a desarrollar ninguna otra faceta de sí mismo o hacer sitio para que coexistan otras. Otros potenciales permanecen encerrados e incluso aunque se identifique con las cualidades positivas de este arquetipo, éste le limitará. Este hombre habrá de darse cuenta de que ha de ser algo más que un Hefesto para poder liberar tiempo y energía y tomar decisiones que le permitan evolucionar.

Ser elegido por Afrodita

Afrodita, diosa del amor y de la belleza, eligió a Hefesto como esposo: él no compitió por ella y la consiguió, pero tampoco la cortejó. Del mismo modo, el gusto por las cosas bellas puede estar presente en la psique de un hombre trabajador, aunque no haya realizado ningún esfuerzo, estudio o haya estado en contacto con cosas bellas. Es un don de la diosa del amor y de la belleza, que por eso le “escoge”. Entonces, cuando él hace cosas, por funcionales que sean, su artesanía está unida a la belleza y al amor, y se pone de manifiesto en la forma, en el equilibrio y en los materiales. Hacerlo de otro modo iría en contra de su integridad artesanal y estética. Para ser fiel a sus exigencias internas y para que su trabajo prolifere, ha de respetar esta unión. Los demás quizás no aprecien su trabajo artesanal o el elemento estético de su obra, y quizás se sienta presionado o tentado a infravalorarla. Pero si lo hace,

perderá la dicha y la satisfacción que de otro modo habría disfrutado. Cuando el trabajo llega por su unión Hefesto-Afrodita, se siente inspirado por lo divino cuando crea. Es un instrumento de inspiración a través del cual la belleza se manifiesta en la materia.

Darle unos nuevos padres a Hefesto

Si la vida imita al mito, Hefesto necesitará encontrar unos “padres adoptivos”, o figuras paternas o maternas sustitutas que puedan afirmarle, valorarle e incluso hasta enseñarle o hacerle de mecenas mientras intenta abrirse camino en su mundo. Si alguno de los padres biológicos le rechazó por no cumplir con lo que se esperaba de él, su herida será profunda, pero se podrá curar si se relaciona con personas maternales o paternales que le aprecien tal como es. A menudo necesitará padres “tierra” que le enseñen a hacer cosas tangibles que requieren habilidad y esfuerzo físico para substituir a sus padres “celestiales” que le rechazaron y que hacían hincapié en los logros y en que ascendiera en la escala social del éxito.

Por último, ha de descubrir y desarrollar actitudes dentro de sí mismo que le apoyen y le acrediten como persona y en lo que está haciendo. Y entonces, cuando trabaje el desarrollo de sus talentos creativos, la promesa en el mito de Hefesto es que superará la adversidad, las humillaciones y los defectos.

10. DIONISOS, DIOS DEL VINO Y DEL ÉXTASIS: MÍSTICO, AMANTE, VAGABUNDO

Afirmar lo dionisiaco es reconocer y apreciar el centro de dolor y muerte que existe en la vida y tolerar toda la gama desde la muerte a la vida y desde el dolor al éxtasis, incluyendo la herida con la que uno es “liberado” desde el monótono hastío de adormecedora conformidad hasta las expectativas culturales y familiares.

TOM MOORE, en James Hillman, ed., *Puer Papers*

Dionisos fue el dios del éxtasis más beatífico y del amor más enardecido. Pero también fue el más perseguido, el dios que sufrió y murió, y todos aquellos a quienes amaba, todos los que le servían, tuvieron que compartir su trágico destino.

WALTER F. OTTO, *Dionisus: Myth and Cult*

Dionisos como dios, arquetipo y hombre estaba por naturaleza más próximo a las mujeres. El reino místico y el mundo femenino le eran familiares. A menudo era un elemento no deseado y perturbador, causa de conflicto y locura en la mitología, al igual que puede serlo en la psique del hombre.

Dionisos, el dios

Dionisos (conocido entre los romanos como Baco) fue el dios del vino y «el dios del éxtasis y del terror, del delirio y de la liberación más beatífica^[54]». Fue el más joven de los olímpicos y el único de madre mortal. La vid, la hiedra, la higuera y el pino eran sus preferidos. Sus símbolos animales eran el toro, la cabra, la pantera, el cervato, el león, el leopardo, el tigre, el asno, el delfín y la serpiente. Su dominio «se extendía a toda la naturaleza y especialmente a su fluido seminal otorgador de vida: la savia que recorre un árbol, la sangre que fluye por las venas, el fuego líquido de la uva, el flujo y reflujo de todas las misteriosas e incontrolables mareas de la naturaleza^[55]».

En su mitología y rituales, Dionisos estaba rodeado de mujeres: de madres y niñeras del joven Dionisos como niño divino o de enardecidas amantes, las enajenadas ménades o bacantes, que estaban poseídas por el dios. Se le representó como a un niño o más comúnmente como a un hombre joven con una guirnalda de hiedra u hojas de vid en la cabeza, llevando una piel de animal alrededor del cuerpo y con un báculo denominado “tirso”, cuya punta estaba coronada por una piña de pino y a menudo estaba envuelto con una parra u hojas de hiedra.

Genealogía y mitología

Dionisos era hijo de Zeus y Sémele, una mujer mortal hija de Cadmo, rey de Tebas. Sémele había atraído el amor de Zeus, que la fecundó cuando iba

disfrazado de mortal. La celosa Hera lo descubrió y se propuso vengarse de Sémele y de su hijo nonato. Se apareció a Sémele bajo la forma de su anciana nodriza, Beroe, y persuadió a la incauta joven de que se asegurara de la divinidad de su amante y le insistió para que él la visitara con el mismo esplendor con que se presentaba ante Hera.

Aquella noche, cuando Zeus acudió a su lado, Sémele le pidió que le concediera un favor, y Zeus le juró por la Estigia —lo cual hacía que su promesa fuera irrevocable—, que haría cualquier cosa que ella le pidiese. Sémele, engañada por Hera, le pidió que se le apareciera con toda su majestuosidad como dios principal del Olimpo; ella no sabía que eso le provocaría la muerte. Obligado por su palabra, Zeus se transformó en el dios del rayo, ante cuya presencia ningún mortal puede sobrevivir. El fuego de los rayos de Zeus mató a Sémele pero su hijo nonato se convirtió en inmortal. En el mismo momento de su muerte, Zeus sacó a Dionisos del vientre de su madre y se lo cosió en el muslo, que sirvió de incubadora hasta que fue el momento de nacer. (“Dionisos” puede significar “la cojera de Zeus”, nombre que describe el modo como caminaba Zeus cuando le llevaba en su muslo). Hermes actuó de comadrona en este peculiar nacimiento.

Dionisos fue entregado a la hermana de Sémele y a su cuñado para que fuera educado como una niña, pero ni siquiera este disfraz le protegió de Hera. Ésta hizo que sus cuidadores enloquecieran e intentaran matarle. Dionisos fue salvado una vez más de la muerte por Zeus, que le transformó en un cabrito y le llevó a las ninfas del monte Nisa (un país montañoso mítico y divino, habitado por hermosas ninfas). Le educaron en una cueva (que explica otro de los significados de su nombre: Dionisos o el “divino Nisos”).

Allí su tutor Sileno le enseñó los secretos de la naturaleza y a hacer vino. Sileno suele representarse como un amable anciano, a veces un poco borrachín, que también era medio caballo.

La locura y la violencia

De joven, Dionisos viajó por Egipto y desde la India hasta Asia Menor, cruzando el Helesponto hasta Tracia y de allí a su lugar de nacimiento, Tebas, en Grecia. Dondequiera que iba, enseñaba el cultivo de la vid. La locura y la

violencia le acompañaban. En algunos mitos se dice que fue Hera quien le enloqueció y que cometió asesinatos; en otros mitos, las personas que lo rechazaron se volvieron locas y violentas. Por ejemplo, después de que el rey Licurgo rechazara a Dionisos, se volvió loco y mató a su hijo con un hacha, creyendo que estaba cortando una cepa. Las mujeres que rechazaban a Dionisos corrían la misma suerte: las hijas del rey Preto y del rey Minias que le habían rechazado, enloquecieron y en su frenesí mataron a sus propios hijos haciéndolos pedazos.

Tras su regreso de la India, la diosa Cibeles o Rea (ambas grandes diosas madre preolímpicas) le purificaron de los asesinatos que había cometido en su locura y, significativamente, le enseñaron sus misterios y ritos de iniciación. Así Dionisos se convirtió en el sacerdote de las grandes diosas y en un dios.

Matrimonio con Ariadna

Ariadna, hija del rey Minos de Creta, se enamoró del héroe ateniense Teseo. Con su ayuda, Teseo entró en el famoso laberinto, mató al Minotauro y volvió atrás sobre sus propias huellas para encontrar la salida. Teseo y Ariadna zarparon para Atenas, pero él, despiadadamente, la abandonó en la isla de Naxos, donde se podía haber suicidado de desesperación de no haber sido por Dionisos, que la salvó y la convirtió en su esposa. Por Dionisos, Zeus hizo inmortal a Ariadna. Ella estaba íntimamente relacionada con Afrodita, la diosa del amor y de la belleza, y en Chipre fue adorada como Ariadna Afrodita. En su mitología, los griegos habían hecho de Ariadna, una vez diosa lunar cretense, una mortal victimizada y, a través de Dionisos, la volvieron a deificar.

La resurrección de su madre Sémele

Dionisos descendió al Hades en busca de su madre Sémele, para devolverla a la vida. Juntos ascendieron al Olimpo, donde ella se hizo inmortal. Al igual que Ariadna, la mortal Sémele en los antiguos tiempos prehelénicos había sido adorada como diosa asociada con la Luna y con la Tierra. En la mitología griega, Dionisos es el único dios que rescata y restaura (en lugar de dominar o violar) a las mujeres que representan anteriores diosas

reducidas, cuyos seguidores y adoración habían sido conquistados.

La adoración de Dionisos

Los adoradores de Dionisos, principalmente las mujeres de la antigua Grecia, se comunicaban con este dios en los sitios más salvajes de las montañas. Allí también entraban en el reino de lo emocional y lo irracional, dejándose llevar por el cautivador poder de la danza al compás de una música emotiva en sumo grado y poseídas por el dios. Alternar entre estados de pandemónium y un silencio sepulcral eran las características principales de la adoración a Dionisos.

La celebración de Dionisos se denominaba “orgía” del dios (de donde procede la palabra *orgía*). Con el vino o con otras sustancias sagradas y las danzas rítmicas acompañadas de música frenética de caramillos, tambores y címbalos, los celebrantes entraban en un estado de éxtasis y se sentían “uno con” el dios.

La orgía llegaba al clímax cuando despedazaban y comían la carne cruda de un animal que se había ofrecido en sacrificio, que se creía que era una encarnación del dios. Esto era un acto sacramental de comunión, a través del cual la divinidad de Dionisos entraba en el celebrante.

En Delfos, Apolo entregó su santuario a Dionisos durante los tres meses de invierno. El festival de Dionisos en Delfos fue orgiástico, pero estaba limitado a las mujeres oficiales representantes de las ciudades griegas, y se celebraba bienalmente. Allí no se reprimía a Dionisos; era reconocido, moderado e institucionalizado. También en Delfos, las mujeres celebrantes iniciaron una danza anual sagrada con el descubrimiento ritual y el despertar del bebé Dionisos en una cuna.

En el festival de las flores (antesterias) que marcaba el comienzo de la primavera en el Mediterráneo, se llevaba vino nuevo y era ceremoniosamente bendecido delante de una máscara de Dionisos. Los ojos de la máscara miraban fijamente al adorador, para quien el propio dios se encarnaba en la máscara.

Dionisos ocupó un lugar importante en el orfismo (siglo -IV), que tomó su nombre del poeta mítico Orfeo. En la teología órfica, el bebé Dionisos era

descuartizado y devorado por dos celosos titanes, pero Atenea pudo salvar su corazón y volvió a nacer a través de Zeus, en algunas versiones como hijo de Sémele. Fue adorado como Zagreo, el nombre órfico del Dionisos del mundo subterráneo.

El destino de Dionisos

La vida y la muerte están interconectadas en la mitología y la adoración de Dionisos. Su tumba estaba en el santuario de Apolo en Delfos, donde se le adoraba anualmente como un bebé que se acababa de despertar. Fue un dios adulto que murió, un dios que pasó un tiempo en el mundo subterráneo y un dios recién nacido.

Dionisos, el arquetipo

El arquetipo Dionisos tiene potenciales positivos y negativos muy poderosos, que despiertan los sentimientos más etéreos y básicos, y crean conflictos en la psique y en la sociedad. Es un arquetipo que está presente en algunos místicos y asesinos. En el medio se encuentra el arquetipo en hombres (y mujeres) que experimentan momentos de éxtasis e impulsos intensamente contradictorios.

El niño divino

Una de las imágenes con las que se representa a Dionisos es la del niño divino. El arquetipo del niño divino lleva consigo un sentido de carácter único de una persona y de su destino. En los sueños de las personas de nuestra época, el arquetipo suele estar representado por un niño precoz que habla al soñador o que, de alguna otra forma, evidentemente no es un niño ordinario. El sentimiento personal de que “mi” vida tiene un sentido sagrado o de que hay elementos humanos y divinos en “mi” psique, tiene lugar cuando una persona entra en contacto con el arquetipo del niño divino, que a menudo presagia el comienzo del viaje espiritual de un adulto o el camino de la individuación.

Sin embargo, debido a la intensidad instintiva del arquetipo Dionisos, un ego es muy susceptible de sentirse desbordado por él. Si se identifica con el arquetipo del niño divino, a él o ella a menudo les costará adaptarse a la vida ordinaria. Él esperará un trato o reconocimiento especial y albergará resentimientos cuando su calidad de único no sea respetada y se espera que

cumpla con su parte de trabajo mundano. Si hablamos en términos psicológicos, se infla con un desbordado y no merecido sentido de su importancia.

Si el arquetipo Dionisos es reprimido y con él el aspecto del niño divino, vienen otras dificultades: no sentirse auténtico, estar desconectado con una vaga sensación de no hacer algo importante, o sentir que su vida no tiene sentido. El arquetipo Dionisos está activamente reprimido en los hombres. Desde la infancia a los niños se les disuade para que no tengan ningún rasgo “afeminado”, para que no sean “soñadores” (el aspecto místico de Dionisos” o para que no sean sensuales y se les dice que no han de tocarse.

El eterno adolescente

Dionisos y Hermes son los dos arquetipos que más predisponen a un hombre a ser siempre joven (o, como Jung lo denominó, *al puer æternus*), independientemente de su edad real. La versión dionisiaca del adolescente arquetípico es la de una persona intensa y emotiva, que se queda absorta en cualquiera de sus pasiones del momento, que olvida las obligaciones, deberes o citas que pudiera tener. Por consiguiente, no parece que se pueda comprometer a trabajar de una forma estable para alcanzar una meta a largo plazo. Tampoco parece probable que se comprometa para mantener una relación estable. La regularidad y la constancia le son ajenas, puede ir de un lugar a otro, atrayendo a mujeres, interfiriendo en sus vidas y luego dejándolas.

Puede tener un humor muy cambiante: ahora puede padecer una desesperación profunda y, al momento siguiente, dejarse transportar en éxtasis a un nuevo plano elevado por algo o alguien. Se siente atraído hacia cualquier cosa que intensifique una experiencia. Le atraen las drogas alucinógenas que alteran el ánimo, así como la música.

En los años sesenta, el movimiento hippy fue una expresión de este aspecto del arquetipo dionisiaco, con el consumo de LSD y de marihuana, el llevar prendas de colores y materiales sensuales, pertenecer a los “hijos de las flores”, hacer loveins^[56], celebrar la revolución sexual y abandonar los estudios o el trabajo. Esta identificación con Dionisos puede haber sido una

fase para la mayoría, pero, para algunos que han permanecido como eternos jóvenes, este estilo de vida continúa. Ahora son “hippies que envejecen” con canas en sus barbas: puede que tengan varios hijos, pero el patrón prosigue.

El arquetipo dionisiaco del joven eterno fue encarnado por las estrellas y la cultura del rock. Jim Morrison, del grupo The Doors, y Mick Jagger, de los Rolling Stone encarnaron este arquetipo en los años sesenta, David Bowie adoptó el patrón desde la década de los setenta hasta los ochenta y Prince y Michael Jackson le siguieron en los ochenta. La mayoría de estas estrellas han cultivado un aspecto andrógino y muchas han tenido su lado oscuro, que se acentuó en los roqueros punk.

El hijo de la madre

La madre de Dionisos murió cuando éste todavía era un feto. En su mitología y su adoración está rodeado de madres adoptivas y niñeras, que fueron incoherentes e inestables en su educación. Posteriormente Dionisos descendió al Hades en busca de su madre. A menudo los hombres que se identifican con este arquetipo también parecen buscar a una mujer idealizada que es madre y amante a la vez, y buscan infructuosamente en una serie de relaciones para “hallarla”. Este caso se da especialmente cuando ha existido una separación física o emocional entre la madre y el hijo.

El arquetipo también puede predisponer a un hombre a tener una relación interna psicológica con la Gran Madre. Luego se siente conectado con el mundo maternal, posiblemente atraído hacia la expresión del “instinto maternal” a través de ocupaciones de cuidador e intereses domésticos que tradicionalmente son más femeninos. La relación con la Gran Madre puede ser de índole espiritual (especialmente ahora con el retorno de la Diosa como principio espiritual en la cultura), que quizás se manifieste convirtiéndose en un seguidor de una carismática mujer líder espiritual.

También puede suceder que sea un hombre que se sienta íntimamente ligado a las mujeres, que prefiera la compañía de las fémias, que es un amante de la mujer, que se funde con ella en el éxtasis del acto de hacer el amor y que intuitivamente comprende la experiencia femenina. D. H. Lawrence, autor de *El amante de Lady Chatterley*, de *Hijos y amantes* y de

Mujeres enamoradas, en uno de estos ejemplos.

Las mujeres a menudo se sienten atraídas a cuidar de un hombre Dionisos, del mismo modo que él busca que ellas le hagan de madre. En su necesidad, parece un muchacho “huérfano de madre”, que evoca sentimientos maternales si este “niño de mamá” no está casado —por ejemplo, porque es sacerdote u homosexual—; entonces se puede rodear, como hizo Dionisos, de tres o cuatro mujeres maternales.

El chamán: mediador entre dos mundos

En la sociedad tribal de los nativos americanos, el chamán es muy importante como mediador e intercesor entre el mundo invisible y el mundo físico. El hombre que se convierte en chamán suele estar ya marcado desde la infancia por ser diferente de sus compañeros. Normalmente suele estar en compañía de mujeres y más tarde incluso se viste como ellas, experiencia compartida por Dionisos, que fue educado como una niña durante un período de su infancia.

La psique chamánica con frecuencia es la de un andrógino, un hombre-mujer, tal como se describía a Dionisos como “hombre-afeminado” y se le llama “el afeminado^[57]”. Los curas católicos, cuya función sacramental es la de mediar entre el mundo invisible y el visible, hasta la fecha con frecuencia todavía llevan prendas que son vestidos. La aparente androginia psicológica, la experiencia interior de la percepción masculina y la femenina, es la clave para entrar en su reino.

La visión chamánica es la de la realidad no ordinaria, es el estado alterado de conciencia del que Carlos Castañeda y Lynn Andrews hablan en sus libros sobre sus propias iniciaciones por chamanes o curanderas. En la psicología junguiana, donde se valora el desarrollo de lo femenino en los hombres, el mundo invisible es el mundo de los arquetipos, de los sueños y de la imaginación activa.

Dionisos sacaba a las mujeres de sus vidas ordinarias para gozar en la naturaleza y descubrir un elemento extático en ellas mismas. Esencialmente, las iniciaba en la experiencia chamánica. Dionisos fue un dios iniciado y un sacerdote de la Gran Diosa. En el movimiento contemporáneo de la

espiritualidad de la mujer, Dionisos está presente en algunas mujeres que encarnan el arquetipo de la sacerdotisa como mediadora entre dos mundos. Metafóricamente, funcionan como la Morgana de Marion Zimmer Bradley en *Mists of Avalon*, un sacerdote o sacerdotisa de la Diosa puede atravesar las brumas hasta llegar a Avalón y conducir a otros al reino de la espiritualidad femenina, la isla de la Diosa.

Ser un hombre con una personalidad chamánica en una cultura que valora el “triunfar en la vida real”, implica nadar contra corriente. El místico religioso adolescente que tiene una visión extática de la Virgen se siente tan inaceptable como el que toma alucinógenos. A los demás les parece que ambos —al igual que Dionisos— rozan la locura.

Si Dionisos es uno entre varios arquetipos fuertes dentro de un hombre, no se identificará totalmente con este aspecto chamánico, pero tendrá una predisposición hacia los estados alterados de conciencia. El ámbito del mundo invisible le resulta familiar y fascinante, y puede conducirle a profundas introspecciones. Puede llegar a ser un “místico disfrazado” que, mientras actúa en el mundo con normalidad, descubre que su elemento dionisiaco le proporciona una fuente oculta de sentido.

La personalidad dualista

De todos los arquetipos masculinos, Dionisos es el arquetipo de los opuestos intensos. Tal como lo describe el erudito Walter F. Otto:

Su dualidad se nos ha manifestado en la antítesis del éxtasis y el horror, la infinita vitalidad y la destrucción salvaje; en el pandemónium en que el silencio sepulcral es inherente; en la inmediata presencia que es a un mismo tiempo lejanía absoluta^[58].

Cuando este aspecto del arquetipo dionisiaco se impone, la persona puede cruzar rápidamente la frontera entre estos opuestos. Los grandes cambios emocionales se precipitan con cualquier pequeño acontecimiento. Tener una relación con un hombre o con una mujer que está siempre cruzando a uno y otro lado de esa frontera, supone ser tratado como una persona valiosa y muy

apreciada, y al momento siguiente como si fueras un terrible monstruo. Al mismo tiempo puedes fluctuar entre ser un amante apasionado y un frío extraño. Mantener una comunión extática con un hombre que luego arremete contigo y te hace pedazos es conocer y padecer este aspecto dualista de Dionisos.

Las mujeres también pueden estar poseídas por este arquetipo. Las ménades —las mujeres adoradoras que buscaban al dios en la cima de las montañas— podían ser adorables mujeres maternas y al momento convertirse en devastadoras ménades sin piedad.

La belleza y el peligro mortal eran las características de esta dualidad. La pantera, el leopardo y el lince eran sagrados para Dionisos, reflejaban este aspecto suyo. Estos grandes felinos son los animales más gráciles y fascinantes, pero también los más salvajes y sangrientos.

La forma en que esta tendencia dionisiaca por los sentimientos extremos e intensos perturbe habitualmente su vida y afecte a los demás dependerá de lo fuerte que sea el arquetipo y de lo estable y fuerte que sea su ego. Por ejemplo, una persona con un ego sano puede decir sintiéndolo: «sólo porque yo quiera matarte o cortarme las venas, no significa que vaya a hacerlo». Si el ego es inestable y ha sufrido varios traumas emocionales, puede surgir un asesino en serie, como Charles Manson, que era un místico, un amante y un asesino. Sin embargo, cuando nos encontramos con un ego fuerte y estable, el arquetipo Dionisos aporta amplitud y profundidad a los sentimientos y aumenta la posibilidad de tener experiencias emocionales cumbre, a la vez que intensifica las reacciones erótico-espirituales y físicas.

El vagabundo perseguido

Las grandes persecuciones y huidas forman parte de la mitología de Dionisos y de sus seguidoras. Por ejemplo, debido a la hostilidad del rey Licurgo, Dionisos fue golpeado y obligado a arrojarse al mar, mientras las mujeres que le adoraban fueron apaleadas sin piedad conmocionadas ante el horror de su huida.

En su mitología, Dionisos viajó por el conocido mundo de los griegos, encontrándose a menudo con hostilidades a medida que él iba llamando a las

puertas de las mujeres y las sacaba de sus hogares y telares para que le siguieran a las remotas montañas a fin de experimentar el goce del éxtasis. Desde el momento de su concepción, Hera, diosa del matrimonio, fue su enemiga mortal, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta el choque de valores que representan estas dos deidades. Hera honra el matrimonio duradero con sus obligaciones sociales, la continuidad y la fidelidad, mientras que Dionisos evoca la pasión perturbadora e incita a las mujeres a que olviden sus roles tradicionales.

El arquetipo desmembrado

La causa de su desmembramiento está entrelazada entre los mitos de Dionisos que comparten el mismo destino que Osiris, un dios egipcio anterior. Siglos después, Jesucristo crucificado representó el papel del hijo divino que muere y resucita. El arquetipo dionisiaco predispone a un hombre (o mujer) a la posibilidad de un desmembramiento psicológico o crucifixión, provocado por su incapacidad para reconciliar los poderosos opuestos que hay en su interior. “Estar en la cruz (el cruce)” entre dos tendencias opuestas es una aflicción común para un hombre Dionisos. Por ejemplo, puede querer fusionarse con su amada y dejarla al mismo tiempo. El “desmembramiento” — metafóricamente tener dificultades en “mantener una unidad” o sentirse dividido en muchas partes— es bastante normal en estos hombres.

El aspecto del desmembramiento es especialmente fuerte cuando el arquetipo Dionisos se encuentra en un entorno religioso que pone énfasis la culpa, como en las religiones judeo-cristianas, que dicen: «si tu mano izquierda te ofende, córtala». Dado que el misticismo y la sensualidad son dos aspectos de Dionisos, un joven puede sentirse atraído hacia el misticismo católico, por ejemplo, y sin embargo, sentir que es un terrible pecador por su sensualidad o sus fantasías eróticas. Los sueños de desmembramiento que incluyen espadas, cuchillos y automutilaciones los tienen hombres y mujeres cuyos conflictos internos suelen ser irreconciliables dentro de su religión.

Cultivar a Dionisos

Muchos hombres no dionisiacos padecen aridez emocional y están

desconectados de sus emociones más profundas. A algunos les falta sensualidad (ya no digamos éxtasis) aunque practiquen el sexo a menudo. Para ellos cultivar a Dionisos podría suponer una forma de ensalzar su vida. La atención dionisiaca se centra en el momento presente, no en alguna otra meta que esté más adelante. Tiene la capacidad para conmoverse por lo que sucede entre las personas o dentro de sí mismo en respuesta a los acontecimientos. Bailar y hacer el amor son terrenos en los que Dionisos es especialmente importante, para permitir la intensidad, espontaneidad y fusión con la música o con el amante. Tener una “técnica”, seguir mentalmente unos pasos específicos en una danza o un manual de sexualidad, evita que un hombre esté realmente en lo que está haciendo. Siempre que esté pendiente del reloj, Dionisos no está presente. Siempre que haya otros pensamientos que aparten a un hombre de la inmediatez del momento, Dionisos le ha abandonado. Cuando el hombre no es consciente de tener un cuerpo, no está sintonizado con Dionisos.

Invitar a que Dionisos esté presente puede implicar salirse del entorno habitual, dejar de llevar la ropa de siempre, abandonar a la *persona* o el rol: el regalo del vino, la música que transporta al bailarín a una sensualidad espontánea, un baile de martes de Carnaval o de máscaras, cualquier cosa que afloje la rigidez mental y la noción del tiempo hace que Dionisos esté más cerca.

Si abandonamos la ciudad y nuestra preocupación por el trabajo y las responsabilidades que dejamos atrás en busca de la comunión con la Madre Naturaleza, también podemos conectar con Dionisos. Dionisos puede llegar cuando estamos en contacto con la naturaleza y somos uno con ella. Cuando dejamos nuestra conciencia habitual del tiempo o de la distancia para marcharnos y perdernos en la experiencia, nos transportamos a otro reino extático que se siente en un plano subjetivo.

Dionisos, el hombre

Como en todos los capítulos anteriores, esta sección ofrece una breve visión de cómo es la vida de un hombre que se identifica con un dios en particular. Sin embargo, esta impresión compuesta no funciona igual de bien con Dionisos, puesto que este arquetipo se caracteriza por las tendencias y extremos opuestos.

Aunque resulte difícil describir con certeza cómo se manifestará Dionisos, esa persona generalmente tendrá algunos rasgos reconocibles que los demás suelen rechazar o provocarles desconfianza. Según la opinión de los antiguos amigos de la escuela, el hombre Dionisos tiende a ser demasiado femenino, místico, contraculturista, amenazador o atractivo y fascinante para que ellos se encuentren cómodos con él. Dionisos trastorna la vida mundana, no sólo incitando a los demás a divertirse, sino haciendo que ésta sea difícil o imposible para él.

Los primeros años

El dios Dionisos tuvo dos experiencias tempranas inusuales que nos dan una visión de lo que son algunas experiencias psicológicas análogas para algunos hombres que se identifican con Dionisos. El dios fue educado como una niña y sus madres adoptivas enloquecieron y se convirtieron en asesinas.

Si un padre o una madre tiene esperanzas estereotipadas respecto a lo que ha de interesar a un muchacho —armar jaleo, la mecánica y los deportes—, entonces al niño Dionisos que vaya a su aire, probablemente le dirán de un

modo u otro que se está comportando como una niña. El pequeño Dionisos se siente atraído hacia lo que hacen las mujeres porque le gusta usar sus cinco sentidos, quiere que su mundo esté cargado de experiencia sensual. Le gusta el tacto de la seda y de la piel, le gustan los colores y puede dejarse llevar por la música. La cocina, con sus olores y sabores, es mucho más interesante para él que el garaje. El teatro es infinitamente más fascinante que el estadio, la ropa es mucho más cautivadora que el ordenador. Estos intereses naturales generalmente invitan a los demás a llamarle “mariquita”, por comportarse como una hermana, una chica.

Si sus intereses no le apartan de lo que “se supone que le ha de importar”, su emotividad sí lo hará. Un joven Dionisos rara vez es capaz de ser estoico, aunque se espere que lo sea. Hay muchas probabilidades de que le hayan dicho que “los niños mayores no lloran”, pero él llora con facilidad, aunque también ríe alegremente. Le cuesta “controlar” sus emociones, lo que para la mayoría de los chicos supone aprender a sofocarlas. Esto de nuevo le hace parecerse “más a una chica”.

Hacer que sus cuidadores enloquecieran y se volvieran asesinos fue otra de las características de la infancia de Dionisos. La psicoanalista Alice Miller, en su libro *Prisoners of Childhood*, describe cómo un hijo brillante y perceptivo aprende a estar en el lado bueno de unos padres narcisistas, generalmente la madre, que se volverá hostil contra él a menos que él actúe como ella quiere. Él presta atención a las pistas emocionales y aprende a complacer (que es una de las facetas de “ser educado como una niña”). Si las reacciones emocionales de su madre (o su padre) son extremas debido a un estado psicológico límite, tan pronto será su “tesoro” como descargará su ira contra él a lo que seguirá el rechazo hostil —la ira asesina.

Con un padre o una madre que actuaba de este modo, la mayoría de los pacientes de Alice Miller aprendieron de pequeños a anular sus respuestas emocionales (las cuales nunca desarrollaron) y a vivir en sus mentes. Sin embargo, cuando el arquetipo principal es Dionisos, un niño no suele ser capaz de esto. Puede que huya y se convierta en un delincuente, lance espectaculares amenazas o desarrolle síntomas físicos.

Sus padres

La buena imagen que el pequeño Dionisos tenga de sí mismo dependerá más de sus padres que en el caso de los otros tipos de muchachos, porque no encaja en un molde para “todos los chicos” y, por lo tanto, el mundo fuera de su familia no le apoyará. Sin embargo, la falta de aprobación de los padres es una experiencia bastante común para un niño Dionisos que, al ser él mismo, nunca parece complacer a su padre. Es bastante común que intente ser el hijo que su padre espera de él, lo cual producirá variados resultados.

El propio Dionisos tiene un padre poderoso que se preocupaba por él. En su mitología, Dionisos —más que los otros hijos de Zeus— fue cuidado por su padre, que empezó por ser una madre y un padre para él, y cuya protección prosiguió tras su nacimiento. Más tarde Zeus hizo que Ariadna, la esposa mortal de su hijo, fuera inmortal. Tener un padre Zeus cariñoso, que le aprueba y apoya sus decisiones, es ideal para un Dionisos cuya personalidad y masculinidad se afirman de este modo.

Además Dionisos fue el hijo menor de Zeus e, independientemente del orden real de nacimiento, un niño Dionisos se comporta siempre como el hijo menor. Es juguetón, puede vivir el presente y no le preocupa el éxito.

La mayoría de los Dionisos parecen ser “niños de mamá”: son más como sus madres que como sus padres en lo que a intereses y a personalidad respecta. Si tienen un padre emocionalmente distante, que les rechaza o fueron educados por madres solteras, a menudo se identifican en exceso con sus madres y se sienten alienados de los otros varones y de su propio sentido de la masculinidad.

La alienación madre-hijo también se puede dar cuando él no cumple lo que espera su madre acerca de cómo debería ser un niño. Esto es bastante probable cuando su madre es una Atenea arquetípica, la más lógica de las deidades y la diosa patrona de los héroes. Es una madre tutora que puede ayudar a su hijo en el mundo, pero no es especialmente maternal. Se siente decepcionada y frustrada por su falta de ambición y él encuentra a faltar una madre maternal, que buscará en otra mujer.

La adolescencia y los primeros años como adulto

La adolescencia suele ser un período de crisis. Todo lo que pase en esta

etapa se verá intensificado por Dionisos. Sus altibajos emocionales son más agudos que en otros adolescentes. Sus preguntas respecto a su identidad sexual son mayores y se enamora de chicas o chicos —o de ambos— con una intensidad alarmante. Las drogas son un riesgo importante para él. Es probable que se vista de forma nada convencional. Las notas en sus estudios no le importan y esta indiferencia aumenta a medida que todo lo demás se intensifica.

Sus padres se alarman y las autoridades escolares pueden estar igualmente polarizadas. Su falta de conformidad o de seguir la corriente, que siempre estuvo presente, pero quizás no de una forma tan evidente, se vuelve patente.

A veces el conflicto se encuentra en el interior del muchacho Dionisos, más que entre él y los demás. Su esfuerzo por adaptarse y reprimir esa parte dionisiaca de sí mismo ahora se dificulta más. Los choques emocionales se pueden producir a medida que el muchacho se siente más incómodo consigo mismo, hecho pedazos. A raíz de ellos puede padecer graves trastornos mentales. Cuando una religión y una familia represivas condenan el mero hecho de tener “pensamientos impuros”, entonces su sentimiento de culpa y de pecado puede ser profundamente perturbador.

Aparte del hogar, entre la adolescencia y los primeros años como adulto, el torbellino emocional y las experiencias de la adolescencia continúan. Buscar la experiencia extática en el campo espiritual, sexual o a través de las sustancias intoxicantes, suele interferir en su educación y en que llegue a iniciar una carrera. Ésta suele ser una época de meterse en política, que acostumbra a ser extraordinariamente arriesgada.

También es posible que explore y exprese los elementos dionisiacos de su personalidad sin llegar a extremos arriesgados si es que le vieron y le aceptaron tal como era mientras crecía y también si recibió alguna guía. Por ejemplo, puesto que Dionisos vive en el momento presente, se le ha de enseñar pacientemente a pensar hoy en lo que llegará mañana, así como qué y cómo aprender de las experiencias del pasado (lecciones que de otro modo no suele ser capaz de aplicar).

El trabajo

Si la búsqueda del éxtasis le lleva al misticismo y la religión, un joven Dionisos se convertirá en un sacerdote, atraído por el ritual y el misticismo de los sacramentos y las ceremonias. También se puede ir a un *ashram*, donde se suelen usar los tambores y los cantos para alterar la conciencia. Más dionisiacas son aún las experiencias del yoga tántrico o las prácticas sexuales de los seguidores de Bhagawan Shri Rajnesh. En este entorno, su trabajo quedará definido por la comunidad religiosa, que encaja muy bien con el Dionisos no competitivo.

Un hombre Dionisos no se siente atraído a seguir una carrera competitiva impulsada por la ambición personal, ni tampoco le interesa el mundo académico de las ideas. Desarrollar una competencia en algo que implique años de estudio va contra su naturaleza. Conseguir poder y prestigio no es especialmente significativo para él. No es de extrañar, pues, que el mundo laboral sea un problema para muchos Dionisos.

Hay muchos parados que no han tenido éxito y unos pocos con un éxito espectacular en el mundo laboral. Algunos Dionisos triunfan en las esferas creativas donde el talento y la experiencia de afrontar su lado oscuro o sus conflictos dionisiacos pueden ir unidos en su trabajo. La obra de Eugene O'Neill *Viene el hombre del hielo* refleja los años de incontrolable alcoholismo del autor. Otro dramaturgo y ganador del premio Pulitzer, Sam Shepard, utiliza pares de hermanos para describir la polaridad de su propia personalidad. También podemos hallar hombres dionisiacos entre las estrellas de rock, los músicos y los actores, algunos de los cuales han tenido que luchar contra su adicción al alcohol y las drogas.

Las relaciones con las mujeres

El dios Dionisos estuvo rodeado de mujeres y lo mismo sucede con el hombre. Las mujeres maternas suelen verle como un hombre atormentado y vulnerable al que hay que cuidar. Ya sea joven o de mediana edad, su jovialidad hace que algunas mujeres deseen cuidarle. Puede haber sido tratado con dureza o haber sido rechazado y ver cómo se lame sus heridas emocionales atrae a la madre que hay en algunas mujeres.

Su sensualidad y aprecio por la belleza atrae a las mujeres hacia él,

algunas como amigas, otras como posibles amantes. Cuando hace el amor con una mujer, especialmente si, hasta ese momento, ella nunca ha hecho el amor con un hombre para el que ese acto sea una experiencia extática de fusión, ella quedará profundamente afectada. Una puede que despierte a su propia sexualidad y sentirse muy agradecida; otra puede que se vuelva adicta a él; otra, puede volverse ferozmente celosa. Cuando él es importante para una mujer, el drama y los problemas suelen aparecer tras su entrada en la vida de ella, puesto que ahora deberá seguir sus típicas subidas y bajadas.

El hombre Dionisos ama sinceramente a las mujeres y desde la guardería probablemente ha tenido más amigas del alma con las que compartir sus intereses, confidencias y una amistad profunda, que la mayoría de los hombres, que generalmente nunca llegan a entablar este tipo de relación con las mujeres.

Las relaciones con los hombres

Un Dionisos suele seguir su propio ritmo, distinto al de sus compañeros. No se siente en su ambiente en el vestuario del gimnasio o en la sala de juntas porque las relaciones en estos entornos son muy impersonales. Es demasiado individualista para ser un jugador de un equipo, está muy poco interesado en la competición y es demasiado inconformista para ser “uno de los muchachos”.

Paradójicamente, puede tener amistades masculinas más íntimas que la mayoría de los hombres que encajan en los patrones de sus compañeros. Tener una serie de amigos varones puede ser muy importante para él, de diversas formas. Con un amigo Hermes, alcanza niveles profundos de conversación, y un Hefesto descubre que Dionisos realmente aprecia lo que él crea, que toca sus obras de arte con el mismo respeto que sintió Hefesto al crearlas. Apolo también se siente atraído hacia Dionisos, que es su opuesto.

Dionisos fue un dios que podía llorar en el hombro de un amigo, como también puede hacerlo un hombre Dionisos. Cuando su amigo Ámpelos murió, Dionisos lloró sobre su tumba y en parte se consoló con la cepa de vid y el vino que brotó de sus lágrimas.

La sexualidad

La expresión de una sexualidad innata e intensa es un tema esencial para

Dionisos. Dionisos puede ser heterosexual, homosexual o bisexual. Tanto si es una estrella de rock extraordinariamente promiscua como un sacerdote célibe, la sexualidad es una de sus principales preocupaciones. De naturaleza sensual, su personalidad erótica se despierta fácilmente. Él puede canalizar tanta energía psíquica en el terreno sexual, como otro hombre en su carrera. Puede tener experiencias de éxtasis sexual, a veces más intensificadas por la música o por sustancias intoxicantes que por estar involucrado en una relación personal profunda. Una pareja sensible puede darse cuenta de que está tan absorto en hacer el amor, pasando a un estado de conciencia alterado, que el acto resulte algo impersonal. En ese momento puede estar teniendo una experiencia dionisiaca arquetípica, no una comunión personal.

Puede sentirse verdadera y repetidamente atraído hacia gran variedad de mujeres, o a repetir una experiencia con la misma mujer si ella también puede amar en el momento como lo hace él. La conquista no es su motivación, sino la experiencia en sí.

El matrimonio

La mujer tradicional no considera a Dionisos un “buen partido”, lo cual es una valoración muy precisa. No se puede contar con él como sustentador de la familia que pase toda su vida en un típico trabajo de nueve a cinco, ni que llegue a la cima de los negocios o del mundo profesional y le pueda ofrecer prestigio, posición y seguridad. La vida con él será impredecible tanto económica como emocionalmente.

Los problemas surgen cuando una mujer se enamora de un Dionisos y al casarse con él espera que cambie, como los hombres corrientes y previsibles hacia los que no se sentía atraída y que ahora ella espera que él sea. Contraer matrimonio probablemente fue idea de ella, puesto que lo más probable es que él viva el momento y no piense en compromisos de por vida. Esperar que el matrimonio le convierta en monógamo es otro error que puede hacerla sufrir.

Y de nuevo, paradójicamente y al igual que el dios, en algún momento de su vida puede casarse y honrar el matrimonio, amar y apreciar a su esposa, a la que conoce empáticamente.

La descendencia

Un Dionisos muchas veces es tan “niño grande” que es una revelación con los hijos de los demás. Sin embargo, sus propios hijos a menudo tienen experiencias que les dejan destrozados. Puede ser increíblemente interesante (cuando es juguetón, imaginativo y generoso, y sus estados alegres son contagiosos) o terriblemente decepcionante (cuando ha prometido hacer algo especial con ellos y no se acuerda, o ha perdido su anterior entusiasmo por algo que debía haber sido una experiencia compartida). Tener un padre encantador que cree en lo que dice en ese momento y en quien no se puede confiar con que cumpla lo que ha dicho, puede resultar desgarrador. Sus incoherencias y la falta de confianza en él aumentan si se trata de un padre divorciado, y hay muchas posibilidades de que eso suceda.

El hombre Dionisos no suele llevar muy bien las responsabilidades tradicionales de la paternidad: el papel del sustentador de la familia, de disciplinario y mediador entre su familia y el mundo exterior, de tutor y el rol modelo para tener éxito en la vida. Sin embargo, cuando sus hijos nacieron puede que participara muy activamente en el parto de su esposa, que estuviera presente en todo el proceso, emocional y físicamente. El parto puede haber sido para él una experiencia mística o extática compartida que le vincula a sus hijos y a su esposa. Aunque un hombre Dionisos nunca será por temperamento un padre celestial tradicional, distante y que esté en el mundo exterior, es posible que se convierta en un padre tierra que esté en el hogar e instintivamente cerca de sus hijos.

La mitad de la vida

Dionisos hombre puede atravesar una crisis emocional en la mitad de la vida. Si el exceso o la falta de disciplina se han cobrado su precio, puede que tenga que enfrentarse a una adicción al alcohol o a las drogas, o bien a fracasos laborales o en sus relaciones. Las deficiencias educativas o profesionales, o una vida laboral errática, ahora se vuelven evidentes. Su situación matrimonial no suele ser mucho mejor. Muchas figuras dionisiacas públicas no superan la mitad de la vida; por ejemplo la muerte por sobredosis

se cobró la vida de la estrella de rock Jim Morrison del grupo The Doors y del actor John Belushi.

Lo más normal de todos modos es que la crisis se alargue durante años, y el alcoholismo será el problema más evidente. El poeta Dylan Thomas y el actor Richard Burton tuvieron que luchar contra su adicción al alcoholismo, la expresión creativa y sus difíciles relaciones con las mujeres. Éstas son las clásicas luchas dionisiacas de la mitad de la vida, y Thomas y Burton las tuvieron todas; un hombre Dionisos también, o quizás sólo algunas de ellas.

No obstante, gracias a heroicos esfuerzos por mantener un trabajo que tenga sentido y por trabajar los temas de la intimidad y el compromiso en las relaciones, un Dionisos puede convertirse en un hombre maduro y profundo que seguirá siendo intenso e integrará sus momentos de éxtasis y creatividad en su vida.

Los últimos años

El paso de Dionisos por la mitad de la vida determina cuál de los tres patrones seguirá en sus últimos años.

Un patrón común es la continuación de la lucha de la mitad de la vida (contra la adicción al alcohol, las dificultades laborales o los problemas con sus relaciones) sin que llegue a una resolución hasta la muerte, que suele ser prematura.

Un segundo patrón implica la combinación de un arquetipo Dionisos y la riqueza heredada, que predispone a un hombre a ser eternamente joven a pesar de su avanzada edad. Sea cual fuere su orientación sexual, suele tener parejas sexuales más jóvenes y, tras haberlo probado o hecho todo, la vida le resultará monótona.

Una vida individual llena de sentido y profundidad es la tercera posibilidad ganada a pulso. Al haber integrado a Dionisos en una personalidad madura, será capaz de vivir plenamente el momento, ese momento que forma parte de un tapiz, de una vida emocionalmente rica que tiene una continuidad y compromisos. Las experiencias de éxtasis le proporcionan un sentido de unidad espiritual subyacente a la realidad, de formar parte de la naturaleza y de la humanidad. Esta integración espiritual hace que la muerte sea la siguiente

experiencia que desee abrazar plenamente cuando llegue.

Conflictos psicológicos

Cuando Dionisos determina las emociones y la conducta de un hombre en quien mora el arquetipo, su potencial para padecer graves trastornos psicológicos es mucho mayor que con cualquier otro arquetipo. El grado de perjuicio que se produzca dependerá del poder del arquetipo, de lo fuerte que sea en relación con la debilidad de su ego. Sólo un hombre con un ego fuerte y sano puede reprimir apropiadamente la influencia del arquetipo y elegir cómo, cuándo, con quién y bajo qué circunstancias encarnará a su Dionisos.

Además, una sociedad moralista y puritana manda más mensajes fuertes y negativos a Dionisos que a cualquier otro arquetipo; otra de las razones por las que éste padece problemas psicológicos. Puede tener problemas de autoestima, así como consecuencias negativas por reprimir el arquetipo.

Distorsiones en la percepción de sí mismo: baja autoestima y orgullo

Nuestro estereotipo cultural de cómo debería ser un chico o un hombre, le dice a un joven Dionisos que algo no funciona bien en él. Aprende muy pronto que es demasiado emotivo, intenso o interesado en cosas que sólo les preocupan a las chicas. Como es natural, su autoestima se resiente.

Por otra parte, el aspecto de niño divino del arquetipo le otorga un sentido de ser especial y un privilegio no realista. Con frecuencia fluctúa de un extremo a otro, tan pronto siente que no es adecuado para realizar la tarea que tiene delante como que lo que está a punto de hacer le hará famoso al instante.

Le falta constancia en su percepción de sí mismo y, al basarse tanto su

autoestima en sentimientos puramente subjetivos, puede resultarle imposible conseguir tener una visión realista de sí mismo o de su valía. La reacción de los demás respecto a él es igualmente incoherente. La gente reacciona de forma positiva o negativa respecto a él, pero casi nunca de manera neutral.

Ser el eterno joven

Dionisos fue un dios joven. En una famosa descripción que se hizo de él se le presenta como un joven elegante con pelo largo que le caía sobre los hombros, vestido con una túnica de color púrpura. En este mito fue secuestrado por los piratas que pensaron que era un hijo de un rey, por el que pagarían un rescate. La imagen es esencialmente la de un joven eterno privilegiado. Y cuando este arquetipo va acompañado de riqueza, el resultado es un sensual *playboy*, el joven Alí Khan, por ejemplo. Muchos hombres que se identifican con Dionisos como el eterno joven, de hecho guardan alguna similitud con sus homólogos ricos y famosos, en cuanto a que pueden vivir sólo para la próxima fiesta o intensa aventura amorosa. La posibilidad de ser el eterno joven está presente siempre que Dionisos sea el arquetipo dominante.

La lucha contra los opuestos

Los hombres con personalidades dionisiacas luchan contra la paradoja y los opuestos que existen por un igual en su interior. En ellos —del mismo modo que en el dios—, la embriaguez extática y la destrucción, la pasión y la frialdad, la inmediatez y la distancia, pueden existir todos a la vez.

El dramaturgo y guionista Sam Shepard —que es un ejemplo de hombre Dionisos— describió la tarea de hacer frente a estos opuestos:

En algún lugar existe el mito del lobo y los corderos [...]. Y el proceso de seguir vivo es intentar que ambos puedan vivir juntos, intentar llegar a un equilibrio entre estas dos partes, porque uno siempre está intentando devorar al otro. El que quiere devorar —el lobo— actúa por impulso y es bastante irracional. No cabe duda de que hay una lucha constante, a la que se responde de distintas formas. Algunos lo hacen bebiendo o tomando drogas. La dificultad es intentar aceptar que ésta es la condición con la que hemos de convivir, la condición de estas dos partes que chocan entre ellas y el temor

constante de ser vencido por la otra^[59].

La psicosis como potencial

Dionisos fue conocido como el dios loco y que enloqueció a sus seguidores. Hacía tambalear la mente. Cuando de pronto aparecía, sus ménades eran transportadas por el éxtasis y la enajenación, tan pronto bailaban frenéticas como se encolerizaban.

Algo dionisiaco debe pasar en los conciertos de rock, especialmente cuando la estrella aparece de pronto en el escenario y la audiencia enloquece. Está el frenesí, las drogas, el baile y los rostros de los asistentes, expresiones de éxtasis y embriaguez. Esporádicamente, como en el concierto de los Rolling Stones en Altamont, también hay violencia y terror.

Cuando Dionisos se aparecía ante sus seguidores, estallaba la confusión, seguida de un silencio sepulcral o una profunda melancolía cuando desaparecía de pronto. Este arco desde las cumbres del éxtasis y la comunión con el dios hasta la melancolía describe el proceso psicológico intenso de “pillar un globo” tras el cual viene una apática depresión o un período de alucinaciones y conducta delirante, seguida de horror y de culpa.

Frederick Nietzsche, el filósofo alemán que escribió *Así habló Zaratustra*, padeció once años de enfermedad mental degenerativa. Equiparó su locura y la disolución de su psique con el desmembramiento de Dionisos, Nietzsche subrayó los aspectos extáticos, excesivos, bárbaros, titánicos e incluso criminales de Dionisos^[60].

Los efectos secundarios del regalo de la vid: problemas con el consumo de sustancias

La adoración de Dionisos implicaba beber vino u otras sustancias embriagadoras para alcanzar un estado de comunión con el dios. Sus seguidores sentían que estaban ingiriendo al dios en su interior y estaban poseídos por él.

Si un Dionisos contemporáneo busca éxtasis o estados alterados de conciencia a través de las drogas, será un buen candidato para tener problemas de drogadicción. Puede poner en peligro su salud física si toma drogas

alucinógenas o que alteren el ánimo.

Cuando estaba en urgencias psiquiátricas como residente en el Hospital General de San Francisco en los años sesenta, a menudo traían personas que estaban bajo la influencia de drogas alucinógenas y de estimulantes que habían comprado en la calle. Las drogas que tomaban para sentirse mejor les provocaban paranoias y terror, les ponían en peligro físicamente puesto que no tenían en cuenta las señales de tráfico o las alturas, o amenazaban la seguridad de los demás si actuaban bajo las alucinaciones o falsas percepciones inducidas por las drogas que habían tomado. Una década más tarde o más, las drogas alucinógenas de “diseño”, que difieren por una sola molécula de los fármacos de prescripción facultativa, son creadas por expertos químicos interesados en el dinero, para ir por delante de cualquier otro producto que se ofrezca en el campo de la ilegalidad. El riesgo lo corren ahora los jóvenes profesionales de ciudad. Las drogas que se venden como una “buena experiencia”, en algunos casos conducen a la muerte.

Los consumidores contemporáneos descubren que las drogas que se toman para que les proporcionen un estado elevado pueden ir seguidas de resacas, desesperación y adicción. Cuando las personas buscaban la comunión con Dionisos, éste les inducía a éxtasis máximos seguidos de melancolía y depresión, o de alucinaciones horribles y de sentido de culpa: no es diferente de hoy en día.

La comunión con Dios puede ser una motivación inconsciente primordial para beber, que luego podría llegar a conducir al alcoholismo. Bill W., cofundador de Alcohólicos Anónimos, tuvo un intercambio de correspondencia con Jung que aclara esta conexión entre el alcoholismo y la espiritualidad. Bill W. le escribió para contarle la importancia de una conversación que Jung había tenido en los años treinta con Rowland H., que desempeñó un significativo papel en la fundación de A.A. (Rowland H. era un alcohólico y antiguo paciente de Jung, a quien éste último, en su conversación, le decía que no podía ayudarle^[61]).

«Cuando él (Rowland H.) le preguntó si había alguna otra esperanza, usted le respondió que quizás sí, siempre que pudiera convertirse en objeto de una experiencia espiritual o religiosa».

(Rowland H. tomó en serio las palabras de Jung y entonces buscó y halló

la experiencia espiritual que le ayudó).

Jung respondió: «su ansia por el alcohol era equivalente, en un plano más bajo, a la sed espiritual de nuestro ser por la plenitud, expresada en el lenguaje medieval como la unión con Dios».

«Como ve —escribió Jung—, “alcohol” en latín es *spiritus* y usted usa la misma palabra^[62] tanto para la experiencia religiosa más sublime como para nombrar el veneno más mortífero. La fórmula es pues: *spiritus contra spiritum*».

La frase *spiritus contra spiritum* se traduce en el principio de utilizar la comunión espiritual contra la adicción de los espíritus alcohólicos, que sustituyen a Dios (en cualquier forma que tenga sentido para la persona) por el alcohol. Cuando el uso del alcohol o de cualquier otra sustancia es motivado por Dionisos, un hombre o una mujer está buscando la comunión espiritual a través de estos medios; cuando esto es así, no es extraño que una relación con Dios le ayude a recobrar la sobriedad.

Síntomas psicósomáticos

Se creía que Dionisos entraba en el cuerpo de sus adoradores de forma parecida a como el alcohol recorre los vasos sanguíneos, afectando los sentidos, influyendo en el cuerpo y en la mente. Cuando Dionisos es un arquetipo fuerte, ese hombre se convierte en una encarnación suya, es decir, reacciona con su cuerpo, que para él es su órgano sensorial, y siente las emociones en el mismo. Al estar totalmente en su cuerpo, cuando baila o hace el amor es la expresión positiva de esta encarnación. El hecho de que su cuerpo reaccione psicósomáticamente es el aspecto negativo. Es susceptible de tener síntomas de conversión; por ejemplo, parálisis o ceguera histérica. La anorexia es otra expresión de su susceptibilidad a la enfermedad corporalmente.

También puede temer que a su cuerpo le pase algo, porque expresa emociones a través del mismo y es muy consciente de sus sensaciones corporales. Le molestará un dolor o una molestia, que otro hombre que viva en su cabeza ni siquiera notará.

Las dificultades psicológicas para los demás

Si un Dionisos es un hombre importante en la vida de una mujer, ni que decir tiene que su vida no será aburrida. Lo tumultuosa, dichosa o dolorosa que será su relación dependerá de él, de cómo sea ella y de la estructura de la misma. ¿Se trata de una amistad poco corriente o de una nueva aventura? ¿Un arreglo de convivencia o un matrimonio? Y lo que es igualmente importante: ¿qué es lo que se espera de ella en esta relación?

Si se trata de una Hera con proyectos (diosa del matrimonio, esposa arquetípica), que espera que un apasionado romance se convierta en un matrimonio monógamo y duradero, la relación puede ser desastrosa para ella, exponiéndola a los peores aspectos de sus sombra, sus celos y sus venganzas.

Sin embargo, Dionisos suele ser una figura significativa en una época de transición importante. Puede entrar en la vida de una mujer e “incitarla a abandonar su hogar para gozar”, y con ello él puede destruir su hogar y su matrimonio, y activar la pasión y la ira que ella ha estado reprimiendo durante toda su vida, primero cuando tenía que ser una buena chica y luego actuando como buena esposa. Los principales perjudicados pueden ser los hijos.

El período tras la finalización del matrimonio debido al abandono del esposo es otro período de transición en el que suele entrar un Dionisos en la vida de una mujer. En este caso vuelve a ser un iniciador, un hombre sensual que despierta su erotismo y emotividad. Puede que la introduzca en el consumo de drogas, al ritmo palpitante de la música o a una práctica de éxtasis meditativo. Un amante Dionisos también puede presentarse cuando ha desaparecido la chispa en la vida de un matrimonio.

Recordemos que el dios Dionisos transformó a las mujeres en delirantes ménades que compartían su destino y que podían ser destrozadas, desmembradas o cruelmente perseguidas; éste es el potencial más oscuro de involucrarse con un hombre Dionisos. Las mujeres que son como Perséfone en cuanto a que son víctimas propiciatorias para ser secuestradas al mundo subterráneo —como metáfora de depresión grave y pérdida de la realidad— son las más vulnerables. También debido a su capacidad de adaptación camaleónica a una poderosa personalidad, se pueden convertir en dóciles

seguidoras de un Charles Manson o, como la secuestrada y violada Patty Hearst, pueden caer bajo el dominio de un Dionisos asesino. Además, aunque Dionisos fuera un dios varón que llamaba a las mujeres, este arquetipo puede encarnarlo un hombre o una mujer, y los que responden pueden ser tanto del otro sexo como del mismo.

Formas de crecer

El trabajo psicológico que ha de realizar un hombre o una mujer para crecer es más complejo que otros porque el arquetipo es más complicado. Se requiere un ego observador y aceptador. Se han de desarrollar otros arquetipos, no sólo como medio para no ser tan parcial, sino como medio de supervivencia. Hay dos tareas principales que se han de llevar a cabo —un heroico encuentro con el inconsciente y una relación comprometida— para que pueda tener la vida ordinaria que está buscando, aunque no es probable que llegue a ser alguna vez una persona ordinaria.

Desarrollar un ego observador y aceptador

Una persona puede tener o acoger a este arquetipo sin reprimirlo, enloquecer, realizar actos violentos o ser rechazado por compañías ordinarias, si posee un ego muy observador que acepte cualquier pensamiento e imagen que pase por su cabeza, cualquier sensación de su cuerpo, cualquier pasión que surja sin crítica ni vergüenza, o sin actuar al respecto. Si Dionisos es un arquetipo poderoso en nosotros, descubriremos que el mero hecho de conocerlo es la actitud que hemos de lograr para que nos sea útil. La psicoterapia es un medio de aceptación de sí mismo, especialmente si el rechazo y la crítica formaron parte de nuestra experiencia infantil.

Desarrollar aliados: Zeus, Hermes y Apolo

En la mitología de Dionisos hubo varios dioses que le prestaron una valiosa ayuda. Zeus, Hermes y Apolo, sus aliados, son arquetipos que un Dionisos ha de desarrollar.

Zeus le salvó dos veces la vida a Dionisos, primero sacándolo del vientre de su madre muerta y cosiéndolo a su muslo. Luego, cuando Hera volvió locos a sus padres adoptivos, volvió a rescatarle. Un arquetipo padre positivo — encarnado en un Zeus fuerte y protector— sin duda puede ayudar a Dionisos a aceptar que sigue un camino distinto al de sus compañeros y a vivir con pensamientos irracionales o sentimientos intensos sin reprimirlos ni rechazarse a sí mismo. Un Dionisos puede desarrollar un arquetipo Zeus padre positivo en sí mismo de forma natural si su padre biológico le ama y le acepta. Este desarrollo también se puede propiciar mediante una relación positiva con una figura paterna que ejerza de tutor o terapeuta.

Hermes fue comadrona en el nacimiento de Dionisos o el dios que le llevó con sus padres adoptivos. Hermes, como dios mensajero, viajaba con facilidad entre el mundo subterráneo, la Tierra y las cimas del Olimpo. La capacidad para ir desde las profundidades hasta las alturas sin quedar atrapado emocionalmente es una habilidad que han de cultivar los Dionisos. Un Dionisos vive en el presente, que es la única realidad para él. Por consiguiente, si desciende “al pozo” y se deprime, le resulta interminable y eterno. Esta desesperación puede conducirle a pensamientos suicidas como “única salida”. Hermes, sin embargo, sabe que en cualquier lugar donde se encuentre estará sólo temporalmente.

Hermes fue también el dios comunicador. Al aprender a expresar sus sentimientos en palabras y compartirlos con los demás, un Dionisos desarrolla este aspecto de Hermes. Los demás a menudo pueden ayudarles a adquirir una perspectiva más amplia que le será muy útil.

El racional Apolo es el tercer aliado a desarrollar. En sus rituales, Dionisos compartió Delfos con Apolo. Ambos dioses fueron adorados en Delfos, Dionisos durante los tres meses de invierno, Apolo durante el resto del año. Estos dos dioses son los opuestos tradicionales. Apolo es el pensador lineal que valora la claridad, que como dios solar puede verlo todo desde una distancia objetiva. Es la personificación de la función del hemisferio izquierdo. Dionisos es el dios irracional, emocional, encarnado, que es

subjetivo, en quien los opuestos y las contradicciones van a la par; representa el hemisferio derecho. Ambos han de estar presentes en la psique de un hombre. Una buena educación es el medio a través del cual Dionisos suele desarrollar la habilidad del arquetipo Apolo para pensar racionalmente.

La tarea del héroe: el viaje al mundo subterráneo

Si ha de crecer psicológicamente, Dionisos ha de dejar atrás su identificación con el niño divino y el eterno adolescente, y convertirse en el héroe. El psicólogo Erich Neumann, en su descripción clásica del origen y crecimiento de la conciencia masculina, habla de la necesidad del hijo-amante andrógino de convertirse en héroe. Para ello, dice Neumann, ha de exponerse deliberadamente al inconsciente y al no-ego, que es la oscuridad, la nada, el vacío, el pozo sin fondo, el mundo subterráneo, el útero primordial de la Gran Madre donde el ego se puede disolver en el inconsciente y ser devorado o poseído por miedos irracionales, los monstruos y diablos del inconsciente. El héroe ha de afrontar los peligros del mundo subterráneo y emerger con su ego intacto y fortalecido por el encuentro^[63].

En la mitología de Dionisos lo último que realizó antes de conseguir su puesto en el Olimpo fue su papel de héroe. Tomó la decisión de rescatar a su madre mortal Sémele, que había muerto y que se encontraba en el Hades. Un acceso al mundo subterráneo era a través del lago sin fondo en el pantano de Lerna. Dionisos se sumergió y a su debido tiempo llegó a la oscura casa de Hades. Allí consiguió la libertad de su madre y la condujo de nuevo a la Tierra y luego al Olimpo.

En el plano psicológico, Dionisos separó su madre personal de la Gran Madre, superando su miedo a lo inconsciente y el temor del ego masculino al devorador femenino. Cuando un hombre puede amar y reaccionar con su madre (al igual que una mujer) como si fuera una mujer de tamaño natural que no tiene terribles poderes sobre él (que no puede debilitarle), ha realizado un acto similar. Ha liberado a su madre personal de la Gran Madre. Su ego adolescente se ha convertido en un héroe; ha madurado.

Amor personal con compromiso: hallar a Ariadna

En uno de sus viajes, Dionisos se encontró con Ariadna en la isla de Naxos. Teseo, que la había utilizado para matar al Minotauro y huir de Creta, la había abandonado allí. A mitad de camino de Atenas, Teseo zarpó de la isla mientras ella dormía en una playa solitaria, que fue donde la encontró Dionisos. Éste la honró y la amó. Gracias a Dionisos, Zeus la hizo inmortal, concediéndole vida y juventud eternas.

Las relaciones eróticas de un Dionisos es probable que sean intensas y extáticas: el sentido de fusión que fácilmente crea conduce a ambos a sentir que están extraordinariamente unidos y, sin embargo, faltar conexión personal. La experiencia es impersonal o transpersonal (al igual que las muchas relaciones de Dionisos con sus ménades) hasta que siente compasión y empatía por una mujer en particular, como le sucedió al dios al encontrar a Ariadna abandonada y traicionada. Sólo cuando crea un vínculo con una persona a la que también ama cuando no hace el amor con ella, el hombre Dionisos puede dejar de ser el amante arquetípico para entablar una relación personal.

PARTE IV
HALLAR NUESTROS MITOS:
RECORDARNOS A NOSOTROS
MISMOS

Cuando sabemos quiénes son los dioses, éstos pueden decirnos más sobre nosotros mismos. En algunos de ellos podemos ver reflejos nuestros, puesto que proyectan la grandeza, el sentido y las limitaciones de los arquetipos que encarnamos. Otros dioses actúan sobre nuestra memoria y recordamos que una vez les conocimos. En otro dios podemos ver el rostro del dios que rechazamos, ese arquetipo que temíamos que nos hiciera inaceptables.

Tras leer sobre los dioses, ¿cuál ha sido con el que más nos hemos identificado? Ahora puede que sepamos por qué nos resultó fácil tener éxito en la vida y a qué precio o por qué ha sido tan duro conseguirlo.

Los viajeros que iban a Atenas —metafóricamente esos hombres (y mujeres) cuya meta es triunfar, buscan estar en el centro del poder, del comercio o de los logros académicos— eran atrapados por Procusto, colocados en su cama y alargados o cortados para que encajaran con sus medidas. “Procusteano” ha pasado a significar desconsideración arbitraria y despiadada de las diferencias individuales. La conformidad es el actual lecho de Procusto; el estereotipo de lo que se espera de un hombre provoca violencia en su psique. Entonces, un hombre queda aislado de esas partes de sí mismo que no encajan, o la parte que sí se adapta se ensancha para ocupar más espacio.

El mundo tal como lo conocemos es un lugar donde el patriarcado moldea a los hombres para ser héroes solitarios. Se espera que los hombres abandonen a sus madres y renuncien a cualquier semejanza que tengan con ellas. Los padres son distantes y se contienen. Los hombres compiten con otros hombres, niegan la vulnerabilidad, rechazan lo inaceptable, se separan de los compañeros menos competentes y siguen adelante.

El desmembramiento psicológico tiene lugar cuando hombres (y mujeres)

son separados de sus arquetipos que no encajaban en el lecho de Procusto, así como de sus apegos a las personas que se espera que abandonen a medida que van avanzando. Además, debido a que el control de las emociones forma parte del estereotipo masculino, un hombre también se aleja de sus propios sentimientos.

El siguiente capítulo “Hallar nuestros mitos: recordarnos a nosotros mismos” trata de reconectar con aquello de lo que nos hemos separado y de hallar el camino de vuelta a casa. El regreso al hogar está relacionado con ser aceptados y amados, ser acogidos tal como realmente somos, adoptados en nuestra totalidad.

“El dios ausente” es el último capítulo de este libro. Es el hijo que se había anunciado que iba a suplantarse a Zeus y que llegaría a gobernar entre dioses y seres humanos. Éste es el arquetipo que se puede convertir en el principio que rija la psique de un hombre, y si así sucediera en suficientes hombres, también cambiaría la cultura.

11. HALLAR NUESTROS MITOS: RECORDARNOS A NOSOTROS MISMOS

Para los hombres, la vida es una serie de separaciones y desidentificaciones, comenzando por la madre, a la que han de dejar y a la que no se han de parecer. Se espera que sean hombrecitos que no lloran, van a la guardería y de allí, año tras año, tienen dos culturas a las que enfrentarse. Dentro de la clase, el mundo —especialmente al principio— está gobernado por las mujeres. La maestra suele ser una mujer que gratifica la cooperación y la limpieza, el orden y el trabajo escolar.

En el patio, los niños más mayores son los jefes y ser aceptado por un grupo paritario masculino es esencial, porque se pueden meter con un niño solitario o ser utilizado de cabeza de turco. La conformidad con las normas del grupo es básica para la supervivencia en el patio de recreo, y la dinámica de identificación con el agresor se representa allí fuera. Un niño ha de nadar entre dos aguas: la de la escuela y la del patio, y puede que fracase en una de ellas. El brillante muchacho atleta suele ser el que es más capaz de jugar libremente en ambos mundos; su destreza atlética es una fuente de respeto que le facilita la tarea.

A veces oigo hablar de épocas doradas en la infancia y la adolescencia de algunos hombres, tiempos en los que podían actuar con naturalidad consigo mismos y con los demás muchachos. Yo opino que estos muchachos tuvieron la suerte de ser una excepción. Eran preadolescentes o adolescentes que pasaban mucho tiempo con sus compañeros y tuvieron muchos momentos libres, cosa que a los niños de clase media se les ha acabado. Puede que fueran muchachos

que se hicieron grandes amigos en el internado. El verdadero amor hacia otra persona se generó únicamente en esos períodos dorados. Luego llegó el momento de la separación, como suele pasarles a los hombres. En cada paso del camino tradicional que se supone que han de seguir los hombres, existe alguna variación cuando se separa el grano de la paja, los muchachos de los hombres, o los triunfadores de los fracasados. Los hombres que tienen éxito en el mundo han de sufrir toda una serie de separaciones de los compañeros que no pudieron seguir su paso.

Puesto que el mundo patriarcal requiere una separación tras otra para los hombres, cada amputación tiene un efecto doble: el muchacho que se separa de su madre lo hace emocionalmente y se desconecta de esa parte interior suya que estaba próxima a ella. El muchacho que va a la escuela y descubre que no puede mostrar su inocencia o su ignorancia, porque será objeto del ridículo, se adapta imitando una actitud aceptable. Entonces se aleja del muchacho inocente que hay en él. El niño cuyo mejor amigo no pudo seguir sus mismos pasos, no sólo cortó con su amistad, sino que cortó una parte de sí mismo que estaba de duelo por su amigo. El muchacho que podía llorar cuando estaba triste y aprendió a no hacerlo, detuvo sus lágrimas poniendo una barrera entre él y sus emociones. Y hay un momento en el que “se han de separar los hombres de los niños”, cuando algo que todavía está tierno en un joven se ha de sacrificar para que pueda unirse a las filas de los hombres.

En un mundo Zeus patriarcal, donde las recompensas económicas determinan qué es lo que vale, la mayoría de los hombres con éxito trabajan con sus habilidades mentales en oficinas. Algunos de ellos están en su elemento y medran en este entorno. Una gran mayoría no. A algunos les encantaría cultivar la tierra, hacer cosas con sus manos, componer música, enseñar a niños o hacer una serie de cosas, y no las hacen; se amputan esa parte de ellos mismos para trabajar en un despacho.

Las pérdidas se van sumando, hasta que en algún momento en la mitad de la vida se instaura la depresión y con ella llegan los sentimientos de tristeza, soledad, una sensación de que nada tiene sentido.

Re-membrar

Hay una alternativa —que no se suele presentar hasta la mitad de la vida— a la que los hombres que veo en mi práctica se acogen por necesidad cuando la vida se vuelve dolorosa y vacía, para descubrir sus sentimientos y hallar el sentido de su vida. Puede que sean hombres que han luchado por conseguir su puesto en un mundo competitivo y que controlan gran parte de sus vidas. Sin embargo, la depresión, la ansiedad, las úlceras, la hipertensión, los infartos, las pesadillas o una gran crisis en su relación sentimental les indica que algo no funciona y les envían a un viaje de autodescubrimiento para descubrir qué les ha sucedido en el pasado y qué es lo que les está pasando ahora. Para todos los hombres, este proceso es un descenso gradual para encontrar sentimientos enterrados, para descubrir su mundo interior, donde pueden volver a empuñar las riendas de su historia personal. La historia siempre empieza con la infancia: ¿quién era entonces?, ¿qué le proporcionaba placer?, ¿qué le encantaba?, ¿en qué podía pasarse horas?, ¿quién le amaba? Y por el contrario, ¿qué le avergonzaba?, ¿qué es lo que los demás no podían aceptar de él o de su familia?, ¿quién intentó ser?, ¿de quién buscó el amor y la aprobación?, ¿cómo fue tratado y por quién?

Descubre que, a “quienquiera” que enterró y expulsó de su mente consciente y abandonó en el pasado —el niño que fue en diferentes edades, a sus padres como figuras eternas, a un cuidador, a un animal doméstico, a los hermanos tal como eran entonces, a las personas que una vez amó o temió—, todavía están vivas en su interior. Y “cualquier cosa” que también fuera enterrada sigue viva allí dentro: la inocencia, la traición, el miedo, la dicha, la

culpa, la vergüenza, el amor y los arquetipos que negó formaban parte de él. Hay desmembramientos adolescentes y como adulto: los principales amores y amigos de los que se separó, un hijo que podía haber engendrado, un amigo homosexual al que rechazó, una “esposa” asiática que dejó en Corea, Japón o Vietnam, una mujer que era el amor de su vida pero con la que no pudo casarse: las personas y las partes correspondientes de sí mismo que no “encajaban” y que fueron “desmembradas”.

Todo aquello que sea desmembrado y enterrado a través de la represión es “enterrado vivo”: cuando es descubierto, sigue existiendo tal como era. Esta verdad es especialmente espectacular cuando, como suele suceder, lo que una vez se enterró era el dolor no expresado. Cuando se vuelve a conectar con él es como si la pérdida hubiera sido ayer, no hace décadas o incluso el año pasado. La rabia contenida es mucho más accesible; al igual que brasas ardiendo cubiertas por una capa de tierra en una hoguera, la ira reside bajo la superficie en muchos hombres, quizás en la mayoría, aunque esté tan profundamente reprimida como lo está el sufrimiento en algunos de ellos.

Incluso aún más importante que descubrir los sentimientos es resucitar (o re-membrar) “quién” fue “enterrado vivo”: el niño sacrificado, que fue apartado cuando no era aceptable o deseado, o fue maltratado o avergonzado; el adolescente inspirado, que fue ridiculizado y desapareció; quienquiera que pareciera inapropiado; esos arquetipos negados que ahora pueden revitalizar su vida.

Descubrir lo que sucedió y por qué continúa en el presente. Cada uno de nosotros tenemos una historia personal, con un reparto de personajes y un papel que nos fue asignado por nuestra familia, una historia que continuamos viviendo inconscientemente, reclutando a otros para que representen los papeles familiares, hasta que nos damos cuenta de las tramas y subtramas subyacentes.

La persona que intentaste ser y cómo te vieron los demás puede que sea muy distinta de tus propios arquetipos y, por lo tanto, de tu propio mito.

Hallar tu mito

Si conocemos a los dioses como arquetipos, puedes verte a ti mismo y a los demás con claridad. Te puedes identificar con quien más te pareces, ver cuál de ellos has intentado ser y cuál no has aceptado. Cuando te llega el conocimiento de la dimensión mítica, te puede ayudar a descubrir tu orientación y una senda que sea auténtica para ti; que refleje quién eras en realidad; que haga que la vida tenga sentido.

Si has tenido reacciones “¡ajá!” como las que has leído en este libro, tu intelecto y tus sentimientos se fusionan y se manifiestan como la verdad intuitiva. Tu corazón o tu cuerpo afirmaron lo que tu cabeza ha estado aprendiendo. Sin embargo, si el conocimiento de los dioses hasta ahora sólo ha sido intelectual y los mitos no son más que viejas historias, entonces todavía no has *aprendido* y te estás perdiendo la esencia del mensaje de este libro. Conocer a los dioses es sólo un medio para dar fuerza a la autenticidad, su valor reside en hacer que podamos decir: “¡esto me importa!» y actuar en consecuencia.

Paradójicamente, todavía es necesario hallar nuestro propio mito, aunque nos los hayan contado todos y no nos hayamos relacionado personalmente con ninguno. Pero no hemos de conocer cuál es nuestro mito, sino vivirlo.

¿Cómo?

En el siguiente diálogo, el mitólogo Joseph Campbell nos lo explica:

—¿Cómo puede hallar una persona su propio mito? —preguntó un hombre en una conferencia a Campbell, quien respondió con otra pregunta:

—¿Dónde reside tu sentido de armonía y beatitud más profunda?

—No lo sé. No estoy seguro —respondió.

—Descúbrelo —replicó Campbell—, y luego síguelo^[64].

Hallar armonía y júbilo

La armonía es estar en el camino correcto, ser uno con él, realizar un trabajo cotidiano para ganarnos la vida que nos guste y sea coherente con nuestros valores personales, es hacer aquello para lo que hemos nacido. La armonía es estar con un socio, compañeros o solo, con animales o con la naturaleza, en una ciudad, país o lugar en particular, y tener la sensación de que “estás donde debes estar”. La armonía es experimentar un profundo pesar que corresponda a una gran pérdida. La armonía es espontaneidad desinhibida y natural, la intimidad de la risa, el brotar de las lágrimas. La armonía sucede cuando la conducta y la creencia se unen, cuando la vida arquetípica interior y la exterior son una expresión la una de la otra, y estamos siendo sinceros con quienes somos. Y sólo podemos decir y saber: “aquí me siento como en casa”, “estoy totalmente absorto haciendo esto”, “esto me gusta”, “te quiero”, “esto es dicha”.

La beatitud y la dicha llegan en los momentos en que vivimos nuestra verdad más elevada, cuando lo que hacemos está en armonía con nuestras profundidades arquetípicas. Es cuando somos más auténticos y de confianza, y sentimos que cualquier cosa que hagamos, aunque sea bastante ordinaria, es igualmente sagrada. Esto es cuando sentimos que formamos parte de algo divino que está en nuestro interior y en todas partes.

El valor de actuar

Saber lo que realmente es importante para nosotros, tener una visión real de quienes somos y de lo que nos resultaría profundamente satisfactorio y conforme a nuestro arquetipo no es suficiente. También hemos de tener el valor de actuar. Tal como he dicho antes, nuestra palabra “coraje” procede de la palabra francesa *coeur* “corazón”: coraje es la voluntad de actuar desde el corazón, dejar que sea él quien tome las riendas, sin saber lo que se nos pedirá a continuación, ni si podremos hacerlo.

Hay encrucijadas esenciales y caminos secundarios en todas las sendas. ¿Qué has de hacer cuando la compasión por un extraño entra en conflicto con un grupo, por ejemplo? Para los hombres la conformidad con el grupo es una poderosa fuerza y el precio de oponerse es arriesgarse a que les echen, a que la hostilidad del grupo se vuelva en su contra, a ser evitado o a que le vinculen con alguien a quien el grupo desprecia.

Con este posible castigo, ¿sigues llevándote bien con el grupo cuando éste va en contra de una persona o principio que te importa? De todos modos se ha de pagar algún precio. Muchos hombres se sienten culpables hoy en día por algo que hicieron en grupo. Pueden ocultar un secreto sucio, muchos lo reprimen en su mente, pueden llegar a ser fóbicos o paranoicos, o la experiencia puede darles valor para actuar de otro modo la próxima vez. Tal como un hombre me dijo una vez: «No moví un dedo y sólo observaba lo que estaba pasando. Nunca lo olvidaré ni permitiré que vuelva a pasar».

Cuando un hombre decide actuar según sus principios y siguiendo los impulsos de su corazón, está asumiendo un riesgo. Es igualmente un riesgo

para él dejar su trabajo, que le proporciona un buen sueldo, para buscar la profesión que le gusta, que no le ofrece garantía alguna. Proponerse hacer realidad un sueño. O, por amor, abandonar un puesto seguro en el mundo. En estas situaciones se encuentra en una encrucijada, abandona la carretera general por donde viajan los demás para vivir su propio mito. Al actuar con el corazón y hacer lo que siente, probablemente viajará, al menos al principio, sin otros compañeros, pero es muy probable que no se sienta solo, pues el ego y los arquetipos están conectados; los “dioses” están con él.

Cuando un hombre (o mujer) sigue su inspiración y actúa desde el corazón y su auténtico yo, ese compromiso parece transmitir energía al mundo. Tengo una tarjeta pegada a una estantería con una cita de Goethe que dice algo que yo misma he experimentado, que en muchas ocasiones he comprobado que también era cierto para otros. Reza así:

Hasta que uno no se compromete hay dudas, existe la posibilidad de volver atrás, siempre infructuosa respecto a todos los actos de iniciativa (y creación). El momento en que uno se compromete definitivamente, entonces la Providencia también lo hace. Toda una serie de acontecimientos tienen lugar a partir de esa decisión. Cualquier cosa que puedas hacer o soñar puede empezar. El atrevimiento tiene genio, poder y magia.

La geografía del viaje

En cada uno de los capítulos sobre los dioses, las secciones sobre las dificultades psicológicas y las formas de crecer he proporcionado información específica sobre el difícil terreno psicológico asociado a un dios o arquetipo en particular. Las dificultades psicológicas son las áreas de la sombra de un arquetipo. Si somos transportados al lado oscuro de un arquetipo, éste nos poseerá hasta que podamos distinguirlo y liberarnos de su influencia.

Los demás pueden ayudarnos. Puede que seamos inconscientes de los efectos negativos de algo que hacemos e incluso resistirnos a darnos cuenta hasta que una serie de confrontaciones lo sacan a la luz. Puede que seamos demasiado críticos o nos fascinen las acciones o actitud de otra persona que acaban perteneciendo a un arquetipo que hemos de reconocer como parte de nosotros mismos.

En la sombra (como lo definen los junguianos) reside todo aquello que no ha nacido o que todavía no es consciente en nosotros, que incluye un potencial positivo de arquetipos que todavía no han visto la luz del día, así como cualquier actitud consciente que nos parezca inaceptable y se oculte allí (que es lo mismo que los contenidos del id del psicoanálisis).

La presencia femenina ausente

Las diosas poderosas están muy ausentes en la mitología patriarcal o teología, al igual que las madres y las esposas carecen de poder o no son importantes en las historias de los dioses griegos. En la mitología griega, el dios padre es supremo y la lucha entre padres e hijos son el conflicto importante. Aunque no sean el tema de este libro, las madres reales son presencias importantes en las vidas de los hombres mortales reales, y las mujeres tienen un enorme significado en sus vidas. Aún más invisible y no reconocida es la influencia del ánima, que Jung describió como el femenino de un hombre que suele ser inconsciente, que afecta a sus estados de ánimo, vínculos emocionales y a su percepción de las mujeres. Los hombres que son psicológicamente perceptivos y que leyeron *Las diosas de cada mujer* vieron a las diosas en su interior: descubrieron que un arquetipo femenino correspondía a esa parte femenina de ellos mismos o que la imagen de una diosa en particular es lo que buscan en las mujeres. Las diosas y su influencia están mayoritariamente en la sombra de las psiques de cada hombre, al igual que lo que éstas representan como algo que ha perdido su importancia o ha sido menospreciado en la cultura y en la mitología.

Una guía para el viaje: Hermes

En la antigua Grecia, los viajeros oraban para que el dios Hermes, el mensajero de los dioses, les acompañara. Los dones de Hermes de la comunicación, del pensamiento rápido, de la inventiva, de la amistad e incluso de ser un poco ladrón ayudaban a los viajeros. Los hombres (y mujeres) contemporáneos, cuyas ocupaciones literalmente les llevan a la carretera, puede que conozcan sólo esta parte del arquetipo. Pero para los que ven la vida como un viaje espiritual, Hermes es conocido por ser el guía de los espíritus.

Este Hermes, guía de los espíritus, habla por boca de Joseph Campbell cuando nos recomienda que “sigamos nuestra dicha”. Este Hermes es Yoda en *La guerra de las galaxias*, el sabio, gentil y anciano ser que ayudó a Luke Skywalker a dominar sus propios temores y a no ser engañado por las ilusiones. Este Hermes es Jung cuando escribe sobre los arquetipos del inconsciente colectivo y lleva todo este mundo interior a la conciencia intelectual. Este Hermes vincula los mundos con su comprensión y nos trae la palabra del reino del espíritu. Sabe que el espíritu sigue existiendo tras la muerte. Viaja por el mundo subterráneo y por las más altas cimas del mundo celestial, y conoce lo que hay entre medio. Este Hermes puede discernir la pureza de una experiencia, al igual que la substancia mercurio sólo se mezclará con los metales preciosos. Es un guía en la senda de la individuación que nos ayuda a conocer lo que es auténtico para nosotros y apoya nuestro potencial de crecimiento y plenitud. Cuando escuchamos a este Hermes, reconocemos la verdad de lo que dice.

Puesto que Hermes, el guía de los espíritus, es un arquetipo, es una parte de cada uno de nosotros, que está potencialmente a nuestro alcance, sobre todo cuando contemplamos en qué lugar de nuestro viaje nos encontramos y nos interiorizamos para buscar hacia dónde dirigirnos. A Hermes se le conoce por muchos nombres. Las personas con una visión espiritual a veces le llaman el “guía interior” o la “voz interna”. En la literatura psiquiátrica sobre las personalidades múltiples, Hermes es otro nombre para lo que Ralph Allison, un psiquiatra que ha realizado un extenso trabajo pionero con estas personas, denomina el “autoayudador interno”.

La personalidad múltiple ha alcanzado popularidad con los libros *Las tres caras de Eva* de C. H. Thigpen y *Sybil* de Flora Schreiber, de modo que muchas personas pueden saber que en una personalidad múltiple puede haber muchas personalidades separadas de ambos sexos y de todas las edades cohabitando en un mismo cuerpo. Estas personalidades están separadas entre sí y en general poseen un conocimiento limitado o nulo de las demás, lo cual no es sorprendente, puesto que cada una de ellas se ha desarrollado como un medio para olvidar y escapar de un dolor o un abuso intolerable. En cambio la personalidad que describe Allison como el “autoayudador interno” conoce todas las personalidades y puede proporcionar información sobre cada una de ellas y sobre lo que ha pasado en la vida del paciente. Descubrió que el autoayudador interno era andrógino, sólo sentía amor y buena voluntad y se describía como próximo a Dios. Con su ayuda en psicoterapia, las múltiples personalidades fragmentadas se vuelven conscientes de las demás, tras lo cual pueden integrarse voluntariamente en una personalidad.

En un menor grado, debido a que el daño causado es menor (pero en un continuo que vincula las personalidades múltiples con la persona razonablemente bien adaptada), una tarea muy similar debe realizarse cada vez que se inicia un viaje de individuación, generalmente en algún punto de la mitad de la vida. La tarea no es unir las personalidades separadas, sino reconectarlas con esas partes amputadas de nosotros mismos. El “desmembramiento” psicológico tiene lugar en la primera mitad de la vida de la mayoría de los hombres, que se hacen a sí mismos lo que Procusto hacía a los hombres que se dirigían a Atenas, cortar todo aquello que no encajara. Para curarse y volver a estar completo es necesario “re-membrar”. Para ello,

hemos de ir hacia abajo o hacia dentro para hallar las piezas y devolverlas a la luz. Ésta es la tarea de Hermes.

Fue Hermes quien sacó a Perséfone del mundo subterráneo, quien rescató al pequeño Dionisos, que era el dios desmembrado, y es ese arquetipo en nuestro interior el que puede devolvernos al plano consciente lo femenino reprimido o al niño divino que hay en cada uno de nosotros. Así pues, su tarea no es sólo descubrir qué es o que hemos reprimido personalmente, sino también resucitar los arquetipos que han sido enterrados culturalmente.

Mientras deidades como Hermes y Hestia, diosa del fuego del hogar, eran representadas juntas como parte de la estructura del hogar; una herma o pilar de piedra que representaba a Hermes, se colocaba delante de la puerta de todas las casas; dentro y en el centro de la misma estaba el fuego de Hestia. Estas dos deidades, una como guardiana y guía, la otra como fuente de calor e iluminación, simbolizan aspectos del arquetipo del Sí-mismo.

Hestia: el fuego sagrado en los templos de los dioses

En la antigüedad, el viajero puede que fuera a visitar el templo de un dios o diosa en particular para invocar su ayuda o presentarle sus respetos a la deidad cuando el camino que había tomado conducía a un templo. En el viaje de nuestra vida somos como estos viajeros, que llegaban a los templos de distintos dioses en diferentes etapas del camino. Las vicisitudes de la vida constelan situaciones arquetípicas, de modo que en una parte del viaje nos encontramos con un dios o arquetipo, y en otra visitamos el templo de otro dios.

Si tuviéramos que entrar en el templo de un dios también hallaríamos en él a una diosa invisible. Ésta sería Hestia, la más antigua de las olímpicas que estaba presente en los templos de todas las demás deidades. Hestia era la diosa de fuego del hogar y del templo. Era el fuego en el centro de un hogar redondo —imagen que es un mandala tridimensional, símbolo del arquetipo del Sí— mismo que Jung consideró el centro de la personalidad, el arquetipo del sentido y de la plenitud.

La presencia de Hestia hacía que casas y templos fueran sagrados. Una novia llevaba el fuego desde la casa de sus padres para encender el de su nuevo hogar, y sólo entonces quedaba santificado. El fuego de los templos nuevos se llevaba desde el templo del hogar para santificar el nuevo edificio. El fuego de Hestia fue, pues, el centro y el vínculo de conexión.

Hestia fue una diosa anónima en cuanto a que carecía de *persona* o aspectos físicos. Por lo tanto no había pinturas ni estatuas de ella. Era una diosa virgen, lo que significa que tenía una cualidad de ser “una en sí misma”;

no necesitaba a nadie para sentirse plena e íntegra.

Como diosa es un arquetipo en las mujeres. Pero también es claramente una presencia en las psiques de muchos hombres, que necesitan el orden físico, que no haya desorden ni ruido, para sentirse centrados. Hombres que necesitan y disfrutan de la soledad, que descubren que les da energía a otros aspectos de sí mismos, un sentido de plenitud y de dignidad.

Hestia era el fuego y el centro de un hogar redondo en el templo de todas las deidades, imagen que corresponde a la dimensión sagrada de cada arquetipo. Cuando lo que haces tiene sentido para ti y hace que te sientas plenamente conectado con quien realmente eres, está activo un arquetipo que se relaciona específicamente con la actividad y con el Sí-mismo. Un hombre (o mujer) que está totalmente absorto creando algo en su estudio o taller, por ejemplo, está en un espacio psicológico que metafóricamente corresponde a estar en el templo de Hefesto. Cuando una cualidad del éxtasis se manifiesta en el acto de hacer el amor y hay un sentido de comunión, el amor se realiza en el templo de Dionisos. Cuando un atleta está en el campo, entra en un momento eterno y siente como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacer un pase, aunque los otros jugadores estén cargando contra él, es un Ares centrado, que está en medio de la acción y simultáneamente también está en contacto con su propio centro de quietud, representado por el fuego en el centro del templo de Ares.

Cuando los mortales conocían a los dioses y diosas fuera del templo, ya no estaban dentro del recinto del fuego de Hestia. Entonces el encuentro con el dios, como con el arquetipo, puede ser beneficioso pero también arriesgado, con posibilidades negativas o destructivas. Los dioses a menudo cogen a las personas por sorpresa y las dominan. Imponen su voluntad sobre los mortales, seducidos, secuestrados o castigados. Así mismo, un arquetipo puede seducir o forzar a un hombre (o mujer); cuando sucede esto psicológicamente, esa persona se identifica con un dios que se hace cargo de él. El hombre de negocios que ha sido absorbido por el arquetipo Zeus, por ejemplo, se dedica de lleno a conseguir poder y prestigio, carece de vida personal y nadie parece importarle. La identificación con los atributos positivos o negativos de un dios acrecienta la importancia de este arquetipo; identificarse con un dios también te hace sentirte importante. Esta exaltación personal es lo que hace atractiva la

identificación con un dios.

En cambio, cuando sientes gratitud por las experiencias de armonía y beatitud que surgen cuando haces el trabajo que te gusta, estás con personas que son especiales para ti, o disfrutas de la soledad, eres consciente de que hay profundidad y sentido en tu vida. Ser consciente de ello y sentir gratitud equivale a las visitas que los mortales hacían a los templos de sus dioses.

Un mortal entraba en un templo por elección propia, consciente de lo que estaba haciendo. Dentro del templo se encontraba con una imagen, generalmente la estatua de un dios. Sentía la presencia o energía de aquella deidad en particular. Aunque se enfocara en la deidad en cuyo templo se encontraba, Hestia también estaba presente, en el fuego y en la pulcritud del templo. Ésta es una metáfora para el hombre (o mujer) que vive con autenticidad, porque mantiene una relación consciente con uno o más arquetipos activados, a través de los cuales se siente centrado y le aportan con claridad y certeza que existe una dimensión sagrada en su vida.

Llegar a casa

En un viaje, un viajero puede entrar en los templos de muchos dioses y diosas, puede pasarlos de largo o detenerse sólo en los templos de alguna deidad especial. Se puede considerar afortunado, y de hecho lo ha sido, si Hermes le ha acompañado como guía y guardián. Sin embargo, por lejos que le haya llevado su viaje, todo viajero siempre anhela un regreso al hogar.

Hermes puede haberle acompañado hasta la puerta donde se encuentra la herma, o pilar de piedra. Entonces el viajero ha cruzado el umbral para entrar en su hogar. El hogar era sagrado gracias a la presencia de Hestia en forma de fuego en el centro de un hogar redondo. El fuego del hogar daba la bienvenida al miembro de la familia que regresaba o al recién nacido.

En la antigua Grecia, un recién nacido se convertía en un miembro de la familia cuando tenía cinco días y mediante un ritual. En este rito, su padre llevaba al bebé en brazos alrededor del hogar y se lo presentaba a Hestia y a su familia. Este ritual de reconocimiento y bienvenida —de llegada al hogar— era un reconocimiento consciente de la nueva vida como parte de la totalidad.

Es posible llegar al hogar.

“Hogar” es un destino psicológico donde conectamos con un centro espiritual, al igual que, en la antigua Grecia, el hogar era un lugar sagrado al que regresar porque Hestia estaba allí. Como símbolo del Sí-mismo o centro de la personalidad experimentamos a nuestra propia “Hestia” como ese centro interior de quietud que se asocia con el sentido de plenitud. Encontramos a Hestia siempre que entramos en un santuario y hallamos un fuego acogedor. Puede ser literalmente el hogar, un lugar de paz y soledad, los brazos de otra

persona, un deporte, el trabajo, un lugar de adoración o la naturaleza. Dondequiera que estemos y en cualquier momento en que nos encontremos “en casa”, también hallamos armonía y beatitud, y estamos viviendo nuestro propio mito.

12. EL DIOS AUSENTE

Hay un dios ausente entre los olímpicos: el hijo de Metis y de Zeus, cuyo nacimiento fue anunciado y que se suponía que habría de sustituir a su padre Zeus para gobernar con amor. Para que pueda nacer, Metis —sabiduría femenina— tendría que volver a resurgir en la cultura occidental y en nuestra conciencia. Un hijo de Metis y Zeus habría tenido unos padres excepcionales. Cuando la Gran Diosa, en sus distintos aspectos, era la Diosa Madre, la paternidad no era importante, posiblemente ni tan siquiera reconocida. Cuando los dioses padre celestiales establecieron la supremacía patriarcal, el péndulo se decantó hacia el otro extremo: las diosas y las mujeres fueron subyugadas, que es la condición histórica y teológica que dura ya varios miles de años. Los dioses masculinos tienen el dominio y ninguno de ellos, ni en la mitología griega ni en el judeocristianismo, ha tenido una madre fuerte y sabia y un padre poderoso y cariñoso. Pocos humanos los tienen.

Zeus: arquetipo padre en transición

En su mitología como padre celestial, Zeus cambió. Empezó como un padre amenazado, que se tragó a Metis para que abortara a un hijo que temía que le derrotara y que ocupara su puesto (como su padre Cronos había temido y así se había tragado a sus hijos, mientras el padre de Cronos, Urano, el primer padre, había enterrado al suyo). Zeus se convirtió entonces en padre de muchos hijos, los olímpicos, de deidades menores y semidioses. Fue un padre distante que aprobó a algunos de sus hijos y rechazó a otros, y a menudo les protegió desde lejos. No fue, pues, como su padre y su abuelo: éstos no tuvieron sentimientos paternos positivos y no querían hijos. Pero con su hijo Dionisos, el más joven de los olímpicos y el niño al que rescató e incubó, Zeus hizo otro cambio.

La mitología de los dioses celestiales (Urano, Cronos y Zeus) refleja cambios en el arquetipo del padre que tiene paralelismos bíblicos —el Dios del Antiguo Testamento era un dios celoso y vengativo que se fue transformando en el Dios amoroso y capaz de perdonar del Nuevo Testamento—. Dionisos fue el único olímpico con una madre mortal, como Jesús. Ambos fueron perseguidos, sacrificados y volvieron a nacer o resucitaron. Las imágenes de Dionisos como niño divino a veces se confunden con las de Jesús cuando era pequeño: el niño que está sentado en la falda de la Virgen negra de Montserrat, por ejemplo, sostiene algo que parece una piña de pino o una piña tropical boca abajo, el tirso, un símbolo de Dionisos.

El arquetipo padre está cambiando y, a medida que hay más hombres que cambian en esta dirección, un nuevo arquetipo padre está entrando en nuestra

cultura. Cada nueva generación de padres se une a aquellos que en el último tercio del siglo XX estuvieron presentes en los partos de sus esposas. Estos hombres suelen vincularse más con sus bebés y ser padres más activos en su crianza, no son tan distantes emocionalmente o inaccesibles como los padres celestiales. Reflejan la evolución desde un Zeus dios celestial distante hasta uno que ha creado un espacio uterino para su hijo en su propio muslo. Al hacer eso, el padre celestial Zeus adoptó un aspecto terrestre, como hacen también los padres de hoy en día. Algunos hombres se convierten en Padres Tierra.

En *Earth Father/Sky Father*, Arthur y Libby Colman describen al Padre Tierra como un hombre que interactúa con su familia todos los días. Por ejemplo, para un Padre Tierra su familia es lo más importante. Incluso cuando está fuera de casa, piensa en sus hijos. En el hogar, sus actividades serán productivas e irán encaminadas a esas conductas de la crianza de los hijos que sostiene las relaciones dentro de la familia. Los Colman hacen hincapié en el valor de este tipo de cualidad en la crianza y en la dificultad de llevar esto a cabo en un patriarcado:

De todas las imágenes de crianza, la del padre tierra es la que más se ha eliminado de los valores y ambiciones impuestos en la educación de los muchachos en América. Puede que para un hombre sea la imagen más difícil de aceptar para sentirse verdaderamente enriquecido por ella, y sin embargo representa uno de los niveles más fundamentales de la crianza. En lugar de ser un héroe, un disciplinario, un puente para el mundo exterior o una fuerza a vencer, el padre tierra asume la tarea de proveer a sus hijos con la confianza básica y la seguridad interna que les ayudará a crecer e independizarse de la familia para adoptar una identidad única^[65].

En mi práctica he oído a profesionales cuya posición en el mundo les ha situado en un lugar como el de Zeus, en la cumbre, decir que desearían estar en casa con sus hijos. Me cuentan lo felices que se sienten cuando bañan a sus hijos o les cuentan un cuento antes de irse a la cama. Estos padres no están resentidos contra sus pequeños hijos, sino que les aman con todo su corazón. Algunos ni siquiera terminarían con un matrimonio infeliz, porque perderían el

contacto diario con sus hijos.

Por lo tanto, en la América contemporánea moderna, el arquetipo del padre está cambiando. Aunque el padre celestial patriarcal sigue dominando, uno a uno los hombres están evolucionando. Posiblemente sea reflejo de una transición similar el hecho de que los líderes políticos y religiosos no tengan la autoridad que habían tenido antes. Ya no son considerados infalibles, no les resulta tan fácil como antes mandar a los jóvenes a que entreguen sus vidas en las guerras. No se parecen tanto a Zeus.

Metis: el resurgir del arquetipo de la madre sabia

Poca es la información que se da sobre Metis en la mitología griega. Cabía esperar este silencio: se la engañó para que se volviera pequeña y pudiera ser tragada, de modo que quienquiera que hubiera sido una vez, fue minimizada hasta el punto de ser prácticamente desconocida. Sólo hemos oído que ayudó a Zeus a liberar a sus hermanos y hermanas, que habían sido engullidos por Cronos. Era ella quien sabía cómo hacerlo y la que le proporcionó el emético para hacérselos vomitar. Metis era una diosa de la sabiduría, una divinidad adorada mucho antes que Zeus y los olímpicos. También sabemos que fue su primera consorte y se había predicho que ella tendría dos hijos, una hija con un valor y claridad iguales a un hombre y un hijo, «un muchacho con un corazón capaz de conquistar a todos, que se convertiría en rey de dioses y de hombres^[66]». Entonces, cuando Metis quedó embarazada, Zeus temió que el bebé que estaba gestando fuera el hijo anunciado que le sustituiría. Ésta es la razón por la que la engañó para que redujera su tamaño y entonces se la tragó.

Resultó que el hijo que ella estaba gestando no era un varón, sino su hija Atenea, que nació de la cabeza de Zeus, como una mujer plenamente desarrollada revestida de una armadura. Atenea no recordaba a su madre y consideraba a Zeus como su único padre.

Metis, como sabiduría divina femenina, fue tragada por el patriarcado y desapareció del mundo occidental. El mito refleja lo que sucedió históricamente (probablemente entre los años -4.500 y -2.400): las sucesivas oleadas de invasores indoeuropeos, con sus dioses guerreros y teologías

basadas en el padre, subyugaron a los pueblos de la vieja Europa, que durante 25.000 años habían seguido religiones matriarcales y desarrollado una civilización pacífica y culturalmente avanzada que no estaba estratificada, era agrícola e igualitaria. Puesto que sus ciudades no estaban fortificadas, estaban indefensas y carecían del conocimiento del arte de la guerra, fueron conquistadas por jinetes invasores que adoraban a dioses celestiales y que impusieron su cultura y su religión patriarcal a los pueblos derrotados.

La Diosa (conocida por muchos nombres diferentes) se convirtió en la consorte subyugada de los dioses invasores, y sus atributos y poderes fueron absorbidos (tragados) o quedaron bajo la dominación de una deidad masculina. Incluso el poder de dar a luz o de crear vida, que había sido patrimonio natural de las mujeres y de las diosas, se convirtió en una opción conjunta, y los dioses celestiales ahora creaban vida mediante sus palabras y voluntad o daban a luz a través de su cabeza.

Las mujeres la olvidaron, en lo que se parecieron a Atenea, que nació ya desarrollada de la cabeza de Zeus, sin tener recuerdo alguno de su madre Metis. Al igual que Atenea, la mayoría de las mujeres son hijas del patriarcado que han reconocido sólo la divinidad en el Dios Padre. Las mujeres no han recordado (hasta hace poco) un tiempo en que “Dios era mujer”. Perdida de la memoria está la existencia de Dios Madre, la Diosa, el rostro femenino de Dios. En la última década “Metis” está resurgiendo y siendo recordada. En un diario contemporáneo de mujeres, *Woman of Power*, se describe este renacimiento:

La antigua voz espiritual de una mujer que ahora habla es la sabiduría durante tanto tiempo escondida y se convierte en una fuerza oculta para la evolución de la conciencia de nuestro mundo [...]. Esta voz que está surgiendo habla del reconocimiento de la interconexión entre toda forma de vida; de darnos cuenta de que todo posee conciencia y es sagrado; la re-membranza de nuestros sí-mismos como seres sagrados, y el amor a nuestras psiques, cuerpos y emociones; el poder de las mujeres y de todos los pueblos oprimidos; la creación de la paz mundial, de la justicia social y de la armonía medioambiental; la activación de los poderes psíquicos y espirituales; el honrar la

divinidad femenina, el respeto por la Tierra y la celebración de sus estaciones y ciclos, así como los de nuestras vidas^[67].

La espiritualidad femenina está resurgiendo en nuestra cultura como una dimensión del movimiento feminista, y este renacimiento coincide sincrónicamente con nuevos descubrimientos arqueológicos muy significativos que ofrecen pruebas del período histórico matriarcal. Este largo, pacífico período de la historia, en que se adoraba a las diosas está descrito en *The Goddesses and Gods of Old Europe*, de Marija Gimbutas; en *When God Was a Woman*, de Merlin Stone, y en *The Chalice and the Blade* de Riane Eisler. Los rollos de Nag Hammadi, más conocidos como los Evangelios Gnósticos — sobre los cuales trata el libro de Elaine Pagels que lleva este título— revelan que Sofía o un aspecto femenino de Dios era conocido y honrado por los cristianos gnósticos. Los cristianos ortodoxos de Oriente adoraban a Sofía. Su mayor santuario, Hagia Sofía (la iglesia de Santa Sofía o de la Sagrada Sabiduría Femenina), se construyó en Constantinopla (ahora Estambul). Los cristianos de la iglesia de Roma dijeron posteriormente que estaba dedicada a una virgen mártir menor. En el misticismo judío, el nombre de Sofía era Shekina. Metis, Sofía y Shekina son nombres distintos para esa misma sabiduría femenina olvidada que una vez fue deificada.

Durante muchos siglos, la sabiduría femenina, bajo cualquier nombre, ha sido olvidada y ha permanecido invisible; si se veía en algún lugar no era definida como tal. Por ejemplo, cuando llegaba el momento de tomar decisiones éticas, se solía decir que las mujeres eran menos éticas que los hombres. Carol Gilligan, en su libro *In a Different Voice*, sugería que la mayoría de las mujeres pueden percibir una situación ética de forma diferente a los hombres, valorando a la persona y a las relaciones por encima del principio abstracto, y que esta opción no reflejaba una ética inferior, sino valores distintos. Cuando los valores de afiliación son considerados iguales al principio, entonces la compasión y la justicia pueden coexistir y ambas se complementan mutuamente. Carol Gilligan expresó aquí una posición Metis, con el coraje y la claridad mental para la confrontación y la batalla académica, una Atenea contemporánea que ha recordado a Metis.

Ahora vemos continuamente a las mujeres hablando de sus percepciones y

valores, en sus vidas personales y en el mundo académico o puesto de trabajo. Y quizás por primera vez sea posible para las mujeres como grupo —puesto que siempre ha habido personas excepcionales— convertirse en madres fuertes y sabias, cuyas mentes o voluntades no serán engullidas por sus esposos, que no se encogerán para decir en voz alta sus valores, y que, si es necesario, intervendrán para proteger a sus hijos e hijas.

El hijo de Metis como nuevo arquetipo

Aunque el arquetipo del hijo de buen corazón ha estado presente en Occidente en la figura de Jesús y en la de Krishna en Oriente, su presencia en la cultura no cambió la estructura de poder básica del patriarcado. Zeus en la cima de la montaña con su rayo ha seguido siendo el principio regidor de la cultura, y seguirá siéndolo mientras busquemos una fuerza o arma superior para nuestra seguridad y pensemos que aislarnos de los demás es posible y deseable.

Durante mucho tiempo, la posición de Zeus ha parecido, como es natural, inalcanzable. Pero ahora que hemos visto cómo las partículas radioactivas de un accidente nuclear en Chernobyl, cerca de Leningrado, contaminó la leche de Holanda, cómo la destrucción de la selva tropical de Brasil puede cambiar la atmósfera de la Tierra y cómo una guerra nuclear conduce a un invierno nuclear en todo el planeta, somos cada vez más conscientes de nuestra interdependencia, de cómo compartimos este planeta y su destino. Zeus todavía es el poder gobernante, pero ¿qué le sucederá a Zeus a medida que nuestra conciencia evolucione y veamos que no podemos usar su rayo sin destruir la vida en la Tierra?

La conciencia global, los temas medioambientales, la ecología, la espiritualidad femenina y el desarme nuclear son expresiones del resurgir de Metis como metáfora de la sabiduría de que todos estamos relacionados los unos con los otros y con el arquetipo de la madre. Es un momento de transición cultural, tiempo de re-membrar a Metis como la sabiduría femenina, como la Madre Naturaleza, como la sacralización de la Tierra o la divinidad del Dios

Madre que regresa a nuestra cultura, a la vez que el arquetipo padre, tal como vemos en los hombres actuales, está cambiando.

Nuevos arquetipos y campos mórficos

En *A New Science of Life: The Hypothesis of Formative Causation* (1981), Rupert Sheldrake, un biólogo teórico, propuso una teoría radicalmente nueva sobre cómo las cosas vivas aprenden y asumen nuevas formas. Su teoría ofrece una explicación sobre cómo pueden llegar a existir los nuevos arquetipos y, por ende, sobre cómo puede cambiar la naturaleza humana.

La hipótesis de Sheldrake es la siguiente: cuando se repite una conducta lo suficiente, ésta forma un “campo morfogenético” (o creador de forma). Este campo (que Sheldrake ahora denomina “mórfico”) posee una especie de memoria acumulativa basada en lo que les ha sucedido a las especies en el pasado. Todos los miembros de las especies (no sólo los organismos vivos, sino también las moléculas de proteínas, los cristales e incluso los átomos) están armonizados con ese campo mórfico en particular, que se extiende a través del espacio y del tiempo mediante un proceso denominado “resonancia mórfica”.

En el reino de los cristales, por ejemplo, según esta teoría la forma o estructura del cristal depende de su campo característico. Además, un nuevo componente sería difícil que cristalizara por primera vez, pero después de la misma le resultaría cada vez más sencillo cristalizar debido a la influencia del campo mórfico (o “memoria”) de cada cristalización anterior. Este hecho es bien conocido entre los químicos, señala Sheldrake.

Aplicada a nosotros, la teoría de Sheldrake explica de qué modo los cambios fundamentales o (arquetípicos) también se pueden producir en los seres humanos. Al principio un cambio en la actitud o en la conducta también

es difícil, pero a medida que cambian más individuos, se vuelve progresivamente más fácil para las demás personas realizarlo, y no sólo mediante la influencia directa. Según Sheldrake, la gente sintoniza con el nuevo patrón dentro de un campo mórfico a través de la resonancia mórfica, y se ve afectada por la misma, lo cual explica cómo el cambio se vuelve progresivamente más fácil. En algún momento se alcanza el número de individuos necesarios para hacer inclinar la balanza; hay un nuevo arquetipo en lo inconsciente colectivo.

El propio Sheldrake equiparó las dos ideas:

La idea que estoy exponiendo es muy similar a la idea de Jung del inconsciente colectivo. La principal diferencia es que la idea de Jung fue aplicada principalmente a la experiencia humana y a la memoria colectiva humana. Lo que yo estoy sugiriendo es que hay un principio muy similar que opera por todo el universo, no sólo en los seres humanos^[68].

El centésimo mono: un mito contemporáneo

El centésimo mono es el nombre de un nuevo mito. Es una historia que ha surgido, se ha repetido y sobre la que se ha escrito tan sólo en las dos últimas décadas. Es de origen muy reciente y, sin embargo, al igual que los mitos griegos que hablan de la guerra de Troya, no está claro dónde termina el hecho y empieza la metáfora. La historia se basa en observaciones científicas sobre las colonias de monos en Japón. La versión más leída escrita por Ben Keyes Jr. es la que resumo y parafraseo a continuación:

Frente a las costas de Japón los científicos han estado estudiando las colonias de monos en muchas islas durante más de treinta años. Para poder seguir la pista a los monos, dejaban batatas en la playa para que se las comieran. Los monos salían de los árboles para coger las batatas y se les podía observar claramente. Un día una hembra de dieciocho meses llamada Imo empezó a lavar la batata en el mar antes de comérsela. Podemos imaginar que sabría mejor sin la tierra y la arena; quizás estaba un poco salada. Imo

enseñó a sus compañeros y a su madre a hacerlo y a su vez sus amigos se lo enseñaron a sus madres, y cada vez había más monos que empezaron a lavar sus batatas en lugar de comérselas llenas de tierra y arena. Al principio, sólo los adultos que imitaron a sus hijos aprendieron, pero poco a poco los otros también lo hicieron. Un día los observadores vieron que todos los monos de una isla lavaban las batatas.

Aunque esto fue significativo, lo más fascinante fue que cuando se produjo este cambio: la conducta de todos los monos del resto de las islas también cambió; todos lavaban sus batatas, a pesar del hecho de que las colonias de monos de las diferentes islas no tenían contacto directo entre ellas.

Esto fue una confirmación de la teoría del campo morfogenético: podía explicar lo que había sucedido. El “centésimo mono” era el hipotético mono anónimo que hizo decantar la balanza de la cultura: aquél cuyo cambio de conducta marcó el número crítico de monos que habían cambiado, tras el cual todos los monos de las demás islas empezaron a lavar sus batatas.

El centésimo mono es una alegoría de la Nueva Era que ofrece la esperanza a las personas que han estado trabajando en cambiarse a ellas mismas y en salvar al planeta, preguntándose si sus esfuerzos individuales servirán para algo. El mito del centésimo mono es una prueba que afirma un compromiso de trabajar en algo, como erradicar las armas nucleares de la Tierra, aunque el efecto no se pueda ver en mucho tiempo. Si ha de haber un centésimo mono, también ha de existir un equivalente humano de Imo y sus amigos; alguien ha de ser el mono vigésimo séptimo, octogésimo primero y nonagésimo noveno, antes de que pueda formarse el nuevo arquetipo.

La hipótesis de Sheldrake nos ofrece una nueva visión de cómo el cambio de una especie puede llegar a producirse gracias al cambio en los individuos quienes, uno a uno, hacen algo nuevo. Si el hijo de Metis ha de sustituir a Zeus en nuestra cultura, ese cambio sólo podrá producirse cuando haya una serie de individuos que confíen en el amor más que en el poder y basen sus acciones en este principio. Según la hipótesis de Sheldrake, cuanto más gente lo haga más fácil será, hasta que, al final, un día alguien será el centésimo mono anónimo.

Sin embargo, la mayoría de los hombres y de las mujeres no sienten ni la necesidad de cambiar el mundo ni tienen la fe de que pueden conseguirlo. A aquellos que sí lo intentan, la teoría del centésimo mono les anima, porque es

un mito que describe eso que sienten que han de hacer de todos modos. Siempre que nos reconocemos en un mito, obtenemos fuerza. Un mito que evoca un “¡ajá!” nos ayuda a ser fieles a aquello que nos conmueve profundamente a ser nosotros mismos.

Además de hablar de aquellos que están internamente motivados a crear un cambio en el mundo exterior, el centésimo mono es una metáfora de lo que está sucediendo en la mente de una persona. En el mundo interior, hacer es transformarse. Si repetimos una conducta, motivados por una actitud o un principio el suficiente número de veces, al final nos convertimos en lo que hacemos.

El hijo de Metis como arquetipo personal

En las películas de *La guerra de las galaxias*, Luke Skywalker confía en lo que su corazón sabe o espera: que hay un padre amoroso en Darth Vader. Sabe que él, el hijo, no se ha de dejar tentar por la desesperanza y el miedo, que no ha de rendirse y convertirse en uno de ellos, como el Emperador le había asegurado a Darth Vader que le ocurriría. En su lucha a vida o muerte contra Darth Vader, Luke mantuvo su fe en su intuición de que podía seguir existiendo un padre amoroso dentro de su oscura figura, y actuando según esa creencia, consiguió desenmascararle. Al igual que las figuras míticas contemporáneas, el Emperador y Darth Vader son versiones actualizadas de Urano y Cronos, padres hostiles resentidos contra sus hijos o que los temen. Luke es el hijo con el corazón bondadoso que vence al padre negativo para liberar al padre amoroso que hay en él.

La película de éxito extraordinario de Stephen Spielberg, *E.T.*, es otro mito contemporáneo sobre un niño que confía en su propio corazón. De nuevo, los hombres de poder son los que se encargan de la situación, esta vez vestidos de científicos racionales. *E.T.*, el inocente extraterrestre, es apresado como espécimen, y cuando parece que ha muerto de soledad —como los niños que no son amados ni acariciados—, el amor del niño le devuelve a la vida.

Del mismo modo, un niño héroe, Frodo, es el principal protagonista de la trilogía de J. R. R. Tolkien *El señor de los anillos*. Frodo es un *hobbit*; los hobbits son del tamaño de los muchachos preadolescentes, con pies peludos y buenas cualidades como la lealtad, la confianza. La tarea que emprenden Frodo y sus compañeros —y que consiguen realizar con éxito— es

formidable: destruir el anillo del poder y no dejarse seducir para ponérselo.

En estas películas y libros, los protagonistas llegan a un momento de verdad interior o de fe del que depende el resultado de la historia. Los hombres y las mujeres de un patriarcado tomamos estas mismas decisiones: ¿nos identificaremos con el agresor que representa Darth Vader?, ¿confiaremos los unos en los otros como partes de una hermandad o nos dejaremos seducir por el poder del anillo?, ¿confiaremos en nuestros corazones y crearemos o aceptaremos que algo o alguien no tiene remedio porque los expertos así lo afirman?, ¿nos preocuparemos sólo de nosotros mismos o ayudaremos también a nuestros compañeros?

En los mitos contemporáneos, así como en la mitología griega, Metis —la sabiduría femenina— está ausente pero sus “valores”, que ensalzan la afiliación con los demás y la unión con la Tierra y con toda forma de vida, están resurgiendo. Y a medida que hombres y mujeres vuelven a conectar con la sabiduría femenina, como están haciendo ahora muchas mujeres, volvemos a conectar con el padre o la madre ausente y descubrimos al dios perdido que hay en nosotros.

Yo opino que todos venimos al mundo como niños o niñas en busca de amor, y, si no podemos conseguirlo, buscamos el poder. Cuando recordamos a Metis, recordamos que el amor es lo que en realidad siempre hemos querido.

En un plano personal, una vez el poder se convierte en el arquetipo dominante en la psique de una persona, ésta toma decisiones con el fin de conseguir prestigio, mantener el poder, tener buen aspecto y poseer el control. Las decisiones que se toman en pro del poder no se hacen por amor —por el amor (o júbilo) a esa cosa, por el amor (o dicha) de hacerlo, por amor a alguien o a algo, o por el amor (o bien) que se genera—. Cuando nos volvemos conscientes de que nuestras opciones tienen relación con decidir en qué principio nos basaremos, podemos decidirnos por seguir adelante con lo que amamos, por aquello que tiene sentido o es auténtico para nosotros.

La vida nos está presentando continuamente oportunidades para tomar decisiones. Cuando decidimos algo conscientemente que se basa en el amor y la sabiduría, rechazando a sabiendas una opción que podría realzar nuestro poder, la primera decisión valerosa siempre suele ser la más difícil. Cada vez que se vuelva a presentar otra oportunidad, nos resultará más fácil, hasta que

lo que una vez fue difícil se convierta en algo natural. Entonces, el amor se convierte en el principio que regirá nuestra psique.

El último párrafo se suponía que había de ser el final del libro, pero antes de que el manuscrito se entregara en la imprenta, me puse a reflexionar sobre posibles finales y recordé unas líneas de *Four Quartets* de T. S. Elliot que para mí han sido un consuelo, sé que son ciertas y que son alentadoras. Puede que para vosotros también.

Lo que llamamos el principio con frecuencia es el final
y hacer un final es crear un principio.

El final es por donde empezamos^[69].

Mi amor para todos.

APÉNDICE: QUIÉN ES QUIÉN EN LA MITOLOGÍA GRIEGA

- **Afrodita**, diosa del amor y de la belleza, conocida como **Venus** por los romanos. Esposa infiel de Hefesto, dios cojo de la forja, tuvo muchas aventuras amorosas con dioses y mortales, la más destacada fue con Ares, dios de la guerra.

- **Apolo**, conocido también por este mismo nombre entre los romanos, el hermoso dios del sol; justiciero, arquero y patrón de las bellas artes; hijo de Zeus y Leto; hermano gemelo de Artemisa. A veces también se le llama Helios.

- **Ares**, o **Marte** como lo llamaron los romanos, era el dios de la guerra, guerrero, amante y bailarín arquetípico. Era hijo de Zeus y Hera, que fue despreciado por su padre debido a su afán de lucha. Fue el amante de Afrodita, con quien tuvo una hija, Armonía, y dos hijos, Deimos (miedo) y Fobos (terror), que se unieron a él en el campo de batalla.

- **Artemisa**, que los romanos denominaron **Diana**, era la diosa de la caza y de la Luna. Hija de Zeus y Leto, y hermana gemela de Apolo, dios del sol.

- **Atenea**, conocida bajo el nombre de **Minerva** entre los romanos, diosa de la sabiduría y de la artesanía, patrona de la ciudad que lleva su nombre, Atenas, y protectora de muchos héroes. Generalmente se la representa con armadura y es famosa por ser la mejor estratega en la guerra. Sólo reconoció a un progenitor, a su padre Zeus, pero también fue hija de la sabia Metis, la

primera consorte de Zeus, a quien éste se tragó.

- **Cronos**, o **Saturno** para los romanos. Un titán y el hijo más joven de Gea y Urano, que castró a su padre y se convirtió en el jefe de los dioses. Esposo de Rea y padre de seis de los olímpicos (Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón, Zeus), se tragó a los cinco primeros al nacer, pero fue derrotado por su hijo menor, Zeus.

- **Deméter**, conocida como **Ceres** por los romanos. Deméter era la diosa del cereal y madre de Perséfone, a quien Hades secuestró al mundo subterráneo.

- **Dionisos**, **Baco** para los romanos, dios del vino y del éxtasis. Hijo de Zeus y Semele, al cual su padre incubó en su muslo. Sus papeles arquetípicos son los de otorgador del éxtasis, amante, vagabundo y místico.

- **Gea**, la diosa Tierra, madre y esposa de Urano (cielo), madre de los titanes y abuela de la primera generación de olímpicos.

- **Hades**, o **Plutón** (romano), gobernante del mundo subterráneo, hijo de Rea y Cronos, esposo-secuestrador de Perséfone. Hermano de Zeus y Poseidón y uno de los tres aspectos del arquetipo del padre. Gobernó en el reino de los espíritus y del inconsciente colectivo.

- **Hefesto**, conocido como **Vulcano** por los romanos, dios cojo de la forja, el único dios olímpico que trabajó. Fue el marido cornudo de Afrodita, el hijo rechazado de Hera, que era su única progenitora y también fue rechazado por Zeus, su padre nominal. Sus funciones arquetípicas son la artesanía, los oficios manuales, la cojera y la soledad.

- **Hera**, conocida también con el nombre de **Juno** por los romanos, diosa del matrimonio. Casada con Zeus, que era un conquistador, se la representó como una esposa celosa y vengativa.

- **Hermes**, más conocido por su nombre romano, **Mercurio**. El mensajero

de los dioses, el dios patrón del comercio, de la comunicación, de los viajeros y de los ladrones. Conducía a los espíritus al Hades, rescató a Dionisos y sacó a Perséfone del mundo subterráneo. Tuvo una aventura con Afrodita, con quien engendró a Hermafrodito.

- **Hestia**, es también la diosa romana **Vesta**. Diosa del fuego del hogar y del templo, la menos conocida de los olímpicos. Su fuego hacía del hogar y del templo lugares sagrados. Encarna el arquetipo del Sí-mismo.

- **Perséfone**, conocida también por los griegos como **Coré**, o la doncella, y denominada **Proserpina** por los romanos. La hija secuestrada de Deméter, Perséfone se convirtió en reina del mundo subterráneo.

- **Poseidón**, dios del mar y el que hace temblar la tierra, un olímpico más comúnmente conocido por su nombre romano, **Neptuno**. Compitió contra Atenea por Atenas y perdió. Hermano de Zeus y Hades, uno de los tres aspectos del arquetipo del padre.

- **Rea**, hija de Gea y Urano, hermana y esposa de Cronos. Madre de Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón y Zeus.

- **Urano**, el primer dios celeste, hijo de Gea y esposo de ésta. Padre de los titanes, fue castrado y derrocado por su hijo menor, Cronos.

- **Zeus**, el **Júpiter** o **Jove** romano; dios jefe de los olímpicos, dios del rayo y el trueno, el hijo menor de Rea y Cronos. Derrotó a los titanes y estableció la soberanía de los olímpicos como gobernantes del universo. Fue el conquistador esposo de Hera; anteriormente había tenido muchas otras esposas, muchas aventuras y numerosa prole de esas uniones. Algunos de ellos formaron la segunda generación de los olímpicos, otros fueron héroes de la mitología griega.

Cuadro de dioses

CUADRO DE DIOSSES Y ARQUETIPOS			
Dioses	Categoría	Roles arquetípicos	Relaciones significativas
Zeus (Júpiter, Jove) Dios del cielo y del rayo reino de la voluntad y del poder	Dios patriarcal	Rey, padre celestial Ejecutivo, creador de alianzas Conquistador	Esposa (Hera) Hijos (hijos e hijas olímpicos)
Posidón (Neptuno) Dios del mar, el que hace temblar la tierra reino de la emoción y del instinto	Dios patriarcal	Rey, padre de la Tierra Instintivo, hombre emocional Enemigo implacable	Esposa (Anfitrite) Enemigos (Ulises)
Hades (Plutón) Dios del mundo subterráneo reino de los espíritus y del inconsciente	Dios patriarcal	Rey Recluso	Esposa (Perséfone) Imágenes (o espectros)
Apolo Dios del sol	Hijo predilecto	Establece metas con éxito Hermano	No tiene relaciones significativas Hermanos (Artemisa, Hermes)
Hermes (Mercurio) Dios mensajero	Hijo predilecto	Comunicador, guía Embaucador	Sus relaciones significativas son transitorias Amigos
Ares (Marte) Dios de la guerra	Hijo rechazado	Guerrero, bailarín, amante Hombre encarnado	Amante (Afrodita) Hijos
Hefesto (Vulcano) Dios de la forja	Hijo rechazado	Artesano Hombre creativo	Esposa (Afrodita)
Dionisos (Baco) Dios del éxtasis y del vino	Hijo protegido	Místico, errante Amante extático	Mujeres Esposa (Ariadna)

CUADRO DE DIOSSES Y ARQUETIPOS (Continúa)

Dios	Tipo psicológico junguiano Tipo/Sentido del tiempo	Conflictos psicológicos	Puntos fuertes
Zeus	Generalmente extravertido Claramente mental Intuición y sensación Presente y futuro	Crueldad Inmadurez emocional Vanidad	Capacidad para usar el poder Decisión Capacidad generadora
Poseidón	Extravertido o introvertido Claramente sentimiento Pasado y presente	Destructividad emocional Inestabilidad emocional Baja autoestima	Lealtad Acceso a los sentimientos
Hades	Claramente introvertido Claramente sensación Eterno	Invisibilidad social Depresión, distorsión de la realidad Baja autoestima	Un mundo interior rico en imágenes Desapego
Apolo	Generalmente extravertido Generalmente mental Generalmente intuitivo Futuro	Distancia emocional Arrogancia Veneno	Capacidad para fijarse metas y conseguirlas Aprecio de la claridad y la forma

Hermes	Generalmente extravertido Claramente intuitivo Generalmente mental Consciente del pasado presente y futuro	Impulsividad Sociopatía Eterno adolescente	Capacidad para comprender el sentido de las cosas Comunicador de ideas Amigable
Ares	Claramente extravertido Claramente sentimiento Claramente sensación Presente inmediato	Capacidad para reaccionar emocionalmente Cabeza de turco y agresor Baja autoestima	Integración de las emociones y el cuerpo Expresividad de las emociones
Hefesto	Claramente introvertido Claramente sentimiento Claramente sensación Presente	No apropiado socialmente Bufón Baja autoestima	Creatividad Capacidad para ver y crear belleza Habilidad con las manos
Dionisos	Extravertido o introvertido Claramente sensación Presente inmediato/eternidad	Distorsiones en la percepción de sí mismo Consumo de sustancias Baja autoestima	Apreciación de la experiencia sensorial Amor por la naturaleza Intensidad pasional

REFERENCIAS Y NOTAS

En primer lugar he citado las principales fuentes que he utilizado en cada capítulo, seguidas de las notas numeradas para las citas directas.

Todas las referencias a las obras completas de Jung (designadas con la abreviatura CW) han sido extraídas de *Collected Works of C. G. Jung*, editadas por sir Herbert Read, Michael Fordham y G. Adler; traducidas por R. F. C. Hull; editor ejecutivo, William McGuire; Bollingen Series 20 (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, varias fechas de publicación).

Cita del frontispicio de Joseph Campbell, citada por Keith Thompson, “Myth as Soul of the World”, *Noetics Sciences Review* (invierno, 1986), pág. 24.

1: HAY DIOSSES EN TODOS LOS HOMBRES

Bolen, Jean Shinoda. “Which Goddess Gets the Golden Apple?”, *Goddesses in Everywoman*. San Francisco: Harper & Row, 1984, pp. 263-277. Versión en castellano, “¿Qué diosa consigue la manzana de oro?” *Las diosas de cada mujer*. Barcelona: Kairós, 1993, 2000, pp. 342-360.

Jung, C. G. “Archetypes of the Collective Unconscious” (1954), *CW*, vol. 9, parte I (1968), pp. 3-41.

Jung, C. G. “The Concept of the Collective Unconscious”, *CW*, vol. 9, parte I (1968), pp. 42-53.

Levinson, Daniel. *The Seasons of a Man's Life*. Nueva York: Ballantine Books, 1978. McGill, Michael E. *The McGill Report on Male Intimacy*. Nueva York: Harper & Row, Perennial Library, 1986.

Miller, Jean Baker. "Domination-Subordination", *Toward a New Psychology of Women*. Boston: Beacon Press, 1976, pp. 3-12.

2: PADRES E HIJOS

Colman, Arthur, and Colman, Libby. *Earth Father, Sky Father: The Changing Concept of Fathering*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1981.

Davis, John H. *The Kennedys: Dynasty and disaster 1848-1984*. Nueva York: McGraw-Hill, 1984.

Dinnerstein, Dorothy. *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*. Nueva York: Harper Colophon Books, 1977.

Hesíodo. *Teogonía*. Traducción [al inglés] e introducción de Norman O. Brown. Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1953, 1982. *The Holy Bible*, Revised Standard Version (RSV). Nueva York: Nelson, 1953.

Jung, C. G. *Memories, Dreams, Reflections*. Recopilado por Aniela Jaffe, traducción del alemán de Richard y Clara Winston. Nueva York: Pantheon Books, 1961. Versión en castellano: *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Barcelona: Seix Barral, Biblioteca Breve, 1964, 1996.

Lucas, George. *La guerra de las galaxias* (película).

Lucas, George. *El retorno del Jedi* (película).

Masson, Jeffrey Moussaieff. *The Assault on Truth: Freud's Suppression of the Seduction Theory*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1984.

Mayerson, Philip. *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971.

Miller, Alice. *For Your Own Good: Hidden Cruelty in Child-Rearing and the Roots of Violence*. Traducción de Hildegarde y Hunter Hannum. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1983. Miller, Alice. *Thou Shalt Not Be Aware: Society's Betrayal of the Child*. Traducción de Hildegarde y Hunter Hannum.

Nueva York: New American Library, 1986.

Samuels, Andrew. *The Father: Contemporary Jungian Perspectives*. Edición e introducción de Andrew Samuels. Nueva York: New York University Press, 1985.

3: ZEUS

Bolen, Jean Shinoda. “Hera: Goddess of Marriage, Commitment Maker and Wife”, *Goddesses in Everywoman*. San Francisco: Harper & Row, 1984. Versión en castellano, “Hera: diosa del matrimonio, artífice del compromiso y esposa”, *Las diosas de cada mujer*. Barcelona: Kairós, 1993, 2000.

Colman, Arthur y Colman, Libby. *Earth Father, Sky Father: The Changing Concept of Fathering*. Nueva York: Prentice-Hall, 1981.

Graves, Robert. *The Greek Myths*, vol. I. Nueva York: Penguin Books, 1955, 1960.

Guthrie, W. K. C. *The Greeks and their Gods*. Boston: Beacon Press, 1950.

Hamilton, Edith. *Mythology*. Boston: Little, Brown, 1942.

Hesíodo. *Teogonía*. Traducción e introducción de Norman O. Brown. Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1953, 1982.

Iacocca, Lee, con William Novak. *Iacocca; An Autobiography*. Nueva York: Bantam Books, 1984.

Kerenyi, C. “Zeus and Hera: Archetypal Image of Father, Husband, and Wife”. Traducción del alemán de Christopher Holme. Bollingen Series LXV, vol. 5. *Archetypal Images in Greek Religion*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1975.

Kerenyi, C. “Stories of the Titans”, “Zeus and his Spouses”. *The Gods of the Greeks*. Traducción del alemán de Norman Cameron. Inglaterra: Thames and Hudson, 1951, 1979.

Mayerson, Philip, “Battles of the Titans and The Rise of Zeus”, “The Gods

of Mount Olympus, Zeus”, *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1979.

Stassinopoulos, Arianna y Roloff Beny, “Zeus”, *The Gods of Greece*. Nueva York: Abrams, 1983, pp. 115-131.

Stein, Murray. “Hera: Bound and Unbound”. *Spring 1977*, Zurich: Spring Publications, 1977, pp. 105-119.

4: POSEIDÓN

Colman, Arthur y Colman, Libby. *Earth Father/Sky Father*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1981.

Grant, Michael y Hazel, John. *Gods and Mortals in Classical Mythology: A Dictionary*. Nueva York: Dorset Press, 1979.

Graves, Robert. *The Greek Myths*, vol. 1 “16, Poseidon’s Nature and Deeds”. Middlesex, Inglaterra: Penguin Books, 1955.

Grimm Brothers. “Iron Hans”, *Sixty Fairy Tales of the Brothers Grimm*. Ilustrado por Arthur Rackham, traducción [al inglés] de Edgar Lucas. Nueva York: Weathervane Books (Crown Publishers), 1979, pp. 319-325.

Mayerson, Philip. “Poseidon (Neptune)”, *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971, pp. 94-105.

Shaffer, Peter. *Equus*. Nueva York: Avon Books, 1975.

Stassinopoulos, Arianna y Roloff Beny, “Poseidon”, *The Gods of Greece*. Nueva York: Abrams, 1983, pp. 42-51.

Walker, Barbara G.: “Trident”. *The Women’s Encyclopedia of Myths and Secrets*. San Francisco: Harper & Row, 1983.

5: HADES

Grant, Michael y Hazel, John. *Gods and Mortals in Classical Mythology: A Dictionary*. Nueva York: Dorset Press, 1979.

Graves, Robert. “The Gods of the Underworld”, *The Greek Myths*, vol.1.

Middlesex, Inglaterra: Penguin Books, 1955, pp. 120-125.

Kerenyi, C. *Eleusis: Archetypal Image of Mother and Daughter*. Traducción del alemán al inglés de Ralph Manheim. Schocken Books, 1977.

Mayerson, Philip, “The House of Hades: Gods of the Underworld”, *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1979, pp. 227-247.

Otto, Walter F. *Dionysus: Myth and Cult*. Traducción [al inglés] e introducción de Robert B. Palmer. Bloomington: Indiana University Press, 1965.

Stassinopoulos, Arianna y Roloff Beny, “Hades”, *The Gods of Greece*. Nueva York: Abrams, 1983, pp. 187-189.

Walker, Barbara G.: “Hel” y “Hell”. *The Women's Encyclopedia of Myths and Secrets*. San Francisco: Harper & Row, 1983, pp. 380-390.

6: APOLO

Fontenrose, Joseph. *Python: A Study of Delphic Myths and its Origins*. Berkeley: University of California Press, 1980.

Grant, Michael y Hazel, John. *Gods and Mortals in Classical Mythology: A Dictionary*. Nueva York: Dorset Press, 1979.

Guthrie, W. K. C. *The Greeks and their Gods*. Boston: Beacon Press, 1955.

Homero, “The Hymn to Pythian Apollo” y “The Hymn to Delian Apollo”, *The Homeric Hymns*. Traducción al inglés de Charles Boer. Irving, Texas: Spring Publications, 1979.

Kerenyi, Karl. *Apollo: The Wind, the Spirit and the God*. Traducción del alemán [al inglés] de Jon Solomon. Dallas: Spring Publications, 1983.

Mayerson, Philip. *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1979.

Otto, Walter F. *The Homeric Gods: The Spiritual Significance of Greek*

Religion. Traducción [al inglés] de Moses Hadas. Inglaterra: Thames & Hudson, 1979.

7: HERMES

Brown, Norman O. *Hermes the Thief: Evolution of a Myth*: Nueva York: Vintage Books, Random House, 1969.

Grant, Michael y Hazel, John. *Gods and Mortals in Classical Mythology: A Dictionary*. Nueva York: Dorset Press, 1979.

Guthrie, W. K. C. “The Divine Family: Section 5; Hermes”, *The Greeks and their Gods*. Boston: Beacon Press, 1955.

Hillman, James. “Notes on Opportunism”, edición de James Hillman, *Puer Papers*. Irving, Texas: Spring Publications, 1979.

Hirshey, Gerri. “Sting Fells the Burn”. *Rolling Stone*, septiembre, 1985, pág. 32.

Homero, “The Hymn to Hermes”, *The Homeric Hymns*, traducción [al inglés] de Charles Boer, segunda edición revisada. Irving, Texas: Spring Publications, 1979.

Jung, C. G. “Psychology and Alchemy”, *CW*, vol. 12, 1968.

Jung, C. G. “On the Mythology of the Trickster Figure”, *CW*, vol. 9, parte II, 1968, pp. 225-272.

Kerenyi, Karl. “Maia, Hermes, Pan and the Nymphs”, *The Gods of the Greeks*. Inglaterra: Thames and Hudson, 1951, 1979.

Kerenyi, Karl. *Hermes: Guide of Souls*. Zurich: Spring Publications, 1976.

López-Pedraza, Rafael. *Hermes and his Children*. Zurich: Spring Publications, 1977.

Mayerson, Philip, “Hermes”, *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1979.

Needleman, Jacob. *The Way of the Physician*. San Francisco: Harper & Row, 1985.

Orto, Walter F. *The Homeric Gods: The Spiritual Significance of Greek Religion*. Traducción [al inglés] de Moses Hadas. Inglaterra: Thames & Hudson, 1979.

Peisch, Jeffrey. "Sting". *Record*, septiembre de 1985.

Smith, Betty. "The Wayfarer God". C. J. Jung Institute of Los Angeles, Lecture Series, 1981, 4 cintas.

Stassinopoulos, Arianna y Roloff Beny, "Hermes", *The Gods of Greece*. Nueva York: Abrams, 1983.

Stein, Murray. "World of Hermes, God of Significant Passage: Reflections on the Mid-Life Transition". C. G. Jung Institute of San Francisco, *Public Events Lecture Series*, 28 de febrero de 1981, 1 de marzo de 1981.

Von Franz, Marie Louise. *Puer Eternus*. Zurich: Spring Publications, 1970.

Walker, Barbara G.: "Alchemy" y "Hermes". *The Women's Encyclopedia of Myths and Secrets*. San Francisco: Harper & Row, 1983.

8: ARES

Grant, Michael y Hazel, John. *Gods and Mortals in Classical Mythology: A Dictionary*. Nueva York: Dorset Press, 1979.

Hall, James. *Dictionary of Subjects and Symbols in Art*. Nueva York: Harper & Row, 1974.

Hamilton, Edith. *Mythology*. Boston: Little, Brown, 1942.

Homero, "Hymn to Ares", *The Homeric Hymns*, traducción de Charles Boer. Irving, Texas: Spring Publications, 1979, pág. 29.

Kerenyi, C. *The Gods of the Greeks*. Traducción del alemán de Norman Cameron. Inglaterra: Thames and Hudson, 1979 (primera edición, 1951).

Meyerson, Philip. "Ares (Mars)". *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971.

Miller, Alice. *For Your Own Good: Hidden Cruelty in Child-Rearing and*

the Roots of Violence. Traducción de Hildegarde y Hunter Hannum. Nueva York: Farrar, Strauss and Giroux, 1983.

Miller, Alice, *Thou Shalt Not Be Aware: Society's Betrayal of the Child*. Traducción de Hildegarde y Hunter Hannum. Nueva York: New American Library, 1986.

Otto, Walter F. *The Homeric Gods: The Spiritual Significance of Greek Religion*. Traducción [al inglés] de Moses Hadas. Inglaterra: Thames & Hudson, 1979.

Perera, Sylvia Brinton. *The Scapegoat Complex*. Toronto: Inner City Books, 1986.

Stassinopoulos, Arianna y Roloff Beny, "Ares", *The Gods of Greece*. Nueva York: Abrams, 1983.

Tripp, Edward. *The Meridian Handbook of Classical Mythology*. Primera edición con el título *Crowell's Handbook of Classical Mythology*. Nueva York: New American Library, 1970.

9: HEFESTO

Bolen, Jean Shinoda. "Aphrodite and Hephaestus" *Goddesses in Everywoman*. San Francisco: Harper & Row, 1984, pp. 247-248. Versión en castellano, "Afrodita: diosa del amor y de la belleza, mujer creativa y amante", *Las diosas de cada mujer*. Barcelona: Kairós, 1993, 2000, pág. 305.

Corliss, Richard. "Andrew Wyeth's Stunning Secret". *Time*, 18 de agosto, 1986.

Hillman, James. "Puer Wounds and Ulysses' Scar", edición de James Hillman, *Puer Papers*. Irving, Texas: Spring Publications, 1979.

Jung, C. G. "Confrontation with the Unconscious". *Memories, Dreams, Reflections*. Recopilado por Aniela Jaffé, traducción al inglés del alemán de Richard y Clara Winston. Nueva York: Pantheon Books, 1961. Versión en castellano: *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Barcelona: Seix Barral, Biblioteca Breve, 1964, 1996.

Kerenyi, C. "IV. 3. Aphrodite, Ares and Hephaistos", "VII. 3. Athene and Hepahistos", "IX. Hera, Ares and Hephaistos". *The Gods of the Greeks*. Inglaterra: Thames and Hudson, 1979 (primera edición, 1951).

Mayerson, Philip. "Hephaestus". *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971.

Slater, Philip. "Self-Emasculation: Hephaistos". *The Glory of Hera*. Boston: Beacon Press, 1968.

Stassinopoulos, Arianna y Roloff Beny, "Zeus", *The Gods of Greece*. Nueva York: Abrams, 1983.

Stein, Murray. "Hera: Bound and Unbound". *Spring 1973*, Nueva York: Spring Publications, 1977.

Stein, Murray. "Hera: Bound and Unbound". *Spring 1977*, Zurich: Spring Publications, 1977.

Stein, Murray. "Hephaistos: A Pattern of Introversion" y "Postscript on Hephaistos". Edición de James Hillman, *Facing the Gods*. Irving, Texas: Spring Publications, 1980.

10: DIONISOS

Colman, Arthur y Colman, Libby. *Love and Ecstasy*. Nueva York: Seabury Press, 1975.

Freedman, Samuel G. "Why Artists Pay the Wages of Creativity". *San Francisco Chronicle*, Datebook, 1 de diciembre de 1985, pp. 27-29.

Keen, Sam. *The Passionate Life: Stages of Loving*. San Francisco: Harper & Row, 1983.

Kerenyi, C. "Dionysos and His Female Companions". *The Gods of the Greeks*. Inglaterra: Thames and Hudson, 1979 (primera edición, 1951).

Hillman, James. "Puer Wounds and Ulysses' Scar", edición de James Hillman, *Puer Papers*. Irving, Texas: Spring Publications, 1979, pp. 116-118.

Hillman, James. "Dionysus in Jung's Writings". *Spring 1972*. Nueva York:

Spring Publications, 1972.

Hillman, James. “Dionysos”. Edición de James Hillman, *Facing the Gods*. Irving, Texas: Spring Publications, 1980.

Lukoff, David y Everest, Howard C. “The Diagnosis of Mystical Experiences with Psychotic Features”. *Journal of Transpersonal Psychology* 17, 1985: 2.

Mayerson, Philip. *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971.

Moore, Tom. “Artemis and the Puer”. Edición de James Hillman, *Puer Papers*.

Irving, Texas: Spring Publications, 1979. Neumann, Erich. *The Origins and History of Consciousness*. Prólogo de C. G.

Jung, traducción del alemán de R. F. C. Hull. Bollingen Series XLII, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1970.

Otto, Walter F. *Dionysus: Myth and Cult*. Traducción [al inglés] e introducción de Robert B. Palmer. Bloomington: Indiana University Press, 1965.

11: HALLAR NUESTROS MITOS

Allison, Ralph B. “A New Treatment Approach for Multiple Personalities”, *American Journal of Clinical Hypnosis* 17, 1974, pp. 15-32.

Allison, Ralph B., *Minds in Many Pieces*. Nueva York: Rawson Wade, 1980.

Bolen, Jean Shinoda. “Hestia”, *Goddesses in Everywoman*. San Francisco: Harper & Row, 1984, pp.107-138. Versión en castellano, *Las diosas de cada mujer*. Barcelona: Kairós, 1993, 2000.

Damgaard, Jacqueline A. “The Inner Self Helper: Transcendent Life Within Life?”, *Noetic Sciences Review* (invierno de 1987), pp. 24-28.

C. G. Jung. “Concerning Mandala Symbolism”, *CW*, vol. 9, Parte I, pp.

335-384.

12: EL DIOS AUSENTE

Colman, Arthur, and Colman, Libby, *Earth Father, Sky Father: The Changing Concept of Fathering*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1981.

Eisler, Riane, *The Chalice and the Blade*. San Francisco: Harper & Row, 1987.

Gilligan, Carol, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1982.

Gimbutas, Marija, *The Goddesses and Gods of Old Europe: Myths and Cult Images*. Berkeley: University of California Press, 1982.

Godavitarne, Pia M., "Statement of Philosophy", *Woman of Power*, n° 8 (invierno de 1988), pág. 1.

Keyers, Jr., Ken, *The Hundredth Monkey*. Coos Bay, Oregón: Vision Books, 1982.

The Nag Hammadi Library. Traducción [al inglés] de los miembros del Proyecto de la Biblioteca Gnóstico-copta del Instituto para la Antigüedad y el Cristianismo; editor James M. Robinson. San Francisco: Harper & Row, 1978.

Pagels, Elaine, *The Gnostic Gospels*. Nueva York: Random House, 1979.

Sheldrake, Rupert, *A New Science of Life: The Hypothesis of Formative Causation*. Los Ángeles: Tarcher, 1981.

Sheldrake, Rupert. "Mind, Memory & Archetype: Morphic Resonance and the Collective Unconscious", *Psychological Perspectives* 18, n° 1, (1987).

Sheldrake, Rupert. "Society, Spirit & Ritual: Resonance and the Collective Unconscious", *Psychological Perspectives* 18, n° 2, (1987).

Stone, Merlin, *When God Was a Woman*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1976.

BIBLIOGRAFÍA

Esta bibliografía está dividida en cuatro secciones:

1. Mitología;
2. Psicología arquetípica (psicología analítica junguiana);
3. Psicología masculina (aparte de la junguiana), y
4. Psicología general, teología y religión (relacionada con este libro).

1. MITOLOGÍA

Brown, Norman O. *Hermes the Thief: Evolution of a Myth*. Nueva York: Vintage Books, Random House, 1969.

Bullfinch's Mythology. Middlesex, Inglaterra: Hamlyn, 1964.

Bullfinch's Mythology: The Greek and Roman Fables Illustrated. Recopilado por Bryan Holme, con introducción de Joseph Campbell. Nueva York: Viking Press, 1979.

Campbell, Joseph. *The Hero with a Thousand Faces*. 2ª ed. Bollingen Series 17. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1968. [Versión en castellano: *El héroe de las mil caras*. Psicoanálisis del mito. México D.F.: Fondo de Cultura, 1959].

Fonterose, Joseph. *Python: A Study of Delphic Myths and Its Origins*. Berkeley: University of California Press, 1980.

Gimbutas, Marija. *The Goddesses and Gods of Old Europe: Myths and Cult*

- Images*. Berkeley: University of California Press, 1982. [Versión en castellano: *Diosas y dioses de la vieja Europa*. Madrid: Istmo, 1991].
- Grant, Michael y Hazel, John. *Gods and Morals in Classical Mythology: A Dictionary*. Nueva York: Dorset Press, 1979.
- Graves, Robert. *The Greek Myths*, 2 vols. Nueva York: Penguin Books, 1970, 1982. (Publicado originalmente en 1955). [Versión en castellano: *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza, 2 vols., 1998].
- Guthrie, W. K. C. *The Greeks and their Gods*. Boston: Beacon Press, 1950.
- Hamilton, Edith. *Mythology*. Boston: Little, Brown, 1942. [Versión en castellano: *La mitología*. Barcelona: Daimon, 1984].
- Harrison, Jane Ellen. *Mythology*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1963. (Publicado originalmente en 1924).
- Hesíodo, *Theogony*, traducción [al inglés] Richard Lattimore. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1959. [Versión en castellano: *Obras y fragmentos. Teogonía*. Madrid: Gredos, 1997].
- Hesíodo, *Theogony*, traducción [al inglés] e introducción de Norman O. Brown. Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1953.
- Homero, *The Iliad of Homer*, traducción e introducción R. Lattimore. Chicago: University of Chicago Press, 1951. [Versión en castellano: *Iliada*. Madrid: Gredos, 1996].
- Homero, *The Homeric Hymns*, traducción de Charles Boer. Irving, Texas: Spring Publications, 1979. [Versión en castellano: *Himnos homéricos*. Madrid: Gredos, 1988].
- Kerenyi, Karl. *The Héroes of the Greeks*. Inglaterra: Thames and Hudson, 1959.
- Kerenyi, Karl. *The Gods of the Greeks*. Nueva York: Thames and Hudson, 1979. (Publicado originalmente en 1951). [Versión en castellano: *Los dioses de los griegos*. Caracas: Monte Ávila, 1997].
- Kerenyi, C. *Zeus and Hera: Archetypal Image of Father, Husband, and Wife*.

- Traducción del alemán al inglés de Christopher Holme. Bollingen Series LXV, vol. 5. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1975.
- Karl Kerényi. *Apollo: The Wind, the Spirit and the God*. Traducción del alemán [al inglés] de Jon Solomon. Dallas: Spring Publications, 1983.
- Kerényi, Karl. *Hermes a Guide of Souls*. Traducción [al inglés] de Murray Stein. Zurich: Spring Publications, 1976.
- Mayerson, Philip. *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971.
- Otto, Walter F. *Dionysus: Myth and Cult*. Traducción [al inglés] e introducción de Robert B. Palmer. Bloomington: Indiana University Press, 1965. [Versión en castellano: *Dionisio: mito y culto*. Madrid: Siruela, 1997].
- Otto, Walter F. *The Homeric Gods*. Nueva York: Thames & Hudson, 1979. (Publicado originalmente en 1954).
- Stassinopoulos, Arianna y Roloff Beny, “Zeus”, *The Gods of Greece*. Nueva York: Abrams, 1983.
- Tripp, Edward. *The Meridian Handbook of Classical Mythology*. Primera edición con el título *Crowell’s Handbook of Classical Mythology*. Nueva York: New American Library, 1970.
- Walker, Barbara G. *The Women’s Encyclopedia of Myths and Secrets*. San Francisco: Harper & Row, 1983.
- Zimmerman, J. E. *Dictionary of Classical Mythology*. Nueva York: Bantam Books, 1978 (Publicado originalmente en 1964).

2. PSICOLOGÍA ARQUETÍPICA (PSICOLOGÍA ANALÍTICA JUNGUIANA)

- Bolen, Jean Shinoda. *Goddesses in Everywoman: A New Psychology of Women*. San Francisco: Harper & Row, 1984. [Versión en castellano: *Las diosas de cada mujer*. Barcelona: Kairós, 1997].

- Colman, Arthur, and Colman, Libby. *Earth Father, Sky Father: The Changing Concept of Fathering*. Nueva York: Spectrum Book, Prentice-Hall, 1981.
- Henderson, Joseph L. "Archetype: Father". *International Encyclopedia of Psychiatry, Psychology, Psychoanalysis, and Neurology*, 1911.
- Hillman, James. "Dionysus in Jung's Writings". *Spring 1972*. Irving, Texas: Spring Publications, 1980.
- Hillman, James. Edición de James Hillman, *Facing the Gods*. Irving, Texas: Spring Publications, 1980.
- Hillman, James. *Fathers and Mothers: Five Papers on the Archetypal Background of Family Psychology*. Nueva York: Spring Publications, 1973.
- Hillman, James. "Puer Wounds and Ulysses' Scar", edición de James Hillman, *Puer Papers*. Irving, Texas: Spring Publications, 1979.
- Hillman, James. *Puer Papers*. Edición de James Hillman. Irving, Texas: Spring Publications, 1979.
- Johnson, Robert A. *He: Understanding Masculine Psychology*. Nueva York: Harper & Row, 1977. [Versión en castellano: *He, cómo comprender la psicología masculina*. Buenos Aires: Era Naciente, 1996].
- Jung, C. G. Todas las referencias a las obras completas de Jung (designadas con la abreviatura *CW*) han sido extraídas de *Collected Works of C. G. Jung*, editadas por sir Herbert Read, Michael Fordham y G. Adler; traducidas [al inglés] por R. F. C. Hull; editor ejecutivo, William McGuire; Bollingen Series 20 (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, varias fechas de publicación). [Versión castellana en proceso de publicación por Editorial Trotta].
- Jung, C. G. "The Significance of the Father in the Destiny of the Individual". *CW*, vol. 4 (1979), pp. 301-323. [Versión castellana incluida en: *Obras completas. Vol. IV. Freud y el psicoanálisis*. Madrid: Trotta, 2000].
- Jung, C. G. "Archetypes of the Collective Unconscious" (1954), *CW*, vol. 9, parte i (1968), pp. 3-41. [Versión en castellano: *Arquetipos e inconsciente*

- colectivo*. Barcelona: Paidós, 1984].
- Jung, C. G. “The Concept of the Collective Unconscious”, *CW*, vol. 9, parte i (1968), pp. 42-53.
- Jung, C. G. “On the Mythology of the Trickster Figure”, *CW*, vol. 9, parte n, 1968, pp. 225-272.
- Jung, C. G. “Psychology and Alchemy”, *CW*, vol. 12, 1968. [Versión en castellano: *Psicología y alquimia*. Buenos Aires: Santiago Rueda, 1953].
- Jung, C. G. *Memories, Dreams, Reflections*. Recopilado por Aniela Jaffe, traducción del alemán al inglés de Richard y Clara Winston. Nueva York: Pantheon Books, 1961. Versión en castellano: *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Barcelona: Seix Barral, Biblioteca Breve, 1964, 1996. [Versión en castellano: *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Barcelona: Seix Barral, 1964].
- Kerenyi, C. *Eleusis: Archetypal Image of Mother and Daughter*. Traducción del alemán al inglés de Ralph Manheim. Schocken Books, 1977.
- Kerenyi, C. *Zeus and Hera: Archetypal Image of Father, Husband, and Wife*. Traducción del alemán al inglés de Christopher Holme. Bollingen Series LXV, vol. 5. *Archetypal Images in Greek Religion*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1975.
- López-Pedraza, Rafael. *Hermes and his Children*. Zurich: Spring Publications, 1977. [Versión en castellano: *Hermes y sus hijos*. Barcelona: Anthropos, 1991].
- Monick, Eugene. *Phallos: Sacred Image of the Masculine*. Toronto: Inner City Books, 1987. [Versión en castellano: *Phallos, símbolo sagrado de la masculinidad*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos, 1994].
- Moore, Tom. “Artemis and the Puer”. Edición de James Hulmán, *Fuer Papers*. Irving, Texas: Spring Publications, 1979.
- Perera, Sylvia Brinton. *The Scapegoat Complex*. Toronto: Inner City Books, 1986.
- Samuels, Andrew. *The Father: Contemporary Jungian Perspectives*. Edición

e introducción de Andrew Samuels. Nueva York: New York University Press, 1985.

Sheldrake, Rupert. "Mind, Memory & Archetype: Morphic Resonance and the Collective Unconscious". *Psychological Perspectives* 18 nº 1, (1987), pp. 9-25.

Sheldrake, Rupert. "Society, Spirit & Ritual: Resonance and the Collective Unconscious". *Psychological Perspectives* 18, nº 2 (1987), pp. 320-331.

Stein, Murray. "Hephaistos: A Pattern of Introversión" y "Postscript on Hephaistos". Edición de James Hillman, *Facing the Gods*. Irving, Texas: Spring Publications, 1980.

Stein, Murray. "Hera: Bound and Unbound". *Spring 1977*, Zurich: Spring Publications, 1977, pp. 105-119.

Stein, Murray. *In Midlife: A Junguian Perspective*. Dallas: Spring Publications, 1983.

Von Franz, Marie Louise. *Puer Eternus*. Zurich: Spring Publications, 1970.

3. PSICOLOGÍA MASCULINA (APARTE DE LA JUNGUIANA)

Freud, Sigmund. La edición estándar de las obras completas psicológicas. Traducción del alemán al inglés bajo la supervisión editorial de James Strachey. Vol. 3: *Early Psycho-Analytic Publications* (1961). [Versión en castellano: *Primeras publicaciones psicoanalíticas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1978]. Vol. 17: *An Infantile Neurosis and Other Works* (1955). [Versión en castellano: *De la historia de una neurosis infantil y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu, 1978].

Levinson, Daniel. *The Seasons of a Man's Life*. Nueva York: Ballantine Books, 1978.

Maccoby, Michael. *The Gamesman: The New Corporate Leaders*. Nueva York: Simón & Schuster, 1976.

McGill, Michael E. *The McGill Repon on Male Intimacy*. Nueva York: Harper & Row, Perennial Library, 1986.

Tiger, Lionel. *Men in Groups*. Nueva York: Vintage Books, Random House, 1970.

Vaillant, George E. *Adaptation to Lije*. Bostón: Little, Brown, 1977.

Whyte, Jr., William H. *The Organization Man*. Garden City, Nueva Jersey: Doubleday, Anchor Books, 1957. [Versión en castellano: *El hombre organización*. México D.F.: Fondo de Cultura, 1961].

4. PSICOLOGÍA GENERAL, TEOLOGÍA, RELIGIÓN (RELACIONADA CON ESTE LIBRO)

Dinnerstein, Dorothy. *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*. Nueva York: Harper Colophon Books, 1977.

Eisler, Riane. *The Chalice and the Blade*. San Francisco: Harper & Row, 1987. [Versión en castellano: *El cáliz y la espada*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos, 1990].

Gilligan, Carol. *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1982. *The Holy Bible*, Revised Standard Versión (RSV). Nueva York: Nelson, 1953. [Versión en castellano: *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México D.F.: Fondo de Cultura, 1985.]

Keen, Sam. *The Passionate Life: Stages of Loving*. San Francisco: Harper & Row, 1983. [Versión en castellano: *La vida apasionada: el nuevo arte de amar*. Madrid: Gaia, 1995].

Luckoff, David y Everest, Howard C. "The Diagnosis of Mystical Experiences with Psychotic Features". *Journal of Transpersonal Psychology* 17, nº 2 (1985).

Masson, Jeffrey Moussaieff. *The Assault on Truth: Freud's Suppression of the Seduction Theory*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1984. [Versión en castellano: *El asalto a la verdad*. Barcelona: Seix Barral, 1985].

May, Rollo. *The Courage to Create*. Nueva York: Bantam Books, 1975, pág. 45.

- Miller, Alice. *Prisioners of Childhood: The Drama of Gifted Children and the Search for the True Self*. Traducción [al inglés] de Ruth Ward, Nueva York: Basic Books, 1981. [Versión en castellano: *El drama del niño dotado y la búsqueda del verdadero yo*. Barcelona: Tusquets, 1998].
- Miller, Alice. *For Your Own Good: Hidden Cruelty in Child-Rearing and the Roots of Violence*. Traducción [al inglés] de Hildegarde y Hunter Hannum. Nueva York: Farrar, Strauss and Giroux, 1983. [Versión en castellano: *Por tu propio bien*. Barcelona: Tusquets, 1985].
- Miller, Alice, *Thou Shalt Not Be Aware: Society's Betrayal of the Child*. Traducción [al inglés] de Hildegarde y Hunter Hannum. Nueva York: New American Library, 1986.
- Miller, Jean Baker. "Domination-Subordination", *Toward a New Psychology of Women*. Boston: Beacon Press, 1976, pp. 3-12.
- The Nag Hammadi Library*. Traducción [al inglés] de los miembros del Proyecto de la Biblioteca Gnóstico-copta del Instituto para la Antigüedad y el Cristianismo; editor James M. Robinson. San Francisco: Harper & Row, 1978. [Versión en castellano: *Biblioteca de Nag Hammadi: textos gnósticos*. Madrid: Trotta, 2 vols., 1997 y 1999].
- Needleman, Jacob. *The Way of the Physician*. San Francisco: Harper & Row, 1985.
- Pagels, Elaine. *The Gnostic Gospels*. Nueva York: Random House, 1979. [Versión en castellano: *Los evangelios gnósticos*. Barcelona: Grijalbo, 1996].
- Sheldrake, Rupert. *A New Science of Life: The Hypothesis of Formative Causation*. Los Ángeles: Tarcher, 1981. [Versión en castellano: *Una nueva ciencia de la vida. La hipótesis de la causación formativa*. Barcelona: Kairós, 1990].
- Slater, Philip. *The Glory of Hera*. Bostón: Beacon Press, 1968.
- Stone, Merlin. *When God Was a Woman*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1976.



Jean Shinoda Bolen (1936 Estados Unidos) es doctora en medicina, psiquiatra, analista junguiana, así como escritora y conferenciante internacionalmente conocida que extrae fuentes de experiencia de la espiritualidad, el feminismo y la psicología analítica, la medicina y lo personal.

Es *Distinguished Life Fellow* de la American Psychiatric Association y antigua profesora de psiquiatría en la Universidad de California en San Francisco, así como antiguo miembro de la junta de la Ms. Foundation for Women y de la International Transpersonal Association.

Recibió el *Pioneers in Art, Science, and the Soul of Healing Award* del Institute for Health and Healings y es diplomada por el American Board of Psychiatry and Neurology.

Apareció en dos aclamados documentales, la cinta de antiproliferación nuclear ganadora del premio de la academia Women-for America, *For de World* y *Goddess remembered* de la National Film Board of Canada.

Notas

[1] Daniel Levinson, *The Seasons of a Man's Life*. Nueva York: Ballantine Books, 1978, pág. 109. <<

[2] Michael E. McGill, *The McGill Report on Male Intimacy*. Nueva York: Harper & Row, 1986, pág. 157. <<

[3] Jean Baker Miller, *Toward a New Psychology of Women*. Boston: Beacon Press, 1976, pp. 3-12. <<

[4] William Broyles, Jr., “Pushing the Midlife Envelope”, *Esquire*, junio, 1987.

<<

[5] El concepto psicológico de extraversión (*extra* en latín significa “fuera”) e introversión, y las palabras *extravertido* u *introvertido* fueron introducidas por C. J. Jung. Tanto la transcripción como el significado han sido ligeramente modificados por su uso generalizado. “Extrovertido” es la forma más habitual, aunque errónea, de escribir esta palabra, que se emplea para describir a un individuo con una personalidad agradable y sociable.

Jung utilizó “extravertido” para describir una actitud que se caracterizaba por un flujo de energía psíquica hacia el mundo exterior o hacia un objeto, que conduce a un interés por los hechos, las personas y las cosas, así como a una dependencia en las mismas. Para el introvertido, el flujo de energía psíquica es hacia dentro, y la concentración se dirige a factores subjetivos y a respuestas internas. <<

[6] Rollo May, *The Courage to Create*. Nueva York: Bantam Books, 1975, pág. 45. <<

[7] Me gustó conocer una historia confidencial que tuvo lugar tras el extraordinario éxito de sus producciones. Lucas, con *status* de gran celebridad, aunque con el aspecto de un graduado, se introdujo silenciosamente por la puerta de servicio para conocer a Joseph Campbell cuando éste se encontraba entre bastidores en el Palacio de Bellas Artes de San Francisco en un acto patrocinado por el Instituto Junguiano. <<

[8] Hesíodo, *Theogony*, traducción e introducción de Norman O. Brown. Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1953, pág. 57. <<

[9] Hesíodo, pág. 58. <<

[10] C. G. Jung “Sigmund Freud”, *Memories, Dreams, Reflections*. Recopilado por Aniela Jaffe, traducción del alemán de Richard y Clara Winston. Nueva York: Pantheon Books, 1961, pp.159-162. <<

[11] Alice Miller, psicoanalista contemporánea, en *Thou Shalt Not Be Unaware: Society's Betrayal of the Child*, se centró en el contexto que condujo a Edipo a matar a su padre. Partiendo del mito y de otras pruebas, Miller describe el patrón de atribuir a niños inocentes motivaciones básicas o una naturaleza malvada a la que se ha de hacer frente, a menudo con dureza. De ahí que se racionalice el maltrato a los niños. <<

[12] Alice Miller, *Thou Shalt Not Be Aware; Society's Betrayal of the Child*, traducción de Hildegarde y Hunter Hannum, Nueva York: New American Library, 1986, pág. 145. <<

[13] Miller, pág. 145. <<

[¹⁴] Bruce Ogilvie, “Interview”, *Omni* (septiembre de 1987), pág. 82. <<

[15] Gén. 22:7-8. *The Holy Bible*, RVS. Nueva York: Nelson, 1953), pág. 20.

<<

[16] Gén. 22:12. <<

[17] Gén. 22:16-17. <<

[18] Los médicos residentes en los Estados Unidos tienen que sobrevivir a un período de tres años de turnos agotadores de a veces hasta treinta y seis horas seguidas. (*N. de la T.*) <<

[19] Los “plebeyos” son los alumnos de primer curso. (*N. de la T.*) <<

[20] George Lucas. *El retorno del Jedi* (película). <<

[22] Joven que se destina para fines pederastas. (*Nota de la T.*) <<

[23] Lee Iacocca con William Novak. *Iacocca; An Autobiography*. Nueva York: Bantam Books, 1984, pp. 55-56. <<

[24] W. K. C. Guthrie, *The Greeks and their Gods*. Boston: Beacon Press, 1980, p. 184. <<

[25] La Ivy League son diez de las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos y de las más carismáticas: Harvard (fundada en 1636), Yale (1701), Pensilvania (1740), Princeton (1746), Columbia (1754), Brown (1764), Dartmouth (1769) y Cornell (1865). Estas universidades se caracterizan por su especialidad en humanidades y se supone que los mejores humanistas, escritores y profesionales de las letras han estudiado en ellas. (*N. de la T.*) <<

[26] Walter F. Otto. *The Homeric Gods: The Spiritual Significance of Greek Religion*. Traducción [al inglés] de Moses Hadas. Inglaterra: Thames & Hudson, 1979, pág. 76. <<

[27] Otto, pág. 64. <<

[28] La liga de béisbol infantil patrocinada por entidades comerciales. (*N. de la T.*) <<

[29] Homero, “The Hymn to Delian Apollo”, *The Homeric Hymns*. Traducción de Charles Boer. Irving, Texas: Spring Publications, 1979. <<

[30] Homero, pág. 157. <<

[31] Homero, pág. 157. <<

[32] Karl Kerényi. *Apollo: The Wind, the Spirit and the God*. Traducción del alemán al inglés de Jon Solomon. Dallas: Spring Publications, 1983, pág. 41.

<<

[33] Karl Kerényi. *Apollo: The Wind, the Spirit and the God*. Traducción del alemán al inglés de Jon Solomon. Dallas: Spring Publications, 1983, pág. 41.

<<

[34] “A Pair for the Court”, *Newsweek*, 30 de junio de 1986. <<

[35] Jung, C. G. “Psychology and Alchemy”, *CW*, vol. 12, 1968, pp. 293-294.

<<

[36] Stein, Murray. “World of Hermes, God of Significant Passage: Reflections on the Mid-Life Transition”. Conferencia en el C. G. Jung Institute of San Francisco, 28 de febrero de 1981, 1 de marzo de 1981. Cinta. <<

[37] Homero, “Hymn to Hermes”, *The Homeric Hymns*, traducción [al inglés] de Charles Boer. Irving, Texas: Spring Publications, 1979, pág. 29. <<

[38] “Hymn to Hermes”, pág. 45. <<

[39] Adelaide M. Johnson, “Sanctions for Superego Lacunae of Adolescence”, *Searchlight on Delinquency: New Psychoanalytic Studies*, editado por K. R. Eissler. Nueva York: International University Press, 1949, pp. 225-245. <<

[40] Gerri Hirshey. “Sting Fells the Burn”. *Rolling Stone*, septiembre de 1985, pág. 32. <<

[41] Jeffrey Peisch. “Sting”. *Record*, septiembre de 1985. <<

[42] Rafael López-Pedraza. *Hermes and his Children*. Zurich: Spring Publications, 1977. <<

[43] En psicología es el mecanismo inconsciente de defensa por las que se justifican actitudes intolerables. (*N. de la T.*) <<

[44] Otto, Walter F. *The Homeric Gods: The Spiritual Significance of Greek Religion*. Traducción [al inglés] de Moses Hadas. Inglaterra: Thames & Hudson, 1979, pág. 47. <<

[45] Homero, “Hymn to Ares”, *The Homeric Hymns*, traducción de Charles Boer. Irving, Texas: Spring Publications, 1979, pág. 60. <<

[46] Associated Press, “Sean Penn Sentenced–60 Days in Jail”, *San Francisco Chronicle*, 24 de junio de 1987. <<

[47] Homero, *The Iliad of Homer*, traducción e introducción R. Lattimore. Chicago: University of Chicago Press, 1951, Libro 1, líneas 206-211, pág. 64.

<<

[48] James Hillman. “Puer Wounds and Ulysses’ Scar”, edición de James Hillman, *Puer Papers*. Irving, Texas: Spring Publications, 1979, pp. 101-102.

<<

[49] Walter F. Otto. *The Homeric Gods: The Spiritual Significance of Greek Religion*. Traducción [al inglés] de Moses Hadas. Inglaterra: Thames & Hudson, 1979, pág. 130. <<

[50] Jung, C. G. *Memories, Dreams, Reflections*. Recopilado por Aniela Jaffe, traducción del alemán al inglés de Richard y Clara Winston. Nueva York: Pantheon Books, 1961, pp. 173-175. Versión en castellano: *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Barcelona: Seix Barral, Biblioteca Breve, 1964, 1996.

<<

[51] Corliss. <<

[52] Corliss. <<

[53] Philip Slater. “Self-Emasculation: Hephaistos”. *The Glory of Hera*. Boston: Beacon Press, 1968, pág. 193 <<

[54] W. F. Otto. *Dionysus: Myth and Cult*. Traducción [al inglés] e introducción de Robert B. Palmer. Bloomington: Indiana University Press, 1965, pág. 65. <<

[55] Philip Mayerson. *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971, pág. 249. <<

[56] En los años sesenta eran las manifestaciones pacíficas en las que imperaba el lema “Haz el amor, no la guerra” (*N. de la T.*) <<

[57] Otto, pág. 176. <<

[58] Otto, pág. 176. <<

[59] Samuel G. Freedman, “Why Artists Pay the Wages of Creativity”. *San Francisco Chronicle*, Datebook, 1 de diciembre de 1985. <<

[⁶⁰] Hillman, James. “Dionysus in Jung’s Writings”. *Spring* 1972. Nueva York: Spring Publications, 1972, pág. 199. <<

[61] “The Bill W.-Carl Jung Letters”, Revision 19 (1987): 21. Publicado originalmente en *Grapevine*, enero, 1963. <<

[62] En inglés el licor se llama “spirit”. (*N. de la T.*) <<

[63] Erich Neumann, *The Origins and History of Consciousness*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1970, pp. 152-169. <<

[64] Keith Thompson, “Myths as Souls of the World”. (Book Review: *Inner Reaches of Outer Space*, de Joseph Campbell), *Noetic Sciences Review* (invierno de 1987), pág. 24. <<

[65] Colman, Arthur, and Colman, Libby. *Earth Father, Sky Father: The Changing Concept of Fathering*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1981, pág. 31. <<

[66] Hesíodo, *Teogonía*, traducción [al inglés] Richard Lattimore. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1959, pág. 177. <<

[67] Godavitarne, Pia M., “Statement of Philosophy”. *Woman of Power*, nº 8 (invierno de 1988), pág. 1. <<

[68] Sheldrake, Rupert. “Mind, Memory & Archetype: Morphic Resonance and the Collective Unconscious”. *Psychological Perspectives* 18 (1987), pág. 25.

<<

[69] Elliot, T. S. *Four Quartets*. “Little Gidding” (líneas 214-216). Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1943. <<